



C.H.  
SPURGEON

EL  
GANADOR  
DE  
**ALMAS**



# EL GANADOR DE ALMAS

C.H. Spurgeon



EL ESTANDARTE DE LA VERDAD

EL ESTANDARTE DE LA VERDAD

3 Murrayfield Road, Edimburgo EH12 6EL, Reino Unido  
P O Box 621, Carlisle, PA 17013, EE.UU.

Publicado por primera vez en inglés con el contenido actual por  
Passmore & Alabaster en 1903 con el título:  
*The Soul-Winner*

Primera edición en español: 1972  
Traducción del inglés: José María Blanch  
Segunda edición (revisada): 2013  
Revisión de estilo: David Cánovas Williams

Copyright © 1972 y 2013 por The Banner of Truth Trust  
para la versión española

ISBN: 978-1-84871-392-5

La presente edición se publica en colaboración con  
EDITORIAL PEREGRINO, S.L.

Impreso en EE.UU.

*Printed in USA*

---

## ÍNDICE

Prólogo a la edición americana	7
Prefacio a la edición original	13
1. ¿Qué es ganar un alma?	15
2. Requisitos para ganar almas: con respecto a Dios	42
3. Requisitos para ganar almas: con respecto al hombre	64
4. Sermones apropiados para ganar almas	79
5. Obstáculos en la salvación de las almas	99
6. Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas	109
7. Cómo resucitar a los muertos	125
8. Cómo ganar almas para Cristo	142
9. Lo que cuesta ser ganador de almas	160
10. Las recompensas del ganador de almas	167
11. La vida y la obra del ganador de almas	176
12. El significado de ganar almas	198
13. La salvación de las almas: nuestro único propósito	219
14. Instrucción al ganador de almas	241
15. Aliento para el ganador de almas	263



## PRÓLOGO A LA EDICIÓN AMERICANA

**E**n el caso de que leamos libros cristianos, ¿de cuáles se tratan? Es muy probable que, en primera instancia, leamos los pertenecientes a nuestra denominación. Así sabemos a qué atenernos. Si somos de convicciones claras, pasaremos a continuación a quienes comparten nuestra línea de pensamiento. El fundamentalista leerá libros fundamentalistas; el liberal, aquellos que estén en consonancia con su propia posición; y el pietista, obras familiares para su edificación. Eso es lo que sucede en Alemania, e imagino que las cosas serán parecidas en América. La mayoría de nosotros desea fortalecerse a través de la lectura. Deseamos seguir caminos conocidos, sentirnos como en casa. Son pocos, en términos relativos, los aventureros intelectuales y espirituales que atraviesan unas fronteras claramente perfiladas.

Sin embargo, en las obras de Spurgeon, todos nosotros podemos escuchar ideas familiares y atrayentes. Tal como durante su propia vida hubo un número muy variopinto de individuos que se congregaron bajo su púlpito, así también los fundamentalistas, los liberales, los conservadores y los reformados

se cuentan entre sus lectores habituales. Desde la reedición de su *Doctrine of Preaching* (Doctrina de la predicación) en Alemania, me ha asombrado comprobar la forma en que teólogos de las más diversas corrientes y legos de los más dispares estratos culturales me han escrito con gran entusiasmo explicándome lo vigorizante y estimulante del efecto causado por este maestro de la predicación y la meditación espiritual. Puede que uno exprese su dichosa reacción empleando la elocuencia de Zinzendorf, mientras que otro quizá lo haga en términos muy llanos. Sin embargo, todo este coro polifónico atestigua que el encuentro con Spurgeon les ha renovado y cambiado. Por este motivo, me alegra poder contribuir a que Spurgeon vuelva a conocerse en América.

Cuando considero el sistema dogmático que hay tras las meditaciones espirituales de Spurgeon, debo reconocer que es distinto del mío. Sin embargo, ¿qué importancia tiene eso? Veo los manantiales frescos y puros que brotan de su predicación, y esa impresión es tan fuerte que el paraje teológico donde se encuentran o el tipo de cañerías utilizado quedan relegados a un segundo plano. Aquí, partos, medos y elamitas oyen en sus propias lenguas «las maravillas de Dios» (Hechos 2:9,11). Este milagro de Pentecostés relativiza todas las escuelas teológicas, aunque aún debemos tenerlas en cuenta y no dejarlas de lado. Es muy difícil transmitir al lector de antemano cualquier impresión fiel de las expectativas que puede tener al leer *El ganador de almas*. Simplemente intentaré introducir las manos en este océano y sacar algunas gotas.

Lo primero que nos sorprende es el vigor, y aun la pasión, del lenguaje. Esto no significa que el autor intente forzarnos. Nadie debe pensar que Spurgeon se limita a subir el volumen para someter a sus oyentes a la presión de la sugestión o para apabullarlos teológicamente. Es indudable que nuestra reacción a semejante técnica sería la de ofrecer una resistencia instintiva. Sin embargo, aquí no se da semejante resistencia. Uno

advierte que el elemento emocional no se plantea aquí con intereses tácticos, sino que se deriva de la materia abordada por el autor. Él mismo lo deja claro de forma admirable. Si alguien llama a nuestra puerta —nos dice— en medio de la noche, nos despierta y nos dice con un tono de voz quedo y lánguido que se ha declarado un incendio en el patio trasero de la casa, es muy probable que no le tomemos demasiado en serio, y puede que nos sintamos impulsados a lanzar un jarro de agua fría sobre el perturbador de nuestro descanso. No en vano, cuando de verdad se declara un incendio, se trata de una cuestión tan amenazante y vital que no cabe la posibilidad de hablar con desapego o indiferencia. No queda más remedio que informar de ello con un tono de voz apremiante, y hasta agitado. Sin embargo, el evangelio también son noticias emocionantes y perturbadoras. Hablar de él a la ligera y con frialdad es desmentir el mensaje con nuestro mismísimo tono de voz. En otras palabras, nuestra confesión de Cristo no solo consiste en el contenido de lo que decimos, sino también en el estilo o la forma en que lo declaramos. Si no demostramos el menor apremio personal al reivindicar que tal mensaje debería influir y afectar a otros, es muy probable que no nos crean. Si nosotros mismos no somos apasionados, difícil será que apasionemos a otros. Spurgeon es alguien sobre el que su Señor ejerce su poder, de ahí que también él dimane poder (*exousia*).

La segunda cuestión que nos llama la atención es que Spurgeon predica el evangelio, no la ley. No es un Savonarola que flagele a los pecadores de su tiempo. En este sentido, es llamativa la forma en que, por regla general, las personas gustan de recibir una reprimenda por parte de un predicador. Normalmente, los grandes castigadores gozan de grandes audiencias. Esto se debe a que nos complace oír hablar de los pecados de otros, y que estos sean disciplinados por medio de exorcismos dramáticos. El motivo de este placer tan poco cristiano, que los grandes predicadores del arrepentimiento suelen engendrar en

sus oyentes, está bastante claro. Nos gusta ver castigados los pecados de los demás, no los nuestros. Nosotros somos meros espectadores, pero eso no es más que la confirmación de que la ley mata. Ahora bien, no cabe duda alguna de que Spurgeon enumera los pecados de su época y de sus oyentes. Sin embargo, jamás lo hace sin presentar primero la forma de liberarse de ellos. No recomienda medicinas morales que nada pueden hacer y que simplemente enriquecen a los boticarios morales. Nos dice que el sol brilla, y que debemos dirigirnos a él abandonando la casa oscura de nuestras vidas. Cuando una piedra está al sol, no hace falta ordenarle que se caliente: lo hace por sí sola. El predicador del evangelio siempre es positivo. La vieja vida se desvanecerá automáticamente en aquellos que encuentren una nueva.

Cuando alguien está tan completamente entregado a su misión, y cuenta con el poder avivador de Spurgeon, no puede ser un solista que busque los elogios y se entregue al aislamiento de su renombre como gran predicador, sino que brotará agua viva de él. A su alrededor habrá tierra fértil, y todo estará lleno de vida. Dicho de manera más directa: congregará a sus compañeros en la obra y formará un coro o una orquesta. Será el cantante principal, y puede que su voz destaque, pero tan solo cantará como un miembro del coro. Así, en *El ganador de almas*, Spurgeon nos enseña a los que somos predicadores que no debemos concebir nuestra congregación como meros consumidores de la Palabra y encargarnos de hacerlo todo como solistas. En lugar de eso, debemos convertir a nuestros miembros en fuentes de vida y contribuir a su madurez espiritual. Debemos dejarles clara su responsabilidad misionera. Nuevamente, esto es también una cuestión de estilo. Cabría decir que el estilo con el que debe declararse el mensaje cristiano no es el de la estrella en el púlpito o de quien lleva la batuta y controla a toda la congregación, sino que debe ser un trabajo de equipo. El verdadero predicador no es el predicador mismo, sino la congre-

gación viva y espiritualmente consciente. La vitalidad de una congregación se puede determinar por el hecho de que sea un equipo de misioneros.

Sin embargo, hay otra cuestión en la predicación de Spurgeon: tiene a sus oyentes en mente. Comprende la clase de aflicciones de las que necesitan ser consolados, la falsa seguridad de la que necesitan ser protegidos, y la clase de dudas que los angustian. Así, cada uno de ellos siente que el mensaje va dirigido a él. Cada uno tiene que reconocer: «Estas palabras iban dedicadas a mí; ocupé un lugar en ese sermón». Esa adaptación a los oyentes no está impulsada por una intención táctica. Así, es muy diferente de la del vendedor. Este estudia las necesidades y los gustos de sus clientes para poder venderles sus mercancías. Sin embargo, la diferencia entre la forma en que un vendedor estudia a sus clientes y un predicador lo hace con sus oyentes es manifiesta. El vendedor quiere vender a toda cosa; se jacta y se enorgullece de convencer a sus clientes de que compren algo aun a pesar de que no lo necesiten o ni tan siquiera lo deseen. Por eso debe adularlos.

No obstante, el predicador del evangelio no desea imponer su mensaje a los demás a toda costa. Por el contrario, está dispuesto a aceptar la decepción y la oposición. Sabe que, cuanto más claro sea su mensaje, cuanto más directamente lo aplique a sus oyentes, más probable será que lo consideren un ataque, una invasión de su privacidad. De ahí que, por esta misma razón, posiblemente estén más en guardia, y se muestren más reacios al mensaje. En otras palabras, puede que este tipo de predicación produzca una oposición mucho más intensa que la convencional, que resulta tan familiar que es fácil desecharla como irrelevante.

Spurgeon es un predicador consciente de esto, y que jamás traiciona su causa por amor al éxito. Busca al oyente y se adapta a él para hacerle ver la clase de revolución que necesita su vida. Sin embargo, jamás se adapta para lisonjearlo astutamente,

o para dar la impresión de que lo que dice no es tan malo, que no tiene necesidad de dudar o de cambiar su vida, que solo se trata de un poco de edificación. No, Spurgeon no deja lugar a dudas de que este mensaje sacudirá los mismísimos cimientos de su vida, que será como un aguijón en su carne.

Por este motivo, es un representante fiel de la Palabra de Dios, y no un mero estratega psicológico como muchos evangelistas modernos. Está dispuesto a que le tiren piedras, no busca el aplauso. Me viene a la mente una frase de Martin Kähler que expresa a la perfección esta preocupación por adaptarnos al oyente sin por ello adularle. Y, dado que Kähler parece replicar a la perfección las intenciones de Spurgeon, aunque probablemente nunca llegara a conocerle, concluiré citándole: «Pablo estaba dispuesto a hacerse de todo a todos, judío para los judíos y griego para los griegos, y a ello se dedicaba. Sin embargo, hubo dos cosas que nunca hizo: ser un obrador de prodigios para los judíos o un cristiano sofisticado para los griegos».

HELMUT THIELICKE  
Profesor de Teología Sistemática  
en la Universidad de Hamburgo  
Alemania

## PREFACIO A LA EDICIÓN ORIGINAL

Este libro se publica bajo las directrices de C.H. SPURGEON, puesto que él mismo había preparado ya para la imprenta la mayor parte del material que aquí se presenta, y el resto de sus manuscritos se han introducido tras una somera revisión. Su propósito original era ofrecer a los estudiantes del Seminario Teológico un pequeño curso de conferencias acerca de lo que él denominaba «el oficio más regio»: GANAR ALMAS. Una vez completada la serie, se propuso reunir los discursos en torno a este mismo tema que había dirigido a otras audiencias, y publicarlo todo junto para guía de todo aquel que deseara ser ganador de almas. Paralelamente, tuvo la esperanza de inducir a muchos más de los que ya profesan el cristianismo a dedicarse a tan bendito servicio para el Salvador.

Sirva esta explicación para aclarar la distribución del presente libro. Los seis primeros capítulos contienen las conferencias del Seminario Teológico; a continuación, siguen cuatro charlas ofrecidas a los maestros de escuelas dominicales, predicadores al aire libre y amigos que asistían a las reuniones de oración los lunes por la noche en el Tabernáculo; el resto del

## EL GANADOR DE ALMAS

volumen consiste en una serie de sermones en los que se recomienda encarecidamente a todos los creyentes en el Señor Jesucristo la obra de ganar almas.

Durante más de cuarenta años, C.H. SPURGEON fue, con su predicación y sus escritos, uno de los mayores ganadores de almas; y, por medio de sus palabras impresas, continúa siendo el medio de conversión de muchos en todo el mundo. Creemos, por tanto, que muchos miles disfrutarán con la lectura de lo que habló y escribió acerca de lo que él llamaba «la ocupación principal del ministro cristiano».

## 1: ¿QUÉ ES GANAR UN ALMA?

Bajo el título de *El ganador de almas*, me he propuesto, mis queridos hermanos, si Dios me capacita para ello, ofrecerles un breve curso de conferencias. Ganar almas es la ocupación principal del ministro cristiano; y, por cierto, debiera ser la de todo verdadero creyente. Cada uno de nosotros debería decir como Simón Pedro: «Voy a pescar» y, como Pablo, nuestras miras deberían ser: «Para que de todos modos salve a algunos». Comenzaremos nuestras exposiciones acerca de esta cuestión considerando la pregunta: ¿qué es ganar un alma?

### LO QUE NO ES

(1) Robar ovejas. Podemos responder en forma aclaratoria describiendo lo que no es. No consideremos ganar almas al hecho de apartar miembros de otras iglesias ya establecidas, para instruirles en las peculiaridades de nuestra denominación particular: nuestras miras están puestas en traer almas a Cristo más que en hacer adeptos para nuestra iglesia. Hay por todas partes ladrones de ovejas y, en cuanto a ellos, me limito a decir que no son «*hermanos*» o, al menos, su proceder no es fraternal. Su Maestro mismo tendrá que juzgarlos. Tenemos por su-

ma bajeza construir nuestra casa con los escombros de la mansión del vecino; preferimos mucho más extraer piedras de las canteras nosotros mismos. Ojalá que todos compartamos el espíritu magnánimo del Dr. Chalmers, quien, cuando se dijo que tal o cual esfuerzo no sería beneficioso para los intereses particulares de la Iglesia Libre de Escocia, si bien podría favorecer el desarrollo en general de la religión en aquel país, dijo: «Qué es la Iglesia Libre comparada con el bien cristiano del pueblo escocés?». Ciertamente, ¿qué es cualquier iglesia, o qué son todas las iglesias en conjunto si como meras organizaciones se hallan en conflicto con el beneficio moral y espiritual de una nación, o si estorban en el Reino de Cristo?

Si deseamos ver prosperar a las iglesias, es porque Dios bendice a los hombres por medio de ellas, y no por ellas en sí. Muchas veces, en nuestras ansias por el engrandecimiento de nuestro grupo, hay algo de egoísmo, ¡y Dios nos libre de este espíritu maligno! El crecimiento del Reino es más deseable que el de una secta. Haríamos lo posible porque un hermano partidario del bautismo infantil abandone esa práctica y se haga bautista, porque tenemos en alta estima las ordenanzas de nuestro Señor; nos empeñaríamos con tesón para que un creyente en la salvación por medio del libre albedrío fuera creyente en la salvación por la gracia, porque anhelamos ver todas las enseñanzas religiosas fundadas en la sólida roca de la verdad, y no sobre la arena de la imaginación; pero, al mismo tiempo, nuestro gran objetivo no es corregir las opiniones, sino regenerar las naturalezas. Deseamos traer a los hombres a Cristo, y no a nuestro concepto particular del cristianismo. Nuestra preocupación primordial ha de ser que las ovejas sean conducidas al gran Pastor; tiempo habrá después para guardarlas en nuestros diferentes rediles. Hacer prosélitos es buena labor para fariseos: guiar las almas a Dios corresponde más bien el honorable propósito del ministro de Cristo.

(2) Inscribir miembros. En segundo lugar, no consideremos

## *¿Qué es ganar un alma?*

que ganar almas sea inscribir nombres apresuradamente en el registro de la iglesia, para jactarse a fin de año de un aumento estadístico. Esto es muy fácil, y hay hermanos que ponen mucho empeño, por no decir arte, en llevarlo a cabo. Pero si se considera esto el Alfa y la Omega de los esfuerzos del ministro, los resultados serán deplorables. Por supuesto, incorporaremos a la iglesia a los verdaderos convertidos, pues es parte de nuestra labor enseñarles a observar todo cuanto Cristo les ha ordenado; pero esto solo ha de hacerse con los discípulos y no con los simples profesantes; y, si no tenemos cuidado en este aspecto, podemos hacer más mal que bien. Introducir en la iglesia inconversos es debilitarla y degradarla; lo que aparenta, pues, ser un beneficio, puede ser una pérdida.

No soy de los que desacreditan las estadísticas, ni considero tampoco que estas acarreen toda clase de males; al contrario, hacen mucho bien si son precisas. Es bueno advertir la aridez de la tierra mediante un descenso en las estadísticas, de modo que caigamos de rodillas ante el Señor para suplicar la prosperidad; y por otra parte, no es nada malo que los obreros se animen por tener la cuenta de resultados ante sí. Sentiría mucho que se perdiera la costumbre de sumar, restar y sacar el resultado neto, porque es del todo razonable saber cómo vamos numéricamente. Se ha observado que los que se oponen a este procedimiento son muchas veces hermanos cuyos informes poco satisfactorios deberían humillarles un tanto; esto no es siempre el caso, pero sucede con sospechosa frecuencia.

El otro día, oí hablar del informe de una iglesia en que el ministro, que era bien conocido por haber reducido a la nada su congregación, escribió astutamente: «Nuestra iglesia está levantando la cabeza». Cuando le preguntaron el por qué de aquella declaración, respondió: «Todo el mundo sabe que la iglesia está enferma, y así no puede levantar más que la cabeza». Cuando las iglesias levantan la cabeza de esta forma, sus pastores dicen generalmente que las estadísticas son muy iluso-

rias, y que no se puede representar en un gráfico la obra del Espíritu, ni calcular la prosperidad de una iglesia en cifras. La realidad es que sí, *se puede* calcular con mucha exactitud si las cifras son justas, y si se toman en cuenta todas las circunstancias. Si no hay crecimiento, se puede calcular con bastante precisión que no hay mucho esfuerzo; y, si hay una merma notable cuando la población crece, se deberá admitir que las oraciones de los fieles y la predicación del ministro no tienen mucho poder.

Sin embargo, a pesar de esto, todo apuro por meter miembros en la iglesia es sumamente perjudicial, tanto para la iglesia como para los supuestos conversos. Recuerdo muy bien a varios jóvenes, todos ellos de integridad moral y simpatizantes religiosos; pero, en vez de sondear sus corazones y procurar su verdadera conversión, el pastor no les dejó respirar hasta persuadirlos a hacer su profesión de fe. Pensaba que si hicieran una profesión religiosa, sentirían más compromiso para con las cosas santas, y no veía peligro en presionarlos en este sentido, ya que los muchachos «prometían mucho». Se imaginó que podría ahuyentarlos y desanimarlos con un escrutinio cuidadoso, y así, queriendo asegurar su conversión, los convirtió en hipócritas. En la actualidad, aquellos jóvenes se encuentran mucho más alejados de la iglesia de Dios que si hubieran sufrido la afrenta de ser tratados como simples interesados y advertidos de que no se habían convertido a Dios.

A menos que haya razones suficientes para creer que alguien está verdaderamente regenerado, recibirlo como uno de los fieles supone ocasionarle un gran daño. De esto estoy plenamente persuadido porque hablo tras cuidadosas observaciones. Algunos de los pecadores más notorios que haya conocido fueron una vez miembros de alguna iglesia; y, según creo, fueron inducidos a hacer profesión de fe con indebida premura, bienintencionada, pero desatinada. Así, pues, no crean que ganar almas venga dado, o se consiga, por multiplicar los bautismos o engrosar las filas de su iglesia. ¿Qué significan estos partes del

## *¿Qué es ganar un alma?*

campo de batalla?: «Anoche, catorce almas bajo convicción, quince justificadas y ocho santificadas». Estoy hastiado de estos alardes públicos, esta costumbre de vender la piel de oso antes de cazarlo, esta ostentación de despojos gratuitos. Dejen de contar cabezas, abandonen la vana pretensión de certificar al minuto lo que exigirá la prueba de toda una vida. El optimismo es bueno, pero sean moderados en su exaltación. La presión después del mensaje tiene su importancia; pero si esto suscita vanas jactancias, contristarán al Espíritu Santo y acarrearán enormes perjuicios.

(3) Despertar emociones. Ganar almas, mis queridos amigos, tampoco es despertar emociones. Dicho sea de paso, la emoción acompañará a todo movimiento importante. Tendríamos razón de dudar que un movimiento fuera serio y poderoso si resultara tan tranquilo como una charla bíblica en la sala. No se puede dinamitar los grandes peñones sin que la explosión produzca ruido alguno; tampoco se puede librar una batalla y tener a todo el mundo callado como el ratón. En los días secos, los vehículos no avanzan mucho sin ruido y polvareda; la fricción y el sonido son producto natural de la fuerza en movimiento. De la misma manera, cuando el Espíritu de Dios se manifiesta y la mente del hombre se conmueve, tiene que haber ciertas señales visibles de dicha operación, aunque estas señales nunca se deben confundir con la operación misma. Si hay quienes se imaginan que el fin principal de la marcha del carruaje es levantar polvo, mejor agarren la escoba, pues con ella podrán levantar tanto o más polvo que cincuenta carruajes; pero causarán molestia en vez de conferir un beneficio. Así, la emoción es algo tan tangencial como el polvo, y no es cosa que debamos buscar. Cuando la mujer barría la casa, lo hacía para encontrar la moneda perdida, y no para levantar una polvareda.

No busquen el sensacionalismo y el impacto; no persigan las meras manifestaciones externas. Puede haber lágrimas copio-

sas, ojos llorosos, sollozos y lamentos, reuniones tumultuosas y toda clase de confusiones, y tales cosas pueden ser toleradas como expresiones de sentimientos genuinos; pero, por favor, no traten de suscitarlas.

Ocurre muy a menudo que los convertidos que nacen emocionados, mueren cuando la emoción se apaga. Son como ciertos insectos, producto de un día excesivamente caluroso, que mueren cuando se pone el sol. Algunos convertidos viven como las fabulosas salamandras, en el fuego; pero expiran a una temperatura normal. No me agrada una religión que necesita o engendra personas exaltadas. Denme una piedad que florezca sobre el monte Calvario y no sobre el volcán Vesubio. El mayor entusiasmo por Cristo no deja de armonizar con el sentido común y la razón; el desvarío a gritos y la declamación de los fanáticos son producto de otro celo que no es conforme a ciencia. Se desea preparar a los hombres para el aposento de la comunión, y no para la cámara acolchada del manicomio. Nadie lamenta más que yo que sea necesaria una advertencia de este tipo; pero, al recordar las extravagancias de ciertos evangelistas, no puedo menos que mencionarlo, por no decir mucho más al respecto.

### ¿CÓMO GANAR ALMAS?

¿Qué es verdaderamente ganar un alma para Dios? En la medida en que se utilizan recursos para hacerlo, ¿cuáles son los procedimientos mediante los que se lleva el alma a Dios y a la salvación?

(1) Instruir en la verdad. Sostengo que uno de los medios principales consiste en *instruir al hombre de manera que conozca la verdad de Dios*. La instrucción acerca del evangelio es el comienzo de toda obra verdadera en las mentes de los hombres. «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he

## ¿Qué es ganar un alma?

mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». La enseñanza comienza la obra, y la perfecciona también.

Según Isaías, el evangelio es: «Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma». A nosotros, pues, nos toca dar a los hombres algo digno de su atención; de hecho, nos toca instruirlos. Se nos envía a evangelizar, o a predicar el evangelio a toda criatura, y esto no se cumple si no les enseñamos las grandes verdades reveladas. El evangelio significa buenas noticias. Al oír a ciertos predicadores, uno saca la conclusión de que el evangelio es una pizca de rapé sagrado para hacerles despertar, o una botella de bebida alcohólica para excitar sus cerebros. Nada más lejos de la realidad; son nuevas; contienen información; el evangelio encierra enseñanzas acerca de asuntos que los hombres necesitan entender, con afirmaciones que tienen por finalidad la bendición de quienes las oigan. El evangelio no es ningún sortilegio mágico ni ningún hechizo cuya potencia se manifestará en una serie de sonidos especiales; es una revelación de hechos y verdades que requieren conocimiento y fe. El evangelio es un sistema racional que se dirige al entendimiento de los hombres; es materia para pensar y considerar, algo que se dirige a la conciencia y la reflexión.

En consecuencia, si no hemos enseñado algo a los hombres, aunque gritemos: «¡Crean! ¡Crean! ¡Crean!», no hay nada que creer. Cada exhortación requiere su correspondiente instrucción, pues de lo contrario carecerá de significado. «¡Escápanse!». ¿De qué? Aquí debe explicarse la doctrina del castigo al pecado. «¡Huyan!», ¿pero a dónde? Es preciso predicar acerca de Cristo y de sus heridas, siguiendo con la doctrina segura de la expiación por el sacrificio. «¡Arrepiéntanse!». ¿De qué? Aquí habrá que responder a preguntas tales como: ¿qué es el pecado? ¿Cuál es el mal del pecado? ¿Cuáles son las consecuencias del pecado? «¡Conviértanse!». ¿Y qué es convertirse? ¿Por qué fuerza podemos ser convertidos? ¿De qué? ¿A qué? El campo

de enseñanza es amplio si se pretende que los hombres conozcan la verdad que salva. «El alma sin ciencia no es buena»; y a nosotros nos toca, como instrumentos de Dios, hacer que los hombres conozcan la verdad, de tal suerte que crean en ella y sientan su poder. No hemos de intentar salvar a los hombres en la oscuridad, sino procurar que se conviertan de las tinieblas a la luz por medio del poder del Espíritu Santo.

No se imaginen, mis queridos amigos, que cuando participan en reuniones de avivamiento, o en otros servicios especiales de evangelización, han de omitir las doctrinas del evangelio; aquí, por el contrario, es cuando más (en vez de cuando menos) deberían anunciar la doctrina de la gracia. Enseñen las doctrinas del evangelio con claridad y afecto, con sencillez y sin rodeos; y especialmente aquellas verdades que tienen que ver en un sentido práctico y positivo con la condición del hombre y la gracia de Dios. Algunos entusiastas parecen tener la idea de que cuando un ministro se dirige a los inconversos, debería contradecir deliberadamente los discursos doctrinales de costumbre; pues, según se cree, no habrá conversiones si se predica todo el consejo de Dios. En pocas palabras, hermanos, suponen que hemos de ocultar la verdad y proclamar una verdad a medias para poder salvar almas. Es decir, que a los creyentes hemos de hablarles la verdad porque estos no aceptarían oír otra cosa; pero que a los pecadores debemos engatusarlos para atraerlos a la fe, exagerando una parte de la verdad y ocultando el resto para otra ocasión más propicia. Es una teoría bastante extraña, pero hay muchos que la apoyan. Según esas personas, podemos predicar la redención de un número de elegidos, hablando al pueblo de Dios; sin embargo, para el mundo exterior, nuestra doctrina debe ser la redención universal; esto es, decir a los creyentes que la salvación es por gracia, pero a los pecadores hablarles como si tuvieran que salvarse por sus propios medios. Así, hemos de instruir a los cristianos en la doctrina de que solo el Espíritu Santo puede convertir; pero, cuando hablamos a

### *¿Qué es ganar un alma?*

los inconversos, el Espíritu Santo apenas ha de nombrarse. No hemos aprendido eso de Cristo. Si otros proceden así, sírvanos de atalaya y no de ejemplo. El que nos envió a ganar almas no nos permite inventar falsedades ni suprimir la verdad. Su obra puede llevarse a cabo sin necesidad de métodos tan sospechosos.

Tal vez alguno de ustedes diga: «No obstante, Dios ha bendecido declaraciones a medias y aseveraciones descabelladas». No estemos tan seguros. Me atrevo a afirmar que Dios no bendice falsedades; pueda ser que bendiga la verdad que se presenta mezclada con el error; pero más grande sería la bendición si la predicación fuera más consonante con su Palabra. No puedo admitir que el Señor bendiga un jesuitismo evangelístico, y aun semejante expresión se queda corta para calificar la supresión de la verdad. Ocultar la doctrina de la total depravación humana ha ocasionado gran daño a muchos que han escuchado esta clase de predicación. Los oyentes no consiguen una curación completa porque ignoran la enfermedad que padecen; nunca están realmente vestidos porque nadie les ha mostrado su desnudez. Muchos ministros no escudriñan los corazones ni despiertan las conciencias por no poner en claro el extrañamiento del hombre de Dios, ni descubrir el egoísmo y la perversidad de semejante estado. Es preciso hacer saber al hombre que perecerá eternamente a menos que la divina gracia le arranque de su enemistad contra Dios. Es necesario que se le recuerde la soberanía de Dios; que Dios no está obligado a sacarlo del estado en que se encuentra, que sería justo y razonable que Dios le dejara en tal condición, que el hombre no tiene ningún mérito que alegar ante Dios, y que no puede reclamarle nada; y que, si ha de ser salvo, debe ser por gracia y únicamente por gracia. La labor del predicador es hundir a los pecadores en el más profundo desamparo para que, de este modo, se vean obligados a acogerse al único que los puede salvar.

Intentar ganar un alma para Cristo por el procedimiento de

mantenerla en la ignorancia de alguna verdad es contrario al propósito del Espíritu; y procurar salvar a los hombres por simple palabrería, o por conmoción o por alardes de oratoria, es tan absurdo como pretender atrapar a un ángel con un señuelo o atraer una estrella con música. El mejor imán es el evangelio en toda su pureza. El arma que Dios esgrime para conquistar a los hombres es la verdad tal como es en Jesús. El evangelio tiene la respuesta para toda necesidad; es la flecha que atraviesa el corazón más duro; es el bálsamo que sana la más mortífera herida. Confíen por entero en el antiguo evangelio. Predíquenlo y no prediquen otra cosa. Para pescar hombres, no necesitan de otras redes; las que les ha dado el Maestro son fuertes para apresar los peces grandes, y tienen mallas menudas para retener a los pequeños. Echen estas redes y ninguna otra, y no tendrán que temer por el cumplimiento de su Palabra: «Os haré pescadores de hombres».

(2) Hacer que sienta la verdad. En segundo lugar, para ganar un alma, no solo es necesario instruir a nuestro oyente y hacerle conocer la verdad, *sino impresionarlo de modo que la sienta*. Un ministerio puramente didáctico, que se dirigiera siempre al entendimiento, sin afectar las emociones, sería ciertamente un ministerio árido. Es aborrecible que un hombre sea tan doctrinario que pueda hablar fríamente del juicio del inicuo de modo que, aunque no llegue a alabar a Dios por ello, no le acongoje lo más mínimo pensar en la perdición de millones de sus semejantes. ¡Esto es horroroso! Me repugna oír proclamar los terrores del Señor por hombres cuyos semblantes pétreos, voces monótonas y espíritus insensibles revelan una especie de desecación doctrinal: toda la leche de la bondad humana se ha evaporado de ellos. Como tal predicador no siente nada, tampoco despierta ningún sentimiento en otros; y el resultado es que quienes se sientan ante él para escuchar sus aseveraciones secas e inánimes le consideran un conservador y, de paso, quedan ellos mismos «en conserva». Y, si aún les queda vida, la pa-

### *¿Qué es ganar un alma?*

san husmeando las herejías, y haciendo reo al hombre sincero que se confunda por una palabra. ¡Dios nos libre de ser bautizados en tal espíritu! Con independencia de lo que crea, el mandamiento de amar a mi prójimo como a mí mismo sigue vigente para mí, ¡y libreme Dios de que idea u opinión alguna encoja mi alma y endurezca mi corazón hasta hacerme olvidar esta ley de amor! El amor de Dios es primero, pero en nada nos exime de la obligación de amar al hombre; de hecho, el primer mandamiento incluye el segundo. Hemos de procurar la conversión de nuestro prójimo porque lo amamos, y hemos de hablarle con ternura del evangelio de amor, porque nuestro corazón desea su bienestar eterno.

El pecador tiene corazón además de cabeza; emociones además de ideas; y hemos de llegar a ambos. El pecador no se convertirá mientras no queden conmovidas sus emociones. A menos que sienta aflicción por su pecado, y experimente algún gozo al recibir la Palabra, no se puede abrigar mucha esperanza por él. La verdad debe empapar su alma y teñirla con su propio color. La Palabra debe ser como un fuerte viento que golpee su corazón y sacuda al hombre entero como se cimbreaba el maíz maduro bajo la brisa estival. La religión sin emoción es religión sin vida.

Pero, aun con todo, hemos de tener cuidado con la forma en que se causan estas emociones. No hay que dirigirse deliberadamente al estado de ánimo despertando sentimientos que no son espirituales. Algunos predicadores son muy dados a salpimentar sus palabras con entierros y niños moribundos, y a hacer llorar a los demás por medio de una simple emoción natural. Es posible que esto conduzca a algo mejor, ¿pero qué valor tiene en sí mismo? ¿Qué beneficio hay en avivar el dolor de una madre o la pena de una viuda? No creo que nuestro Dios misericordioso nos haya enviado a hacer llorar a los hombres por sus parientes difuntos, exhumando sus muertos y recordándoles pasadas escenas de duelo y aflicción. ¿Por qué razón habría

de hacerlo? Claro que puede utilizarse con provecho el lecho de muerte de un cristiano agonizante o el de un pecador moribundo, como prueba de la paz que infunde la fe en un caso, y del terror de la conciencia en el otro; pero el beneficio ha de partir de la verdad que se demuestra, y no del ejemplo en sí.

La aflicción natural en sí misma no ayuda a nada; en realidad, la vemos como una distracción de pensamientos más elevados y con un precio demasiado alto como para cargarla sobre los corazones doloridos, a menos que podamos compensarlos dejando impresiones espirituales duraderas en lugar de su tristeza. «Fue un discurso magnífico, lleno de sentimiento», dice uno de los oyentes. Bien, ¿pero cuál es la consecuencia práctica de este sentimiento? Un joven predicador preguntó una vez: «¿No se impresionó usted al ver llorar a una congregación tan numerosa?». «Sí —respondió su juicioso amigo—, pero me impresionó mucho más pensar que probablemente habrían llorado más aún en una obra dramática de teatro». Así es, en efecto; y en ambos casos el llanto puede carecer por igual de todo valor. Una vez, vi a bordo de un vapor a una joven que estaba leyendo un libro, y que lloraba como si su corazón estuviese destrozado; sin embargo, cuando miré el tomo, comprobé que se trataba solamente de una de esas frívolas novelas rosas que llenan los quioscos de las estaciones de ferrocarril. Su llanto era simplemente un derroche de lágrimas, como lo es también el lloro causado por los cuentos y los cuadros de lechos de muerte que se presentan desde el púlpito.

Si nuestros oyentes lloran por sus pecados y en anhelo de Cristo, dejen que sus lágrimas fluyan copiosamente; pero si el objeto de su pena es solamente natural, y en modo alguno espiritual, ¿qué beneficio se consigue al hacerles llorar? Podría haber algún valor en alegrar a los demás, puesto que ya hay bastante pena en el mundo, y cuanto más fomentemos el buen humor, tanto mejor; ¿pero qué beneficio hay en causar aflicciones innecesarias? ¿Qué derecho tienes tú a ir por la vida punzando

## ¿Qué es ganar un alma?

a todo el mundo con tu bisturí solo por demostrar tu destreza quirúrgica? El verdadero cirujano solo hace incisiones con el propósito de curar, y el ministro sensato solo despierta emociones dolorosas en las mentes de los hombres con el propósito preciso de bendecir sus almas. Hemos de seguir golpeando los corazones de los hombres hasta quebrantarlos, para continuar después predicando a Cristo crucificado hasta que sus corazones queden restaurados; y, una vez hecho esto, debemos seguir anunciando el evangelio hasta que todo su ser se someta al evangelio de Cristo. Aun en estos pasos preliminares han de sentir la necesidad de que el Espíritu Santo obre con ustedes y por ustedes; pero esta necesidad será aún más evidente cuando avancemos otro paso y hablemos ya del nuevo nacimiento, en el cual el Espíritu Santo hace su obra única y divina.

(3) Asegurar su regeneración. He insistido hasta ahora en que la instrucción y la impresión son sumamente necesarias en la tarea de ganar almas; sin embargo, no son estas cosas lo principal, sino únicamente medios para conseguir el fin deseado. Para que se salve un hombre ha de llevarse a cabo una obra muchísimo mayor. En el alma del pecador ha de obrarse una maravilla de la gracia divina que sobrepasa con mucho todo cuanto pudiera llevarse a cabo con el poder humano. De todos aquellos que anhelamos ganar para Jesús, puede decirse con verdad que «el que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios». *Es preciso que el Espíritu Santo obre la regeneración en aquellos que amamos*; de otro modo, nunca llegarán a poseer la felicidad eterna. Es necesario que resuciten a una nueva vida, y que sean hechos criaturas nuevas en Cristo Jesús. La misma energía que lleva a cabo la creación y la resurrección ha de ejercer sobre ellos todo su poder. Solo esto puede consumir la obra. Es necesario que nazcan nuevamente de lo alto.

A simple vista, podría parecer que esto suprimiera totalmente la mediación humana; pero al consultar las Escrituras no encontramos nada que justifique tal inferencia, sino todo lo

contrario. En la Biblia vemos, ciertamente, que el Señor lo es todo en todo, pero no hallamos ninguna alusión al hecho de que, por tanto, tengamos que prescindir de la utilización de medios. La majestad y el poder supremo del Señor se manifiestan más gloriosamente en el hecho de que Dios obra valiéndose de medios. Dios es tan grande que no teme honrar los instrumentos que utiliza, y habla de ellos en términos elevados, y les atribuye gran influencia. Desgraciadamente, es muy fácil que se diga poquísimos del Espíritu Santo; en realidad, me temo que este sea uno de los más graves pecados de nuestra época. Sin embargo, la Palabra infalible, que siempre dice con precisión la verdad, aunque ensalza al Espíritu Santo, no hace de menos a los hombres que él utiliza en sus obras. Dios no cree que su honor sea tan dudoso que solamente pueda mantenerse degradando el factor humano.

Hay en las Epístolas dos pasajes que siempre me maravilla contemplar conjuntamente. Pablo se compara a sí mismo tanto con un padre como con una madre en términos del nuevo nacimiento. De un convertido dice: «Que he engendrado en mis prisiones», y de toda una iglesia, escribe: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros». Esto es decir mucho; mucho más de lo que la moderna ortodoxia permitiría decir al más útil de los ministros de hoy y, sin embargo, es lenguaje autorizado; más aún, inspirado por el mismísimo Espíritu de Dios, y por eso no debe ser criticado. Tan misterioso poder infunde Dios en los que él ordena para ser sus instrumentos, que somos llamados «colaboradores de Dios»; y esto es, a la vez, la fuente de nuestra responsabilidad y el fundamento de nuestra esperanza.

La regeneración, o el nuevo nacimiento, opera un cambio en toda la naturaleza del hombre; y, según nuestro juicio, su esencia radica en la implantación y creación de un nuevo principio en el hombre. El Espíritu Santo crea en nosotros una naturaleza nueva, celestial e inmortal, que la Escritura describe como

### ¿Qué es ganar un alma?

«el espíritu», para distinguirla del alma. Nuestra teoría de la regeneración consiste en que el hombre, en su naturaleza caída, se compone únicamente de cuerpo y alma y, al recibir la regeneración, se crea en él una nueva naturaleza más elevada, «el espíritu», la cual es una chispa del fuego eterno de la vida y el amor de Dios. Esta penetra en el corazón, y mora en él, y hace «participante de la naturaleza divina» a quien la recibe. De ese momento en adelante, el hombre consta de tres partes: cuerpo, alma y espíritu, siendo este último el poder reinante.

Todos recordarán ese memorable capítulo acerca de la resurrección, 1 Corintios 15. En el original esta distinción queda muy clara y es visible aun en nuestra versión. El pasaje traducido: «Se siembra cuerpo animal», podría leerse: «Se siembra cuerpo de alma, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo de alma, y hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: fue hecho el primer hombre Adán *alma* viviente; el postrer Adán, *espíritu* vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo que corresponde al alma; luego lo espiritual». En primera instancia, nos encontramos en un estado de vida natural o de alma, como el primer Adán, y luego, con la regeneración, entramos en una nueva condición, y pasamos a poseer el «espíritu» vivificante. Sin este espíritu, nadie puede ver el Reino de los cielos o entrar en él. Es necesario, pues, que nuestro anhelo más ardiente sea que el Espíritu Santo visite a nuestros oyentes, y los cree de nuevo; que venga sobre estos huesos secos, y comunique vida eterna a los que están muertos en el pecado. En tanto que esto no se lleve a cabo, nunca podrán recibir la verdad, porque «el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura: y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente». «La mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede». Es necesaria la creación de una mente nueva y celestial por medio de una obra omnipotente, o el hombre habrá de permanecer en la muerte.

Vemos, pues, que nos hallamos ante una obra poderosa, que somos completamente incapaces de llevar a cabo por nuestra cuenta. Ningún ministro, ni todos nosotros juntos, ni todos los santos que hay en la tierra o en el Cielo, podemos efectuar esta obra de regeneración en un solo hombre. Toda nuestra labor será el colmo de lo absurdo, a menos que solo nos consideremos instrumentos utilizados por el Espíritu Santo y llenos de su poder. Por otro lado, las maravillas de regeneración que acompañan nuestra predicación son la señal y testimonio mejores de nuestro ministerio. Mientras que los apóstoles podían presentar los milagros de Cristo, y los mismos que ellos obraban en su nombre, nosotros recurrimos a los milagros del Espíritu Santo, los cuales son tan divinos y verdaderos como los de nuestro Señor. Estos milagros son la creación de una vida nueva en el corazón humano, y la transformación total de aquellos sobre quienes desciende el Espíritu.

#### SEÑALES DE NUEVA VIDA

Como esta vida espiritual engendrada por Dios en los hombres es un misterio, nuestro testimonio será más eficaz si hacemos hincapié en las señales que la acompañan y la siguen, porque estas son las cosas que debemos buscar.

(1) Convicción de pecado. En primer lugar, la regeneración se manifiesta en la *convicción de pecado*. Esto es, en nuestra opinión, una señal indispensable de la obra del Espíritu; cuando la vida nueva penetra en el corazón, produce un hondo dolor interno como uno de sus primeros efectos. En nuestros días oímos de personas que reciben la curación antes de haber sido heridas, y se les lleva a la seguridad de la justificación sin haber llorado jamás su condenación; pero dudamos mucho del valor de tal curación y justificación. Estas novedades no están en consonancia con la verdad. Dios no viste a los hombres sin haberlos desnudado primero, ni los vivifica por medio del evangelio sin que antes sean muertos por la ley. Al ver a personas

## ¿Qué es ganar un alma?

que no hacen muestra alguna de convicción de pecado, podemos estar seguros de que el Espíritu Santo no ha obrado en ellas; porque «cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio». Cuando el Espíritu del Señor sopla sobre nosotros, marchita toda la gloria del hombre, que es como la flor de la hierba, para después manifestar una gloria más alta y duradera.

No se asombren si esta convicción de pecado es muy intensa y alarmante; mas, por otra parte, no censuren a aquellos en quienes es menos intensa, porque si se lamenta, se confiesa, se abandona y se aborrece el pecado, es fruto evidente del Espíritu. Gran parte del horror y de la incredulidad que acompañan a la convicción no proceden del Espíritu de Dios, sino que vienen de Satanás o de la naturaleza corrupta; con todo, debe haber convicción profunda y verdadera de pecado, y el predicador debe afanarse en producirla; porque donde no existe esta convicción no ha habido nuevo nacimiento.

(2) Fe en Cristo. Con igual certeza puede reconocerse la verdadera conversión por la manifestación de una *fe sencilla en Jesucristo*. No necesitan que les hable de esto, puesto que ustedes mismos están plenamente persuadidos de ello. Producir fe es el centro mismo del blanco al que apuntamos. Nunca tendrán la prueba de que han ganado un alma para Jesús ante sus ojos hasta que el pecador haya renegado de sí mismo y de sus propias obras, y se haya refugiado en Cristo. Es necesario tener mucho cuidado de que esta fe se deposite en Cristo para una salvación completa, y no solo parte de ella. Muchas personas creen que el Señor Jesús puede perdonar los pecados pasados, pero no pueden confiar en él para su perseverancia en el futuro. Sienten confianza en lo referente al pasado, pero no con respecto al futuro, aunque no se nos habla jamás en la Escritura de una división semejante de la salvación como obra de Cristo. O bien padeció por todos nuestros pecados, o por ninguno; o bien nos salva de una vez por todas, o no nos salva en modo

alguno. Su muerte no puede repetirse nunca, y lo cierto es que hay una expiación por el pecado futuro de los creyentes, pues de lo contrario estarían perdidos, ya que no se puede esperar otro acto de redención por los pecados que, con toda seguridad, cometerán en el futuro. Bendito sea su nombre, porque «de todo es justificado todo aquel que cree». La salvación por la gracia es salvación eterna. Los pecadores han de entregar sus almas a la custodia de Cristo para toda la eternidad; ¿de qué otro modo son salvos los hombres, si no es así?

Pero, según las enseñanzas de algunos, los creyentes son salvos solo en parte y, para lo demás, deben depender de sus esfuerzos futuros. ¿Es esto el evangelio? Estimo que no. La fe verdadera confía totalmente en Cristo para una salvación completa. ¿Es de extrañar que muchos convertidos apostaten cuando, en realidad, nunca se les enseña a depositar su fe en Jesús para la salvación eterna, sino solo para una conversión temporal? La presentación deficiente de Cristo engendra una fe deficiente; y, si esta desfallece en su propia torpeza, ¿a quién habremos de culpar? Lo que les ocurre se debe a la clase de fe que poseen: el predicador y el que tiene una fe parcial son ambos culpables del fracaso, cuando su confianza pobre y mutilada se derrumba. Quisiera insistir muy encarecidamente en esto, debido a lo corriente que es esta forma de creencia semilegalista. Debemos instar al trémulo pecador a que confíe, única y totalmente, en el Señor Jesús para siempre; de lo contrario entenderá que ha de comenzar por el Espíritu y perfeccionarse por la carne: andará por fe en lo que respecta a las cosas pasadas y por obras en cuanto a las futuras, y esto será funesto. El que tiene verdadera fe en Jesús recibe vida *eterna*, y ve en él la salvación perfecta, pues su sacrificio único ha santificado al pueblo de Dios una vez y para siempre.

El convencimiento de ser salvo, totalmente salvo en Cristo Jesús, no es, como algunos suponen, el origen de la seguridad carnal y el enemigo del celo santo, sino todo lo contrario. Que-

### *¿Qué es ganar un alma?*

da librado del temor que le da la preocupación por salvarse a sí mismo antes que salvarse *de* sí mismo. El hombre regenerado, inspirado por la gratitud santa hacia su Redentor, se vuelve capaz de manifestar la virtud, y se llena de celo por la gloria de Dios. Mientras el hombre tiembla por sentirse inseguro, dedica sus principales atenciones a su propio bienestar; pero, asentado firmemente sobre la Roca de los siglos, tiene tiempo y ánimo para entonar la nueva canción que el Señor ha puesto en sus labios; y entonces su salvación moral está completa, ya que ha dejado de ser el señor de su propia vida. No se queden satisfechos hasta que no vean en sus conversos pruebas claras de una fe convencida, sencilla y sincera en el Señor Jesús.

(3) Arrepentimiento. Junto con esta fe absoluta en Cristo Jesús es necesario que haya también un verdadero *arrepentimiento del pecado*. Arrepentimiento es una palabra anticuada, de escaso predicamento entre los predicadores modernos. «Sí —me dijo un día un ministro—, significa simplemente un cambio en la forma de pensar». Esto quiso ser una observación profunda. «Un simple cambio en la forma de pensar», ¡pero qué cambio! ¡Un cambio de pensamiento en cuanto a todo! Más que un cambio en la forma de pensar, considero necesario decir que es un cambio radical y profundo, un cambio de la mente misma. Pero, con independencia del significado literal de la palabra griega, el arrepentimiento es fundamental. No hallarán mejor definición que la que encontramos en el himno infantil:

*El arrepentimiento es renunciar  
al pecado que antes yo sabía amar,  
y es demostrar que todo queda atrás,  
por mi dolor, y nunca hacerlo más.*

La verdadera conversión va acompañada en todos los hombres de una conciencia del pecado, de la cual ya hemos habla-

do al tratar la convicción; de un dolor por el pecado o, dicho de otro modo, de una aflicción santa por haberlo cometido; de una aversión hacia el pecado que es prueba de que su dominio ha terminado; y de un alejamiento práctico del pecado, como prueba de que la nueva vida en el alma ya rige en la vida exterior. La fe y el arrepentimiento verdaderos son gemelos: sería vano pretender decir cuál nace primero. Todos los rayos de una rueda giran al unísono cuando la rueda se mueve, e igualmente todas las virtudes se ponen en acción cuando el Espíritu Santo obra la regeneración. No obstante, es imprescindible que se manifieste el arrepentimiento. Ningún pecador mira al Salvador con los ojos secos o con el corazón endurecido. Traten, pues, de quebrantar los corazones, de presentar la condenación ante las conciencias, y de apartar a las mentes del pecado; y no descansen hasta que toda la mente experimente un cambio profundo y vital con respecto al pecado.

(4) Cambio de vida. Otra prueba de que el alma ha sido ganada para Cristo la hallarán en un *cambio verdadero en la vida*. Si el hombre no vive de forma diferente a como vivía antes, en casa y en la calle, su arrepentimiento es falso y su conversión es ficticia. No solamente han de cambiar las acciones y el lenguaje, sino también el espíritu y el temperamento. «Pero —dirá alguno— la gracia se injerta a menudo en las planta silvestres». Ya lo sé; ¿pero cuál es el fruto del injerto? El fruto ha de compartir la naturaleza del injerto y no la del tronco original.

Dirá otro: «Tengo un genio terrible que a veces me domina. No obstante, mi ira se acaba pronto, y me siento muy arrepentido. Aunque no puedo controlarme, estoy completamente seguro de ser cristiano». No te apresures, amigo mío, o quizás te responda que estoy igualmente seguro de lo contrario. ¿De qué te sirve apaciguarte prontamente, si en breves momentos has herido a cuantos hay a tu alrededor? Si un hombre me apuña la en un arrebató de furor, no sanará mi herida el hecho de ver-

## ¿Qué es ganar un alma?

le lamentarse de su locura. El temperamento violento debe ser dominado; el hombre ha de ser renovado en su totalidad o, de otro modo, la conversión quedará puesta en duda. No tenemos por qué presentar ante nuestros oyentes una santidad adulterada y decir: «Todo te irá bien si tan solo alcanzas ese nivel».

Dice la Escritura: «El que practica el pecado es del diablo». Permanecer bajo el dominio de cualquier pecado conocido es señal de que somos esclavos del pecado, porque «sois esclavos de aquel a quien obedecéis».

Vanas son todas las jactancias del hombre que ama en su interior alguna transgresión. Sienta lo que sienta, y crea lo que crea, aún está en hiel de amargura y en prisión de maldad mientras haya un solo pecado que domine su corazón y su vida. La verdadera regeneración inculca aversión hacia todo mal; y, si hay complacencia en un solo pecado, las pruebas desmienten toda esperanza segura. Nadie necesita ingerir una docena de venenos para quitarse la vida; con uno solo basta.

Es necesario que exista armonía entre la vida y la profesión de fe. El cristiano profesa renunciar al pecado; y, si no lo hace así, hacerse pasar por tal es una impostura. Un borracho se acercó un día a un colega mío, y le dijo: «Señor, yo soy uno de sus convertidos». «Así me parece —replicó el perspicaz y juicioso predicador—, mío, pero no del Señor, pues de serlo no estaría borracho». A esta prueba práctica debemos remitir toda nuestra obra.

(5) Oración. Es necesario que veamos también en los convertidos *verdadera oración*, que es el hálito vital de la santidad. Si no hay oración, podemos estar completamente seguros de que el alma está muerta. No tenemos que instar a los hombres a que oren como si esta fuera la gran obligación del evangelio, y el único camino trazado para la salvación; nuestro mensaje principal es: «Cree en el Señor Jesucristo». Es muy fácil dar a la oración un lugar que no le corresponde, y hacer de ella una especie de obra por la cual hayan de vivir los hombres. Confío

en que pongan el mayor cuidado en evitar tal cosa. La fe es el gran don del evangelio; sin embargo, no hemos de olvidar que la fe verdadera siempre ora y, que cuando alguien profesa creer en el Señor Jesús y no clama a él diariamente, no nos atrevemos a creer en su fe o en su conversión. La prueba del Espíritu Santo que convenció a Ananías de la conversión de Pablo, no fue: «He aquí, él proclama a voces su gozo y sus sentimientos», sino: «He aquí, él ora», y aquella oración fue súplica y confesión sincera y transida de dolor. ¡Ojalá veamos esta prueba clara en todos aquellos que profesan ser convertidos!

(6) Obediencia. También ha de haber un *deseo de obedecer al Señor en todos sus mandamientos*. Es vergonzoso que un hombre profese ser discípulo y se niegue a conocer la voluntad de su Señor en determinados puntos, o se atreva a negarle obediencia al llegar a conocer dicha voluntad. ¿Cómo puede alguien ser discípulo de Cristo si vive en franca desobediencia a él?

Si alguien profesa ser convertido y declara abierta y claramente que conoce la voluntad de su Señor, pero que no piensa hacerle caso, no deben consentir en su presunción, sino decirle sin rodeos que no es salvo. ¿No ha dicho el Señor: «El que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo»? Los errores con respecto al conocimiento de la voluntad del Señor han de ser corregidos afectuosamente, pero todo cuanto sea desobediencia deliberada es funesto; tolerarla sería traicionar a aquel que nos envió. Jesús ha de ser recibido como Rey además de sacerdote; y aquel que titubea en lo tocante a este particular, carece del fundamento mismo de la santidad. Dice el himno:

*La fe obedece a su Dios soberano,  
por más que la gracia le dio libertad;  
pues Dios que perdona es tres veces santo  
y aún tiene celo de su santidad.*

## *¿Qué es ganar un alma?*

Como ven, hermanos, las señales que confirman que un alma ha sido ganada no son, ni mucho menos, naderías; y la obra que se debe llevar a cabo antes de que estas señales tengan lugar no es cosa banal. El ganador de almas no puede hacer nada sin Dios. Es necesario que se arroje en los brazos del Invisible, o será el hazmerreír del diablo, el cual contempla con sumo desdén a todo el que piensa subyugar la naturaleza humana con simples palabras y argumentos. A todos los que esperan triunfar en esta tarea por sus propias fuerzas, podríamos dirigirles las palabras del Señor a Job: «¿Sacarás tú al leviatán con anzuelo, o con cuerda que le echés en su lengua? ¿Jugarás con él como con un pájaro, o lo atarás para tus niñas? Pon tu mano sobre él; te acordarás de la batalla, y nunca más volverás. He aquí que la esperanza acerca de él será burlada, porque aun a su sola vista se desmayarán». Nuestra fuerza y nuestro gozo radican en depender de Dios: prosigamos en esta dependencia, y procuremos ganar almas para él.

### **ALMAS NO GANADAS**

Ahora bien, en el curso de nuestro ministerio, tendremos muchos fracasos en esta labor de ganar almas. Hay muchos pájaros a los cuales he creído tener atrapados; hasta he llegado a ponerles la mano encima, pero se han ido volando a pesar de todo. Recuerdo a un hombre, a quien llamaré Alberto Temerario, que era el terror del pueblo en que vivía. Estallaron en la región muchos incendios, que los habitantes del lugar atribuían en su mayoría a nuestro hombre. A veces permanecía borracho durante dos o tres semanas seguidas, y después pataleaba y bramaba como un loco. Aquel hombre vino a oírme; aún recuerdo la sensación que llenó la pequeña capilla cuando entró por sus puertas. Se sentó en un banco y se enamoró de mi predicación. Creo que esa fue la única conversión que experimentó, pero profesó sin más haber sido convertido. Aparentemente, había sentido un auténtico arrepentimiento y, por lo vis-

to, empezó a llevar una vida muy cambiada; abandonó sus borracheras y sus blasfemias, y en muchos aspectos vino a ser un individuo ejemplar.

Recuerdo haberlo visto una vez remolcando una barcaza, con casi cien personas a bordo, a las cuales quería llevar hasta el lugar donde yo iba a predicar; y se gloriaba en el trabajo, y cantaba feliz y gozoso como los demás. Si alguien decía una sola palabra contra el Señor o su siervo, no vacilaba ni un momento en derribarlo de un puñetazo. Aún antes de mi salida de ese distrito, temía que no hubiera en él una verdadera obra de gracia; aquel hombre era como un piel roja salvaje. He oído de él que tomaba un pájaro, lo desplumaba y se lo comía crudo. Esta no es la manera de ser de un cristiano, y estas no son cosas agradables ni de buen nombre. Después que me hube retirado de aquel lugar, pregunté por él, y no oí nada bueno; el espíritu que había conservado su apariencia justa se había esfumado, y se volvió peor que antes, si tal cosa fuera posible; ciertamente no mejoró, y ya era un caso completamente perdido.

Mi obra no resistió la prueba del fuego; ya ven ustedes, cuando la persona que tenía influencia sobre el hombre se hubo marchado, no resistió ni la más mínima tentación. Cuando se van del pueblo o la ciudad donde han estado predicando, es muy probable que alguno de los que iban bien, vuelva atrás. Les tenían afecto, y sus palabras ejercían sobre ellos una especie de influencia hipnótica; mas cuando se hayan alejado de ellos, el perro volverá a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno. No se apresuren a contar los presuntos convertidos; no los introduzcan en la iglesia con demasiada prontitud; no se ufanen demasiado del entusiasmo que ostentan si este no va acompañado de cierta delicadeza y ternura, que muestran que el Espíritu Santo ha obrado verdaderamente en ellos.

Recuerdo otro caso completamente distinto. A esta persona la llamaremos la señorita María Vacía; pues era una joven que

## *¿Qué es ganar un alma?*

no había sido dotada de muchas luces. Sin embargo, por vivir en la misma casa con varias jóvenes cristianas, profesó haberse convertido. Cuando hablé con ella, parecía estar llena de cuantas cualidades pueden desearse. Pensé en presentarla a la iglesia; pero pareció conveniente ponerla a prueba por un tiempo. Después de una temporada dejó a las compañeras del lugar en que había vivido, y se marchó a un lugar donde poco se podía hacer para ayudarla. No volví a saber de ella más que dedicaba todo su tiempo a vestirse elegantemente y a frecuentar frívolas compañías. Este es un ejemplo de quienes no tienen la cabeza muy bien amueblada; y, si la gracia de Dios no ocupa el espacio vacío, vuelven muy pronto al mundo.

He conocido también a varios como un joven a quien llamaré Carlos Capaz: individuos insólitamente capaces para cualquier menester, muy duchos en simular la religión, cuando se aficionan a ella. Oran con soltura; tratan de predicar, y lo hacen muy bien; todo lo hacen de improviso; es tan fácil como beber un vaso de agua. No se apresuren a introducir a los tales en la iglesia; no han conocido la humillación por causa del pecado, ni quebrantamiento de corazón, ni han experimentado la gracia divina. Exclaman: «¡No hay problema!», y se van; pero comprobarán que nunca les compensarán la labor y la preocupación por ellos. Podrán emplear el lenguaje del pueblo de Dios como el mejor de sus santos; hasta hablarán de sus dudas y sus temores, y tendrán una experiencia profunda en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, sobrevaloran su inteligencia y ocasionan un daño tremendo al hacerse miembros de la iglesia; así, pues, hagan lo posible por mantenerlos fuera de ella.

Pablo Palabrero fue un tipo que recuerdo como uno que hablaba con la mayor santurronería. ¡Cuán astutamente sabía hacerse el piadoso, metiéndose entre nuestros jóvenes e induciéndoles a toda clase de pecado e iniquidad! ¡Y todavía venía a visitarme para pasar media hora en conversación espiritual! Un canalla abominable, este vivía descaradamente en pecado al

mismo tiempo que trataba de acercarse a la mesa del Señor y participar en toda nuestra actividad, ansioso de ser el primero en toda buena obra. ¡Alerta, hermanos! Vendrán con su dinero por delante, como el pez de Pedro con la moneda en la boca; ¡y qué útiles les serán en la obra! ¡Hablan con tanta suavidad, son caballeros tan correctos! Sí, creo que Judas era un tipo parecido, muy inteligente a la hora de engañar a cuantos le rodeaban. Debemos tratar por todos los medios de impedir que tales personas entren en la iglesia.

Al terminar un culto, es posible que se digan: «¡Qué buena pesca!». No se precipiten. Recuerden las palabras de nuestro Salvador: «El Reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera». No cuenten los peces antes de que estén asados, ni numeren los convertidos antes de haberlos probado y examinado. Puede que este proceso ralentice algo su obra; pero, de esta forma, hermanos, será segura. Trabajen bien y de modo constante, para que los que hayan de venir después de ustedes no tengan que decir que les ha costado a ellos más trabajo limpiar la iglesia de aquellos que nunca debieron haber entrado, que a ustedes introducirlos.

Si Dios les permite añadir tres mil ladrillos a su templo espiritual en un solo día, pueden hacerlo; mas Pedro ha sido el único albañil hasta ahora que ha llevado a cabo tamaña proeza. No pinten la pared de madera como si fuera piedra sólida, sino sea toda su construcción maciza, duradera y auténtica, porque solamente esta clase de obra es digna de hacerse. Que toda su edificación para Dios sea como la del apóstol Pablo: «Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima: pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si alguno edificare sobre este fundamento oro, plata, piedras

*¿Qué es ganar un alma?*

preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno será manifiesta; porque el día la declarará; pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego».

## 2: REQUISITOS PARA GANAR ALMAS: CON RESPECTO A DIOS

Nuestra ocupación principal, hermanos, es ganar almas. Tal como el herrero, necesitamos saber muchas cosas; pero, al igual que a este le es preciso entender de caballos, y saber hacer las herraduras, así también a nosotros debemos entender de almas, y saber ganarlas para Dios. La parte del asunto de la que les hablaré a continuación versará acerca de los requisitos para ganar almas, limitándome a un aspecto de estos requisitos, a saber: los que tienen relación con DIOS, y procuraré tratar el tema de forma razonada, rogándoles que juzguen por sí mismos cuáles serían los requisitos que Dios buscaría habitualmente en sus siervos, es decir, cuáles serían los que él aprobaría y utilizaría con toda certidumbre.

Sabrán que todo artesano, si es prudente, utiliza instrumentos apropiados para el fin que se propone conseguir. Hay artistas que nunca han podido sacar música con otro violín que no fuera el suyo; hay otros que no han podido pintar de no ser con su pincel y su paleta favoritos; y, ciertamente, el gran Dios, el más poderoso de todos los artífices, desea emplear, en su obra artística de ganar almas, sus propios instrumentos especiales.

En la antigua creación, no utilizó sino sus propios instrumentos: él dijo y fue hecho; y, en la nueva creación, el medio eficaz sigue siendo su poderosa palabra. Él habla por medio del ministerio de sus siervos y, por esta razón, estos deben ser portavoces idóneos para que Dios hable por ellos, instrumentos adecuados para que los utilice a efectos de comunicar su Palabra a los oídos y a los corazones de los hombres. Juzguen, pues, hermanos míos, si Dios les va a utilizar; pónganse a sí mismos en su lugar, y piensen qué clase de hombres serían los que con más confianza emplearían si estuviesen en el caso del Altísimo.

(1) Santidad. Estoy seguro de que, antes que nada, dirían que, *si un hombre ha de ser ganador de almas, debe poseer un carácter santo*. ¡Ay! ¡Cuán pocos de los que pretenden predicar tienen esto suficientemente en cuenta! Si lo hicieran, se darían cuenta inmediatamente de que el Eterno no utilizará nunca instrumentos sucios, que Jehová, tres veces santo, únicamente elegirá instrumentos santos para llevar a cabo su obra. Ningún hombre inteligente echa vino nuevo en odres viejos; ningún padre bueno y amante permitirá a sus hijos a presenciar una obra de teatro inmoral; y Dios no trabajará con instrumentos que comprometan su propio carácter. Pongamos el caso de que Dios utilizara a los hombres por el mero hecho de ser inteligentes, sin reparo en su carácter o en su conducta; supongamos, además, que pudieran ejecutar bien la obra de Dios valiéndose igualmente de artimañas y falsedades que de honradez y rectitud, ¿habría alguna persona de buen criterio que no quedara escandalizada?

Sin embargo, las cosas no son así hermanos míos.

En nuestra época hay muchos que nos dicen que el teatro es una gran escuela moral. ¡Extraña escuela ha de ser aquella donde los maestros no aprenden sus propias lecciones! En la escuela de Dios, los maestros tienen que ser expertos en el arte de la santidad. Si con nuestros labios enseñamos una cosa, y con nuestras vidas otra distinta, los que nos oigan dirán: «Médico,

cúrate a ti mismo». Tú dices: «Arrepiéntanse», ¿pero dónde está tu propio arrepentimiento? Dices: «Sirvan a Dios y obedezcan su voluntad», ¿y tú le sirves?; ¿obedeces su voluntad? Un ministro que no fuera santo sería el hazmerreír del mundo, y una deshonra para Dios. «Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová». Dios puede hablar por boca del necio, con tal que sea santo. No quiero decir, desde luego, que Dios escoja a los necios para ejercer su ministerio; pero, si un nombre es verdaderamente santo, aunque esté poco preparado, será un instrumento más apropiado en las manos de Dios que otro que luzca tremenda habilidad y no sea obediente a la voluntad divina, ni puro y limpio delante del Señor Dios Todopoderoso.

Les ruego, mis queridos hermanos, que otorguen la máxima importancia a su santidad personal. Conságrense a Dios. Si no lo hacen, el Señor no estará a su lado; dirá de ustedes lo que dijo de los falsos profetas de antaño: «Yo no los envié, ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo, dice Jehová». Podrás predicar sermones magníficos, pero si tú mismo no eres santo, no se salvará alma alguna. Y lo más probable es que no adviertas que tu falta de santidad es la razón de tu fracaso; culparás a los demás, culparás a la época en que vives, le echarás la culpa a todo menos a ti mismo; pero ahí es donde radicará todo el mal. ¿Acaso no conocemos a hombres de gran capacidad y talento cuyas iglesias siguen sin aumentar durante años y años? La razón está en que no viven delante de Dios como debieran. A veces, el mal se encuentra en la familia del ministro; sus hijos y sus hijas son rebeldes contra Dios. Les tolera un lenguaje impropio y soez, y sus reproches no pasan de la indulgente pregunta de Elí a sus malvados hijos: «¿Por qué hacéis cosas semejantes?». Otras veces el ministro es mundano, ambicioso en términos materiales y negligente en su trabajo. Estas cosas no están en consonancia con la mente de Dios, y no bendecirá a tales personas.

Una vez oí predicar a Jorge Müller en Menton. Su mensaje

fue parecido a esos que dirige a la escuela dominical un maestro cualquiera y, sin embargo, nunca había oído un sermón que me hiciera tanto bien, y que fuera de tanto provecho para mi alma. Fue la personalidad de Jorge Müller la que hizo aquel sermón tan provechoso, aunque en un sentido nada hubo en ello de Jorge Müller; porque no predicó a sí mismo, sino al Señor Jesucristo. Su personalidad solo estuvo presente en calidad de testigo de la verdad, pero dio su testimonio de tal manera que no se podía más que decir: «Ese hombre no solo predica lo que cree, sino también lo que vive». En cada palabra que pronunció, su gloriosa vida de fe parecía llegar tanto al oído como al corazón. Me encantó sentarme a sus pies, y no porque hubiera en sus palabras novedad alguna ni potencia de ideas. El poder del predicador derivó de su santidad; y podemos estar seguros de que, si Dios nos ha de bendecir, nuestro poder tendrá que nacer de esta misma fuente.

Esta santidad ha de manifestarse en la comunión con Dios. Si un hombre predica su propio mensaje, este tendrá el poder que le preste su propio carácter; pero, si se trata de la declaración del mensaje de su Maestro, recibido de labios de su Maestro, la cosa será muy distinta; y, si además ha podido cobrar algo del espíritu de su Maestro mientras él le miraba y le entregaba el mensaje, y si le es posible reflejar la expresión del rostro de su Maestro y el tono de su voz, la cosa cambiará por completo. Lean las memorias de Murray M'Cheyne, léanlas en su totalidad; no puedo hacerles mayor favor que recomendarles esta lectura; no hallarán gran profusión de pensamientos nuevos, no hay en ellas nada de particular ni que llame la atención, pero leerlas les será de gran provecho porque comprobarán que se trata de la historia de un hombre que anduvo con Dios. El evangelista Moody no habría hablado con semejante fuerza si no hubiera llevado una vida de comunión con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. El mayor poder del sermón depende de lo que le antecede. Deben prepararse para el culto me-

diante la comunión privada con Dios, y la verdadera santidad de carácter.

(2) Espiritualidad. Todos estarán de acuerdo en que, si alguien ha de ser utilizado como ganador de almas, debe *poseer vida espiritual en alto grado*. Es que nuestra labor, hermanos, bajo la mano de Dios, es comunicar vida a otros. Bueno sería imitar a Eliseo cuando se tendió sobre el niño muerto y le devolvió la vida. El báculo del profeta no bastó, porque no tenía vida; la vida ha de transmitirse a través de un instrumento viviente, y el hombre que haya de infundir la vida ha de poseerla en abundancia. Recuerden las palabras de Cristo: «El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva». Quiere decir que cuando el Espíritu Santo hace su morada en el interior de un hijo viviente de Dios, luego brotará de su ser como fuentes o ríos para que otros puedan venir y participar de la influencia benigna del Espíritu. No creo que haya entre ustedes ninguno que desee ser un ministro muerto. Dios no utilizará instrumentos muertos para obrar milagros vivos; tiene que disponer de hombres vivos, completamente vivos.

Sin embargo, hay muchos que están vivos, pero no lo están del todo. Recuerdo haber contemplado una vez un cuadro de la resurrección, uno de los más singulares que he visto jamás. El artista había intentado retratar el momento en que la resurrección aún estaba en curso: había algunos que estaban vivos hasta la cintura, otros que tenían un brazo vivo, y otros más tenían viva solamente parte de la cabeza. Esto es muy corriente en nuestros días. Hay quienes están vivos solamente a medias; unos tienen la mandíbula viva, pero su corazón está muerto; otros poseen un corazón palpitante, mas su cerebro está muerto; algunos tienen vivos los órganos de la visión, puesto que pueden ver las cosas con diáfana claridad, pero sus corazones carecen de vida; así, pueden detallar a la perfección cuanto ven, pero no hay en ellos el calor del amor. Hay algunos ministros

que son mitad ángel y mitad... bueno, digamos... gusanos. Es un contraste horrible, pero muy frecuente.

¿Hay aquí alguno de estos? Predican bien y, si a uno se le oye hablar, se dice: «Ese sí que es bueno». Uno cree que es una gran persona; oye decir que va a comer a casa de tal fulano, y uno desearía ir allí también para oír las palabras llenas de gracia que fluirán de sus labios; pero cuando lo contemplas, ahí salen... ¡gusanos! Parecía un ángel en el púlpito; mas ahora vienen los gusanos. Sucede esto con frecuencia cuando no debiera ser así nunca. Si de verdad deseamos dar testimonio de Dios, debemos ser todo ángel, y nada de gusanos. ¡Dios nos libre de estar semimuertos! ¡Que estemos completamente vivos de la cabeza a los pies! Conozco a algunos ministros así. Con ellos, es imposible mantener trato alguno sin sentir el poder de la vida espiritual que les llena. No solamente cuando hablan acerca de cuestiones religiosas, sino aun en lo tocante a los asuntos cotidianos uno percibe claramente que hay en ellos algo indicativo de que están totalmente vivos para Dios. Dios utilizará a estos para vivificar a otros.

(3) Humildad. Supongamos ahora que pudieran ser ensalzados hasta ocupar el lugar de Dios, ¿no creen que utilizarían al hombre que no tuviera alto concepto de sí mismo, al *hombre de espíritu humilde*? ¿Cabe pensar que, si viesen a un individuo orgulloso, lo escogieran como siervo? Lo cierto es que Dios tiene predilección por los humildes. «Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados». Dios aborrece el orgullo; y, cuando ve al altivo y arrogante, le pasa de largo; pero, cuando encuentra al humilde de corazón, se goza en exaltarle. Y el Señor se deleita especialmente en la humildad de sus ministros. Es algo horrendo ver a un ministro orgulloso. Hay pocas cosas que alegren al diablo en sus andanzas más que es-

ta. Esto le encanta, y dice para sus adentros: «Aquí están todos los ingredientes para una gran caída dentro de poco».

Algunos ministros manifiestan su orgullo en su manera de hablar en el púlpito; es imposible olvidar jamás su modo de anunciar su texto favorito: «Soy yo; no teman». Otros, en su vestimenta, en la necia vanidad de su atuendo; o bien en su conversación corriente, al exagerar los defectos de los demás y dilatarse en sus propias excelencias extraordinarias. Hay dos clases de orgullosos, y a veces cuesta decir cuál de las dos es peor. En primer lugar, están los que andan llenos de esa vanidad que les hace hablar de sí mismos, y esperar que otros lo hagan también, y les den palmaditas en la espalda y les adulen. Levantan la cresta y se pavonean como quien dice: «Felicítenme, por favor, deseo sus aplausos», como el niño que va a cada uno en la sala, y dice: «¿Verdad que es bonito mi traje nuevo?». Estoy seguro de que han conocido a algunos de estos señoritos; yo, por mi parte, me he encontrado con muchos.

La otra clase de orgulloso es demasiado elevada para preocuparse por estas bajezas. Estos desprecian tanto a los demás que no se dignan siquiera en desear sus alabanzas. Están tan sumamente pagados de sí mismos que no condescienden a pensar en qué opinan de ellos los demás. A veces creo que esta es la clase de orgullo más peligrosa para la vida espiritual, pero es con mucho el más respetable de los dos. Después de todo, hay algo muy noble en ser demasiado orgulloso para ser orgulloso. Si, por desgracia, uno de estos grandes burros les viene rebuznando, no sean tan burros como para hacerles caso. Pero esta otra pobre alma dice: «Toda alabanza tiene su valor, con independencia de quien la profiera», y ceba sus trampas de ratones para cazar pequeños roedores de alabanza con que desayunarse; ya que, para estas cosas, tiene enorme apetito. Hermanos, desháganse de ambas clases de orgullo, si de ellas tienen algo. Tanto el orgullo del tipo pigmeo como el del ogro son abominación a los ojos del Señor. No olviden nunca que son discípu-

los de aquel que dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón».

Ser humilde no es tenerse a uno mismo en baja estima. Si alguien se tiene poca estima, es muy posible que no esté equivocado. He conocido a algunos cuya estimación de su propio valor, según sus propias palabras, era en efecto muy pobre. Tenían en tan poco su capacidad que nunca se atrevieron a hacer el bien; decían que no tenían confianza en sí mismos. He sabido de hombres tan maravillosamente humildes que siempre han escogido para sí un lugar fácil; eran demasiado humildes para hacer cualquier cosa que implicara la más mínima responsabilidad. Llamaban a eso humildad, pero creo que sería más apropiado describirlo como un «perverso amor al ocio». La verdadera humildad nos lleva a tener una opinión justa de nosotros mismos, a pensar la verdad de uno mismo.

En la tarea de ganar almas, la humildad nos hace sentir que no somos nada ni nadie, y que, si Dios nos da éxito en la empresa, estaremos obligados a atribuir a él toda la gloria, porque ningún mérito podría pertenecernos a nosotros legítimamente. Si no hay éxito, la humildad nos llevará a culpar nuestra propia necedad e ineptitud, no la soberanía de Dios. ¿Por qué habría de dar Dios bendiciones y dejar que el hombre se llevara la gloria? La gloria de la salvación de las almas le corresponde a él, y solamente a él. Así, pues, ¿por qué habrían de intentar usurparla? Ya saben cuántos hay que intentan hurtar de esa forma. Estos dicen: «Cuando prediqué en tal o cual lugar, quince personas vinieron a verme al concluir el culto para agradecerme el sermón que les había dirigido». ¡Maldito seas tú y tu bonito sermón! Podría haber empleado palabras más fuertes aún, porque realmente eres digno de censura toda vez que tomas para ti el honor que corresponde solamente a Dios.

Recordarán la historia del joven príncipe que penetró en la cámara donde creía se hallaba durmiendo su moribundo padre, y se probó la corona para ver si le venía bien. El rey, que le es-

taba observando, le dijo: «Espera un rato, hijo mío, espera que me muera primero». Así, cuando se sientan inclinados a ponerse la corona de gloria, imagínense que oyen la voz de Dios que les dice: «Espera a que yo muera antes de probarte mi corona». Y, como esto no ocurrirá jamás, mejor no meter la mano sino dejar la corona para que la lleve aquel a quien pertenece legítimamente. Sea nuestro cántico: «No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria; por tu misericordia y por tu verdad».

Por no haber sido humildes, algunos han quedado despojados de su ministerio, puesto que el Señor no utilizará a quienes no le atribuyen a él toda la gloria. La humildad es uno de los principales requisitos para ser útil a Dios; muchos han sido borrados de la lista de hombres útiles por haberse elevado en el pedestal del orgullo, y cayendo así caído en las redes del diablo. Quizás piensen que, por el hecho de ser solamente pobres estudiantes, no hay temor de que caigan en este pecado; al contrario, es muy posible por esa misma razón que haya más peligro para algunos de ustedes, si Dios les bendice y les otorga una posición destacada. Quien se ha criado en un círculo social bueno no nota tanto el cambio cuando alcanza una posición que para otros sería muy elevada. Siempre he creído que, con ciertas personas que podría citar, se ha cometido un grave error. En cuanto se convirtieron, se les sacó de su esfera anterior y se les colocó frente al mundo como predicadores populares. Es una lástima que muchos hicieran de ellos reyezuelos, preparando así el camino para su caída, pues no pudieron soportar tan repentino cambio. Mejor hubiera sido que sufrieran el antagonismo de todo el mundo, y se les mortificara durante diez o veinte años, porque esto les hubiera librado probablemente de mucha tristeza posterior. Siempre doy gracias a Dios por el duro trato que, de toda clase de personas, recibí al principio de mi ministerio. En cuanto hacía algo bueno, se me echaban encima como una jauría. No tenía tiempo de vanagloriarme de lo que

había hecho porque estos me estaban gritando y vociferando continuamente. Si hubiera sido alzado y colocado de golpe en el lugar que ahora ocupó, probablemente hubiese caído con la misma rapidez.

Cuando salgan de esta escuela, les hará bien ser tratados como lo fui yo. Si tienen mucho éxito, se elevarán hasta las estrellas, a menos que Dios permita que sean afligidos de una u otra forma. Si alguna vez se sienten tentados a decir: «No es esta la gran Babilonia que yo edificué», acuérdense de cuando Nabucodonosor fue «echado de entre los hombres y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del Cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila y sus uñas como las de las aves». Dios dispone de muchos medios para abatir a los Nabucodonosores, y también puede humillarles fácilmente si alguna vez se elevan en alas de vanidad. Este punto sobre la necesidad de humildad profunda en el ganador de almas no necesita de pruebas; fácilmente puede verse que Dios no está dispuesto a bendecir a ningún hombre que no sea verdaderamente humilde.

(4) Fe. El siguiente requisito indispensable para tener éxito en la obra del Señor, es una *fe viva*. Esta es de vital importancia. Ya saben, hermanos, que el Señor Jesucristo no pudo hacer muchos milagros en su propia tierra a causa de la incredulidad de sus compatriotas; y, de la misma forma, cabe decir que en nuestra época hay hombres iguales que ellos con los que Dios no puede obrar maravillas por causa de *su* falta de fe. Si no creen, tampoco Dios los utilizará. «Conforme a vuestra fe os sea hecho», es una de las inalterables leyes de su Reino. «Si tuviera fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: ‘Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible’». Sin embargo, si es necesario preguntar: «¿Qué es de vuestra fe?», no moverán montañas, y ni siquiera el más pequeño árbol podrá ser arrancado de su sitio.

Deben tener fe, hermanos míos, en cuanto a su llamamien-

to al ministerio; deben creer sin lugar a dudas que son elegidos de Dios para ser ministros del evangelio de Cristo. Si creen firmemente que Dios les ha llamado para predicar el evangelio, lo predicarán con confianza y denuedo; y sentirán que se dedican a su tarea porque están acreditados a hacerla. Si piensan que posiblemente no son más que intrusos, no harán nada de provecho; serán simplemente unos pobres predicadores, tímidos y apocados, faltos de convicción y de confianza en sí mismos y con un mensaje que nadie tendrá en cuenta. Mejor será que no empiecen a predicar hasta no estar completamente seguros de que Dios les ha llamado a la obra.

Un hombre me escribió una vez preguntándome si debía o no predicar. Cuando yo no sé qué responder a alguien, procuro siempre dar una respuesta la más prudente que pueda. En consecuencia, respondí a aquel hombre: «Estimado amigo: si el Señor le ha abierto la boca, el diablo no la podrá cerrar; pero si es el diablo quien la ha abierto, ¡ojalá se la cierre el Señor!». Seis meses después, me encontré con él y me dio las gracias por mi carta, la cual según dijo, le sirvió de acicate para seguir predicando. Le pregunté cómo había sido eso, y me respondió: «Usted dijo que si el Señor me había abierto la boca, el diablo no podría cerrarla». Le respondí que así era en efecto, pero que también le había presentado la otra cara de la moneda.

«¡Oh! —afirmó rápidamente—, esa parte no tenía nada que ver conmigo». Siempre podremos encontrar oráculos que confirmen nuestras propias ideas, con tal de saber interpretarlas. Si tienen verdadera fe en su vocación, estarán dispuestos, como Lutero, a predicar el evangelio aunque se encuentren en las fauces del leviatán o entre sus enormes dientes.

Deben creer también que el mensaje que han de transmitir es la Palabra de Dios. Preferiría que creyesen genuinamente media docena de verdades, antes que un centenar de ellas a medias. Si su mano no tiene capacidad para abarcar mucho, agarran firmemente lo que puedan, puesto que, si en una huida

### *Requisitos para ganar almas: con respecto a Dios*

precipitada solo pudiéramos llevar con nosotros tanto oro como pudiésemos agarrar de un montón, de nada serviría poseer una gran bolsa; saldría mejor parado el que apretara firmemente en el puño todo cuanto pudiera retener sin soltarlo. A veces haríamos bien en imitar al muchacho de la vieja fábula; aquel que metió la mano en una vasija de cuello estrecho, y agarró tantas nueces que no pudo sacar nada, hasta no soltar la mitad.

Así debemos hacer nosotros; no podremos abarcarlo todo; es imposible porque nuestra mano no es lo suficientemente grande; pero lo que buenamente podemos prender, apretémoslo bien.

Crean firmemente en aquello que creen, pues de otra forma nunca persuadirán a nadie más a creerlo. Si predicán de una manera similar a esta: «Parece que esto es verdad y, como soy joven, les solicito su amable atención para que escuchen lo que voy a decir; se trata simplemente de una sugerencia», etc., si es este su estilo, sepan que esa es la modalidad más segura de fomentar la duda. Preferiría oírles decir: «Aunque soy joven, cuanto tengo que decir proviene de Dios, y la Palabra de Dios dice esto y lo otro y aquello; ahí lo tienen, y han de creer cuanto dice Dios, o de otro modo estarán perdidos». Los que oigan dirán: «Ese joven cree ciertamente en algo»; y es muy probable que algunos sean llevados a creerlo también. Dios utiliza la fe de sus ministros para engendrar la fe en otras personas. Pueden estar seguros de que el predicador que duda no convence a nadie, y que un sermón de sus dudas e interrogantes nunca podrá hacer que un alma se decida a acudir a Cristo. Deben tener gran fe en la Palabra de Dios si quieren ganar las almas de quienes la oyen.

También deben creer en el poder de este mensaje para salvar. Seguramente, conocerán la historia de uno de nuestros primeros estudiantes, el cual vino a mí y me dijo: «Hasta ahora, después de haber predicado durante algunos meses, no creo ha-

ber tenido ni una sola conversión». Yo le respondí: «¿Y tú crees que el Señor va a bendecirte y salvar almas cada vez que abras la boca?». «No», respondió. «Pues bien —le dije—, esa es la razón de que no tengas conversiones. Si hubieses creído, el Señor te habría concedido la bendición». Lo atrapé fácilmente, pero muchos otros hubieran respondido de la misma manera que él. Creen tímidamente que quizás, por algún método extraño y misterioso, Dios ganará la cuarta parte de un alma en uno de cada cien sermones. Apenas tienen fe suficiente para mantenerse en pie en el púlpito; ¿cómo pueden esperar que Dios les bendiga? A mí me gusta ir al púlpito pensando: «Es la Palabra de Dios la que voy a anunciar en su nombre; no puede volver a él vacía porque he rogado que la bendiga y se ha comprometido a hacerlo; sus propósitos serán cumplidos, ya sea mi mensaje olor de vida para vida, u olor de muerte para muerte a los que lo oyen».

Ahora bien, si es esta la idea que tienen, ¿cómo reaccionarán si no se salvan las almas? Pues convocarán reuniones especiales de oración para intentar saber por qué sus oyentes no acuden a Cristo; tendrán entrevistas personales con los interesados y preocupados; les recibirán con jovialidad, para que vean que están esperando bendiciones; pero, al mismo tiempo, les harán saber que estarán terriblemente preocupados a no ser que el Señor les dé conversiones. Y, sin embargo, ¿qué ocurre en muchos lugares? Nadie ora con respecto a este problema, no hay reuniones para clamar a Dios por la bendición, el ministro nunca alienta a la congregación para que le hablen de la obra de gracia en sus almas. De cierto les digo, ya tiene su recompensa; tiene cuanto pidió, recibe lo que esperaba, su Maestro le da su denario, y nada más. El mandamiento es: «Abre tu boca, y yo la llenaré», y hemos aquí sentados, con los labios cerrados, esperando alguna bendición. Hermano, abre la boca, con toda esperanza y con fe firme, y de acuerdo con tu fe te será hecho.

Ahí tenemos la cuestión esencial: si pretenden ganar almas,

han de creer en Dios y en su evangelio. Pueden prescindir de otras cosas, pero jamás de la fe. Es cierto que Dios no siempre mide su misericordia por nuestra incredulidad, porque no solo ha de pensar en nosotros, sino también en los demás; pero, mirándolo con sentido común, es evidente que el que tiene más probabilidades de ser tomado como instrumento para hacer la obra de Dios es aquel que confía en que él lo utilizará, y que sale a trabajar con el valor de esa convicción. Este hombre, cuando llega el éxito, no se extraña, porque lo esperaba. Sembró semilla viviente, y esperaba recoger cosecha; echó el pan sobre las aguas y busca y vigila hasta que lo halle de nuevo.

(5) Fervor. Además, para que el hombre triunfe en su ministerio y gane muchas almas, debe caracterizarse por un *profundo fervor*. ¿No conocemos a muchos que predicán de una forma tan seca que sería muy raro que persona alguna se sienta afectada por lo que dicen? Una vez oí a uno de esos que rogaba al Señor que bendijera, para conversión de los pecadores, el sermón que estaba a punto de pronunciar. No deseo limitar la omnipotencia, pero no creo que Dios pudiera bendecir para ningún pecador el sermón que se predicó aquel día, a menos que hiciera que el oyente entendiera al revés cuanto dijo el ministro. Fue uno de esos «sermones de atizador reluciente», como yo los llamo. Saben que hay atizadores que se guardan en la sala únicamente como adorno, pero que nunca se utilizan. Si alguien tratara de emplearlo para atizar el fuego, no se ganaría más que una buena reprimenda de la señora de la casa. Estos sermones se parecen exactamente a esos atizadores bien bruñidos, relucientes y fríos; parece que tuvieran una posible aplicación para los habitantes de otros planetas, pues lo cierto es que ninguna tienen para nadie de este mundo. Nadie sabe qué beneficio podrían reportar tales discursos; en lo que a mí concierne, estoy seguro que no hay en ellos poder suficiente para matar una cucaracha o una araña y, menos aún, para devolver la vida a un alma muerta. Si algún pobre pecador acude a oír-

los con la esperanza de obtener la salvación, es más probable que el ministro, lejos de indicarle el camino al Cielo, le impida encontrarlo jamás.

Es cierto que pueden hacer que los hombres entiendan la verdad, si en realidad así lo desean; pero si no son fervientes, no es nada probable que ellos lo sean tampoco. Si un hombre llamara a mi puerta a media noche y, cuando yo sacara la cabeza por la ventana para ver qué pasaba, me dijera en un tono quedo e indiferente que había fuego en el patio trasero de mi casa, no lo creería, y más bien me entrarían ganas de echarle un jarro de agua encima. Si estuviera dando un paseo y alguien se me acercara y me dijera en tono jovial: «Buenas tardes, ¿sabe usted que me estoy muriendo de hambre? No se imagina usted el tiempo que hace que no pruebo alimento», yo le respondería: «Amigo mío, me parece que se lo toma usted con mucha calma; no creo que tenga mucha necesidad, o de otro modo no hablaría de ello tan serenamente».

Algunos parecen predicar de esta forma: «Queridos amigos, hoy es domingo; así, pues, aquí estoy yo; me he pasado toda la semana en mi despacho y ahora espero que escuchen lo que tengo que decirles. No creo que se trate de nada que pueda interesarles de modo especial, aunque sí podría ser de interés para los habitantes de otro planeta, pero tengo entendido que algunos de ustedes están en peligro de ir a cierto sitio que no quiero nombrar, pero he oído decir que no es un lugar agradable ni siquiera para pasar una temporada. Concretamente, desearía predicarles acerca de una cuestión relativa a Jesucristo que, de un modo u otro, podría tener algo que ver con la salvación; y, si demuestran algo de interés, es posible que..., etc., etc.». Esta es, en resumidas cuentas, una descripción fidedigna de muchos sermones. No hay nada en esa clase de charla que pueda hacer bien a nadie. Por último, nuestro hombre, después de estar hablando de esa forma durante más de tres cuartos de hora, termina diciendo: «Ya es hora de volver a casa», y espe-

ra que los diáconos le den una buena gratificación por sus servicios. No, hermanos, esa palabrería no vale nada. No hemos venido al mundo para malgastar así nuestro tiempo y el de los demás.

Considero que hemos nacido para ser algo mejor que el pobre majadero que acabo de retratar. ¿Pueden imaginarse que Dios enviara un hombre al mundo para tratar de salvar almas, siendo este de semejante mentalidad y de tal manera de ser? Hay algunos ministros que están siempre agotados de no hacer nada; el domingo, predicán dos sermones, o algo llamado así, y dicen que tal esfuerzo casi puede con ellos; y luego se dedican a hacer sus visitas pastorales, que consisten en tomarse una taza de té y en charlar de frivolidades. Sin embargo, no hay en ellos un anhelo ardiente de salvar almas, no hay en sus labios ni en sus corazones endecha alguna; no hay consagración perfecta ni celo en el servicio de Dios. Así, no será de extrañar si el Señor los arranca como mala hierba y los quita de en medio. El Señor Jesucristo lloró por Jerusalén, y ustedes han de llorar por los pecadores si han de ser los instrumentos de su salvación. Sean fervientes, queridos hermanos, hagan la obra con toda su alma, o de otra forma, abandónenla.

(6) Sencillez. Otra cualidad esencial en la tarea de ganar almas es una gran *sencillez de corazón*. No sé si podré explicar con exactitud lo que quiero decir con esto, pero intentaré hacerlo en contraste con otra cosa. Imagino que conocerán a hombres que son demasiado sabios para limitarse a ser creyentes sencillos. Saben tanto que no creen nada que sea fácil y manifiesto. Sus almas han sido alimentadas tan exquisitamente que no pueden vivir de nada que no sean sopas de nido de golondrina y otras exquisiteces similares. No hay leche recién ordeñada que sea lo suficientemente buena para ellos, pues son demasiado refinados para beber semejante brebaje. Todo cuanto tocan ha de ser incomparable. Ahora bien, Dios no bendice a estos delicados sibaritas celestiales, estos aristó-

cratas espirituales. Al verles, uno se siente inclinado a decir: «Estos pueden valer para estar al servicio de un personaje de la nobleza, pero no son los hombres indicados para llevar a cabo la obra de Dios; no está dispuesto a utilizar a tan grandes caballeros». Cuando seleccionan un texto, nunca explican su verdadero significado, sino que empiezan a darle rodeos para encontrar algo que el Espíritu Santo nunca pretendió expresar con aquel pasaje y, cuando descubren uno de sus preciosos «nuevos pensamientos», ¡con qué alharacas lo celebran! Y, durante los seis meses siguientes, oiremos hablar de este gran pensamiento, hasta que alguien encuentre otro. ¡Qué gritos lanzan! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Un nuevo pensamiento! Se edita un libro al respecto, y estos grandes hombres se apresuran a revolotear a su alrededor para demostrar cuán profundos pensadores y cuán maravillosos son. Pero Dios no bendice esa clase de sabiduría.

Por sencillez de corazón, quiero decir que, evidentemente, un hombre se dedica al ministerio para la gloria de Dios y la conquista de las almas, y no para otra cosa. Hay algunos a quienes les gustaría ganar almas y glorificar a Dios, si se pudiera hacerlo con el debido respeto a sus propios intereses. Estarían encantados —ya lo creo que sí— de anunciar el Reino de Cristo, si el Reino de Cristo les permitiera demostrar sus maravillosos dones en toda su magnitud. Se dedicarían a la obra de ganar almas si esto indujera a los demás a sacarlos a hombros y conducirlos triunfalmente por las calles; deben ser alguien, tienen que ser conocidos, es preciso que se hable de ellos, han de oír decir: «¡Qué gran hombre es!». Por supuesto, después de haberle chupado el jugo, le dan la mondadura de gloria a Dios; la pulpa les corresponde a ellos. Ahora bien, hay, sin duda, hombres de esta clase, hasta entre los ministros; y Dios no los puede soportar. Dios no está dispuesto a recibir las sobras de los hombres; poseerá toda la gloria, o ninguna. Si alguien procura sacar provecho propio y obtener honor para sí,

## *Requisitos para ganar almas: con respecto a Dios*

en vez de dedicarse a servir a Dios y honrarle únicamente a él, el Señor Jehová no lo utilizará.

El que quiera ser utilizado por Dios, solo debe creer que todo lo que haga será para la gloria de Dios, sin que le impulse ningún otro motivo en su labor. A veces, cuando acudimos a escuchar a algunos predicadores, todo lo que recordamos es que eran excelentes actores. Sin embargo, el hombre de Dios es muy diferente. Después de haberle oído predicar, nadie piensa en su apariencia, o en su modo de hablar, sino en la solemne verdad que pronunció. Otros proclaman su mensaje con tal rimbombancia que sus oyentes se dicen entre sí: «¿No ves que este se gana la vida predicando? Vive de su oratoria». Yo preferiría que dijeran: «Ese hombre dijo algo en su sermón que hizo que muchos de los presentes tuvieran un mal concepto de él; habló de sentimientos muy desagradables; no hizo otra cosa que molestarnos con la Palabra de Dios durante todo el tiempo que predicaba; parece que no pensaba en más que llevarnos al arrepentimiento y a la fe en Cristo». Esta es la clase de hombre que el Señor se goza en bendecir.

Me gusta que los hombres sean como algunos de los aquí presentes, a los cuales he dicho: «Ustedes ganan un buen salario y, posiblemente, alcanzarán una posición importante en el mundo; si abandonan sus negocios y entran en el Colegio, probablemente no serán más que unos ministros del evangelio, sin ganar mucho durante el resto de su vida», y estos me han mirado de frente y me han respondido: «Preferiría morir de hambre y ganar almas, antes que dedicar mi vida a cualquier otra profesión». La mayoría de ustedes son de esa clase de hombres, creo que lo son todos. Nunca debemos poner nuestra mira en la gloria de Dios y *a la vez* en nuestros propios intereses; nunca puede tratarse de la gloria de Dios y *también* de nuestro propio honor y estima entre los hombres. De nada sirve esto. Ni tampoco si predicán para agradar a Dios y *a la vez* a Jemima; ha de ser únicamente la gloria de Dios, nada más y nada me-

nos, ni siquiera Jemima. Para el ministro, ella es lo que la lapa a la roca; sin embargo, ni siquiera debe pensar en agradarla. Debe dedicarse a agradar a Dios con verdadera sencillez de corazón, agrade o no a los hombres.

(7) Rendición. Finalmente, es necesario que haya en ustedes una *completa rendición a Dios*, de modo que, a partir de ahora, deseen pensar, no sus propios pensamientos, sino los pensamientos de Dios; y que no tomen la determinación de predicar cosas de su propia invención, sino la Palabra de Dios. Es más, que resuelvan no anunciar la verdad a su modo, sino del modo que quiere Dios. Suponiendo que lean sus sermones, lo cual no es muy probable, decidirán no escribir nada sino cuanto esté completamente en consonancia con la mente de Dios. Cuando encuentren una palabra maravillosa, se preguntarán si serviría de bendición espiritual para sus oyentes; y, si no lo creen, la desearán. Ahí está, por ejemplo, aquel gran fragmento de poesía que no podías entender y que creías que no podrías omitir; pero cuando te preguntaste si sería instructivo o no para las personas sencillas de tu congregación, te viste obligado a desestimarlo.

Claro que si lo que quieres es demostrar a los demás lo mucho que te has esforzado, tendrás que engarzar esas gemas, que encontraste en algún tomo polvoriento, en el collar de tu discurso. Sin embargo, si deseas ponerte completamente en las manos de Dios, es probable que se te guíe a emplear palabras muy sencillas, observaciones claras, algo con lo que todos los miembros de la congregación estén familiarizados. Si te sientes impulsado a incluir *esas* frases en el sermón, no dejes de ponerlas, aunque tengas que prescindir de esas grandes locuciones, y de la poesía y de las joyas literarias, porque es posible que el Señor utilice esta sencilla expresión del evangelio para bendecir a algún pobre pecador que esté buscando al Salvador.

Si se rinden sin reservas a la mente y a la voluntad de Dios, más adelante, cuando salgan para dedicarse al ministerio, a ve-

ces se sentirán impelidos a emplear expresiones singulares o a pronunciar raras oraciones, las cuales podrán parecerles extrañas en el momento hasta a ustedes mismos. Pero todo se explicará más tarde, cuando alguien venga a decirles que jamás entendió la verdad hasta que ustedes la expusieron aquel día de esa manera tan insólita. Sentirán tal influencia con mayor probabilidad si se preparan concienzudamente con estudio y oración para su labor en el púlpito. Por eso les ruego que no dejen de prepararse debidamente, y que hasta escriban todo lo que piensan que deben decir; pero no lo reciten *de memoria*, como el papagayo que repite lo que le han enseñado, porque, si lo hacen así, es indudable que no se entregarán a la dirección del Espíritu Santo.

No me cabe la menor duda de que a veces sentirán la necesidad de insertar en su sermón algún que otro pasaje literario: un hermoso verso de algún poeta, o un extracto proveniente de algún autor clásico. No creo que les gustase que se supiera; pero sí que lo leyeron a un compañero del Colegio. Desde luego, no le pidieron su aplauso, puesto que estaban seguros de él. Había una parte de ese pasaje difícilmente igualable; están seguros de que ni el más célebre predicador lo hubiera hecho mejor. Están completamente convencidos de que cuando sus oyentes escuchen ese sermón no tendrán más remedio que reconocer sus virtudes. No obstante, puede que el Señor lo considere demasiado bueno para ser bendecido, es demasiado virtuoso, que es como las huestes de los que estaban con Gedeón, que eran demasiados para el Señor; no podía entregar a los madianitas en sus manos, no fuera que se alabasen a sí mismos diciendo: «Mi mano me ha salvado». Y, por eso, cuando se hubieron vuelto veintidós mil, Jehová dijo a Gedeón: «Aún es mucho el pueblo». Y todos hubieron de volverse a sus casas, excepto los trescientos que lamieron el agua, y entonces Jehová dijo a Gedeón: «Levántate, y desciende al campo, porque yo lo he entregado en tus manos». Hermano, así dice el Señor de al-

gunos de tus sermones: «No puedo hacer bien alguno con ellos, son demasiado grandes». Ahí tienes uno con catorce subdivisiones; suprime siete y quizá el Señor lo bendiga.

Puede que algún día, en medio de tu sermón, te pase por la cabeza un pensamiento, y te digas a ti mismo: «Si digo esto, a aquel anciano no le parecerá bien; y ese caballero que acaba de entrar, es el que dirige una escuela; es muy crítico, y seguramente no le agradará que yo se lo diga. Además, aquí también hay un remanente escogido por gracia, y aquel hipercalvinista que está al fondo me dirigirá una de esas celestiales miradas tan significativas». Hermano mío, ten la libertad de declarar todo cuanto Dios te dé para que digas, sin tener presente las consecuencias y con independencia del bien o el mal que los hombres, cualesquiera sean sus puntos de vista, puedan pensar o hacer.

Uno de los principales requisitos del pincel de un gran artista debe ser su sometimiento absoluto, para que este haga con él lo que quiera. Un arpista deseará tocar con un arpa especial porque conoce el instrumento, y el instrumento parece como si lo conociera a él. Así, cuando Dios pone sus manos sobre las mismas cuerdas de tu ser y todo impulso dentro de ti parece responder a los movimientos de sus manos, eres un instrumento que él puede utilizar. No es fácil mantenernos en tal estado, y ser tan sensibles como para recibir toda impresión que el Espíritu Santo desee transmitirnos, y que influya en nosotros instantáneamente. Si a un gran barco, en alta mar, le llega una pequeña ola de agua, no se moverá en lo más mínimo. Ahora viene una ola mediana y el gran barco sigue majestuosamente sin sentirlo. Pero miren por encima de la borda y vean los corchos que flotan ahí abajo: con solo que caiga al agua una mosca sentirán el movimiento y danzarán sobre la pequeña ola. Sean ustedes tan móviles bajo el poder de Dios como el corcho en la superficie de las aguas.

Estoy seguro de que esta rendición es una de las principales

*Requisitos para ganar almas: con respecto a Dios*

cualidades del predicador que ha de ser ganador de almas. Hay algo que debe decirse, si quieren ser el medio de salvación para aquel hombre sentado en el rincón. ¡Ay, de ustedes si no están dispuestos a decirlo! ¡Ay de ustedes si tienen miedo o vergüenza de decirlo! ¡Ay de ustedes si no se atreven a decirlo porque alguien en el auditorio puede pensar que son demasiado fervientes, entusiastas, celosos!

Estos son los siete requisitos, con respecto a Dios, que creo que se le ocurriría a cualquiera de ustedes si intentaran colocarse en la posición del Altísimo y consideraran lo que desearían que hubiera en aquellos que emplearían para ganar almas. ¡Que Dios nos permita cumplir estos requisitos, por amor de Cristo! Amén.

### 3: REQUISITOS PARA GANAR ALMAS: CON RESPECTO AL HOMBRE

Recordarán, hermanos, que en mi última conferencia hablé de los requisitos que, con respecto a Dios, capacitarían al hombre para ser un ganador de almas, e intenté describir la clase de hombre que el Señor utilizará con mayor probabilidad en esta sagrada labor. Esta vez, me propongo desarrollar el tema de los requisitos de un ganador de almas, en lo tocante a la vertiente humana. Casi podría mencionar los mismos puntos que traté antes, por ser los que mejor convencerán a los hombres, porque creo que aquellas cualidades que Dios considera más apropiadas para el fin que desea, son también susceptibles de recibir aprobación del objeto de nuestra labor, es decir, el alma del hombre.

(1) Instrucción. Ha habido en el mundo muchos hombres que han sido nulamente idóneos para esta labor; permítaseme decir, en primer lugar, que es *probable que un ignorante en lo espiritual no vaya a ser un gran ganador de almas*. Un hombre que solo sabe que él es pecador, y que Cristo es Salvador, pue-

*Requisitos para ganar almas: con respecto al hombre*

de ser muy útil a otros que se encuentran en la misma condición que él, y su obligación es hacer el mejor uso posible de los pocos conocimientos que tiene. Sin embargo, por regla general, no esperaríamos que ese hombre fuera utilizado grandemente en el servicio de Dios. Si hubiera gozado de una experiencia más amplia y profunda de las cosas de Dios, y si fuera un hombre docto en el sentido más elevado del término, por haber sido instruido por Dios, podría utilizar sus conocimientos para beneficio de otros. Sin embargo, al desconocer en gran parte las cosas de Dios, no veo cómo podrá darlas a conocer a los demás. Verdaderamente, se debe ver luz en la lámpara que ha de iluminar la oscuridad de los hombres, y deben verse ciertos conocimientos en el hombre que quiera ser maestro de sus semejantes. Por mucha voluntad que tenga para ser útil, quien es ignorante por completo o en su mayor parte, no puede ser incluido en el linaje de los grandes ganadores de almas; está descalificado siquiera para aspirar a ello. Por esto, roguemos a Dios, hermanos, para que seamos instruidos en su verdad, de modo que seamos idóneos para enseñar también a otros.

(2) Sinceridad. Dando por descontado que ustedes no pertenecen a la clase ignorante a que me refiero, y suponiendo que están bien instruidos en la mejor de todas las sabidurías, ¿qué cualidades habrán de reunir ante los hombres si quieren ganarlos para el Señor? Yo diría que debe haber en nosotros *una sinceridad manifiesta*; no solamente una sinceridad por sí sola, sino una que quede patente de inmediato a todo el que la busque honradamente. Debe quedar del todo claro a nuestros oyentes que tenemos una fe firme en las verdades que predicamos, pues de otra forma nunca conseguiremos que las crean. A menos que estemos convencidos sin la menor duda de que creemos estas verdades, no habrá eficacia ni poder alguno en nuestra predicación. Nadie debe pensar que proclamamos a otros lo que nosotros mismos no creemos plenamente; si así sospechan, nuestra labor será nula.

Todo el que nos oiga debe advertir que estamos practicando una de las artes más nobles, y desempeñando una de las funciones más sagradas que jamás haya recaído sobre el hombre. Si tenemos en poca estima el evangelio que pretendemos anunciar, es imposible que tal anuncio ejerza influencia alguna sobre nuestros oyentes. El otro día oí preguntar acerca de cierto ministro: «¿Predicó un buen sermón?». Y la respuesta fue: «Lo que *dijo* estuvo muy bien». «¿Y no sacó usted provecho del sermón?». «No, ni lo más mínimo». «¿No fue un buen sermón?». De nuevo surgió la primera respuesta: «Lo que *dijo* estuvo muy bien». «¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué no sacó provecho del sermón si todo lo que dijo el predicador era bueno?». Y esta fue la explicación que ofreció el oyente: «No saqué provecho de esas palabras porque no creía en el hombre que las pronunciaba; era simplemente un actor representando su papel; no creo que sintiera lo que predicaba, ni que le importara si nosotros lo creíamos o no».

Cuando suceden cosas semejantes, no cabe esperar que los oyentes saquen provecho del sermón, con independencia de lo que diga el predicador; tal vez intenten imaginar que las verdades que predica son preciosas, puede que decidan alimentarse de las provisiones sea quien sea el que les ponga el plato delante. Sin embargo, es inútil, no pueden hacerlo; son incapaces de separar al orador insensible del mensaje que pronuncia de forma tan indiferente. En cuanto un hombre deja que su trabajo se convierta en una simple fórmula o rutina, degenera en una representación teatral en la que el predicador es simplemente un actor. Se limita a representar su papel, como pudiera hacerlo en una función de teatro, y no habla desde el fondo de su alma, como un enviado de Dios.

Les suplico, hermanos, que hablen con el corazón, o que no hablen nada. Si pueden callar, callen; pero, si quieren hablar en nombre de Dios, sean completamente sinceros al hacerlo. Más les valdría volver a sus negocios, y pesar mantequilla o vender

### *Requisitos para ganar almas: con respecto al hombre*

ropa, o hacer cualquier otra cosa, antes de simular el ministerio del evangelio, si Dios no les ha llamado para la obra. Creo que lo más condenable que puede hacer un hombre es predicar el evangelio como un simple actor, y convertir el culto a Dios en una especie de función teatral. Tal farsa es más digna del diablo que de Dios. La verdad divina es demasiado preciosa para ser el objeto de semejante burla. Pueden estar seguros de que, una vez que las personas sospechen de su sinceridad, solo los escucharán con repugnancia, y no creerán su mensaje si les dan motivos para pensar que ustedes mismos no lo creen.

(3) Fervor. Confío no equivocarme al suponer que todos ustedes son totalmente sinceros en el servicio de nuestro Maestro; proseguiré, pues, con lo que considero el siguiente requisito para la conquista de las almas, esto es, un *fervor manifiesto*. El mandamiento para el que quiere ser un verdadero siervo del Señor Jesucristo es: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento». Si un hombre quiere ser un ganador de almas debe haber en él intensidad emotiva a la vez que sinceridad de corazón. Las amonestaciones más solemnes y las más temibles amenazas pueden ser predicadas de forma tan indiferente e impasible que nadie se sienta afectado por ellas en lo más mínimo; y es posible repetir las más afectuosas exhortaciones de una manera tan fría que nadie se sienta inducido al amor o al temor.

Creo, hermanos, que en la labor de ganar almas la cuestión del fervor está por encima de casi todo lo demás. He visto y oído a algunos que eran predicadores muy inexpertos, los cuales, no obstante, llevaron muchas almas al Salvador por el fervor con que anunciaban su mensaje. No había absolutamente nada en sus sermones y, sin embargo, aquellas débiles palabras conquistaron a muchos para Cristo. No era lo que el predicador decía tanto como la forma de decirlo lo que llevó la convicción al corazón de sus oyentes. La más sencilla verdad penetró pro-

fundamente en sus corazones por la intensidad y la emoción del hombre que la predicaba, con efectos sorprendentes.

Si alguno de los presentes me diera una bala de cañón que pesara cincuenta o cien libras, y me dejara hacerla rodar por la sala, y otro me confiara una bala de fusil, y un fusil con el que poder dispararla, sé bien cuál sería la más eficaz de las dos. Que nadie desprecie las balas pequeñas, porque con mucha frecuencia son las que matan el pecado, y también al pecador. Hermanos, no importa, pues, la grandilocuencia de sus palabras, porque es el poder con que las pronuncian lo que decidirá el resultado de la predicación. He oído contar de un barco al que disparaban con el cañón de una fortaleza, sin causarle el menor daño, hasta que el comandante dio la orden de poner las balas al rojo vivo, con lo cual enviaron el barco al fondo del mar en apenas tres minutos. Eso es lo que deben hacer con sus sermones: ponerlos al rojo vivo. No importa si les dicen que son demasiado vehementes, o hasta demasiado fanáticos; envíenles disparos al rojo vivo; nada hay mejor para cumplir el propósito que tienen entre manos. No salimos los domingos a lanzar bolas de nieve, vamos a lanzar bolas de fuego; son granadas las que debemos arrojar a las filas del enemigo.

¡Cuánto fervor merece nuestro tema! Hemos de predicar a un Salvador ferviente, un Cielo reluciente y un Infierno ardiente. ¡Cuán fervientes hemos de ser si recordamos que en nuestra labor hemos de manejar almas inmortales, un pecado mortífero, un perdón infinito y unas alegrías y tormentos que han de durar por los siglos de los siglos! El que, tratando un tema de esta índole, no sea ferviente, ¿tendrá realmente corazón? ¿Podría encontrárselo en el pecho, aunque se lo buscara con un microscopio? Si le disecáramos, todo cuanto podría descubrirse sería un guijarro, un corazón de piedra, o alguna otra sustancia igualmente incapaz de emocionarse. Confío en que Dios, al darnos corazones de carne para nosotros mismos, nos haya dado también corazones que puedan sentir por los demás.

### *Requisitos para ganar almas: con respecto al hombre*

(4) Amor. Dando por sentado todo eso, diría que el ganador de almas necesita tener además un *amor manifiesto hacia sus oyentes*. No me cabe en la cabeza que alguien sea ganador de almas y emplee gran parte de su tiempo en maltratar a su congregación, y en expresarse como si aborreciera el solo hecho de mirarlos. Estos hombres solo parecen estar contentos cuando derraman copas de ira sobre quienes tienen la desgracia de escucharlos. Supe de un hermano que predicó sobre el texto «Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones», y comenzó su sermón de la siguiente forma: «Yo no digo que aquel hombre viniera al lugar en que nos hallarnos, pero sí sé de otro hombre que vino a este lugar, y cayó en manos de ladrones». Bien pueden imaginarse cuál sería el resultado de semejante lluvia de ácido. Sé de uno que predicaba acerca del pasaje «y Aarón calló», y uno de sus oyentes dijo que la diferencia entre Aarón y él era que Aarón acabó callando, mas no así el predicador; antes al contrario, se enfurecía con la concurrencia con la mayor exasperación.

Deben tener un verdadero interés en el bienestar de la congregación, si quieren ejercer influencia alguna sobre ellos. Hasta los perros y los gatos aman a quienes los aman, y los seres humanos somos, en este aspecto, muy parecidos a estos animales irracionales. La congregación se da cuenta enseguida cuando un hombre frío, de esos que parecen haber sido esculpados de un bloque de mármol, sube al púlpito. Ha habido uno o dos de nuestros hermanos de esa clase, y no han tenido éxito en ninguna parte. Cuando he preguntado el motivo de su fracaso, en cada caso la respuesta ha sido: «Es un buen hombre, un hombre buenísimo; predica muy bien, pero no encajamos con él». Y he preguntado: «¿Por qué no les gusta?». La respuesta ha sido: «Nunca ha gustado a nadie». «¿Es irascible?». «¡Oh!, nada de eso; ojalá lo fuera». He intentado averiguar cuál era el problema, porque me interesa mucho saber en estos casos, y al fin alguien ha dicho: «El caso es que

no creo que tenga corazón; o al menos, no predica ni se comporta como si lo tuviera».

Es muy triste que el fracaso de un ministro se deba a su falta de corazón. Debería tener un gran corazón, tan grande como el puerto de Buenos Aires o el de Río de Janeiro para que todos los miembros de su congregación pudieran acudir a él y echar anclas, y sentir como si estuvieran al abrigo de un gran acantilado. ¿No advierten que los hombres triunfan en su ministerio, y ganan almas para Cristo, de forma proporcional a la grandeza de su corazón? ¿De qué sirve un ministro que no tenga compasión? No es que deban aspirar a ser corpulentos, pero sí que si quieren ganar hombres para Jesús deben tener un corazón grande. He conocido a hombres muy flacos que decían ser perfectamente santos, y casi puedo creer que no podían pecar, porque eran como viejos trozos de cuero y no parecía haber en ellos nada capaz de tal cosa.

Una vez me encontré con uno de estos hermanos «perfectos», y era como un pedazo de alga marina, no había en él humanidad alguna. Me gusta ver en el hombre rasgos humanos de la índole que sean, y a la mayoría de las personas también les gusta; nos entendemos mejor con un hombre que posea algo de naturaleza humana. La naturaleza humana es horrible en algunos aspectos; pero cuando el Señor Jesucristo la adoptó y le añadió su naturaleza divina, la transformó en algo grande, de modo que la naturaleza humana cuando está unida al Señor Jesucristo es algo muy noble. Esos hombres retraídos cuales ermitaños, que viven una vida de aparente santidad e introspección, no pueden ejercer influencia alguna en el mundo ni hacer bien alguno a sus semejantes. Si quieren ser útiles, deben amar a las personas y mezclarse con ellas. Hay algunos ministros, que realmente son mucho mejores que otros, y, sin embargo, no hacen tanto bien como los que son más humanos, los que van y se sientan al lado de su prójimo y hacen cuanto pueden para fraternizar con él.

## *Requisitos para ganar almas: con respecto al hombre*

Sabrán, hermanos, que es posible aparentar ser demasiado virtuosos, de forma que los demás crean que son seres trascendentales, y más aptos para predicar a ángeles, querubines y serafines, que a los caídos hijos de Adán. Sean ustedes sencilla y verdaderamente hombres; manteniéndose limpios de todas sus faltas y pecados, pero juntándose con ellos en perfecto amor y comprensión, y sintiendo el deseo de hacer cuanto esté a su alcance para llevarlos a Cristo, para que puedan decir como el apóstol Pablo: «Siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos».

(5) Abnegación. El siguiente requisito para el ganador de almas en lo tocante a los hombres es una *abnegación manifiesta*. Un hombre deja de llevar almas a Cristo en el mismo momento en que se descubre que es egoísta. El egoísmo parece estar arraigado en ciertas personas; se les nota en la mesa, en la casa de Dios, en todas partes. Cuando estos individuos tienen que relacionarse con la iglesia y su congregación, su egoísmo se manifiesta en el acto; intentan conseguir todo lo que pueden, aunque en nuestro ministerio no es probable que ganen mucho. Espero, hermanos, que cada uno de ustedes esté dispuesto a decir: «Concédeme solo comida y vestido, y contento me voy y nada más pido».

Si procuran ser ajenos a toda idea del lucro, a veces el dinero volverá a ustedes por duplicado, pero si tratan de obtener cuanto puedan, es probable que no reciban nada. Quienes son egoístas en cuanto al salario lo son también en todo lo demás;

no quieren que su congregación conozca a nadie que predique mejor que ellos; y no pueden soportar que se hable de obras buenas que se llevan a cabo en otra iglesia que no sea la suya propia. Si hay un avivamiento en otros lugares y se salvan almas, dicen con desprecio: «Parece que hay muchos convertidos, ¿pero de qué clase? ¿Dónde estarán dentro de algunos meses?». Dan más importancia a la conversión de un alma cada año en su iglesia que de un centenar en un solo día en la del vecino.

Si su congregación ve en ustedes esa clase de egoísmo, muy pronto perderán su influencia sobre ellos y, si se deciden ser grandes hombres, pasando por encima de quien sea, estarán condenados al fracaso. ¿Qué son ustedes, mis queridos hermanos, para que los demás se inclinen y los adoren, y piensen que no hay otro como ustedes en el mundo entero? Sepan esto: que cuanto peor sea la estima en que se tienen, mejor será la opinión que los demás tendrán de ustedes; y, cuanto mejor opinión tengan de sí mismos, en menor estima los tendrán ellos. Si alguno de los presentes tiene algún vestigio de egoísmo, líbrese de él inmediatamente, pues de lo contrario nunca será instrumento apropiado para la conquista de las almas para el Señor Jesucristo.

(6) Santidad. Estoy seguro de que otra de las cosas necesarias para ganar almas es la *santidad de conducta*. De nada sirve hablar los domingos acerca de «la vida superior», y después vivir el resto de la semana una vida inferior. Un ministro cristiano debe tener mucha cuidado, no solo en no cometer acciones pecaminosas en sí, sino en no servir de tropiezo a los débiles del rebaño. Todas las cosas son lícitas, mas no todas convienen. Nunca debemos hacer nada que consideremos pecaminoso; pero también hemos de estar dispuestos a abstenemos de cosas que, aunque no sean erróneas en sí, pueden ser ocasión de tropiezo para otros. Cuando los demás ven que no solo predicamos la santidad, sino que somos a la vez hombres santos,

se sentirán atraídos hacia las cosas santas, tanto por nuestro carácter como por nuestra predicación.

(7) Seriedad. Considero también que, si hemos de ser ganadores de almas, debe haber en nosotros *seriedad de carácter*. Hay hermanos que son serios por naturaleza. Hace algún tiempo, un amigo mío escuchó, en un tren, la conversación de dos viajeros. Uno de ellos decía: «Yo creo que la Iglesia en Roma tiene una gran influencia, y probablemente ganará muchos adeptos a causa de la evidente santidad de sus ministros. El cardenal Fulano de Tal, por ejemplo, está como un esqueleto; debido a sus ayunos y oraciones se ha quedado en los huesos. Siempre que lo oigo hablar, siento enseguida la fuerza de su santidad. En cambio, fíjate en Spurgeon; come y bebe como cualquier otro mortal; no daría ni un centavo por oírlo predicar». Su compañero después de escucharlo con paciencia dijo con mucha tranquilidad: «¿No se te ha ocurrido que el aspecto del cardenal podría ser debido a que sufre del hígado? No creo que sea la gracia lo que le tiene tan delgado, creo que es el hígado». Así, también hay hermanos que son por naturaleza de un temperamento melancólico; siempre están muy serios, mas no es en ellos indicio de gracia, sino señal únicamente de que no les funciona bien el hígado. No ríen nunca, por creer que sería una impiedad; pero van por el mundo aumentando el dolor de la humanidad, el cual ya es suficientemente grande sin necesidad de sus aportaciones. Esta clase de personas se imaginan sin duda que han sido predestinadas para ir echando baldes de agua fría sobre la alegría y la felicidad de los humanos. Así, pues, mis queridos hermanos, si algunos de ustedes son muy serios, no siempre deben atribuirlo a la gracia, pues puede ser debido al estado de su hígado.

Sin embargo, la mayoría de nosotros nos inclinamos mucho más hacia esa risa que sana cual medicina, y necesitaremos de todo nuestro buen humor si queremos consolar y levantar a los que están hundidos. No obstante, no llevaremos muchas almas

a Cristo si estamos llenos de esa frivolidad que caracteriza a algunos hombres. Los demás dirán: «Todo es un chiste; miren cómo bromean esos jóvenes acerca de la religión; una cosa es oírlos en el púlpito y otra completamente distinta oírlos cuando se reúnen en torno a la mesa para cenar».

He oído contar de un hombre que estaba agonizando y envió por un ministro para que viniese a verlo. Cuando el ministro entró, el moribundo le dijo:

—¿Se acuerda de un joven que hace años le acompañó una tarde en que usted salía a predicar?

La respuesta fue negativa.

—Yo lo recuerdo perfectamente —dijo el otro— ¿No se acuerda de que predicó en tal pueblo y sobre tal texto, y que después del culto un joven lo acompañó a casa?

—¡Oh, sí, ahora caigo, claro que me acuerdo!

—Pues bien, yo soy aquel joven que le acompañó aquella tarde a su casa. Recuerdo su sermón, nunca lo olvidaré.

—Gracias a Dios por eso —dijo el predicador.

—No —respondió el moribundo—, no dará usted las gracias a Dios cuando haya oído todo cuanto tengo que decir: fui con usted hasta ese pueblo, pero usted iba pensando en su sermón y apenas habló por el camino. Su sermón me impresionó profundamente, y hasta comencé a pensar en entregar mi corazón a Cristo. Quise hablarle de mi alma cuando volviéramos a casa, pero en cuanto salimos usted soltó un chiste y bromeó tanto en todo el camino acerca de temas serios que no pude decirle nada de lo que sentía. Me dejó con una total aversión hacia la religión y hacia todos cuantos la profesaran, y ahora voy a condenarme y puede estar seguro de que mi sangre caerá sobre su cabeza.

Y no mucho después expiró. A nadie le agradaría que le sucediera algo parecido; tengan cuidado, pues, hermanos, de no dar lugar a ello. Ha de haber una seriedad que domine toda nuestra vida, o de otro modo no podemos esperar llevar otros a Cristo.

(8) Delicadeza. Finalmente, si queremos ser útiles a Dios como ganadores de almas, ha de haber mucha *delicadeza en nuestros corazones*. Me gusta cuando alguien demuestra una gran valentía, pero sin ser nunca atrevido o insolente. Un joven sube al púlpito, se disculpa por su osadía de intentar predicar y pide que sus oyentes sean indulgentes con él. No cree tener nada especial que decir. Claro, si se sintiera enviado del Señor podría tener para ellos algún mensaje, pero se considera tan joven e inexperto que no puede hablar con seguridad de nada. Semejante discurso no salvará ni a un ratón, y mucho menos a un alma inmortal. Si el Señor te ha enviado a predicar el evangelio, ¿por qué has de presentar excusas? No hacen esto los embajadores cuando van a un país extranjero; saben que su monarca los ha enviado, y entregan su mensaje respaldados por toda la autoridad de su rey y su nación. Tampoco merece la pena mencionar su juventud. Ustedes no son sino una corneta de cuerno de carnero; y no importa si fueron arrancados de la cabeza del animal ayer, o hace veinticinco años. Si Dios les hace sonar habrá buen sonido y algo mucho más que sonido; y, de no ser él quien la toque, nada saldrá del soplido.

Cuando prediquen, pues, hablen con todo valor, pero siempre con mucha delicadeza; si hay algo desagradable que decir, procuren exponerlo de la manera más propicia que puedan. Algunos de nuestros miembros hubieron de dar un mensaje a cierto hermano, y lo hicieron tan torpemente que este se ofendió sobremanera. Luego yo le hablé acerca del mismo asunto, y me dijo: «No hubiera tenido inconveniente en que usted me hablara; tiene una forma de presentar una verdad desagradable de tal manera que nadie podría sentirse ofendido por mucho que le disgustara el mensaje que le trajera». «Bueno —respondí—, pero acabo de exponer el asunto tan enérgicamente como lo hicieron los otros hermanos». «Así es, efectivamente —replicó él—, pero ellos lo dijeron de una forma tan áspera que fui in-

capaz de aguantarlo. Mire usted, preferiría ser reprendido por usted a ser encomiado por esas personas».

Se puede decir estas cosas de tal forma que la persona corregida se sienta verdaderamente agradecida. Se puede echar a alguien a patadas por las escaleras de forma tal que le agradeamos en lugar de agraviarlo. En cambio, hay quienes pueden abrir la puerta de una manera tan ofensiva que uno no desea pasar mientras no se larguen de allí. Si hemos de dar a conocer a alguien, pues, ciertas verdades duras que es necesario que conozca para la salvación de su alma, tenemos la obligación de serle fiel; pero siempre procuraremos entregarle el mensaje de forma que no se sienta ofendido. Si todo esto le ofendiera, allá él; pero lo más probable es que no lo haga, sino que cuanto se le diga despierte su conciencia.

Conozco a algunos hermanos que predicán como si fueran boxeadores profesionales. Durante todo el sermón parecen estar retando a alguien para que suban a pelear con ellos, y nunca están contentos a menos que se enfrenten contra uno u otro. Hay un hombre de mi vecindario que predica al aire libre, y lo hace de forma tan belicosa que los inconversos, al ser atacados por él, no pueden soportarlo y hay frecuentes contiendas y alborotos. Hay un estilo de predicación que malquista a todo el mundo. Hay hombres que, si se les permitiera predicar en el Cielo, temo que se ganarían la animadversión de los mismísimos ángeles.

Conozco a varios ministros de este tipo. Hay uno que, según me consta, ha estado en una docena de iglesias durante su no muy larga vida ministerial. Se puede saber dónde ha estado por la ruina que ha dejado en cada lugar. Halla siempre a las iglesias en un estado que él llama de «pobreza espiritual», y comienza inmediatamente a purificarlas, es decir, a destruirlas. Por regla general, lo primero que sucede es la marcha del primer diácono. A continuación, le siguen todas las familias más sobresalientes, y, al poco tiempo, el hombre ha purificado su

iglesia de forma tan eficaz, que los pocos que quedan no pueden sostenerlo. De este modo, nuestro hombre se marcha a otro sitio, y repite allí el proceso de destrucción. Su misión es echar a pique cuanto halla, y nunca está contento a menos que esté practicando un agujero en el casco de algún buen navío. Afirma creer que el barco está podrido; y así, barrena y barrena, hasta que este se va a pique, luego huye y sube a bordo de otro navío, para hundirlo rápidamente de la misma manera. Cree que ha sido llamado a separar lo precioso de lo vil, y bonita catástrofe es la que causa. No tengo razón alguna para creer que lo que ocurre con este hermano se deba al mal estado de su hígado; es más probable que sea su corazón el que funciona mal; ¡de todas maneras, hay en él una enfermedad maligna que siempre logra ponerlo de mal humor! Es peligroso tenerlo como invitado durante más de tres días, porque reñirá en ese tiempo con el hombre más pacífico del mundo. Ciertamente, no puedo recomendarlo para otro pastorado. Que encuentre un puesto por sí mismo, si puede, porque creo que, dondequiera que vaya, el sitio quedará como el lugar que pisó el caballo de Atila; no volverá a crecer allí la hierba.

Hermanos, si alguno de ustedes tiene aunque sea un poco de este espíritu venenoso y amargo, tómese unas vacaciones hasta librarse de él. Espero que les suceda lo que se dice en la leyenda de Mahoma. «En todo ser humano —cuenta la historia— hay dos negras gotas de pecado. Ni el mismo gran profeta estaba exento de su porción de mal; mas fue enviado un ángel para que exprimiera su corazón y sacara de él las dos negras gotas de pecado». Expriman ustedes esas negras gotas como puedan mientras están aquí en el Colegio. Si hay en ustedes malicia, mala voluntad o mal genio, rueguen al Señor que lo extirpe de su corazón antes de regresar, para que no vayan a la iglesia peleando, como hicieron otros.

«Aun con todo —dirá algún hermano—, no dejaré que los demás me pisoteen. Pienso tomar el toro por los cuernos». Se-

rás un gran necio si así lo haces. Personalmente, nunca me he creído llamado para nada parecido. Más vale dejar al toro tranquilo. ¿Por qué no dejarlo ir de acá para allá sin cortapisas? «Sin embargo —dirá otro—, debemos arreglar las cosas». Sí, pero la mejor forma de arreglar las cosas es no empeorarlas aún más. Nadie piensa en meter a un toro enloquecido en una tienda de enseres domésticos para que limpie la porcelana, como tampoco nadie puede arreglar lo que está mal en la iglesia por medio de una exhibición de su genio diabólico. Procuren decir la verdad con amor, especialmente cuando reprenden el pecado.

Creo, hermanos, que la conquista de las almas es tarea de hombres que tengan un carácter como el que he descrito; y, mucho más, cuando estén rodeados de otras personas de carácter similar. Es necesario que impregnen de este espíritu el ambiente en que viven y obran, antes de sentirse acreditados a esperar las más plenas y ricas bendiciones. Así, pues, que tanto ustedes como su congregación sean semejante al retrato que he trazado, por el amor de Jesucristo nuestro Señor, Amén.

---

## 4: SERMONES APROPIADOS PARA GANAR ALMAS

**E**sta tarde, hermanos, les hablaré de la clase de sermones más apropiados para la conversión de almas, es decir, la clase de discursos que debemos pronunciar si de verdad deseamos que nuestros oyentes crean en el Señor Jesucristo, y sean salvados. Naturalmente, todos estamos completamente de acuerdo en que solo el Espíritu Santo puede convertir un alma; nadie puede entrar en el Reino de Dios a menos que haya nacido de nuevo de lo alto. El Espíritu Santo es el que lleva a cabo la obra, y no debemos atribuirnos parte alguna del mérito por el resultado del trabajo, puesto que es el Espíritu quien crea de nuevo y obra en el hombre conforme al designio eterno de Dios.

Sin embargo, podemos ser instrumentos en sus manos, porque él prefiere utilizarlos, y los escoge por sabias razones. Los medios deben adaptarse al fin deseado, tal como en el caso de David cuando salió con la honda y la piedra para matar a Goliat de Gat; Goliat era un individuo muy alto, pero la piedra lanzada con una honda pudo elevarse a su altura. Por otro lado, el gigante iba armado y protegido, y era difícilmente vul-

nerable, a no ser en la frente; este era, pues, el lugar apropiado para herirlo. Y David no escogió una honda por carecer de otra arma, sino por haber practicado su manejo, como hacen la mayoría de los niños de una u otra forma. Eligió una piedra lisa, porque sabía que era la mejor para la honda. Escogió la clase de piedra más adecuada para penetrar en la cabeza de Goliat, de modo que cuando la lanzó al gigante, lo golpeó en la frente penetrando en su cerebro y este cayó de bruces al suelo.

Advertirán que este principio de adaptación se puede encontrar en toda la obra del Espíritu Santo. Si hace falta un hombre para ser apóstol de los gentiles, el Espíritu Santo selecciona al intelectual, bien preparado y sumamente educado Pablo; porque era más apropiado para semejante labor que Pedro, que era relativamente limitado a pesar de su brío y más apto para predicar a los judíos, y de mayor utilidad para los circuncisos de lo que jamás hubiera sido para los incircuncisos. Pablo, en su debido lugar, es el hombre adecuado; Pedro, en su posición, es el hombre más indicado. En este principio, pueden ver una lección para ustedes, y así tratar de adaptar sus medios al fin que buscan. Dios el Espíritu Santo puede convertir un alma por medio de cualquier texto de la Escritura, con independencia de su paráfrasis, su comentario o su exposición. Sin embargo, como sabrán, existen ciertos pasajes en las Escrituras que son más indicados para introducirlos en las mentes de los pecadores; y, si es así con los textos mismos, tanto más habrá de serlo con su predicación a sus oyentes. En cuanto a qué sermones son los más apropiados para ser bendecidos con la conversión de aquellos a quienes van destinados, tómense en consideración los siguientes puntos:

(1) Sermones que conviertan. Estos son los *sermones que van claramente dirigidos a la conversión de los oyentes*. Hace algún tiempo, oí la oración de un ministro que pedía al Señor que salvara almas mediante el sermón que iba a predicar. No vacilo en afirmar que Dios no podía bendecir ese sermón con

conversión alguna, a menos que hiciera que los oyentes malinterpretaran todo lo que el predicador les había dicho; todo el discurso parecía más calculado para endurecer al pecador en su pecado que para llevarlo a renunciar a él y buscar al Salvador. No dijo nada que pudiera ser de bendición para ninguno de los que escuchaban, a menos que lo hubiera puesto del revés o cabeza abajo. Aplicaría a aquel sermón el mismo principio que empleó una buena anciana con el ministro al que se veía obligada a escuchar. Cuando le preguntaron:

—¿Por qué acude a semejante lugar? —ella respondió:

—Bueno, no tengo ningún otro al que ir.

—En todo caso, será mejor quedarse en casa que escuchar ese tipo de cosas —le dijo su amiga.

—Puede que así sea —replicó—, pero me gusta ir al culto aun cuando no saque nada de él. Habrás visto a esas gallinas que van picoteando por un montón de basura en busca de algún grano de cereal; no encuentran nada, pero al menos demuestran que lo están buscando y haciendo lo posible por encontrarlo; y, de paso, entran en calor.

Así, la anciana venía a decir que picotear entre los pobres sermones que escuchaba le era de bendición, puesto que le permitía ejercitar sus facultades espirituales y caldear su espíritu.

Hay sermones de tal índole que, a menos que Dios comience a madurar el trigo con la nieve y el hielo, y empiece a iluminar al mundo por medio de neblinas y nubes, no puede salvar almas por ellos. Es evidente que ni siquiera el predicador mismo piensa que vayan a ser el instrumento para convertir a nadie. Si por su predicación hubiera algún convertido, nadie quedaría más sorprendido que él mismo.

De hecho, conozco a un hombre que se convirtió, o al menos se convenció, por medio de la predicación de un ministro de esta clase. En cierta iglesia parroquial, y como resultado de la predicación del ministro, hubo un hombre que sintió una profunda convicción de pecado y fue a ver al que había pre-

dicado, pero el pobre hombre no entendía lo que ocurría y le dijo: «Siento mucho si en mi sermón hubo algo que le haya incomodado, le aseguro que esa no fue mi intención». «Pero —respondió el atribulado hombre— usted ha dicho que debemos nacer de nuevo». «Sí —replicó el pastor— pero esto tuvo lugar en su bautismo de niño». «Pero —dijo el hombre, que no estaba convencido—, no dijo eso en su sermón, usted habló de la necesidad de la regeneración». «Bueno, sinceramente siento mucho si he dicho algo que le haya molestado así; en realidad, creo que no tiene usted de qué preocuparse. Es una buena persona, nunca ha sido un ladrón, ni nada por el estilo...». «Ya sé eso, pero siento el peso de mi pecado, y usted ha dicho que debemos ser nuevas criaturas». «Bueno, bueno, amigo mío —dijo finalmente el perplejo pastor—, no comprendo tales cosas, nunca he nacido de nuevo». Lo envió a otro ministro que entendía más y aquel hombre también es ministro en la actualidad, en parte como resultado de lo que aprendió de un predicador que no comprendía la verdad de lo que había declarado a otros.

Naturalmente, Dios puede convertir un alma por medio de esta clase de sermón, y por medio de un ministerio como el que acabamos de describir; pero no es fácil que así sea; es más probable que, en su infinita soberanía, su bondad se manifieste allí donde haya un ministro de corazón ardiente, predicando a los hombres la verdad que él mismo ha recibido, en todo momento deseando encarecidamente su salvación y dispuesto a guiarlos por los caminos del Señor, tan pronto como sean salvados. Dios no suele dejar a sus hijos recién nacidos entre personas que no comprenden la nueva vida, o donde vayan a ser abandonados sin cuidado ni alimentación apropiados.

Por tanto, hermanos, si quieren que sus oyentes se conviertan, deben procurar que su predicación vaya dirigida directamente a la conversión, y que sea tal que se preste a ser bendecida por Dios a tal fin. Cuando este es el caso, pueden esperar

que se salven las almas —un gran número de ellas. No se sientan satisfechos con la conversión de una sola alma. Recuerden que la regla del Reino es: «Conforme a vuestra fe os sea hecho». Si hay en nosotros una gran fe, Dios nos dará sus bendiciones conforme a esta fe. Ojalá nos libráramos de la incredulidad y creyéramos grandes cosas de Dios, y predicáramos con tal alma y corazón que fuera probable que los hombres se convirtieran por medio de semejantes palabras. Hay que proclamar verdades que los puedan convertir. Hay que exponerlas de manera tal que sean susceptibles de ser bendecidas para la conversión de nuestros oyentes. Por supuesto, hemos de confiar en todo momento en el Espíritu Santo para que lleve a cabo la obra eficaz, porque nosotros no somos sino instrumentos en sus manos.

(2) Sermones interesantes. De manera más concreta, si queremos que los demás se salven, hemos de conseguirlo por medio de *sermones que les interesen*. Primeramente, es preciso atraerlos a oír la voz del evangelio porque hay, por lo menos en Londres, gran aversión hacia las casas de oración, y creo que ocurre lo mismo con muchas otras iglesias y templos.

Creo que las personas sencillas no asisten muchas veces a los cultos porque no comprenden la «jerga» teológica que se utiliza en el púlpito; no es ni castellano, ni griego, sino chino; y cuando un obrero va una vez y escucha ese lenguaje refinado, le dice a su mujer: «Jamás volveré a ir allá, no hay nada para mí, ni para ti tampoco; quién sabe si para esos señores de la universidad habrá algo, pero para personas como nosotros no hay nada». No, hermanos míos, hemos de predicar con lo que Whitefield llamaba «lenguaje del tendero» si queremos que todas las clases sociales de la comunidad escuchen nuestro mensaje.

Y después, ya conseguido que vengan a oírnos, debemos predicar de forma interesante. Las personas no se convertirán mientras duerman; y, para quedarse dormidos, sería mejor que-

darse en casa donde podrían dormir mucho más cómodamente en su cama. Hemos de tener las mentes de nuestros oyentes despiertas y activas, si de verdad hemos de beneficiarles. No se dispara a los pájaros sin antes hacerles levantar el vuelo; es necesario que los hagan salir de entre las altas hierbas que los ocultan. Antes preferiría usar un poco de eso que algunos predicadores muy correctos consideran un horror, esa perversidad llamada humor; preferiría, repito, despertar hasta con humor a la congregación y no que se dijera que el sermón fue tan monótono que todos terminamos dormidos. A veces, puede ser bastante bueno que se diga de nosotros lo que dijeron de cierto predicador: «¿Qué pretende ese hombre? Hizo reír a su audiencia mientras predicaba». «Sí, —fue la sabia respuesta—, ¿pero no se dio cuenta usted de que a continuación los hizo llorar?». Aquella era cosa buena y bien hecha. A veces cosquilleo a la ostra hasta que esta se abre, y es entonces cuando meto el cuchillo. No se habría abierto exclusivamente por medio de mi cuchillo, pero sí con otra cosa distinta; y es así como hay que obrar con las personas. Es necesario que sus ojos y oídos, así como su alma sean abiertos de algún modo; y cuando los tengan abiertos, deben pensar: «Esta es mi oportunidad; ¡adentro con el cuchillo!». Hay un punto vulnerable en la piel de esos rinocerontes pecadores que acuden a oírles; mas tengan cuidado, si disparan a ese punto débil, habrá que hacerlo con una bala completamente evangélica, porque ninguna otra cosa hará con éxito la obra que necesita llevarse a cabo en sus almas.

Por otra parte, es necesario que el tema sea interesante para que los oyentes lo recuerden. No recordarán nada de lo que oyen si la materia no les interesa. Olvidarán nuestras hermosas peroraciones, y no recordarán nuestros preciosos fragmentos poéticos, y no creo tampoco que recordarlos les hiciera bien alguno. Es necesario que digamos a nuestros oyentes cosas que no puedan olvidar fácilmente. Creo en lo que el padre Taylor llama «el poder sorpresivo en un sermón», es decir, algo ines-

perado para sus oyentes. En el preciso momento en que estos esperan que ustedes digan algo rectilíneo y homogéneo, digan algo sinuoso y abrupto, porque se acordarán de ello, y se habrá atado un nudo evangélico que probablemente perdure.

Recuerdo haber leído de un sastre que prometió contar a sus compañeros de gremio cómo había hecho su fortuna. Todos se reunieron alrededor de su lecho de muerte y, escuchando muy atentamente, le oyeron decir: «Compañeros míos, me dispongo a decirles cómo pueden hacer también fortuna; he aquí el método: hagan siempre un nudo en el hilo». Esta misma advertencia les hago a ustedes, predicadores; hagan un nudo en el hilo; con este nudo, el hilo no se sale de la tela. Algunos predicadores introducen la aguja perfectamente, pero no hacen el nudo en el hilo, y así, se sale del «pañó» y en última instancia su labor se queda en nada. Hermanos, hagan un buen número de nudos en sus sermones, para aumentar la probabilidad de que permanezcan en la mente de sus oyentes. Su predicación no debe ser como el cosido de algunas máquinas, con las que se deshace toda la costura si tan solo se rompe una puntada. Estoy convencido de que si un sermón se caracteriza por ser interesante para los oyentes, a la vez que concebido para su salvación, habrá motivos para pensar que Dios, por medio de su gracia, lo utilizará para la conversión de estos.

(3) Sermones instructivos. Otra cualidad necesaria para que un sermón sirva para la salvación de almas es que *sea instructivo*. Para que alguien sea salvo por medio de un discurso, es necesario que este contenga cierta medida de información. Ha de haber en él luz, además de fuego. Algunos predicadores son todo luz, sin fuego alguno; y otros son todo fuego, pero no tienen luz. Lo que necesitamos son ambas cosas: fuego y luz. No es que juzgue a esos hermanos que son todo fuego y furia; pero desearía que tuvieran algo más de conocimiento de lo que hablan, y creo que no estaría demás que no se apresuraran a predicar lo que apenas entienden ellos mismos.

Está bien plantarse en plena calle y gritar: «¡Crean! ¡Crean! ¡Crean!». Perfecto, querido hermano, ¿pero qué hemos de creer? ¿A qué viene todo esto? Esta clase de predicadores son como el niño que había estado llorando y de repente pasó algo que interrumpió su llanto; al poco rato preguntó a su madre: «Mamá, ¿por qué estaba llorando?». La emoción es, sin duda, cosa muy natural en el púlpito; y el sentimiento, el patetismo o el poder conmovedor son todas cosas buenas y admirables en el lugar que les corresponde; pero utilicen también un poco de cerebro; dígnanos algo cuando se levantan para predicar el evangelio eterno.

En mi opinión, los sermones más adecuados para convertir a nuestros oyentes son aquellos que están llenos de verdad; verdad sobre la caída, sobre la ley, sobre la naturaleza humana y su alejamiento de Dios; sobre Jesucristo; sobre el Espíritu Santo; sobre el Padre Eterno; sobre el nuevo nacimiento; sobre la obediencia que se debe a Dios y de cómo aprenderla; y todas las grandes verdades semejantes a estas. Digan a sus oyentes algo, queridos hermanos, siempre que prediquen, dígnales algo.

Es verdad que sus palabras pueden producir algo bueno, aun cuando no se entienda lo que dicen. Supongo que podría ser así, porque lo demuestra el hecho que les voy a referir. Había una señora muy estimada que hace algún tiempo habló en una reunión de cuáqueros. Mujer muy distinguida, hablaba solamente holandés, razón por la cual pidió a uno de los hermanos que tradujera lo que iba diciendo; pero los asistentes replicaron que había tanto poder y espíritu en ella cuando hablaba que, aunque fuese holandesa, no querían que se lo tradujesen, porque no podían recibir más bendición de la que ya recibían. Ahora bien, estos oyentes eran cuáqueros, y su carácter es muy diferente al mío, porque por muy distinguida que fuera aquella señora, a mí me hubiera gustado saber de qué trataba y estoy seguro que no hubiera obtenido el mínimo provecho, a menos que el discurso hubiese sido traducido. Igualmente, me gusta

que los ministros sepan siempre de lo que están hablando, y que estén seguros de que sus palabras contienen algo que merece la pena decirse. Procuren, pues, queridos hermanos, ofrecer a sus oyentes algo más que una sarta de anécdotas patéticas que les hagan llorar. Digan algo a los demás; tienen la obligación de enseñarles, de predicarles el evangelio, de hacerles entender de la mejor forma posible las cosas que contribuyen a darles la paz. No hay esperanza de que las personas se conviertan por nuestros sermones, a menos que nos esforcemos en instruirles por medio de lo que les digamos.

(4) Sermones impresionantes. También es necesario que *se sientan impresionados por nuestros sermones, si han de convertirse por medio de ellos*. No solamente deben interesarles, o instruirles, sino también impresionarles. Creo, queridos amigos, que los sermones que causan impresión son mucho más importantes de lo que algunos se figuran. Para que puedan grabar la Palabra en aquellos a quienes predicán, recuerden que es necesario que primeramente haya sido grabada en ustedes. Deben sentirlo ustedes mismos, y hablar como quien lo siente; no hablar *como* si lo sintieran, sino *porque* lo sienten; de otro modo, no harán que otros lo sientan. ¿Qué idea cabe tener de quien sube al púlpito y lee a la congregación un sermón escrito por otro? Leemos en la Biblia que a un hacha prestada se le salió el hierro del mango, y me temo que esto mismo sucede con los sermones prestados —que se desprende de ellos la parte cortante. Quienes leen los sermones de otros no saben nada de nuestros quebraderos de cabeza al prepararnos para el púlpito, o de nuestra alegría al predicar con la sola ayuda de unas breves notas.

Un amigo mío muy querido, que lee sus sermones, hablaba conmigo acerca del particular, y yo le decía lo mucho que se conmueve mi alma, y cómo se agita mi corazón cuando pienso en lo que voy a decir a mis oyentes, y más tarde, cuando estoy predicando mi mensaje. Sin embargo, me respondió que nunca

había sentido nada parecido en sus sermones. Me recordó a la niña que estaba llorando porque le dolían las muelas, y su abuela le dijo: «Eva, ¿no te da vergüenza llorar por tan poca cosa?». «Pero, abuela —respondió la niña—, tú dices eso porque cuando te duelen las muelas te las puedes quitar; pero las mías están fijas».

Algunos hermanos, cuando el sermón que han escogido no sale como esperaban, pueden echar mano al cajón y coger otro. En cambio, si tengo un sermón lleno de gozo, pero me siento triste y apenado, esto me abate grandemente; cuando quiero persuadir a los hombres para que crean, y mi espíritu está frío e impasible, sufro gran angustia, me duelen las muelas, y no me las puedo sacar, porque son mías propias. Lo mismo sucede con mis sermones: son míos y, por consiguiente, es de esperar que me cueste mucho tanto prepararlos como darlos.

Recuerdo la respuesta que recibí una vez, cuando dije a mi venerable abuelo: «Siempre que predico, me siento terriblemente mal, hasta con náuseas como quien se marea en alta mar». Cuando pregunté al querido anciano si él creía factible que pudiera superar esta sensación, su respuesta fue: «Si lo consigues, tu poder se habrá extinguido». Así, pues, queridos hermanos, no se trata tanto de que se apropien de su tema, sino que es necesario que este se apropie de ustedes, y que sientan en sí mismos su poder como una terrible realidad. Esta es la clase de sermones con más probabilidades de tocar la sensibilidad de las personas. Si no les causa primero una impresión en ustedes mismos, no esperen que se la cause a otros. Asegúrense, pues, de que sus sermones tengan siempre algo que les impresione realmente a ustedes primero, para luego conmover a sus oyentes.

Creo, además, que hace falta modular los sermones de modo que cause impresión. La pronunciación de algunos predicadores es pésima; si la suya también lo es, procuren corregirla por todos los medios posibles. Un profesor de canto le dijo a

## *Sermones apropiados para ganar almas*

un joven que deseaba aprender a cantar; «Muchacho, solo tienes un tono de voz, y está desentonado». De igual modo, hay ministros, cuyas voces solo tienen un tono carente de musicalidad. Intenten por todos los medios que su mismísima forma de hablar esté a tono con la gran tarea que tienen encomendada. Prediquen, por ejemplo, como si estuvieran ante el juez, y rogaran por la vida de un amigo, o estuvieran apelando al rey mismo en defensa de un ser muy querido. Empleen con los pecadores un tono suplicante como el que emplearían si en esta habitación se erigiera un patíbulo, y hubieran de ser colgados de él a menos que pudieran persuadir al verdugo de que les eximiera de ello. Esta es la clase de ardor que necesitan para razonar con los hombres como embajadores de Dios. Procuren presentar cada sermón de forma tal que la persona más frívola vea, sin asomo de duda, que, si oírles es una diversión para ella, para ustedes pronunciarlo no es tal cosa, sino que, con franca y solemne sinceridad, están departiendo con ellos acerca de asuntos eternos.

A menudo, al predicar, he tenido esta experiencia y me he visto con todas mis municiones acabadas; entonces, por así decirlo, me he introducido a mí mismo en el gran cañón del evangelio y me he disparado sobre mis oyentes: he disparado toda mi experiencia de la bondad de Dios, toda mi conciencia de pecado y toda mi percepción del poder del evangelio. Pues bien, hay algunos en los que esta clase de predicación produce un efecto que ninguna otra cosa habría logrado producir; les hacemos ver que no solo les estamos comunicando el evangelio, sino también a uno mismo. El mensaje que penetrará hasta los corazones es aquel que sale directamente del corazón del mensajero; y el sermón que puede quebrantar el corazón del oyente es aquel que ha quebrantado previamente el corazón del predicador. Queridos hermanos, procuren siempre, pues, predicar de tal forma que sus sermones, no solo interesen e instruyan, sino que causen una impresión profunda.

(5) Sermones pertinentes. Pienso además que debemos tratar de *quitar de nuestros sermones todo lo que puede desviar la mente de nuestros oyentes del objetivo que tenemos en perspectiva*. El mejor estilo de predicar, al igual que el mejor estilo de vestir, es aquel que pasa desapercibido. Cierta caballero estuvo una tarde visitando a la renombrada Hannah More y, cuando volvió a su casa, su mujer le preguntó: «¿Cómo iba vestida la señorita More? Habrá estado vestida espléndidamente». El caballero respondió: «Ciertamente... Pero vaya, no sabría decirte cuál era su atuendo. El caso es que no me fijé. En realidad, no había nada de particular en su vestido; lo único interesante era ella misma». Así es como viste una verdadera dama, de forma que reparemos en ella y no en sus adornos; tan bien vestida que no sepamos de qué forma va arreglada. Esta es también la mejor forma de vestir un sermón. Que no se diga nunca de ustedes, como se dice a veces de ciertos predicadores populares: «Lo hizo todo tan majestuosamente, habló con un lenguaje tan elevado, etc., etc.».

No introduzcan nunca en sus discursos nada que pueda distraer la atención del oyente del gran propósito que se han marcado. Si apartan la mente del pecador del tema principal, hablando a la usanza de los hombres, es mucho menos probable que reciba la impresión que desean comunicarle y, en consecuencia, sea también menor la posibilidad de que se convierta. Recuerdo haber leído lo que dice Finney en su libro acerca de los avivamientos. Cuenta que había una persona a punto de ser convertida cuando, en aquel mismo instante, entró una anciana que calzaba zuecos, arrastrando los pies por el pasillo y haciendo un gran ruido, y aquella alma se perdió. Sé lo que el evangelista quería dar a entender, aunque no me gusta la forma en que lo expuso. Seguramente, el ruido de los zuecos distrajo la mente de aquella persona, y es muy posible que después no pudiera volver a los mismos pensamientos. Hemos de considerar todas estas pequeñas cosas como si todo dependiera de no-

sotros, recordando al mismo tiempo que el Espíritu Santo es el único que puede hacer la obra eficaz.

Su sermón no debe distraer la atención de su público por su remota relación con el texto. Aún quedan muchos oyentes que creen que debe haber cierta relación entre el sermón y el texto, y habrán perdido su atención si empiezan a preguntarse «¿Cómo ha podido el pastor llegar hasta ahí? ¿Qué tiene que ver su discurso con el texto?». Esta costumbre de divagar puede ser muy perjudicial para ellos. Aténganse al texto, pues, hermanos.

Si no lo hacen, serán como el niño que fue a pescar, y le dijo su tío: «¿Has pescado mucho, Samuel?». A lo que el niño respondió: «He estado pescando durante tres horas, tío, y no he logrado pescar nada, pero he perdido muchos gusanos». Espero que nunca tengan que decir: «No gané ningún alma para el Salvador, pero desperdiqué un gran número de valiosos textos; confundí y oscurecí muchos pasajes de la Escritura, pero no hice nada bueno con ellos. No tuve el anhelo supremo de aprender lo que el Espíritu quería revelar en el texto, de modo que yo mismo pudiera asimilar su significado; en cambio, me costó lo indecible amoldar el texto a mis propias ideas». Esta no es la forma de proceder. Adhiéranse al texto, hermanos; ajústense a ello como el zapato a la horma, y procuren sacar de las Escrituras lo que el Espíritu Santo ha introducido en ellas. No permitan jamás que sus oyentes tengan que preguntarse: «¿Qué tiene que ver este sermón con el texto?». De lo contrario, no sacarán provecho de él, y puede que no se salven.

Quisiera instarles, hermanos, a que asimilen cuantas enseñanzas puedan; aprendan todo cuanto sus profesores puedan darles a conocer. Extraer de ellos todos los conocimientos que puedan ofrecerles les ocupará todo su tiempo, pero deben esforzarse en adquirir toda la preparación que puedan, porque, créanme, la falta de educación puede ser un obstáculo en la obra de ganar almas. Los errores gramaticales o de pronunciación, pueden causar daños incalculables. Aquella joven pudo haber sido

convertida, parecía gratamente impresionada con nuestro discurso; pero le desagradaba nuestra forma de hablar. Le chocaba tanto que cambiáramos una letra por otra y nos comiéramos las que los ignorantes suelen olvidar, que era incapaz de sentir placer alguno al escucharnos, y su atención se apartó de la verdad por causa de nuestros errores de pronunciación. Esas incorrecciones han causado un daño incalculable; es cierto que «la letra mata» a muchos y, en muchos casos, las equivocaciones gramaticales pueden hacer más daño del que se imaginan. Pensarán, quizás, que estoy hablando de cosas insignificantes, apenas dignas de consideración; pero no es así, porque estas cosas pueden tener muy serias consecuencias, y no es difícil aprender a hablar y escribir correctamente nuestra lengua. Procúrenlo y adquieran todo el conocimiento que puedan de su manejo.

Tal vez alguien objete: «Sin embargo, conozco a algunos hermanos que tienen éxito sin tener mucha cultura». Es verdad, pero tengan en cuenta que los tiempos están cambiando. Una joven decía en una conversación con otra: «No sé por qué las chicas tenemos que aprender tantas cosas. Las muchachas de antes no sabían gran cosa y también se casaban». «Sí, —repliqué su amiga—, pero ya sabes que entonces no había escuelas estatales. Ahora los jóvenes están más educados, y nos irá mal si no hacemos lo mismo». Si alguno argumenta que un ministro desconocía la gramática y, sin embargo cosechó el éxito, tengan en cuenta que los contemporáneos del tal predicador también ignoraban la gramática por lo que no importaba excesivamente la corrección. Pero ahora, cuando la mayoría ha recibido educación secundaria, si acuden a oírlos, será una lástima que sus mentes se aparten de las cosas solemnes en las que ustedes desean hacerles pensar por no poder pasar por alto su educación deficiente. Dios puede bendecir a alguien aunque no sea hombre culto, pero el sentido común nos dice que no debemos dejar que nuestra falta de cultura impida que el evangelio bendiga a los hombres.

«Pero —dirán tal vez— muy escrupulosos tendrán que ser para detectar semejantes faltas». ¿Y qué si es así? ¿Es que las personas escrupulosas no necesitan la salvación tanto como los demás? No consideraría demasiado escrupulosa a la persona que me dijera fundadamente que mi predicación chirrió de tal forma a sus oídos y le distrajo la atención de tal manera que le fue imposible recibir la doctrina que estaba intentando exponerle. Habrán de advertir que, si olvidan cuándo se debe utilizar un tiempo verbal o un adverbio, pueden distraer la mente del oyente de la verdad que están tratando de comunicar y, de esa manera, impedir que el mensaje llegue a su corazón y a su conciencia. Procuren, pues, despojar sus sermones de todo lo que distraiga fácilmente la mente de su auditorio de la principal finalidad que tienen ante sí. Si queremos predicar de manera que aquellos que acuden al eco de nuestra voz se salven, toda su atención y su pensamiento habrán de estar concentrados en la verdad que les estamos exponiendo.

(6) Sermones acerca de Cristo. Creo firmemente que, *cuan- to más llenos de Cristo estén nuestros sermones, tantas más probabilidades tendrán de ser bendecidos para la conversión de los oyentes*. Que nuestros sermones estén llenos de Cristo, repletos de principio a fin del evangelio. En lo que a mí concierne, hermanos, no puedo predicar nada que no sea Cristo y su cruz, porque no sé nada más. Hace tiempo que, al igual que el apóstol Pablo, tomé la determinación de no saber otra cosa que Jesucristo, y él crucificado. A menudo me han preguntado: «¿Cuál es el secreto de su éxito?», y siempre he respondido que no tengo más secreto que haber predicado siempre el evangelio —no acerca del evangelio, sino el evangelio—, la totalidad del glorioso y gratuito evangelio del Cristo viviente, que es la encarnación de las buenas noticias. Prediquen a Jesucristo, hermanos, predíquense siempre y por doquier; y, cada vez que prediquen, asegúrense de que el sermón esté lleno de la persona bendita del Salvador.

Recordarán la historia de aquel anciano ministro que escuchó predicar a un joven y, cuando el predicador le preguntó qué le había parecido su sermón, le respondió tras larga reflexión: «Si debo decirle la verdad, no me ha gustado nada; en su sermón no vi a Cristo por ninguna parte». «Claro que no —respondió el joven— tampoco vi que Cristo estuviera en el texto». «¡Oh! —dijo el anciano—, ¿pero no sabe que de cada pueblo, de cada aldea y de cada caserío, por pequeño que sea, parte un camino que conduce a la capital? Siempre que tomo un texto, me digo: «Hay un camino desde aquí a Jesucristo, y seguiré su senda hasta llegar a él». «Eso puede ser —replicó el joven—, pero suponga que está predicando acerca de un texto que no dice nada de Cristo». «Haré lo imposible por encontrarlo, lucharé contra viento y marea hasta llegar a él». Así debemos proceder nosotros, hermanos; es necesario que nuestros sermones estén llenos de Cristo, con independencia de qué otra cosa contengan. Debe haber en cada sermón la suficiente cantidad de evangelio como para salvar un alma. Procuren que así sea si son llamados a predicar ante una autoridad suprema, y del mismo modo si lo hacen ante un grupo de empleados domésticos; asegúrense de que cada sermón contenga siempre el evangelio verdadero.

Oí de un joven que, cuando iba a predicar a algún sitio, preguntaba: «¿Qué clase de iglesia es? ¿Qué creen sus miembros? ¿Cuál es su punto de vista doctrinal?». Les diré la forma de evitar tales preguntas: predíquenles a Jesucristo; y, si esto no se amolda a sus creencias doctrinales, vuelvan a predicarles a Jesucristo el próximo domingo que vayan, y así sucesivamente, y nunca prediquen otra cosa. A aquellos que no les agrada Jesucristo, debe predicárseles hasta que les agrade; porque son precisamente estas personas las que más lo necesitan. Acuérdense de que todos los hombres de negocios del mundo dicen que pueden vender sus mercancías cuando hay demanda de ellas, pero nuestra mercancía crea la demanda, además de suplirla.

## *Sermones apropiados para ganar almas*

Predicamos a Jesucristo a aquellos que lo quieren, y también lo predicamos a los que no lo quieren, y continuamos predicando a Cristo hasta hacerles sentir que lo necesitan y que no pueden vivir sin él.

(7) Sermones al corazón. Estoy firmemente convencido de que *aquellos sermones que verdaderamente van dirigidos al corazón de los hombres, son los más susceptibles de convertirlos*. No son aquellos que van dirigidos a sus cerebros y a sus intelectos. Siento decir que conozco algunos predicadores que nunca harán nada bueno en el mundo; son buenas personas, muy hábiles, tienen facilidad de palabra, y poseen bastante agudeza; pero, por alguna razón, hay en sus naturalezas una lamentable omisión: cualquiera que los conoce se da cuenta enseguida de que no tienen corazón. Conozco algunos hombres que son secos como la mojama. Si los colgaran en la pared, como hacen los pescadores con las algas marinas para predecir el tiempo que hará, no les servirían de nada, puesto que casi ninguna de las diversas condiciones meteorológicas podría afectarles.

Pero también conozco a algunos que son todo lo contrario a estos. No es posible que ganen almas porque ellos mismos son tan irrespetuosos, tan frívolos y efervescentes, que no hay en ellos nada serio, nada que muestre un sentido de responsabilidad. No puedo hallar en ellos vestigio alguno de su alma; son demasiado superficiales para que quepa; un alma no podría vivir en aguas someras como las tuyas; parecen haber sido hechos sin alma y, por eso, no pueden hacer bien alguno en su predicación del evangelio. Para poder cuidar de las almas de los demás, es necesario que tengan alma, sin lugar a dudas; y, del mismo modo, si quieren llegar al corazón de los demás deben ser hombres de corazón.

He aquí otra clase de hombre: uno incapaz de llorar por los pecadores. ¿Qué bien hará en el ministerio? Jamás lloró por los hombres; nunca se angustió ante Dios por su causa; nunca dijo como Jeremías: «¡Oh, si mi cabeza se hiciese agua, y mis ojos

fuentes de lágrimas, para que lllore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!». Conozco a un hermano así. En una reunión de pastores, después que hubimos confesado nuestras faltas, dijo que se sentía avergonzado de nosotros. Es posible que nosotros debiéramos avergonzarnos más de nosotros mismos de lo que hacíamos; pero él nos dijo que, si era verdad cuanto habíamos manifestado en nuestras confesiones a Dios, éramos una deshonra para el ministerio; tal vez lo éramos. Dijo que él no era así, según su buen entender, nunca predicó un sermón sin la convicción de que era el mejor que podía predicar, y que no había forma de mejorarlo. Era un hombre que siempre estudiaba el mismo número de horas cada día; siempre oraba exactamente los mismos minutos; siempre predicaba durante el mismo espacio de tiempo; era, en resumen, el hombre más metódico que había conocido jamás. Cuando le oí dirigirse a nosotros como lo hizo, me pregunté: «¿Cuál es, en su ministerio, el resultado de esta forma tan perfecta de hacer las cosas?». Bueno, muy poco satisfactorio. Tiene el gran don de la dispersión; porque si va a una iglesia llena, pronto la vacía. No obstante, a su manera, considero que es un buen hombre.

Ojalá su reloj se parara de vez en cuando, o diera la hora veinticinco veces en un día, o le sucediera algo extraordinario, pues tal vez de ahí podría salir algún bien. Pero es tan metódico y ordenado que no hay esperanza de que nada de esto suceda; su defecto es no tener defecto alguno. Advertirán, hermanos, que los predicadores que no tienen defectos, tampoco tienen virtudes. Procuren, pues, evitar esa planicie, ese mar de aceite, y todo cuanto pueda disminuir la posibilidad de que las personas se conviertan.

Volviendo de nuevo al asunto que nos ocupa acerca de la necesidad de tener corazón, recuerdo que pregunté a una jovencita que hacía poco se había unido a la iglesia:

—¿Tienes buen corazón?

Ella respondió:

*Sermones apropiados para ganar almas*

—Sí, señor.

Dije:

—¿Has pensado en lo que te dije? ¿No tienes un corazón perverso?

—¡Oh, sí! —respondió.

—¿Y cómo es que tus dos respuestas son afirmativas?

—Bueno —respondió la muchacha—, sé que tengo buen corazón, porque Dios me ha dado un nuevo corazón y un espíritu recto; y también sé que tengo un corazón perverso, porque a menudo lo veo luchar contra mi nuevo corazón.

Estaba en lo cierto, y preferiría que el ministro tuviera dos corazones a que no tuviera ninguno.

Su labor, hermanos, debe ser más de corazón que de cabeza, si quieren ganar muchas almas. En medio de todos sus estudios, asegúrense de que su vida espiritual no se desequie. No hay necesidad de que esto ocurra, aunque en muchos casos es lo que ha sucedido. Los profesores, mis hermanos, les confirmarán la influencia desecante del latín, el griego y el hebreo.

Los clásicos, las matemáticas... Hay en torno a estas cosas una fuerte capacidad de desecación, y es fácil que alguna ciencia llegue a absorberles hasta que su corazón haya desaparecido. Que esto no suceda con ninguno de los presentes, no sea que los demás tengan que decir de ustedes: «Sabe mucho más que cuando vino a nosotros, pero no tiene tanta espiritualidad como entonces». Procuren que nunca sea así. No se conformen con un simple bruñido de sus parrillas; aviven el fuego en sus corazones, y hagan que su propia alma se inflame del amor de Cristo; de otro modo, no serán aptos para ser utilizados en la conversión de las almas de sus semejantes.

(8) Sermones con oración. Finalmente, hermanos, creo que *los sermones bañados en oración son los más apropiados para convertir a las personas*. Me refiero a aquellos discursos por los que se haorado fervorosamente, tanto en su preparación como en su predicación, porque hay mucha supuesta oración que no

es más que una representación teatral. Hace algún tiempo viajaba con un hombre que decía obrar maravillosas curaciones mediante los ácidos de cierta madera. Cuando me hubo contado todo lo referente a su extraordinario remedio, le pregunté: «¿Qué es lo que hay en esos medicamentos para efectuar las curaciones que dice usted haber obrado?». «¡Oh! —respondió—, es la forma en que los preparo más que el contenido en sí; este es el secreto de sus propiedades curativas. Los froto con todas mis fuerzas durante un buen rato, y poseo tal cantidad de electricidad vital que es como si pusiera en ellos mi propia vida».

Por supuesto, este hombre no era más que un curandero, pero también de él podemos aprender una lección, porque la manera de hacer sermones es transmitirles electricidad vital, poniendo en ellos nuestra vida y la vida de Dios mismo con oración sincera. La diferencia entre un sermón por el que se ha orado y otro que ha sido preparado y predicado sin oración, es como la diferencia entre el sumo sacerdote antes y después de su unción. Deben ungir sus sermones, hermanos, y no podrán hacerlo a no ser que estén en íntima comunión con Dios.

Que el Espíritu Santo les unja y les bendiga abundantemente en la obra de ganar almas, por el amor de nuestro Señor Jesucristo, Amén.

## 5: OBSTÁCULOS EN LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Queridos hermanos, he abordado en varias ocasiones con ustedes la cuestión de la salvación de las almas y el nobilísimo oficio de ganarlas. ¡Que todos ustedes se conviertan, en este aspecto, en poderosos cazadores ante el Señor, y traigan a muchos pecadores al Salvador! Hoy quiero decirles unas cuantas palabras acerca de los obstáculos que hallamos en nuestro camino cuando intentamos ganar almas para Cristo.

(1) Indiferencia. Estos obstáculos son numerosos, y me es imposible hacer una relación completa de ellos. Pero el primero, y uno de los más difíciles de vencer, es *la indiferencia y el letargo de los pecadores*. No todos los hombres son igualmente indiferentes. Es cierto que existen algunas personas que parecen tener una especie de instinto religioso que ejerce en ellas una influencia para el bien, mucho antes que tengan un amor verdadero por las cosas espirituales. Sin embargo, hay lugares, especialmente en las zonas rurales, en donde prevalece la indiferencia, y semejante estado de cosas existe en ciertas áreas urbanas también. No se trata de incredulidad; no, estas personas no se preocupan lo suficiente por la religión siquiera para ope-

nerse a ella. No les importa qué predicamos, o dónde predicamos, porque no sienten el menor interés al respecto. No piensan en Dios, y no les importa nada de él ni del servicio que le deben; solo utilizan su nombre para profanarlo. Frecuentemente, he advertido que todo lugar donde hay poca actividad y vida es perjudicial para cualquier iniciativa religiosa. Entre los negros de Jamaica, cuando no tenían mucho trabajo, poca prosperidad había en las iglesias. Podría enumerar distritos, no muy lejos de aquí, donde la actividad es escasa, y se ve que allí prospera poquísimo la vida espiritual. A lo largo de todo el valle del Támesis, hay lugares donde uno puede matarse predicando sin que apenas se vean resultados debido a que no hay por allí mucha actividad en nada.

Ahora bien, cuando ustedes se tropiecen con la indiferencia en el lugar donde predicán —cosa que es muy posible—, una indiferencia que afecte a su congregación y que alcance aún a los propios ancianos, ¿qué es lo que harán? Su única esperanza para poder vencer es tener más ardor ustedes mismos. Mantengan vivo su propio celo; que sea vehemente, ardiente, llamante, un celo consumidor. Despierten de algún modo a las personas, y, si todo su ardor parece ser en vano, sigan ardiendo a pesar de todo; y, si no causa efecto en sus oyentes, vayan a otro lugar a donde Dios quiera enviarles. Esta indiferencia o letargo que se apropia de la mente de algunos hombres muchas veces produce una influencia perjudicial en nuestra predicación; pero debemos hacer todo lo posible por luchar contra ella, tratando de despertar tanto a nuestros oyentes como a nosotros mismos. Prefiero al adversario del evangelio si es sincero y ferviente, y no al hombre despreocupado e indiferente. No se puede hacer gran cosa con una persona que no quiera hablar de religión, o no venga a oír lo que uno tiene que decirle acerca de las cosas de Dios.

(2) Incredulidad. He aquí otro obstáculo muy importante. Está escrito del Señor Jesús que, cuando estaba en «su tierra»,

«no hizo allí muchos milagros a causa de la incredulidad de ellos». Este mal, que mora en todos los corazones sin regenerar, se manifiesta en algunos hombres de una forma muy marcada. Piensan algo en la religión, pero no creen en la verdad de Dios que les predicamos. Su propia opinión pesa más para ellos, y es más digna de crédito que las declaraciones inspiradas de Dios; no admiten nada de lo que ha sido revelado en las Escrituras. Estas personas son muy difíciles de convencer, pero les advierto que no los combatan con las mismas armas que ellos. No creo que los incrédulos puedan ser ganados por medio de razonamientos y, si alguna vez sucede, es algo anómalo.

El argumento que convence a los hombres de la realidad de la religión es aquel que deducen de la santidad y el ardor de quienes profesan ser discípulos de Cristo. Los incrédulos suelen, como principio, atrincherar sus mentes contra los asaltos de la razón; y, si nosotros utilizamos el púlpito para debatir con ellos, a menudo haremos más mal que bien. Con toda seguridad, solo una pequeña parte de nuestro auditorio entenderá lo que tratamos y, mientras que nosotros intentamos hacerles bien a estos, lo más probable es que estemos enseñando la incredulidad a otros que no saben nada de estas polémicas, de modo que su primer conocimiento de ciertas herejías será aquel que salga de nuestros labios. Es posible que nuestra refutación del error no sea perfecta, y muchas mentes jóvenes se tiñan de incredulidad por escucharla. Considero que podrán destruir la incredulidad más por su fe que con su razón; por medio de su creencia y su conducta acorde con su convicción de la verdad harán mucho más bien que a través de cualquier razonamiento, por poderoso que este sea.

Hay un amigo que suele venir a oírme todos los domingos. «¿Qué le parece? —me dijo un día—, usted es el único que me conduce a pensamientos más elevados y, sin embargo, considero que es usted mala persona, ya que no siente la menor comprensión hacia mí». «Efectivamente —le dije— o por lo menos

no siento la menor comprensión hacia su incredulidad». «Eso me hace confiar en usted, porque temo seguir siendo como hasta ahora; pero cuando veo su fe serena, y contemplo cómo Dios lo bendice al ejercerla, y sé de cuanto lleva a cabo por el poder de ella, me digo a mí mismo: 'Eres un necio'». «Tiene usted mucha razón al opinar así —le dije—, y cuanto antes piense como yo, tanto mejor; porque no hay mayor necio que el que no cree en Dios». Uno de estos días espero verlo convertido; hay entre nosotros una continua batalla, pero nunca respondo a ninguno de sus razonamientos. Una vez le dije: «Si usted cree que soy un embustero, puede creerlo, si así le place; pero yo testifico lo que conozco, y declaro lo que he visto, gustado, palpado y sentido; y usted debería creer en mi testimonio, porque yo no sacaré nada engañándolo». Sin embargo, si le hubiera disparado con los perdigones de la razón, hace tiempo que este hombre me habría derrotado. Les aconsejo, pues, que combatan la incredulidad con la fe y la falsedad con la verdad; no recorten ni expurguen el evangelio para intentar encajarlo en las necedades y las fantasías de los hombres.

(3) Postergación. Un tercer obstáculo que se interpone en nuestra lucha por las almas es esa fatal *demora* de los hombres. No sé si quizás este mal es peor y más generalizado que la indiferencia y la incredulidad que ya hemos tratado. Muchos hombres nos dicen lo que Félix dijo a Pablo: «Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré». Estos llegan a la frontera, y parecen dar algunos pasos hacia la tierra de Emanuel; pero, a pesar de ello, esquivan nuestras invitaciones y se marchan diciendo: «De acuerdo, lo pensaré; no tardaré en decidirme». Lo mejor es presionar a los hombres para que lleguen a una decisión inmediata, instándoles a resolver de una vez esta cuestión de vital importancia. No importa si estos critican su doctrina; ustedes no pueden errar al predicar cuanto Dios enseña, y su Palabra dice: «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación».

## *Obstáculos en la salvación de las almas*

(4) Falsa confianza. Esto me lleva a mencionar otro obstáculo en la conquista de almas. En realidad se trata del anterior, pero visto desde otro ángulo; esto es: la *seguridad carnal*. Muchos se imaginan que están a salvo de cualquier peligro; no han llegado a examinar a fondo los cimientos sobre los cuales edifican para ver si son fuertes y firmes, pero suponen que todo está en orden. Si no son buenos cristianos, pueden decir al menos que son mucho mejores que algunos que se hacen pasar por tales; y, si llega a faltar algo en ellos, siempre están a tiempo de darse un retoque y arreglarse adecuadamente para comparecer ante Dios. De este modo, no tienen temor; o, si llegan a tenerlo, es momentáneo, pues no viven en continuo terror de ser arrojados de la presencia del Señor y de su gloria, lo cual será su merecido castigo si no se arrepienten y creen en el Señor Jesucristo.

Contra estos, nuestra voz debería tronar día y noche. Digámosles claramente que el incrédulo pecador «ya ha sido condenado», y que perecerá ciertamente durante toda una eternidad si no se rinde a Cristo. Deberíamos predicar de forma que hiciéramos temblar en sus asientos a los pecadores; y, si no están dispuestos a acudir al Salvador, que al menos sufran mientras estén alejados de él. Me temo que a veces predicamos cosas muy placenteras, demasiado consoladoras y agradables, y que no presentamos ante los hombres como debiéramos el peligro inminente en que se encuentran. Si dejamos así de manifestarles todo el consejo de Dios, al menos parte de la responsabilidad de su destrucción caerá sobre nuestras cabezas.

(5) Desesperación. Este es otro obstáculo en nuestra obra. El ser humano es muy veleidoso, y quien ayer no tenía temor, hoy no tiene esperanza. Hay muchos que, a pesar de haber oído el evangelio, viven en una especie de *desesperación* de que el evangelio ejerza jamás su poder en ellos. Es posible que hayan crecido entre personas que les hayan enseñado que la obra de salvación es enteramente de Dios, e independiente del pecador;

y, por consiguiente, consideran que, si han de ser salvados, así será. Ustedes saben que esta doctrina, a pesar de encerrar una gran verdad, dicha así, sin más aclaración, es una tremenda falsedad. No es la predestinación, sino el fatalismo lo que hace hablar a los hombres como si nada tuviesen que hacer, o como si nada pudiesen hacer. No es posible que nadie sea salvado mientras su única esperanza sea: «Si he de ser salvado, lo seré a su debido tiempo». Es posible que ustedes se encuentren con personas que razonen de esta forma y, aunque les digan todo lo que sepan, permanezcan como revestidos de acero, sin sentir la más mínima responsabilidad porque no hay en su espíritu esperanza alguna que les aliente. De cuánta bendición les sería si tuvieran esperanza siquiera de poder obtener misericordia con solo pedirla, y esto les impulsara a arrojar sus almas culpables en los brazos de Jesús. Prediquemos la salvación total y gratuita para todos los que crean en Jesús, para que así podamos influir de alguna manera en estas personas. Si instáramos a quienes poseen una seguridad carnal a que tan solo confiaran, es posible que algunos de estos que viven en una callada desesperación cobrasen ánimo y esperanza y se decidieran a acudir a Cristo.

(6) Amor al pecado. No hay duda de que aquí hay otro gran obstáculo. «El pecado está a la puerta». Hay muchos hombres que no son salvados por causa de pasiones secretas. Tal vez estén viviendo en fornicación. Recuerdo el caso de un hombre que yo creía que vendría a Cristo. Aquel hombre se daba plena cuenta de la autoridad del evangelio y parecía francamente impresionado por la predicación de la Palabra; sin embargo, tuve noticia de que mantenía relaciones con una mujer que no era su esposa, y que continuaba viviendo en el pecado mientras decía buscar al Salvador. Cuando supe aquello, comprendí enseguida por qué no podía encontrar paz; por mucho dolor de corazón que hubiera experimentado, aún quedaba aquella mujer que lo retenía en la esclavitud del pecado.

## *Obstáculos en la salvación de las almas*

Hay otros cuyo pecado es la falta de honradez en los negocios; a estos no los veremos salvados mientras persistan en su forma de proceder. Si no abandonan su conducta fraudulenta, no podrán ser salvos. Otros beben en exceso. Ahora bien, ya se sabe que nuestra predicación afecta con facilidad a las personas dadas a la bebida. Sus ojos son propensos al llanto, el alcohol los ha vuelto muy sentimentales, y hay en ellos una especie de lacrimosa sensiblería; pero es imposible que vengan a Cristo mientras se aferren a la «copa de los demonios». En otros la dificultad consiste en algún pecado oculto o algún deseo escondido. Unos dicen que no pueden evitar montar en cólera, otros que no pueden abandonar la borrachera, y aquellos se lamentan de no poder encontrar la paz, cuando lo cierto es que la raíz del mal es que hay una ramera en su vida. En todos estos casos, nuestro deber es continuar predicando la verdad, y Dios nos ayudará a dirigir las flechas a las junturas de la armadura del pecador.

(7) Fariseísmo. El *fariseísmo* de algunos hombres coloca otro obstáculo en nuestro camino. Estos no han cometido ninguno de los pecados a que he venido refiriéndome; han guardado todos los mandamientos desde su juventud, ¿qué más les falta? No hay lugar para Cristo en un corazón lleno; el que está vestido de la cabeza a pies con su propia justicia, no tiene necesidad alguna de la justicia de Cristo o, cuando menos, no es consciente de tal necesidad. Si el evangelio no le convence, pues, ha de ser Moisés quien le traiga la ley, y le muestre cuál es su verdadero estado. Esta es, en muchos casos, la mayor dificultad; el hombre no viene a Cristo por no darse cuenta de que está perdido. No pide ser levantado porque desconoce su caída; no siente necesidad alguna de la misericordia o del perdón divino y, por tanto, no los busca.

(8) Mundanalidad. También hay otros a quienes nada de cuanto digamos hará mella, debido a su *completo materialismo*. La mundanalidad tiene dos formas distintas: en el pobre, es re-

sultado de la pobreza desesperada. Al hombre que apenas tiene algo que llevarse a la boca, que no tiene casi nada que ponerse, que en su casa oye llorar a sus hijitos, y contempla la ajada faz de su laboriosa esposa; hermanos, ese hombre necesita que le prediquemos con mucha sensibilidad para lograr que nos escuche y piense en el mundo venidero. Preguntas como: «¿Qué comeremos hoy? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos?», son preguntas que atormentan duramente la vida del pobre. El Cristo del hambriento es el que tiene en sus manos un pedazo de pan. Así es como se nos presenta nuestro Señor cuando partía el pan y los peces para la multitud, pues Jesús ama dar de comer al hambriento. Así, pues, si podemos aliviar las necesidades del menesteroso, quizá cubramos su miseria y lo coloquemos en situación de poder oír con provecho el evangelio de Cristo.

El otro aspecto de la mundanalidad proviene de tener demasiado o de vivir demasiado apegado a las cosas del mundo. El caballero ha de ir a la moda; su hija debe vestir con el mejor estilo, su hijo aprender a bailar... Esta es la clase de mundanalidad que plaga algunas de nuestras iglesias evangélicas.

(9) Codicia. Hay además otra clase de hombres; son los que se pasan todo el día detrás del mostrador. Su negocio parece consistir en cerrar las puertas de su establecimiento para volverlas a abrir cuanto antes; se levantan temprano, se acuestan tarde y viven afanados, y todo por el dinero. ¿Qué podemos hacer por estos hijos de la codicia? ¿Cómo lograremos llegar al corazón de estos hombres cuyo único objetivo es ir amontonando dinero para enriquecerse? Bueno es ser ahorrativo, sí; pero a veces el ahorro se vuelve simple tacañería. Algunos hasta irán a la iglesia, porque es respetable y correcto, y además esperan aumentar con ello su clientela. Recordemos que Judas siguió siendo inconverso a pesar de la compañía del Señor Jesucristo; así también, hay algunos entre nosotros en cuyos oídos resuenan tan fuerte las treinta piezas de plata que no pueden oír la voz del evangelio.

## *Obstáculos en la salvación de las almas*

(10) *Malas Compañías.* Y, para terminar, veamos un obstáculo más en nuestra labor de ganar almas para el Señor, a saber: las costumbres, lugares de reunión y las compañías de algunos hombres. ¿Cómo podremos esperar que un obrero se meta en su casa cuando sale del trabajo, y se quede allí, sentado todo el tiempo en la única habitación que tiene para dormir y para vivir? Cuando el marido llega, la mujer está irritada, los niños llorando, y, atravesando la habitación de parte en parte, penden cuerdas llenas de ropa tendida. ¿Qué harían ustedes si estuvieran en su lugar? Supongan que no fuesen cristianos, ¿no se irían a cualquier otra parte? No se dedicarían a deambular por las calles; y mucho menos sabiendo que en la cantina hay salones cómodos, bien iluminados, y que en la esquina hay un bar donde todo es limpio y acogedor, y donde abundan alegres compañías.

Es inútil que pretendan ser instrumentos de salvación de estos hombres mientras ellos sigan frecuentando semejantes lugares y reuniéndose con tales personas. Todo el bien que puedan hacerles los himnos que escuchan el domingo desaparece al escuchar las canciones procaces de las cantinas; y el recuerdo que pudiera haber en ellos de las palabras oídas en la casa del Señor será borrado de sus mentes por las historias subidas de tono que se cuentan en el bar. De ahí la gran bendición de tener un local donde los obreros puedan sentarse tranquilamente y organizar actividades en las que no todo sea cantar, orar, o predicar, sino que haya un poco de todo. De esta forma, se permite al hombre desligarse de los antiguos hábitos que parecían aprisionarle, y luego termina por dejar para siempre de frecuentar la cantina. En lugar de esto, puede que se preocupe por conseguir dos habitaciones, o una casita, donde su mujer tenderá la ropa en el patio, y verá que los niños no lloren tanto como antes, tal vez porque su madre tenga algo más que darles. Y así, todo irá mejorando a partir del momento en que el hombre abandone sus malas compañías.

## EL GANADOR DE ALMAS

Creo que el ministro cristiano tiene plena justificación para utilizar cuantos medios justos y lícitos estén a su alcance para apartar a las personas de sus malas compañías, y a veces puede ser conveniente hacer algo que parezca extraordinario, si con ello podemos ganar almas para el Señor Jesucristo. Este ha de ser nuestro único objetivo en todo cuanto hagamos; y cualquiera que sea el obstáculo que encontremos en nuestra senda, debemos implorar la ayuda del Espíritu Santo para que sea eliminado, con objeto de que las almas se salven y Dios sea glorificado.

## 6: CÓMO HACER QUE OTROS COLABOREN EN GANAR ALMAS

**Y**a les he hablado varias veces, mis queridos hermanos, acerca de la tarea más importante en la vida, esto es, la salvación de las almas. Les he venido demostrando las diferentes formas de llevarla a cabo, los requisitos para con Dios y para con los hombres que han de poseer aquellos a quienes Dios quiere utilizar como ganadores de almas, los sermones que son más apropiados a este propósito y los obstáculos que encontraremos en el camino de nuestra labor. Pues bien, esta tarde quisiera hablarles acerca de otro punto, a saber: cómo lograr que otros sean ganadores de almas.

Cada uno de ustedes aspira a ser, a su debido tiempo, un pastor de iglesia, a menos que Dios los llame a ser evangelistas o misioneros. Comenzarán por ser simples sembradores de la buena semilla del Reino; y así, irán esparciendo puñados de grano que tomarán de su propia cesta. Sin embargo, su deseo será llegar a ser agricultores espirituales, y poseer algunas hectáreas que no solo ustedes siembren, sino que en dicha labor reciban ayuda de un cuerpo de servidores. Entonces, cuando hayan conseguido esto, dirán a uno: «Ve e irá», o: «Ven y ven-

drá»; y procurarán instruirlos y guiarlos en el arte y el misterio de la siembra, de forma que, transcurrido algún tiempo, estén rodeados de siervos que se encarguen de llevar a cabo la hermosa obra, con lo que un mayor número de hectáreas podrán ser cultivadas para el gran Sembrador. Algunos de nosotros hemos recibido bendiciones tan abundantes, de la gracia de Dios, que tenemos a nuestro alrededor un gran número de personas que han sido espiritualmente resucitadas a través de nosotros y estimuladas bajo nuestro ministerio, seres a los que hemos instruido y fortalecido y que sirven eficazmente a Dios.

(1) Paciencia. Permítanme que les advierta que no esperen todas estas cosas desde un principio, pues todo ello *requiere tiempo*. No piensen obtener en el primer año de su pastorado la recompensa que es el resultado de veinte años de continuo esfuerzo en un mismo lugar. Los pastores jóvenes cometen a veces un gran error en la forma de dirigirse a aquellos a quienes pocas semanas antes eran unos desconocidos. No pueden hablar con la autoridad de quien ha sido un padre entre los suyos durante veinte o treinta años; porque, si lo hacen, su actitud se convierte en una afectación absurda. También es absurdo pretender que la congregación sea al día siguiente igual que pudiera ser tras haber sido preparada por un ministro de Dios durante un cuarto de siglo.

Claro, es posible que se ocupen de alguna iglesia donde algún otro haya estado afanándose fielmente durante muchos años en la loable ocupación de sembrar buena semilla, por lo que también es posible que hallen su campo de acción en un estado próspero y lleno de bendiciones; dichosos ustedes si pueden seguir la obra que otro buen ganador de almas comenzara. Siempre es buena señal cuando los caballos no advierten que llevan un nuevo jinete; y sería una gran dicha para ustedes si, en su inexperiencia, les tocara por suerte dirigir a los que ya casi saben valerse por sí mismos.

Sin embargo, lo más probable es que vayas a algún lugar ca-

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

si echado a perder, o quizá totalmente abandonado. Llegado a tal lugar, es posible que esperes que el primer diácono imite tu ardor. Sin embargo, al verle frío como el acero, tu fuego será como un trozo de hierro candente sumergido en agua fría. Te dirá, tal vez, que ha conocido a otros que al principio eran tan ardientes como tú, pero que pronto se enfriaron; y que no se sorprenderá si te ocurre lo mismo. Puede que sea muy buen hombre, pero él es viejo, y tú, joven y, por mucho que se intente, es imposible colocar cabezas jóvenes sobre hombros viejos. Quizás tu siguiente determinación sea probar con algunos de los jóvenes, ya que es posible que con ellos te entiendas mejor; pero no te comprenderán, son renuentes y reacios, y pronto volverán a desviarse. Hermanos, no deben extrañarse si les ocurre así.

Con toda probabilidad, en la obra tendrán que hacerlo casi todo ustedes mismos. De todos modos, es mejor que se hagan esta idea, y de esta forma no se sentirán desilusionados cuando así suceda en realidad. Tal vez las cosas se presenten con un cariz distinto; pero es conveniente que vayan al ministerio sin esperar hallar gran colaboración por parte de los demás en la obra de ganar almas. Piensen por anticipado que tendrán que hacer el trabajo ustedes mismos, sin la ayuda de nadie. Y empiecen así, solos; siembren la semilla, recorran su campo de arriba, abajo, siempre con la mirada puesta en el Señor de la mies para que él bendiga su labor, y esperando el día cuando, por sus esfuerzos y con la ayuda divina, en vez de un trozo de tierra cubierta de ortigas, o llena de piedras, cizaña o espinos, o parcialmente cubierta de hoyos, posean un terreno bien labrado, donde puedan sembrar la simiente con el mayor provecho, y donde tengan un pequeño ejército de labradores que les ayuden en su trabajo. Con todo, sepan hermanos que todo esto requiere tiempo.

Quisiera decirles que no deben esperar todo esto por lo menos hasta unos meses después de que se hayan puesto a traba-

jar. Los verdaderos avivamientos no siempre se presentan cuando nosotros los deseamos. ¡Llaman al viento a ver si viene! La gran lluvia cayó en respuesta a la oración de Elías; pero no la primera vez que oró. Así también, hemos de orar una y otra vez hasta que al final aparezca la nube y con ella la lluvia. Esperen, trabajen, luchen, rueguen, y, a su debido tiempo, les serán otorgadas las bendiciones, y hallarán que la iglesia camina en pos de sus ideales; sin embargo, esto no sucederá de la noche al día. Obren con paciencia, y no esperen conseguir de pronto lo que ningún ministro ha logrado hasta después de muchos años.

(2) Adaptabilidad. Les aconsejo que, para alcanzar esta meta de reunir en torno suyo un número de cristianos que sean a su vez ganadores de almas, no obren *según una regla fija*, porque lo que en ocasiones puede ser bueno, puede no ser prudente otras veces, y lo que en ciertos lugares sería la mejor forma de proceder, en otros puede que no sea apropiado. A veces, el mejor método quizás consista en reunir a todos los miembros de la iglesia, decirles cuáles son sus deseos, y rogar fervorosamente que cada uno de los presentes se convierta en un ganador de almas para Dios. Díganles: «No deseo ser su pastor solo para poderles predicar, sino que anhelo ver almas que se salven, y ver a los que ya son salvados procurando ganar a otros para el Señor Jesucristo. Ya saben cómo se concedió la bendición de Pentecostés; estando toda la iglesia reunida en un mismo lugar, y perseverando en súplicas y oraciones de común acuerdo, se derramó el Espíritu Santo y hubo conversiones a millares. ¿No podemos nosotros reunirnos de la misma forma, y clamar a Dios intensamente para que él nos bendiga?».

Es posible que esto logre despertarlos. Reunirlos a todos, tratar con ellos sobre el particular, puntualizando lo que queremos que hagan, y que pidan a Dios, puede ser como acercar el pedernal a la yesca. Sin embargo, también es posible que no se consiga nada a causa de su poco interés por la obra de ganar almas. Puede que se limiten a decir: «Ha sido una reunión en-

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

cantadora, y se ve que nuestro pastor espera grandes cosas de nosotros; ojalá que se cumplan sus deseos». Y para ellos se acabó el asunto.

(3) Selección. Sin embargo, si con tal proceder no se consigue nada, puede que Dios les indique la conveniencia de *comenzar con uno o dos solamente*. Por lo general, suele haber en todas las congregaciones algún joven especial a quien, al notar ustedes en él más espiritualidad que en los demás, podrán decirle: «¿Quiere venir a mi casa uno de estos días para que podamos orar juntos un rato?». Y así, poco a poco, podrán ir aumentando el número de estos jóvenes fervorosos. O tal vez tendrán que comenzar por alguna señora piadosa que viva posiblemente más cerca de Dios que cualquiera de los hombres, y cuyas plegarias les pueden ayudar más que las de aquellos.

Una vez conseguido su apoyo, podrán decirles: «Ahora procuraremos hacer partícipes de nuestro anhelo a todos nuestros hermanos; antes de ocuparnos de los de afuera, comenzaremos por los miembros de nuestra congregación. Para ello, empezaremos por no faltar nunca a la reunión de oración para servir de ejemplo a los demás; y a ver si podemos también celebrar reuniones de oración en nuestras propias casas, e invitar a nuestros hermanos y hermanas. Tú, querida hermana, puedes reunir en tu casa a media docena de hermanas; y tú, hermano, podrás hablar a algunos amigos y decirles: ‘¿Por qué no nos reunimos a orar por nuestro pastor?’».

A veces, la forma más eficaz de hacer arder una casa es rociar de petróleo la parte central, y pegarle fuego, como hicieron las damas y caballeros de París en los días de la comuna; y otras veces el método más rápido es prenderle fuego por los cuatro costados. No he ensayado ninguno de los dos sistemas, aunque considero que ambos son válidos. Ciertamente, no han sido casas lo que he querido quemar, sino iglesias, porque estas no se desploman, ni se apaga su fuego cuando es verdadero, sino que sus llamas se elevan y arden inextinguiblemente. Una zarza

cualquiera se consume con rapidez al arder; pero cuando la zarza arde en llamas y no se consume, conoceremos que Dios está en ella; y lo mismo ocurre con la iglesia inflamada por el celo santo.

Su tarea, mis queridos hermanos, es la de incendiar sus iglesias a toda costa; ya sea hablando a la totalidad de su congregación, o simplemente a unos cuantos espíritus selectos; pero, comoquiera sea, hay que hacerlo. Formen una sociedad secreta para este santo propósito, conviértanse en una banda de pirómanos celestiales cuya mira sea hacer arder a toda la iglesia. Si así lo hacen, su proceder no agradará en modo alguno al diablo, y le causarán tal desasosiego que procurará destruir su unión por entero, y es precisamente esto lo que deseamos; no queremos otra cosa que guerra sin cuartel entre la iglesia y el mundo que se ha infiltrado en ella con sus vicios y sus costumbres. Sin embargo, repito nuevamente que todo esto necesita tiempo. He visto algunos que corrieron tan de prisa al principio que, lamentablemente, pronto se quedaron como caballos sin resuello. Así, pues, hermanos, tengan paciencia, y no crean que todo cuanto anhelan conseguir les será dado de inmediato.

(4) Oración. Supongo que en la mayoría de las iglesias hay reunión de oración una de las noches. Si desean que los miembros de su congregación, lo mismo que ustedes, sean verdaderos ganadores de almas, *esfuércense en continuar con estas reuniones de oración*. No sean como ciertos ministros de los suburbios de nuestra ciudad, quienes dicen que no pueden conseguir que las personas vayan a la iglesia para la reunión de oración y otra noche al estudio bíblico, por lo que una sola noche a la semana celebran una reunión para orar, durante la cual leen un pequeño discurso. Un pastor perezoso dijo que una charla es casi peor que un sermón, y así, ha decidido organizar una reunión de oración y charla combinadas, la cual no es ni lo uno ni lo otro; ni carne ni pescado. Ya empieza a decir que no sirve—estoy seguro de que los demás piensan igual—, y terminará

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

por suprimirla del todo. Y después de esto, ¿por qué no suprimir también uno de los servicios del domingo? El mismo razonamiento que se aplica para las reuniones dentro la semana podría regir a todo lo demás.

Leí lo siguiente hace poco en un periódico americano: «Vuelve a ser noticia el hecho bien conocido de que en la iglesia del Sr. Spurgeon de Londres, un domingo por la noche cada tres meses, los oyentes habituales se ausentan para ceder el local a los extraños. En este asunto 'queda excluida la jactancia' inglesa, pues en América nuestra cristiandad es de tan noble estirpe que gran número de nuestros oyentes ceden sus asientos a los de fuera todos los domingos del año». Espero, hermanos, que no ocurra así con sus congregaciones, tanto en lo que respecta a los domingos, como a las reuniones de oración.

Si estuviera en su lugar, haría de la reunión de oración una parte especial de mi ministerio. Procuren que sea tal que nada se le compare mil kilómetros a la redonda. No acudan a la reunión de oración como algunos, para decir cualquier ocurrencia; más bien, hagan lo posible por hacer que el culto sea interesante para todos los presentes; y no vacilen en advertir al querido Sr. Verborrea que, si Dios les ayuda, no consentirán que se pase veinticinco minutos orando. Ruéguenle encarecidamente que acorte su oración y, si no lo hace, interrúmpanlo ustedes. Si un hombre entrara en mi casa con el propósito de cortarle el cuello a mi esposa, procuraría persuadirle de lo repudiable de su intención, pero después le impediría enérgica y eficazmente hacer daño alguno a mi mujer. Amo a la iglesia casi tanto como a mi querida esposa y, por tanto, si alguien desea explayarse orando, puede hacerlo en otra parte, pero no en la reunión que yo presida. Si alguno no puede orar en público sin exceder un tiempo prudencial, díganle que complete su oración en casa. Y si, con todo, los presentes se sienten cansados y sumidos en la monotonía, háganles cantar himnos alegres y briosos hasta despertarse.

Mantengan la reunión de oración, aun a costa de descuidar otras cosas. Esta es la gran noche de negocios entre domingo y domingo; aseguren que así sea. Si ven que los miembros no pueden ir por la tarde, traten de organizar otra reunión de oración para cuando les sea posible. Por ejemplo, en una iglesia rural podrían hacer una excelente reunión a las cinco de la mañana. ¿Por qué no? Irían más personas a esas horas de la madrugada que por la tarde a la misma hora. Estoy seguro de que una reunión al amanecer, entre agricultores, atraería a muchos asistentes; entrarían un rato, y se alegrarían de poder traer unas palabras de oración. También pueden hacerla a las doce de la noche; verán que asistirán ciertas personas que no irían a ninguna otra hora.

Prueben todas las horas; la una, las dos, las tres..., ya sea de noche o de día; de suerte que, de una u otra forma, hagan que las personas vayan a orar; y, si no hay manera de lograr que asistan a las reuniones, vayan a sus casas y díganles: «Voy a celebrar un culto de oración en su sala de estar». «¡Qué me está diciendo! ¡Cómo se pondrá mi mujer!». «No importa, dígame que no se moleste; podemos ir al desván, al jardín o a cualquier otra parte, pero hemos de celebrar una reunión de oración aquí». Si no vienen ellos al culto de oración, es necesario que seamos nosotros quienes vayamos. Imagínense que cincuenta de nosotros fuésemos juntos a la calle a celebrar un culto de oración al aire libre. ¿Qué les parecería? Pues hay cosas peores aún que esto. Recuerden cómo las mujeres combatían a los vendedores de licor en América cuando oraban hasta que renunciasen a venderlo. Si no podemos despertar a las personas sin hacer cosas extraordinarias, pues así sea, ¡hagamos cosas extraordinarias! Pero, de alguna manera, avivemos nuestras reuniones de oración porque en ellas está la verdadera fuente de poder con Dios y con los hombres.

(5) Ejemplo. Es necesario, queridos hermanos, que *nosotros mismos seamos continuamente ejemplo de diligencia*. Me cons-

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

ta que un ministro indolente no tendrá una iglesia celosa. El hombre indiferente o que lleva a cabo el trabajo tomándose todo con mucha calma, no debe esperar ver a su alrededor un pueblo celoso por la salvación de las almas. Sé bien que ustedes, hermanos, anhelan tener en torno a su ministerio un grupo de cristianos ansiosos por la salvación de sus amigos y conocidos; unos hombres que estén siempre deseando que Dios bendiga la predicación de sus sermones; personas que miren el semblante de sus oyentes para notar si se impresionan, y que estén profundamente apenadas si no se dan conversiones, terriblemente angustiadas si no se salvan almas. Tal vez no se lo dirían a ustedes, si este fuera el caso, pero clamarían a Dios a su favor. Y a veces es posible que traten del asunto con ustedes mismos.

Recuerdo que un domingo por la tarde, cuando íbamos al culto, uno de mis diáconos me dijo: «Esto no compensa, Sr. Spurgeon». Aquel día solo íbamos a recibir en la iglesia a catorce hermanos y, como estábamos acostumbrados a recibir a cuarenta o cincuenta cada mes, el buen hombre no estaba satisfecho con un número inferior. Ambos estuvimos de acuerdo en que para lo sucesivo deberíamos superar aquella cantidad, si así fuera posible. Supongo que algunos hermanos se habrían molestado si alguien les hubiese hecho semejante observación; sin embargo, a mí me encantó lo que dijo mi buen diácono, porque era precisamente lo que yo sentía.

(6) Colaboración. Luego *necesitamos rodearnos de cristianos deseosos de hacer todo cuanto puedan en la obra de la salvación de las almas*. Hay muchísimas personas a las que el pastor no puede tener acceso. Deben procurar tener algunos ayudantes que «tomen a las personas de la pechera», ya saben lo que quiero decir. Agarrar a algún amigo del cabello o de la pechera para que nos escuche es un acto de estrecha confianza. Cuando Absalón se quedó enredado de la cabellera en la encina, no pudo zafarse. Del mismo modo, sujeten también ustedes

a los pecadores, acérquense mucho a ellos; hábrenles con suavidad hasta que les hayan atraído al Reino de los cielos, y hayan susurrado en sus oídos la bendita historia que aportará paz y gozo a sus corazones.

La Iglesia de Cristo necesita de una banda de buenos tiradores, que tomen a las personas una por una, y vigilen a todos los que entren en el local, para que, sin molestarlas, se aseguren de que no salgan de allí sin una advertencia personal, una invitación personal y una exhortación personal a venir a Cristo. Es preciso que entrenemos a todos nuestros hermanos para esta labor, y así hacer de ellos ejércitos de salvación. Cada hombre, mujer o niño de nuestras iglesias debería ponerse a trabajar en la mies del Señor. De esta, forma no desearán los estupendos sermones que tanto agradan a los americanos. «¡Bah, pamplinas! —dirán—, no necesitamos nada de eso». ¿Qué tienen que ver los obreros que trabajan en la siega con los rayos y los truenos? Todo cuanto necesitan es sentarse a descansar un rato bajo un árbol, secar el sudor de la frente, tomar aliento después de la tarea y retornar de nuevo al trabajo. Nuestra predicación debiera ser como las palabras de un comandante en jefe a sus ejércitos: «Ahí tienen al enemigo, que no sabré dónde estará mañana». Algo breve, algo dulce, algo que les conmueva y les impresione, esto es lo que necesita nuestra congregación.

(7) Ambiente. Podremos estar seguros de obtener las bendiciones que deseamos cuando *todo el ambiente que nos rodea sea propicio a la conversión de las almas*. Recuerdo que uno de nuestros amigos me dijo una tarde: «¡Esta noche habrá bendiciones con toda seguridad! ¡Ha caído abundante rocío sobre la tierra!». ¡Quiera Dios que ustedes sepan lo que significa predicar donde ha caído un buen rocío!

Un irlandés dijo que de nada sirve regar cuando brilla el sol, ya que había notado que cuando lo hace la lluvia, hay nubes que ocultan el sol. Había mucho de sentido común en su ob-

servación, más del que parece haber a simple vista, como suele ocurrir muchas veces con los dichos irlandeses. La lluvia beneficia a las plantas porque todo está predispuesto para que caiga: el cielo ensombrecido, la humedad atmosférica, la sensación de humedad reinante. Sin embargo, si regamos las plantas con idéntica cantidad de agua bajo la luz de un sol brillante, lo más probable es que sus hojas se tornen amarillas, que se marchiten y mueran al estar expuestas al calor. Cualquier jardinero les dirá que siempre conviene tener cuidado de regar las flores al atardecer, cuando el sol se ha ocultado. Esta es la razón por la que el riego, por muy bien que se haga, no es tan benéfico para las plantas como la lluvia; debe haber una influencia favorable en toda la atmósfera para que las flores y las plantas obtengan provecho de la humedad. Y así ocurre también en el campo espiritual.

He notado a veces que, cuando Dios bendice mi ministerio de forma insólita, los hermanos suelen haber demostrado un espíritu de oración. Gran cosa es predicar en un ambiente impregnado por el rocío del espíritu. Sé bien lo que es eso. Y sé también, desgraciadamente, lo que es predicar sin él. Entonces, como en Gilboa, no hay lluvia ni rocío. Se predica y se espera que Dios bendiga el mensaje, pero de nada sirve. Ojalá, hermanos, que no les suceda nada parecido.

Tal vez les toque en suerte un campo donde algún hermano bueno y fiel haya dado muchos años de labor y oración, con lo que se encontrarán a todos sus oyentes preparados para la bendición.

A menudo, cuando salgo a predicar, tengo la impresión de que carece del menor mérito, ya que lo tengo todo a mi favor. Frente a mí, se sienta el rebaño con la boca abierta, sediento de bendiciones; casi todos ellos esperan que diga algo bueno y, por el hecho de que todos lo anhelan, su esperanza queda recompensada; así, cuando me he marchado, continúan orando por la gracia y esta les es concedida. Cuando a un hombre se le co-

loca sobre un caballo desbocado, no puede más que dejarse llevar; y esto es lo que a mí me ha ocurrido a menudo; la gracia se ha otorgado porque todo el ambiente era favorable.

Muchas veces, los resultados dichosos no solo radican en el sermón del predicador, sino en todas las circunstancias que rodean la predicación. Esto fue lo que ocurrió cuando el sermón de Pedro llevó tres mil almas a Cristo en el día de Pentecostés; jamás se ha predicado un sermón como aquel. Era todo un mensaje personal apropiado para convencer a las personas del pecado de haber dado muerte al Salvador, pero no atribuyo la conversión solamente a las palabras de los apóstoles; había nubes alrededor, y toda la atmósfera estaba impregnada de humedad; había «abundante rocío», como me dijo mi amigo. ¿No habían estado los discípulos orando largamente, suplicando que el Espíritu Santo descendiera sobre ellos? ¿Y no descendió, en efecto, el Espíritu sobre todos ellos incluido Pedro? En la plenitud de los tiempos, la bendición de Pentecostés fue derramada muy copiosamente. Siempre que una iglesia se encuentra en el mismo estado que la iglesia de los apóstoles y los discípulos de aquella época, toda la electricidad celestial se concentra sobre ella.

Sin embargo, recordarán que hasta Cristo mismo no hizo muchas maravillas en algunos lugares por causa de la incredulidad de las personas, y estoy seguro de que los esfuerzos de todos sus siervos, aún los más fervorosos, a veces quedan truncados por esta misma causa. Me temo que muchos de nuestros hermanos presentes pastorean una congregación mundana e infiel; pero de lo que no estoy tan seguro es de que deban abandonarla. A ser posible, lo que debieran hacer es quedarse y esforzarse por conseguir que se vuelvan hombres de fe.

Lo cierto es que también he tenido la experiencia dura, además de la gozosa acabo de referir. Recuerdo que una noche prediqué en una iglesia donde hacía algún tiempo que estaban sin ministro. Cuando llegué al templo, nadie me dio la bienvenida;

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

las autoridades iban a recibir, por lo menos, beneficios pecuniarios con mi visita y, no obstante, me dispensaron una gélida acogida. De hecho, luego me dijeron que en la reunión de la iglesia había habido una mayoría a favor de mi invitación, pero que los diáconos no dieron su aprobación porque no me consideraron «ortodoxo». Había allí algunos hermanos y hermanas de otras iglesias, y fueron estos los que parecieron satisfechos y beneficiados con mi predicación, pero la congregación de aquel lugar no recibió bendición alguna; no esperaban recibirla y, por tanto, no la recibieron.

Cuando terminó la reunión, entré en el despacho y encontré allí a los dos diáconos flanqueando la mesa.

—¿Son ustedes los diáconos? —les pregunté.

—Sí —respondieron.

—No prospera la iglesia, ¿verdad? —dije.

—No —respondieron.

—No esperarí­a otra cosa con semejantes diáconos —les indiqué.

—¿Tiene usted algo en contra de nosotros? —preguntaron.

—No —repliqué—, pero tampoco tengo nada en su favor. Pensé que, si no podía tratar con todos ellos en conjunto, lo mejor era ver qué se podía hacer por separado con uno o dos. Me alegró saber que mi sermón o mis observaciones condujeron más tarde a una mejora; actualmente hay allí uno de nuestros hermanos, y aquel lugar ha seguido mejorando hasta hoy. Uno de los diáconos se molestó tanto con lo que dije que abandonó la congregación, pero el otro se preocupó en la forma debida, por lo que permaneció allí y trabajó y oró hasta que llegaron tiempos mejores.

Difícil es remar contra viento y marea, pero aún es peor cuando en la orilla hay un caballo tirando de una cuerda, y arrastrando el bote en sentido contrario. Con todo, mis queridos hermanos, aunque sea este su caso, no importa; ¡sigan trabajando hasta tirar el caballo al agua! Pero siempre recuerden

que, cuando se ha creado una atmósfera favorable, la dificultad estriba en mantenerla. Observaron que dije: «Cuando se ha creado una atmósfera», y esta expresión nos recuerda que en realidad no podemos hacer absolutamente nada sin Dios, porque es él quien tiene que ver con la atmósfera; solo él puede crearla y solo él ha de mantenerla. Nuestros ojos, pues, deben estar continuamente elevados hacia él, de quien proviene todo nuestro socorro.

(8) Obra personal. A alguno de ustedes puede ocurrirle que, por muy bien que predique, por mucho fervor que aplique, y por más que sus sermones sean los más indicados para recibir bendiciones, no consiga que se salven los pecadores. Si este es el caso, ¡no dejen de predicar! Digan para sus adentros: «Debo procurar rodearme de un grupo de personas que oren por mí, y que hablen a sus amigos de las cosas de Dios, viviendo y trabajando de tal forma que el Señor derrame una lluvia de bendiciones; y esta vendrá porque todo se presta a ello y contribuye a la venida de la gracia».

He oído decir a algunos ministros que, cuando han predicado en nuestro Tabernáculo, ha habido algo en la congregación que ha ejercido sobre ellos un efecto poderoso y maravilloso. Pues bien, creo que esto es debido a que tenemos magníficas reuniones de oración, que hay un ferviente espíritu de oración entre los miembros, y que muchas de ellos están dedicados a la salvación de las almas. Hay un hermano en especial que siempre cuida de los oyentes que hayan quedado impresionados. Lo he visto acecharlos uno tras otro, para poderlos traer a Jesús; y me regocijo por tener otros amigos como él. Cuando nuestros hermanos celebraron cultos especiales de evangelización en una iglesia pastoreada por un eminente predicador, este, que tiene la costumbre de emplear expresiones algo alambicadas, dijo que los evangelistas tenían el don de «precipitar decisiones». Con esto quería decir que el Señor les daba gracia para hacer que los hombres se decidieran por Cristo. Gran cosa es tener el

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

don de precipitar las decisiones; pero grande también es tener un grupo de personas alrededor que sepan decir a cada oyente después del culto: «Bueno, amigo, ¿le ha gustado el sermón?». «¿Ha encontrado algo para usted en el mensaje?». «¿Es usted salvo?». «¿Conoce el camino de la salvación?».

Tengan siempre a mano la Biblia, y listos los pasajes que quieren citar a los interesados. He observado a menudo a este amigo de quien les acabo de hablar, y me ha parecido que abría la Biblia en pasajes muy apropiados; parecía tenerlos ya preparados y a mano, de forma que pudiera estar seguro de dar con el texto deseado. Ya saben a qué textos me refiero, precisamente aquellos que necesitan las almas sedientas: «El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido». «El que cree en el Hijo tiene vida eterna». «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». «Al que a mí viene, no lo echo fuera». «Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvado». Pues bien, este hermano tiene muchos de estos pasajes escritos con letra bien visible y prendidos dentro de su Biblia, para poder así referirse al más acertado en cualquier momento, y poder de esta forma conducir al Salvador a muchas almas atribuladas. Demostrarán inteligencia si adoptan un método semejante al que tan buenos resultados le ha dado.

Por último, hermanos, no se arredren al llegar a un lugar en malas condiciones. Para un joven será provechoso empezar con muy malas perspectivas, ya que, con el trabajo adecuado, habrá de llegar alguna clase de mejora en un momento u otro. Si la iglesia está vacía a su llegada, no puede acabar mucho peor que eso, y lo probable es que se conviertan en el medio para atraer a algunos a ella y mejorar así las cosas. Si hay algún lugar en el que escogería comenzar mi labor sería justo a la orilla del lago infernal, puesto que creo sinceramente que daría más gloria a Dios trabajando entre quienes son considerados los peores pecadores. Si su ministerio sirve de bendición a personas como esas, es muy probable que se aferren a ustedes to-

da la vida. En cambio, la peor clase de personas son aquellas que han sido cristianos profesantes durante largo tiempo, pero carecen de gracia, que tienen un nombre a la altura del cual vivir y, sin embargo, están muertos. ¡Por desgracia, hay muchas personas semejantes entre nuestros diáconos y nuestro feligreses, y no podemos deshacernos de ellos! Y, mientras sigan entre nosotros, ejercerán la influencia más perniciosa. Cosa temible es tener miembros muertos allá donde cada parte debiera desbordar vida; sin embargo, así sucede muy a menudo, y somos impotentes a la hora de remediar semejante mal.

Debemos dejar que el tamo crezca hasta la cosecha; cuando no cabe la posibilidad de arrancarlo, la mejor opción es regar el trigo, puesto que nada contrarrestará mejor el tamo que un trigo fuerte. He conocido a hombres impíos cuyo asiento había llegado a estar tan caliente que han abandonado la iglesia con alivio. Han acabado diciendo: «La predicación nos resulta demasiado fuerte, y estos feligreses son demasiado severos y puritanos; no nos convienen». ¡Qué bendición tan grande que suceda así! Al predicar la verdad, no fue nuestra intención hacerles marchar; pero como ellos se fueron por su propia voluntad, es cierto que no deseamos que vuelvan; los dejaremos donde están, rogando al Señor que, en la grandeza de su misericordia, los haga volver de su vida equivocada, y los atraiga a sí, para que gocemos en tenerlos de nuevo con nosotros viviendo y trabajando para el Señor.

## 7: CÓMO RESUCITAR A LOS MUERTOS

Compañeros en la viña del Señor, permítanme dirigir su atención a un milagro altamente instructivo obrado por el profeta Eliseo, según aparece en 2 Reyes 4. La hospitalidad de la sunamita había sido recompensada con el don de un hijo; pero, ¡ay!, todas las mercedes terrenales son de posesión incierta, y después de algunos días el niño cayó enfermo y murió.

La madre afligida, pero creyente, se apresuró a acudir inmediatamente al hombre de Dios. Por medio de él, Dios había dado la promesa que colmó los deseos de su corazón, y así tomó la determinación de acudir a él con su súplica para que el profeta la presentara ante el Divino Maestro, y consiguiera una respuesta de paz para ella. La intervención de Eliseo se halla descrita en los siguientes versículos:

«Entonces dijo él a Giezi: Ciñe tus lomos, y toma mi báculo en tu mano, y ve; si alguno te encontrare, no lo saludes, y si alguno te saludare, no le respondas; y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño. Y dijo la madre del niño: Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré. Él entonces se levantó y la siguió. Y Giezi había ido delante de ellos, y había puesto el báculo so-

bre el rostro del niño; pero no tenía voz ni sentido, y así se había vuelto para encontrar a Eliseo, y se lo declaró, diciendo: El niño no despierta. Y venido Eliseo a la casa, he aquí que el niño estaba muerto tendido sobre su cama. Entrando él entonces, cerró la puerta tras ambos, y oró a Jehová. Después subió y se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas; así se tendió sobre él, y el cuerpo del niño entró en calor. Volviéndose luego, se paseó por la casa a una y otra parte, y después subió, y se tendió sobre él nuevamente, y el niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos. Entonces llamó él a Giezi, y le dijo: Llama a esta sunamita. Y él la llamó. Y entrando ella, él le dijo: Toma tu hijo. Y así que ella entró, se echó a sus pies, y se inclinó a tierra; y después tomó a su hijo, y salió.» (2 Reyes 4:29-37).

(1) Reconocer la muerte. La posición de Eliseo en este caso es exactamente la suya, mis queridos hermanos, con respecto a su labor para Cristo. *Eliseo tenía que ocuparse de un niño muerto*. Es cierto que en su caso se trataba de muerte natural, pero la muerte de la que han de ocuparse ustedes no es menos real por el hecho de tratarse de una muerte espiritual. Los muchachos de sus clases están, al igual que los adultos, «muertos en delitos y pecados». Quiera Dios que ninguno de ustedes deje de comprender el estado en que se encuentran por naturaleza los seres humanos. A no ser que posean una idea clara de la perdición absoluta y la muerte espiritual de sus niños, no podrán servirles de bendición. Les ruego que no se dirijan a ellos como a seres dormidos, a los que pudieran despertar de su sueño por sus propios medios, sino como a cadáveres espirituales que solo pueden ser resucitados por medio de un poder divino.

El gran objetivo de Eliseo no fue lavar el cuerpo muerto, o embalsamarlo con especias, ni tampoco envolverlo en finos lienzos, o colocarlo en una postura adecuada, para luego dejarlo aún cadáver; no, su propósito fue nada más y nada menos

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

que devolverle la vida. Queridos maestros, no se contenten nunca con poner sus miras en intentar obtener beneficios secundarios, ni aun en lograrlos siquiera; esfuércense por el mayor de todos los propósitos: ¡la salvación de las almas inmortales! Su ocupación no consiste meramente en enseñar a los niños a leer la Biblia, ni tampoco en inculcarles los deberes morales, ni siquiera en instruirlos en la simple letra del evangelio. Su llamamiento sublime es el de ser, en las manos de Dios, los medios para traer vida espiritual a las almas muertas.

Su enseñanza habrá resultado un fracaso en el día del Señor si sus niños continúan muertos en pecado. En el caso del maestro secular, el aumento de conocimientos por parte del niño será la prueba de que no han sido vanos los esfuerzos del preceptor. Pero, en el caso de ustedes, aunque los jóvenes a su cargo lleguen a ser miembros respetables de la sociedad, aunque lleguen a servirse a menudo de los medios de la gracia, no podrán ustedes considerar que sus peticiones al Cielo han sido respondidas, ni que se han cumplido sus deseos, ni que su objetivo se ha alcanzado, si no puede decirse de sus niños que: «El Señor les dio vida juntamente con Cristo».

(2) Resurrección y fe. ¡Nuestro objetivo es, pues, la resurrección! ¡*Nuestra misión consiste en resucitar a los muertos!* Somos como Pedro en Jope o como Pablo en Troas, y hay alguna joven Dorcas o algún Eutico que esperan a que les devolvamos la vida. ¿Cómo puede llevarse a cabo semejante obra? Si nos permitimos caer en la incredulidad, seremos derrotados ante el hecho evidente de que la obra que el Señor nos ha encomendado está muy por encima de nuestra capacidad personal. No podemos resucitar a los muertos. Si se nos pidiera que así lo hiciéramos, nos rasgaríamos el vestido como el rey de Israel y diríamos: «¿Soy yo Dios, que mate y dé vida?». Sin embargo, no somos más impotentes que Eliseo, puesto que él, por sí mismo, no podía devolver la vida al hijo de la sunamita. Ciertamente es que, por nuestros propios medios, no podemos hacer que los

corazones de nuestros alumnos palpiten llenos de vida espiritual, pero igualmente impotentes habrían sido un Pablo o un Apolos. ¿Nos desanimaremos ante esta realidad? ¿No servirá más bien para hacernos comprender nuestra incapacidad y conducirnos a la fuente del verdadero poder? Confío en que todos nosotros nos damos cuenta de que el hombre que habita en las regiones de la fe mora en los dominios de los milagros. La fe comercia con maravillas y su mercancía son prodigios.

«Fe poderosa, tú que solamente miras la promesa de Jehová; y ante lo imposible, sonriente, afirmas sin dudar: ¡Cumplida será!».

*Eliseo no era un hombre cualquiera dado que el Espíritu de Dios estaba sobre él*, llamándole a la obra de Dios, y ayudándole en ella. Y también tú, maestro piadoso y afanoso, has dejado de ser un hombre cualquiera; te has convertido de una manera especial en templo del Espíritu Santo; Dios mora en ti, y tú, por la fe, has entrado en la profesión de obrador de prodigios. No se te ha enviado al mundo para hacer lo que es factible al hombre, sino para lograr esas imposibilidades que Dios obra con su Espíritu por medio de sus creyentes. Has de hacer milagros, obrar maravillas.

Al recordar, pues, quién es el que obra por tu pobre mediación, no has de considerar la devolución de la vida a estos niños muertos como algo impropio y difícil, pues has sido llamado a hacerlo en el nombre de Dios. «¡Cómo! ¿Se juzga entre ustedes cosa increíble que Dios resucite a los muertos?». La incredulidad susurrará en tus oídos cuando contemples la frivolidad perversa y la rebeldía temprana de tus niños: «¿Vivirán estos huesos?». Sin embargo, tu respuesta debe ser: «Señor Jehová, tú lo sabes». A ti te toca, encomendando todos los casos a la mano todopoderosa, profetizar sobre los huesos secos, y sobre el viento del cielo, y no tardarás mucho en contemplar en tu valle de la visión el extraordinario triunfo de la vida sobre la muerte. Ubiquémonos desde este momento en nuestra verdade-

ra, posición y percatémonos de ella. Tenemos ante nosotros niños muertos, y nuestras almas suspiran por devolverles la vida; confesamos que toda resurrección ha de ser obrada únicamente por el Señor, y nuestra humilde petición es que, si ha de utilizarnos para sus milagros de gracia, nos muestre qué desea que hagamos.

(3) Identificación personal. *Bueno hubiera sido que Eliseo hubiese recordado que antes fue siervo de Elías, y que hubiera estudiado el ejemplo de su señor como para imitarlo.* De haber procedido de esta forma, no habría enviado a Giezi con el báculo, sino que hubiese hecho en el acto lo que se vio obligado a hacer más tarde. En 1 Reyes 17, encontrarán el relato de cómo Elías resucitó a un niño; y verán que Elías, el señor, había dejado a su siervo un ejemplo perfecto; y no fue hasta que Eliseo lo siguió punto por punto cuando se manifestó el poder milagroso. Bueno hubiera sido, repito, que Eliseo hubiese imitado desde el primer momento el ejemplo de aquel cuyo manto llevaba.

Con mucha más razón, pues, les diré que convendrá que nosotros, como instrumentos, imitemos a nuestro Señor; que estudiemos los caminos y los métodos de nuestro bendito Señor, y aprendamos a sus pies el arte de ganar almas. Del mismo modo que él, en perfecta afinidad, entró en el más íntimo contacto con nuestra humanidad miserable, condescendiendo en rebajarse a nuestra lastimosa condición, así también nosotros suplicando con sus súplicas, y llorando con sus lágrimas, debemos acercarnos a las almas si queremos sacarlas de su estado pecador. Únicamente imitando el espíritu y la forma de proceder del Señor Jesús llegaremos a ser sabios para la conquista de las almas.

No obstante, al olvidar esto, Eliseo se vio obligado a idear un método propio, el cual iba a poner de manifiesto de una forma más patente su propia dignidad profética. Puso el báculo en manos de su siervo Giezi y le ordenó que lo colocara sobre el

niño, como si creyera que tenía el poder divino en tanta abundancia que este obraría de todos modos y que, a consecuencia de ello, podría prescindir de su presencia personal y de sus esfuerzos. Mas no eran estos los pensamientos del Señor.

Me temo que, muy a menudo, la verdad que enseñamos en nuestras clases es algo exterior y ajeno a nosotros; como un báculo que sostuviésemos en la mano, pero que no forma parte de nuestro ser. Tomamos las verdades prácticas o doctrinales y, al igual que Giezi, las ponemos sobre el rostro del niño, pero nosotros no sufrimos por su alma. Probamos con esta o aquella doctrina, con esta o aquella verdad, con esta o aquella anécdota; un ejemplo, una forma de enseñar una lección, un estilo de pronunciar un sermón..., pero, mientras la verdad que predicamos sea algo ajeno a nosotros y sin relación alguna con lo más profundo de nuestro ser, no hará más efecto en su alma muerta que el báculo de Eliseo hizo en el cadáver del niño.

He predicado frecuentemente el evangelio en este lugar; he estado seguro de que era el evangelio de mi Señor, el verdadero báculo del profeta y, sin embargo, me temo que no haya logrado resultado alguno, por no haberlo predicado con la debida vehemencia, sinceridad y celo. ¿Y verdad que han de hacer la misma confesión? Sí, también ustedes han enseñado la verdad muchas veces —era la verdad, de eso están seguros—, la misma verdad que encontraron en la Biblia, la que en muchas ocasiones ha sido de gran valor para su propia alma; pero no ha brotado de ella ningún resultado beneficioso porque cuando la enseñaban no la sentían, ni tampoco la sentían los niños a quienes iba dirigida; eran ustedes como Giezi poniendo con mano indiferente el báculo del profeta sobre la cara del niño. No sorprende, pues, que tuvieran que decir con Giezi: «El niño no despierta», porque el verdadero poder vivificador no halló un contexto apropiado en su enseñanza inerte.

No estamos seguros de que Giezi tuviera la convicción de que el niño estaba muerto; habló como si solo hubiera estado dor-

mido y necesitara que alguien lo despertase. Dios no bendecirá a los maestros que no comprenden en su corazón el estado realmente caído de sus alumnos. Si creen que el niño no es en realidad pecador, o si admiten necias teorías sobre la inocencia infantil y la dignidad de la naturaleza humana, no debería sorprenderles si son estériles e infructíferos. ¿Cómo puede Dios bendecirles para obrar una resurrección si, al obrarla a través de ustedes, no podrían percibirla como maravilla divina? Si el muchacho se hubiese despertado, Giezi no se habría sorprendido; habría pensado únicamente que había sido despertado de algún sueño profundo y extraño. Si Dios bendijera con la conversión de las almas el testimonio de quienes no creen en la depravación total del hombre, estos dirían simplemente: «El evangelio es muy moralizador y ejerce una gran influencia benéfica», pero nunca bendecirían y engrandecerían la gracia regeneradora por la cual el que está sentado en el trono hace nuevas todas las cosas.

(4) Adaptar el método. Observemos detenidamente lo que hizo Eliseo cuando salió derrotado de su primer intento. *Cuando fracasamos en una tentativa no debemos abandonar por ello nuestra obra.* Si, por no haber tenido éxito hasta ahora, mi querido hermano o hermana, deduces que no has sido llamado a la obra, es como si Eliseo hubiera inferido de su fracaso que el niño no podía ser resucitado. La lección que deben aprender de su falta de éxito no es la de cesar en sus empeños, sino la de cambiar sus métodos. No es la persona la que es inapropiada, sino el plan que seguir lo que no es acertado. No intenten, pues, probar de la misma forma, a menos que estén seguros de que es la mejor. Si su primer sistema ha sido infructuoso, deben perfeccionarlo. Busquen dónde han errado, y una vez cambiado el método o su disposición, puede que el Señor les prepare para un grado de utilidad mucho mayor del que pudieran esperar. Eliseo, en vez de desanimarse porque el niño no se había despertado, ciñó sus lomos y se precipitó con mayor empuje hacia la obra que tenía delante.

(5) Una carga continua. Adviertan dónde estaba colocado el niño muerto: «*Y venido Eliseo a la casa, he aquí el niño estaba tendido muerto sobre su cama*». Esta era la cama que la hospitalidad de la sunamita había preparado para Eliseo; la famosa cama que, junto con la mesa, la silla y el candelero, no se olvidará jamás en la Iglesia de Dios. Aquella cama había de ser utilizada para un fin que la buena mujer estaba muy lejos de saber, cuando, impulsada por el amor hacia el profeta de Dios, la preparó para su descanso. Me gusta pensar en el niño echado en esa cama, porque ello simboliza el lugar donde han de yacer nuestros niños inconversos si queremos que sean salvados.

Si deseamos ser una bendición para los pequeños, deben yacer en nuestro corazón; deben ser nuestra carga continua, día y noche; hemos de llevar con nosotros a nuestro lecho de silencio el caso de cada uno; hemos de pensar en ellos, en las vigilias de la noche; y, cuando no podamos dormir a causa de nuestra inquietud, han de ser ellos los que compartan nuestras ansiedades nocturnas. Nuestras camas han de dar testimonio de nuestro clamor: «¡Ojalá Ismael viva delante de ti! ¡Oh, que los niños y niñas de mi clase lleguen a ser hijos del Dios viviente!». Tanto Elías como Eliseo nos enseñan que no hemos de colocar a los niños en un lugar separado de nosotros, ajenos a nuestra intimidad o en un sepulcro de fría negligencia, sino que, si deseamos devolverles la vida, debemos situarlos en el calor de la profundidad de nuestro corazón.

(6) Orar hasta triunfar. Al seguir leyendo, hallamos que: «*Entrando él entonces, cerró la puerta tras ambos, y oró a Jehová*». Vemos ahora que el profeta está concentrado en su obra con todo su corazón, y tenemos aquí una preciosa oportunidad para aprender de él el secreto de resucitar a los niños. Si vuelven al relato de Elías, verán que Eliseo siguió el método ortodoxo, el de su señor Elías. Allí leerán: «Él le dijo: Dame acá tu hijo. Entonces él lo tomó de su regazo y lo llevó al aposento donde él estaba, y lo puso sobre su cama. Y clamando a Jeho-

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

vá dijo: Jehová Dios mío, ¿aún a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido, haciéndole morir su hijo? Y se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová y dijo: Jehová Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él. Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió».

El gran secreto radica, en buena medida, en la súplica poderosa. «Cerró la puerta tras ambos, y oró a Jehová». El viejo proverbio dice: «Todo púlpito verdadero se asienta sobre el Cielo», lo cual quiere decir que el verdadero predicador tiene mucha intimidad con Dios. Si no oramos a Dios, pidiéndole gracia, si los cimientos del púlpito no están basados en la oración personal, nuestro ministerio exterior no triunfará. Y así ocurre también en el caso de ustedes; el poder de todo verdadero maestro debe venir de lo alto. Si no entran nunca en su aposento, y cierran la puerta, y si no ruegan nunca por ese niño ante el trono de su misericordia, ¿cómo pueden esperar que Dios les honre con su conversión?

Un método excelente consiste, según creo, en introducir en persona a los niños uno por uno en su habitación, a solas con ustedes, y orar con ellos. Si Dios los ayuda a tratarlos individualmente, a sufrir por ellos, a tomarlos uno a uno y orar a puerta cerrada con ellos y por ellos, verán a sus niños convertidos. Influye mucho más la oración que se ofrece en privado con un solo niño que la oración pública que se pronuncia en clase. Por supuesto, la influencia no es mayor con respecto a Dios, sino en lo tocante al niño. Tal oración a veces produce por sí misma la respuesta; porque Dios puede hacer que, mientras ponen al descubierto el alma, sus oraciones sean como un martillo que ablanda corazones que las simples enseñanzas no pudieron tocar. Oren con sus niños por separado, con la certeza de que ello será medio de gran bendición.

Y, si esto no resulta factible, ha de haber oración de algún modo, mucha oración, oración constante y vehemente, oración

que no acepta negativas, oración como la que Lutero llamaba «el bombardeo del Cielo»; como quien coloca un cañón frente a las puertas del Cielo, para abrirlas a cañonazos; porque así triunfan los hombres fervorosos en la oración. No vuelven del trono de la misericordia hasta no poder gritar con Lutero: «*Vici*». «He triunfado, he logrado la bendición por la que gemía mi alma». «El Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan». ¡Ofrezcamos nosotros esa clase de oraciones violentas, las que conmueven a Dios y arrebatan el Cielo, y el Señor no permitirá que busquemos su rostro en vano!

(7) Medidas prácticas. *Después de orar, Eliseo adoptó los medios apropiados.* La oración y los medios deben ir juntos. ¡Los medios sin oración son presunción! ¡Y la oración sin medios, hipocresía! Allí tenemos al niño yacente y, frente a él, al venerable hombre de Dios. ¡Observemos su singular proceder! Se echa sobre el cadáver, y pone la boca sobre la del niño. La boca fría y muerta de la criatura recibe el toque de los labios cálidos y vivos del profeta, y una corriente vital de respiración ardiente penetra en los fríos y pétreos conductos de la inerte cavidad bucal, inundando la garganta y los pulmones. En el mismo instante, el santo hombre con amor ardiente y lleno de esperanza pone ojos y manos sobre los del niño; las cálidas manos del anciano cubren las palmas yertas del pequeño difunto.

Luego se tiende sobre el muchacho y lo cubre completamente como queriendo transmitir su propia vida al cuerpo inanimado. He oído hablar de un cazador que servía de guía a un viajero miedoso; al aproximarse a una parte muy peligrosa del camino, el guía ató firmemente al viajero a su cintura, y dijo: «Ambos o ninguno». Es decir: «O vivimos los dos, o pereceremos juntos; ambos somos uno». De esta forma fue como el profeta estableció una unión misteriosa entre él y el muchacho, con la determinación de que, o bien se helase con la muerte del niño, o calentase al pequeño con su vida. ¿Qué nos enseña esto?

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

Las lecciones son muchas y manifiestas. Vemos aquí, como en un cuadro, que si queremos dar vida espiritual a un niño, debemos advertir de una forma real y positiva el estado en que se encuentra. Está muerto, completamente muerto. Dios ha de hacerles sentir que el niño está tan muerto en delitos y pecados como una vez lo estuvieron ustedes. Quiera Dios, queridos maestros, que entren en contacto con esa muerte, con una comprensión dolorosa, abrumadora y humillante. Les decía que, en la conquista de las almas, hemos de observar cómo actuó nuestro Maestro y Señor; y bien, ¿cómo obró? ¿Qué tuvo que hacer cuando quiso levantarnos de la muerte? Le fue necesario morir; no había otro camino.

Y así ocurre en el caso de ustedes. Si han de resucitar a los niños, deben sentir en sí mismos el frío y el horror de la muerte que hay en ellos. Hace falta un hombre agonizante para resucitar a los que se hallan en la agonía de la muerte. Me cuesta creer que se pueda sacar un tizón del fuego sin sentir en la mano el calor de la llama. Han de poseer una idea clara de la ira de Dios y de los terrores del juicio venidero, ya que, de no ser así, su labor carecerá de energía, y le faltará así uno de los elementos indispensables para el éxito. El predicador no podrá hablar debidamente de dichos asuntos mientras no los sienta gravitar en su ser como una carga personal del Señor. «Prediqué encadenado —decía John Bunyan— a los encadenados». Tengan por seguro que, cuando la muerte que hay en sus niños los alarme a ustedes, los deprima y los abrume, será cuando Dios esté a punto de bendecirlos.

Así, pues, una vez que se hayan percatado del estado en que se encuentran los niños, y hayan colocado su boca sobre sus bocas, y sus manos sobre las de ellos, deben esforzarse en adaptar la mente, lo más posible, a la naturaleza, las costumbres y el temperamento de los niños. Su boca debe hallar las palabras infantiles necesarias para que el niño sepa lo que quieren decirle; deben mirar las cosas con ojos infantiles; su corazón de-

be tener sentimientos de niño, para poder ser su compañero y su amigo; deben estudiar el pecado juvenil; deben interesarse en las tribulaciones de los menores; y, en la medida en que les sea posible, deben compartir las penas y las alegrías de la infancia. No deben impacientarse ante las dificultades de esta labor, ni considerarlas humillantes, porque si algo les parece sufrimiento o condescendencia, no hay lugar para ustedes en la escuela dominical. Si se quiere de ustedes algo difícil, deben llevarlo a cabo sin considerarlo una dificultad. Dios no resucitará a ningún niño por su mediación si no están dispuestos a serlo todo para ese niño, de modo que salven su alma si es posible.

(8) Extenderse. Está escrito que el profeta «*se tendió sobre el niño*». Es decir, se extendió. Podría pensarse que debiera haberse escrito «se encogió». Eliseo era adulto y aquel cuerpecito era el de un niño; así, pues, ¿no debiera ser «se encogió»? No, «se tendió»; y observen que este «tenderse» de un hombre sobre un niño es algo sumamente difícil para el primero. No es necio el que sabe hablar a los niños; muy equivocado está el ignorante si cree que sus boberías lograrán interesar a los muchachos. Se necesita nuestro ingenio más hábil, nuestro estudio más laborioso, nuestros pensamientos más sinceros y nuestras facultades más perfectas, para enseñar a nuestros pequeñuelos. Por extraño que parezca, no lograrán resucitar al niño hasta que no se hayan «tendido» a su «medida». El hombre más sabio habrá de desplegar toda su ciencia para llegar a ser un maestro exitoso de la juventud.

(9) Empatía. Vemos, pues, en Eliseo una conciencia de la muerte del niño y una ductilidad en su labor; pero, sobre todo, vemos en él *empatía*. Mientras que el profeta sentía la frialdad del cadáver, su propio calor iba penetrando en el interior del cuerpo muerto. Esto, por sí solo, no resucitó al niño, pero Dios obró a través de ello; el calor corporal del anciano entró en el niño y se convirtió en el medio de darle vida. Todo maestro debe pensar en estas palabras de Pablo: «Antes fuimos tiernos en-

tre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, *sino también nuestras propias vidas*; porque habéis llegado a sernos muy queridos». El verdadero ganador de almas sabe lo que esto quiere decir. Por lo que a mí respecta, cuando el Señor me asiste en mi predicación, una vez agotado el tema, y después de haber disparado hasta poner el arma al rojo vivo, he introducido a menudo mi alma en el cañón y he disparado mi corazón a la congregación; y esta descarga ha sido la que, por la gracia de Dios, ha logrado la victoria.

Dios bendecirá por su Espíritu Santo nuestra ardiente empatía con su verdad, y hará que esta logre lo que la verdad por sí sola, predicada fríamente, no podría lograr. Es aquí donde radica el secreto. Es necesario, mis queridos maestros, que impartan a los niños su propia alma; deben sentir como si su perdición fuese la suya propia. Deben sentir que, si el niño permanece bajo la ira de Dios, les apena tanto como si fuesen ustedes los que estuvieran bajo el furor divino. Deben confesar ante Dios los pecados del niño como si de los suyos propios se tratara, y permanecer como sacerdote ante Dios, rogando por él. Eliseo cubrió al niño con su cuerpo, y ustedes deben cubrir su clase con su empatía, «extendiéndose» dolorosamente ante el Señor por el bien de ellos. Observen en este milagro el *modus operandi* para resucitar a un muerto; la acción del Espíritu Santo permanece misteriosamente oculta, pero la forma en que se utilizan los medios exteriores se nos revela aquí claramente.

(10) Calor no es vida. Pronto comenzaron a verse los resultados de la obra del profeta: «*Y el cuerpo del niño entró en calor*». Cuán satisfecho debió de sentirse Eliseo; pero no vemos que este gozo y esta satisfacción le hicieran cesar en su empeño. No se contenten, mis queridos amigos, con hallar a sus niños en un estado que invite a cierta esperanza. ¿Se te acercó una joven y te dijo anhelante: «Ore usted por mí, señor maes-

tro»? Alégrate porque es una señal esperanzadora; pero busca algo más. ¿Observaste lágrimas en los ojos de ese niño cuando estabas hablando del amor de Cristo? Da gracias por ello, porque el cuerpo está entrando en calor, pero no te detengas allí. ¿Abandonarás ahora tu empeño? ¡Recuerda que aún no has alcanzado la meta! Es vida lo que vas buscando, y no solamente calor. Lo que necesitas, querido maestro, en tu amado alumno, no es únicamente convicción, sino conversión; tu deseo no ha de ser únicamente la impresión, sino la regeneración; vida, vida de Dios, la vida de Jesús. Esto es lo que necesitan tus alumnos, y no debes contentarte con menos.

(11) Inquietud. Nuevamente debo rogarles que se fijen en Eliseo. Nos hallamos ahora ante una pequeña pausa. «*Volviéndose luego, se paseó por la casa de una a otra parte*». Observen la angustia del hombre de Dios; no puede permanecer tranquilo. El niño entra en calor (bendito sea Dios por ello), pero aún no está vivo; y así, en lugar de sentarse en la silla, junto a la mesa, el profeta pasea de un lado para otro con paso impaciente, intranquilo, gimiendo, suspirando, anhelante e inquieto. No podría soportar la vista de la desconsolada madre, u oírle preguntar: «¿Esta salvado?»; y siguió dando paseos por la casa como si su cuerpo no pudiera descansar por no estar su alma satisfecha.

Imiten esta santa inquietud. Cuando vean que algún joven empieza a mostrarse impresionado, no se sienten a pensar: «Este joven promete mucho; gracias a Dios. Estoy muy satisfecho». De esta forma nunca ganarán la inapreciable joya de un alma salvada; para ser padre espiritual, es necesario que se sientan angustiados, inquietos, atribulados. La experiencia de Pablo no se explica con palabras, sino que es necesario sentir su significado en el corazón: «Vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros». ¡Oh, que el Espíritu Santo ponga ese dolor interior, esa ansiedad, esa turbación y ese santo sufrimiento, en sus almas, hasta que vean a sus alumnos prometedores verdaderamente convertidos!

(12) Perseverancia. Después de haber andado de un lado a otro por unos momentos, el profeta «*subió, y se tendió sobre el niño nuevamente*». Lo que ha surtido efecto una vez, bueno es repetirlo. Y lo que da resultado dos veces, lo dará siete. Hay que ser pacientes y perseverantes. Si el domingo pasado estuvieron llenos de ardor, no permitan que la indolencia les embargue el próximo día del Señor. ¡Cuán fácil es derribar al día siguiente lo que hemos edificado el día anterior! Si por la labor de un domingo, Dios me capacita para convencer a un niño de la verdad de la Palabra, ¡quiera el Altísimo que mi actitud no lo convenza de lo contrario el domingo siguiente! Si mi calor de ayer calentó la carne del niño, ¡no permita Dios que mi futura frialdad vuelva a helar su corazón! Tan cierto como el calor pasó del cuerpo del profeta al del niño, así también el frío puede pasar de ustedes a sus alumnos si no permanecen en un estado de ánimo rebosante de ardor.

(13) Señal de vida. Eliseo se tendió otra vez sobre el lecho, con el alma llena de oraciones, suspiros, y, sobre todo, fe; hasta que por fin se vieron cumplidos sus deseos: «*El niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos*». Cualquier forma de actividad hubiera sido señal de vida, y habría alegrado al profeta. El niño estornudó. Algunos dicen que por haber muerto de una enfermedad de la cabeza, ya que había dicho a su padre: «¡Ay, mi cabeza, mi cabeza!». Y con lo que estornudó habría des congestionado los conductos vitales que hubieran quedado obstruidos. No sabemos si fue así. El aire fresco, al penetrar nuevamente en los pulmones, pudo muy bien producir el estornudo. Comoquiera que sea, el sonido no era bien articulado ni musical, pero sí fue señal anunciadora de la vida. Esto es todo cuanto podríamos esperar de los niños cuando Dios les dé vida espiritual. Algunos creyentes esperan mucho más, pero, por mi parte, me doy por satisfecho con que el niño estornude, con que dé cualquier signo verdadero de gracia, por débil o imperceptible que sea. Tan solo con que el niño se dé cuenta de su es-

tado de perdición, y confíe en la obra perfecta de Jesús, tan solo con que se note este hecho por alguna expresión vacilante, aunque no sea como la que esperaríamos de un doctor en teología, ni la que pudiéramos aceptar de una persona adulta, ¿no es verdad que, con tal señal, debemos dar gracias a Dios y recibir al pequeño y cuidarlo para el Señor?

Tal vez si Giezi hubiera estado allí, no le habría dado gran importancia a los estornudos, porque no era él quien se había tendido sobre el niño; pero a Eliseo le bastó aquella señal. Del mismo modo, si tanto ustedes como yo hemos sufrido en oración por las almas, nuestros sentidos estarán prestos a captar el primer signo de gracia, y glorificaremos a Dios aunque el indicio sea un mero estornudo.

(14) Ojos abiertos. Finalmente, el niño «*abrió sus ojos*», y nos atrevemos a decir que Eliseo pensó que jamás había visto unos ojos tan hermosos en su vida. No sé qué clase de ojos serían, si azules o si castaño oscuros, pero lo que sí sé es que todos los ojos que Dios les ayude a abrir serán para ustedes unos ojos bellísimos. El otro día oí a un maestro hablar de «un gran muchacho» que se había salvado en su clase; y otro hablaba de cómo amaba al Señor una «querida niña» de su clase. ¡Así es, sin duda alguna! Sería extraño que no parecieran «grandes» y «queridas» a los ojos de quienes los han llevado a Jesús, ya que a Jesucristo le parecen aún más grandes y queridos. Mis queridos amigos, ¡quiera Dios que contemplen a menudo muchos ojos abiertos, ojos que, de no ser porque la gracia divina utilizó su enseñanza, habrían permanecido en tinieblas, oscurecidos por el velo de la muerte espiritual! Esto será para ustedes una verdadera bendición.

Y ahora quisiera ofrecer unas palabras de advertencia. ¿Hay en esta reunión algún Giezi? Si hay alguno entre esta multitud de maestros de escuela dominical que no puede hacer más que llevar el báculo, lo compadezco. ¡Ah! Amigo mío, quiera Dios darte vida, en su misericordia, porque, ¿de qué otra forma pue-

## *Cómo hacer que otros colaboren en ganar almas*

des esperar ser el medio para resucitar a otros? Si Eliseo también hubiera sido un cadáver, poco sentido habría tenido esperar que se transmitiera vida colocando un muerto sobre otro. De nada sirve a esa pequeña clase de almas muertas reunirse alrededor de otra alma muerta como lo seas tú. Una madre muerta, amaratada y fría, no puede alimentar a sus hijitos. ¿O qué calor pueden recibir los que se reúnen en torno a una estufa apagada? Así eres tú. Quiera Dios que se opere primero en tu propia alma una obra de gracia y que, después, plazca al Espíritu eterno, el único que puede resucitar las almas, hacer de ti un instrumento para la resurrección de muchos para la gloria de su gracia.

Reciban ustedes, mis queridos amigos, mi fraternal saludo, y confíen en que mis más ardientes oraciones están con ustedes para que sean bendecidos y hechos bendición.

## 8: CÓMO GANAR ALMAS PARA CRISTO

Es para mí un gran privilegio poder dirigirme a este exquisito grupo de predicadores del evangelio; quisiera ser más apto para semejante tarea. No tengo la plata de la dicción elocuente, ni el oro de los pensamientos profundos; pero lo que tengo, mis amados, les doy.

(1) Es una obra de renovación. Con respecto a la salvación de las almas, *¿qué es ganar un alma?* Ojalá que crean en la forma de ganar almas a la antigua. En la actualidad, todo parece haber sufrido una tremenda conmoción y estar desviado de los antiguos cimientos. Parece como si hubiéramos de desarrollar en el hombre el bien que ya hay en él por naturaleza. ¡Menudo bien obtendrán si ponen en práctica semejante procedimiento! Me temo que en tal proceso desarrollarían demonios; porque no sé qué de bueno se puede sacar de la naturaleza humana. El hombre está lleno de pecado como el huevo está lleno de alimento, y el desarrollo del pecado no puede producir sino maldades sin fin. Todos nosotros creemos que debemos dedicarnos a la obra de ganar almas, deseando en el nombre de Dios que todas las cosas sean hechas nuevas. La vieja criatura está muer-

ta y corrompida y, cuanto antes sea enterrada, tanto mejor. Jesús ha venido para que pasen las cosas viejas, y que todo sea hecho nuevo.

En el desarrollo de nuestra obra, tratamos de conseguir que los hombres sean bendecidos por medio de la temperancia. ¡Que Dios bendiga toda labor de esta clase! Pero deberíamos considerarnos fracasados si alcanzáramos un mundo de hombres sobrios, y les dejáramos en la incredulidad. Aspiramos a algo más que a la templanza; nuestra creencia es que los hombres deben nacer de nuevo. Bueno es que hasta los cadáveres estén limpios y, por ello, bueno sería que los no regenerados fueran más morales. Gran bendición sería que se purificaran de los vicios que hacen que esta ciudad hieda al olfato de Dios y el de los hombres justos. Pero nuestra misión no es tanto esto como hacer que vivan quienes están muertos en pecado, que la vida espiritual los resucite, y que Cristo reine donde ahora gobierna el príncipe de la potestad del aire.

Hermanos, sea su objeto al predicar que los hombres abandonen sus pecados y se refugien en Cristo buscando el perdón, que por su Santo Espíritu sean renovados, y se hagan tan amantes de las cosas santas, como lo son ahora de todo lo pecaminoso. Sea su meta una cura radical; el hacha se aplica contra la base de los árboles. No se darán por satisfechos con enmendar la vieja naturaleza; más bien, su deseo ha de ser impartir por medio de la influencia divina una nueva naturaleza, para que los que se agrupan en la calle en torno a ustedes vivan para Dios en Cristo Jesús.

(2) Es una obra milagrosa. Nuestro objetivo es trastornar el mundo o, dicho de otro modo, que donde haya abundado el pecado sobreabunde la gracia. Dejemos bien asentado desde un principio que aspiramos a un milagro. Algunos hermanos creen que deben ponerse al nivel de la capacidad espiritual de los oyentes; pero se hallan en un error. Según estos hermanos, no se debe exhortar a un hombre a creer y arrepentirse, a menos

que uno crea que dicho hombre puede arrepentirse y creer por sí mismo. Por mi parte hago una confesión: ordeno a los hombres en el nombre de Jesús que se arrepientan y crean el evangelio, aunque sé que ellos no pueden hacer nada semejante si no es por la gracia de Dios; porque no he sido enviado a trabajar según lo que mi propia razón me indique, sino según lo prescrito por mi Maestro y Señor. Poseemos el misterioso método que procede del don del Espíritu de Dios, el cual ordena a sus ministros obrar prodigios en el nombre de Jesús.

Hemos sido enviados para decir a los ojos ciegos: «Ve», y a los oídos sordos: «Oye», a los corazones muertos: «Vive», e incluso al Lázaro que se pudre en tu tumba, donde hiede ya: «Lázaro, ven fuera». ¿Nos atrevemos a hacer esto? Bueno nos será comenzar con la convicción de que somos completamente impotentes para semejante tarea a menos que nuestro Señor y Maestro nos haya enviado y esté con nosotros. Pero si el que nos envió permanece con nosotros, al que cree todo le es posible. ¡Oh, predicador!, si has de levantarte para ver qué puedes hacer por tus propios medios, harás bien en sentarte cuanto antes; pero, si te pones en pie para comprobar lo que tu todopoderoso Señor y Maestro puede hacer por tu mediación, infinitas son las posibilidades que te rodean. Lo que Dios puede llevar a cabo obrando por medio de tu corazón y de tu voz no tiene límite.

El domingo pasado por la mañana, antes de que subiera al púlpito, cuando mis queridos hermanos, los diáconos y ancianos de esta iglesia, se reunieron conmigo para la oración acostumbrada, uno de ellos oró: «Señor, agárralo como cuando un hombre agarra una herramienta en sus manos, y asiéndola firmemente la emplea para trabajar con ella según le place». Esto es lo que necesita todo obrero: que Dios sea el Obrero y que lo utilice a él como herramienta. Han de ser instrumentos en las manos de Dios, aunque deben emplear, desde luego, todas las facultades y fuerzas que el Señor les ha otorgado; pero nunca

confiados en su propio poder, sino impulsados únicamente por la energía divina, sagrada y misteriosa, que obra en nosotros, por nosotros y con nosotros, sobre el corazón y la mente de los hombres.

(3) Es una obra del Espíritu. ¿No es verdad, mis queridos hermanos, que algunos de nuestros convertidos nos han decepcionado? Sí, y continuaremos sufriendo decepciones mientras sean *nuestros* convertidos. Sin embargo, nos producirán gran gozo cuando demuestren ser la obra del Señor. Cuando obre en ellos la influencia de la gracia será, como dicen algunos hermanos, «¡gloria!», y nada más que gloria, pues la gracia entraña gloria; pero la simple oratoria creará únicamente falsedad y vergüenza a la postre. Cuando predicamos y nos viene a la cabeza un hermoso pasaje florido o una elegante expresión poética, ojalá que nos refrene el mismo temor que se apoderaba de Pablo al decir que no emplearía sabiduría de palabra: «Porque no sea hecha vana la cruz de Cristo». Es el deber del predicador del evangelio, tanto en el templo como al aire libre, pensar: «Podría decir esto de forma elocuente, pero es posible que se fijen solo en eso; lo diré, pues, de modo que observen más bien la verdad misma que deseo enseñarles».

Lo que salva las almas no es nuestra forma de presentar el evangelio, ni tampoco nuestra manera de ilustrarlo, sino que es el evangelio mismo el que lleva a cabo la obra en manos del Espíritu Santo; en él pues hemos de confiar para la conversión de los hombres. Ha de obrarse un milagro por el cual nuestros oyentes sean el producto de aquella potencia que Dios obró en Cristo al resucitarlo de los muertos, y al colocarlo a su diestra en los Cielos, sobre todo principado y potestad; y, por ello, hemos de apartar la mirada de nosotros mismos para dirigirla al Dios vivo. Lo que tratamos de conseguir es, pues, una conversión verdadera y profunda, para lo cual hemos de recurrir al poder del Espíritu Santo. Si se trata de un milagro, ha de ser Dios el que lo lleve a cabo; ni nuestros razonamientos, ni nues-

tras persuasiones o amenazas lograrán lo que solo puede hacer el Señor.

Ahora bien, *si la salvación de las almas radica en cuanto hemos dicho, ¿podemos esperar realmente que el Espíritu de Dios nos llene, para salir a predicar en su poder?* Mi respuesta es que esto depende en gran parte de la condición de uno mismo. Estoy convencido de que nunca hemos concedido la importancia suficiente a la obra de Dios en nuestro propio ser, en lo que esta afecta a nuestro servicio a Dios. Un hombre consagrado debe estar lleno por entero de energía divina, de modo que cuantos lo conocen la perciban. Nadie podrá precisar en qué consiste, ni de dónde procede, ni, quizá, a dónde va; pero habrá algo en dicho hombre muy por encima de lo normal. Pero puede haber ocasiones en que ese mismo hombre se sienta débil y frío, y sea consciente de ello. Entonces saldrá como otras veces, pero no podrá obrar maravillas. Sansón tiene que estar en un estado apropiado o, de lo contrario, no puede ganar victoria alguna. Si cortan las siete guedejas del campeón, los filisteos lo escarnecerán; si el Señor se aparta de un hombre, a este no le queda poder para ningún servicio útil.

Observen, pues, cuidadosamente, mis queridos hermanos, su propio estado ante Dios. Miren por su propia hacienda; atiendan bien a sus propias manadas y rebaños. A menos que caminen cerca de Dios, o que moren en la diáfana luz que rodea el trono de Dios, la cual solo conocen quienes viven en comunión con el Eterno, saldrán de casa apurados a trabajar, pero nada conseguirán. Es cierto que el vaso es solo de barro, pero también es cierto que el vaso ocupa un lugar en el plan divino; sin embargo, no se llenará del tesoro sagrado a menos que sea un vaso limpio y a menos que, en todo aspecto, sea un vaso digno de que el Señor se sirva de él. Permítaseme mostrar algunos aspectos en los que el siervo de Dios desempeña un importante papel en la salvación de las almas.

(1) Es testigo. *A algunas almas las ganamos para Cristo al*

*actuar como testigos.* Nos paramos en público y testificamos por el Señor Jesucristo con respecto a ciertas verdades. Ahora bien, nunca he tenido el gran privilegio de que un abogado me interrogue en un litigio. A veces me he preguntado qué haría si ocupara el estrado en un tribunal para ser interrogado y sometido a un careo. Creo que me limitaría a decir todo lo que supiera de la verdad, sin intentar poner de manifiesto mi ingenio, mi dominio de la lengua, ni mi propio criterio. Si me limitara a responder sinceramente a sus preguntas, vencería a todos los abogados del mundo. Pero lo malo es que, muchas veces, cuando se llama al testigo a declarar, este se encuentra más pendiente de sí mismo que de lo que tiene que decir; por esto pronto comienza a sentirse acosado, molesto y cansado y, al perder el dominio propio, deja de ser un buen testigo para la causa.

Ahora bien, ustedes, predicadores al aire libre, se sentirán a veces desconcertados; siempre habrá algún abogado del maligno presente, pues Satanás tiene a un gran número de ellos dedicados continuamente a esta labor. Lo único que deben hacer es dar testimonio de la verdad. No es de sabios preguntarse: «¿Cuál es la manera más convincente de responder a este hombre, para vencerlo en el debate?». A veces, una respuesta ingeniosa es muy conveniente; sin embargo, mejor es una respuesta llena de gracia. Procuren decir para sus adentros: «Después de todo, no importa el que ese hombre demuestre o no que soy un necio, pues eso ya lo sabía yo de antemano; soy feliz de ser considerado necio por amor de Cristo, y no debo preocuparme por mi reputación. Tengo que dar testimonio de lo que sé, y con la ayuda de Dios, lo daré con todo valor. Si este me interrumpe para hacerme preguntas sobre otras cosas, le diré que no he venido para dar testimonio más que de esto. Solo hablaré de una cosa».

Hermanos, es necesario que el testigo de Cristo sea, a su vez, salvado, y esté seguro de ello. No sé si ustedes dudan de su salvación. Quizá sería bueno recomendarles que prediquen aun

cuando sea así el caso; ya que, si ustedes mismos no son salvados, por lo menos desean que otros lo sean. No cabe duda de que en cierto tiempo gozaban de plena certeza; y, si ahora han de confesar con dolor: «¡Ay! ¡No siento en mi corazón toda la plenitud del poder el evangelio!», pueden añadir sinceramente: «Sin embargo, sé que es una realidad, porque he visto cómo salvaba a otros, y sé que ningún otro poder puede salvarme a mí». Tal vez este testimonio vacilante, tan francamente sincero, pueda hacer brotar una lágrima de los ojos de su oyente, y ganarse su simpatía. «A veces predicaba —dice John Bunyan— sin esperanza, como un encadenado a encadenados y, aunque oía el ruido de mis propias cadenas, decía a los demás que había un modo de librarse de ellas, y les instaba a mirar hacia el gran Libertador». Yo no hubiera impedido que el Sr. Bunyan predicara de esta forma.

Al mismo tiempo, es importante poder declarar por su propia experiencia personal que el Señor ha quebrantado puertas de bronce y ha hecho pedazos cerrojos de hierro. Quienes oyen nuestro testimonio preguntan: «¿Está seguro de lo que dice?»; y respondemos: «¿Si estoy seguro? Tan seguro como de que vivo». Algunos lo llaman *dogmatismo*. No importa; el hombre tiene que saber lo que predica, porque de no ser así, más vale que calle. Si tuviera alguna duda acerca de las cuestiones que predico desde el púlpito, me avergonzaría de continuar siendo el pastor de esta iglesia; pero predico lo que sé y testifico lo que he visto. Si estoy equivocado, estoy sinceramente equivocado; y arriesgo mi alma y todos mis intereses eternos por la verdad de cuanto predico. Si el evangelio que anuncio no me salva, nunca seré salvado, porque lo que proclamo a los demás es el fundamento de mi propia esperanza. No tengo bote salvavidas particular; el arca a donde invito a subir a los demás, me lleva a mí mismo y a todo cuanto poseo.

Un buen testigo debe entender bien todo cuanto tiene que decir; debe poseer un dominio absoluto de la materia que tra-

ta. Si, por ejemplo, hubiera sido llamado para testificar en un caso de robo, sabe lo que vio, y esto es lo único que tiene que declarar. Si empiezan a preguntarle acerca de un cuadro que había en la casa, o del color de un vestido que había en el ropero, su respuesta será: «Se extralimita en cuanto a lo que me atañe; solo puedo dar testimonio de lo que vi». La relación de qué conocemos y qué no conocemos, ocuparía un par de gruesos tomos, por lo que muy bien podemos pedir que nos dejen tranquilos en cuanto al segundo de dichos libros.

Así, pues, hermanos, digan lo que sepan y concluyan; y tengan tranquilidad y sosiego cuando hablen de las cosas que conocen personalmente. Nunca en la predicación se dejarán llevar por sus sentimientos de modo apropiado y como para sentirse cómodos ante sus oyentes, hasta que no se familiaricen plenamente con la materia abordada. Cuando sepan a qué atenerse, podrán tener la mente libre para dejar ver su ardor. A menos que ustedes, predicadores al aire libre, conozcan el evangelio de principio a fin, y sepan cuál es la posición que ocupan cuando lo anuncian, no podrán predicar con verdadera emoción. Sin embargo, cuando se sientan seguros acerca de sus conocimientos doctrinales, pónganse en pie tan osados, ardientes e insistentes como les plazca. Enfréntense a sus oyentes con la conciencia de que les dirán algo que merece la pena escuchar, acerca de lo cual ustedes están completamente seguros porque viven de ello y para ello. En toda reunión pública hay corazones sinceros que solo desean oír creencias sinceras; las aceptarán y serán llevados a creer en el Señor Jesucristo.

(2) Es abogado. *Sin embargo, no son ustedes solamente testigos, sino abogados del Señor Jesucristo*; y en la abogacía muchas cosas dependen del hombre. Parece que la señal de su cristianismo para algunos predicadores no es la lengua de fuego sino un bloque de hielo. A ninguno de ustedes les gustaría tener un abogado que defendiera su causa de una forma fría y apática, sin mostrar el menor asomo de interés por si fueran halla-

dos culpables o inocentes del crimen que se les imputa. ¿Soportarían su indiferencia corriendo ustedes el riesgo de la pena de muerte? ¡No! Su deseo sería hacer callar a un abogado tan traidor. Del mismo modo, cuando un hombre ha de hablar por Cristo, si carece de ardor es mejor que se eche a dormir. Se ríen, ¿pero no es acaso mejor que se eche a dormir él solo a que haga dormir a toda una congregación?

Mis queridos hermanos, es necesario que el ardor nos inunde por completo. Si deseamos convencer a los hombres, debemos amarlos. Muchos sienten verdadero amor hacia los hombres, y otros verdadera aversión hacia ellos. Conozco a algunos predicadores que parecen creer que las clases trabajadoras son personas muy toscas, y que han de ser reprimidas y gobernadas con mano dura. Con semejante forma de pensar, nunca lograrán la conversión de los obreros. Para ganar a los hombres es necesario sentir: «Yo soy uno de ellos. Si están tristes, soy uno de ellos; si son pecadores perdidos, soy uno de ellos; si necesitan un Salvador, soy uno de ellos». Al más grande de los pecadores, deberían predicarle con este texto presente: «Y esto erais algunos». Solamente la gracia nos hace diferentes, y es precisamente esa gracia la que predicamos. El amor verdadero a Dios y el amor ardiente a los hombres constituyen la gran cualidad del abogado.

Creo además, a pesar de que ciertas personas lo nieguen, que la influencia del temor debe dejarse sentir en las mentes de los hombres, y hacer efecto hasta en la mente del mismo predicador. «Noé, con temor preparó el arca para que su casa se salvase». En el temor de Noé hubo el medio de salvación para este mundo, para que no pereciera en el diluvio. Cuando un hombre teme por los demás, hasta el punto de que su corazón exclama: «Perecerán, perecerán, se hundirán en el Infierno, serán expulsados para siempre de la presencia del Señor», y cuando este temor le oprime el alma y le agobia con su peso, hasta hacerle salir a predicar con lágrimas en los ojos, entonces sí que argumentará ante los hombres hasta vencer.

## *Cómo ganar almas para Cristo*

«Conociendo, pues, el terror del Señor persuadimos a los hombres». El conocimiento de este terror es el medio para aprender a *persuadir*, y no a hablar duramente. Hay quienes han empleado el terror del Señor para aterrorizar; pero Pablo lo usaba para persuadir. ¡Imitémosle! Digamos: «Varones y hermanos, hemos salido a decirles que el mundo está ardiendo, que deben escapar por sus vidas e ir al monte, no sea que perezcan». Tenemos que proclamar esta advertencia con plena convicción de su veracidad o, de otro modo, seremos tan necios como el pastor bromista que gritaba: «¡Viene el lobo!». Es necesario que parte de la sombra del terrible día del juicio caiga sobre nuestro espíritu, si nuestro mensaje de misericordia ha de poseer un tono convincente, porque de no ser así perderemos el verdadero poder del abogado. Hermanos, hemos de decir a los hombres que existe una necesidad imperiosa de un Salvador, y demostrarles que percibimos que la tienen, y que sufrimos por ellos; de otra forma, será casi imposible conducirlos al Salvador.

El que aboga por Cristo debe conmoverse él mismo ante la perspectiva del día del juicio. Cuando llego al umbral de la puerta detrás del púlpito, y contemplo ante mí a tan vasta multitud, me siento desfallecer frecuentemente. Pienso en las miles de almas inmortales que me contemplan por las ventanas de sus ansiosos ojos, y considero que tengo que predicarles a todos ellos, y que seré responsable de su sangre si no les soy fiel. Les confieso que esta visión me sobrecoge. Sin embargo, no experimento solo el temor; me sostiene la esperanza y la creencia de que el propósito de Dios es bendecir a estas personas por la Palabra que él me dará que predique. Creo que todos los que forman la muchedumbre han sido enviados por Dios con algún propósito, y que he sido llamado a cumplir dicho propósito.

A menudo me digo cuando estoy predicando: «¿Quién se está convirtiendo ahora?». Nunca se me ocurre pensar que la palabra de Dios pueda errar; esto no podrá suceder jamás. Fre-

cuentemente, siento la seguridad de que se están convirtiendo almas y, en todo tiempo, que Dios está siendo glorificado por el testimonio de su verdad. Pueden estar seguros de que su convicción llena de esperanza de que la Palabra de Dios no volverá a él vacía es un gran estímulo tanto para sus oyentes como para ustedes mismos. Su confianza entusiasta en que su auditorio será convertido, debe ser como el dedo meñique de una madre en la mano de su hijito para ayudarle a caminar hasta ella. Puede que el fuego que hay dentro de sus corazones lance una chispa a las almas de ellos, por medio de la cual la llama de la vida espiritual se inflame. Aprendamos todos, amados hermanos, el arte de rogar a los hombres como abogados del Señor.

(3) Es ejemplo. Además, mis queridos predicadores públicos y todos los cristianos aquí presentes, *no solamente hemos de ser testigos y abogados sino que es necesario que seamos también ejemplos*. Una de las modalidades más prácticas, y más eficaces, para cazar patos silvestres es la que se practica empleando el pato señuelo; este entra en la red, y los demás siguen el mismo camino. En la Iglesia cristiana necesitamos emplear mucho el santo arte del señuelo; es decir, el ejemplo de asemejarnos a Cristo, de nuestra piedad en medio de una generación perversa, de nuestras penas y alegrías, de la sumisión santa a la voluntad divina en los tiempos de tribulación, y nuestro ejemplo en toda la variedad de acciones benévolas, será la forma de inducir a los demás a entrar en la senda de la vida.

Ciertamente, uno no puede plantarse en medio de la calle a hablar de su ejemplo; pero no hay predicador al aire libre que no sea mucho más conocido de lo que él cree. Entre la muchedumbre que lo rodea puede haber alguien que conozca su vida privada. Oí contar una vez de un predicador ambulante a quien uno de sus oyentes gritó: «¡Oye, Juan! ¡No te atrevas a predicar de esa forma delante de tu propia casa!». Daba la desgraciada casualidad que aquel había retado a su vecino a pelear

con él poco antes, por lo que su predicación en las inmediaciones de su casa era de todo punto improcedente; aquella interrupción colocó al predicador en una situación embarazosa. Si la vida hogareña de alguno es indigna, este debería irse a muchos kilómetros de distancia antes de pensar en predicar, y aun así, cuando se levantara, no debería decir nada. Nos conocen, hermanos, saben mucho más de nosotros de lo que pudiéramos imaginar, y lo que no saben lo inventan. Tanto nuestra forma de vivir como de hablar deberían ser la parte más poderosa de nuestro ministerio. Esto es lo que se llama ser consecuente: el que nuestras vidas y nuestros labios concuerden.

(4) Los ayudantes. Tengo poco tiempo, pero debo decir algo en particular. He dicho que la acción del Espíritu Santo depende mucho del hombre en sí, pero estoy obligado a añadir que *también dependerá mucho de la clase de personas que rodeen al predicador*. Un predicador público que tenga que andar siempre solo se encontrará en una situación muy triste. Ayuda mucho el estar relacionado con una iglesia ferviente que ore por él; y, si no pueden encontrar semejante iglesia allá donde piensan trabajar, lo mejor será que se hagan con media docena de hermanos o hermanas que los ayuden y salgan con ustedes y, más aún, que oren con ustedes.

Algunos predicadores son tan independientes que pueden desenvolverse sin ayudantes, pero más les valdrá que no trabajen solos. Deben considerar la cuestión de la siguiente manera: al hacer que media docena de hombres me acompañen, les haré bien y los estaré preparando para que lleguen a ser obreros. Si pueden asociarse a unos cuantos hombres que no sean muy jóvenes, sino algo maduros en el conocimiento de la verdad divina, la asociación será mutuamente provechosa.

Les confieso que, aunque Dios me ha bendecido grandemente en su obra, no me corresponde mérito alguno, sino a los queridos amigos de nuestra iglesia, y en realidad a los que en todo el mundo me hacen objeto especial de sus oraciones. Cual-

quiera prosperaría con la clase de personas que tengo a mi alrededor. Uno de mis queridos diáconos, dijo una vez: «Hasta ahora, nuestro ministro nos ha conducido hacia adelante, y nosotros lo hemos seguido de corazón. ¡Todo ha sido un éxito! ¿No confían en su liderazgo?». Los presentes respondieron afirmativamente. «Así —continuó mi amigo—, si nuestro pastor nos ha traído ante una zanja que parece infranqueable, llenémosla con nuestros cuerpos para que él pueda pasar». Esto era elocuencia: la zanja se llenó, y no solo eso, sino que pareció llenarse al momento. Si poseen compañeros sinceros, su fuerza se multiplicará.

¡Y qué bendición es una buena esposa! Ustedes, mujeres, que no estarían en su debido lugar si salieran a predicar por la calle, pueden hacer que sus maridos se sientan felices y cómodos cuando lleguen a casa, ¡esto les hará predicar mucho mejor! Algunas de ustedes pueden ayudar a sus esposos de otra forma también si son prudentes y delicadas. Pueden, por ejemplo, darle a entender que procedió indebidamente en algunos pequeños detalles, y puede que reflexione y se enmiende. Un buen hermano me rogó una vez que le diera algunas clases, y me dijo lo siguiente: «La única instrucción que he tenido ha sido de mi esposa, la cual tuvo mejor preparación que yo. Yo hablaba con muchos defectos, más ella me indicó con ternura que los demás se reirían de mí si me saltaba las normas gramaticales». Aquella mujer fue para su marido profesora de lengua, y el esposo sabía bien que ella valía para él su peso en oro. Ustedes, los que disponen de tales ayudantes, deben dar continuamente gracias a Dios por ellas.

Luego, es de gran ayuda unirse en hermandad con algún cristiano de corazón ardiente que sepa más que nosotros, y nos brinde sus sabios consejos. Aunque Dios no nos bendiga por nosotros, puede que nos dé la bendición por medio de otra persona. Supongo que conocerán la historia del monje que se congratulaba de haber ganado muchas almas para Cristo con su

predicación. Una noche le fue revelado que no recibiría por ello honor alguno en el día del juicio; y él preguntó al ángel de su sueño a quién correspondería entonces dicho honor; a lo que el ángel respondió: «Ese viejo sordo que se sienta en las gradas del púlpito y ora por ti, ha sido el instrumento de la bendición».

Estemos agradecidos a ese viejo sordo, o a esa anciana, o a tantos amigos que con su oración e intercesión hacen que desciendan bendiciones sobre nosotros. El Espíritu de Dios bendecirá a dos cuando quizá no bendiga a uno. Abraham solo no salvó ninguna de las cinco ciudades, aunque su oración fuera como el peso de una tonelada en la balanza; allí estaba su sobrino Lot, que no era nada en comparación. Este no tenía consigo sino media onza de oración, mas tan pequeña cantidad inclinó la balanza y Zoar fue preservada. Añadan, pues, su media onza al mayor peso de las súplicas de los grandes santos, porque es posible que ellos la necesiten.

Mis queridos hermanos, predicadores públicos, no es mi intención enseñarles, ya que algunos de ustedes podrían enseñarme a mí mucho mejor. Pero, hermanos, si queremos ganar almas, es necesario que nos dediquemos a una labor celosa y a un trabajo enérgico.

(1) Es predicar. En primer lugar, hemos de *concentrarnos en nuestra predicación*. No desconfíen de la utilidad de la predicación. Confío en que no se cansarán de ella, aunque algunas veces se sientan fatigados. En el día del juicio, cuando se pase lista a todos los que han sido convertidos por la música armoniosa y los adornos de la iglesia, así como por las exhibiciones y los entretenimientos religiosos, nadie responderá: «¡Presente!»; sin embargo, siempre agradecerá a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Continúen con su predicación y, si hacen algo más aparte de esto, no permitan que ello relegue su predicación a un segundo término. En primer lugar, prediquen, y en segundo y tercero también.

Crean en la predicación del amor de Cristo, en la predicación del sacrificio expiatorio, en la predicación del nuevo nacimiento, en predicar todo el consejo de Dios. El viejo martillo del evangelio aún romperá las rocas en pedazos; el viejo fuego de Pentecostés continuará ardiendo entre la multitud. No prueben nada nuevo, sino continúen predicando, porque, si todos nosotros predicamos con el Espíritu Santo enviado desde el Cielo, los resultados de la predicación nos asombrarán. ¿Acaso no es, después de todo, un poder sin límite el de la lengua? Miren cuánto daño puede hacer el poder de las malas lenguas, ¿y no pondrá Dios más poder en una lengua buena, si la utilizamos como es debido? Observen el poder del fuego, que con una simple chispa puede hacer que una ciudad entera sea pasto de las llamas; del mismo modo, si el Espíritu de Dios está con nosotros, no tenemos necesidad de calcular cuánto o qué podemos hacer. No se puede calcular la potencia de una llama, y no existen límites a las posibilidades de la verdad divina hablada con un entusiasmo nacido del Espíritu de Dios.

Tengan gran confianza, hermanos, y sigan con confianza; a pesar de esas vergonzosas calles de medianoche, de la maldad del rico, de la ignorancia del pobre. Sigán adelante; sigán adelante en el nombre de Dios, porque si la predicación del evangelio no salva a los hombres, nada podrá hacerlo. Si el plan de misericordia de Dios fracasa, tiñan los cielos de luto, y suman el sol en la noche eterna, porque nada queda en nuestro mundo sino la negrura de las tinieblas. La salvación por el sacrificio de Jesús es el ultimátum de Dios. Regocíjense por que no pueda fracasar. Creamos sin reservas, y sigamos adelante con la predicación de la Palabra.

(2) Es obra personal. Los predicadores públicos sinceros deberán esforzarse en añadir a su predicación muchas *conversaciones privadas*. ¡Cuántas personas se han convertido en este templo por medio de la conversación personal de algunos de nuestros hermanos! ¡Ellos están alrededor mientras que predi-

co! Recuerdo que un lunes por la noche un hermano estaba diciéndome algo cuando de pronto desapareció de mi vista sin acabar la frase que había comenzado. Ya no supe qué me iba a decir, pero luego lo vi en la galería izquierda, sentado en un banco junto a una señora desconocida para mí. Después del culto, le pregunté:

—¿Adónde fuiste?

A lo que él me respondió:

—Un rayo de luz al entrar por la ventana me hizo contemplar un semblante tan triste que corrí a sentarme junto a ella inmediatamente.

—¿Y conseguiste alegrarla?

—¡Claro que sí! Al momento aceptó al Señor Jesús; y, en aquel preciso instante, observé otro rostro anhelante; rogué a la dama que me esperara en el banco hasta el final del culto y corrí en busca del otro, esta vez un joven.

Después estuvo orando con ambos y no quiso darse por satisfecho hasta que hubieron entregado su corazón al Señor. Así es como se debe estar en guardia.

Necesitamos un cuerpo de buenos tiradores que elijan a sus blancos uno por uno. Cuando nosotros disparamos la artillería pesada desde el púlpito, comenzamos con ella la batalla, pero muchos disparos no alcanzan el objetivo. Necesitamos rodearnos de espíritus amantes que traten los casos individualmente con advertencias y estímulos personales. Ningún predicador público debiera dirigirse solamente a las multitudes, sino que debería estar preparado para hablar con sus oyentes uno a uno y debería tener a otros consigo, dotados de tal feliz habilidad. ¡Cuánto más se lograría con la predicación en las calles si cada predicador fuera acompañado de un grupo de hermanos que convencieran a sus oyentes por medio de la conversación personal!

El domingo pasado por la tarde, mi querido hermano me contó una historia que no olvidaré jamás. Una noche, se en-

contraba en el Hospital Croydon, que se le había asignado visitar. Todo el personal se había marchado a casa, pues era la hora de cerrar; él era la única persona que quedaba en el hospital, salvo el médico de guardia. De pronto, un muchacho entró corriendo, diciendo que había habido un accidente de ferrocarril, y que alguien debía acudir a la estación con una camilla. El doctor dijo entonces a mi hermano: «¿Quiere usted ayudarme a llevar la camilla?». «¡Claro que sí!», fue la rápida respuesta; y así, salieron juntos el doctor y el pastor llevando entre ambos la camilla, y, juntos también, volvieron con un herido. «Y, durante las dos semanas siguientes —terminó de contarme mi hermano—, fui a menudo por el hospital, ya que me sentía muy interesado por el hombre al que había ayudado a llevar». Estimo que siempre sentirá interés por aquel hombre porque una vez cargó con su peso. Cuando se sabe llevar a un hombre en el corazón, y se ha sentido la carga de su caso, su nombre se queda grabado en el alma. Así, pues, ustedes, los que hablan a las personas en privado, sentirán el peso de sus almas; y creo que muchos predicadores deberían saber más sobre esto, y predicarían así mucho mejor.

(3) Los folletos. Cuando no es posible ni la predicación ni la conversación privada, *tengan siempre a mano un folleto*, ya que esto suele ser a menudo un buen método. Hay folletos que no convertirían a nadie, ya que no hay en ellos nada del menor interés. Obtengan buenos folletos que llamen la atención, o bien prescindan por entero de ellos. Sin embargo, sepan que un folleto evangélico elocuente y conmovedor puede ser muchas veces semilla de vida eterna; no salgan, pues, a la calle sin folletos.

(4) La visitación. Creo que, además de dar folletos, si les es posible, deben procurar averiguar el domicilio de las personas que les escuchan frecuentemente, *para que puedan hacerles una visita*. ¡Qué cosa tan hermosa es la visita de un predicador público! «Vaya —exclama la señora a su esposo—, ¿sabes quién

viene a verte? Ese señor que predica en la esquina de la calle. ¿Le digo que pase?». «Naturalmente —será la respuesta—; le he oído muchas veces, y parece un buen hombre». Hagan tantas visitas como les sea posible, porque ello les será de utilidad tanto a ustedes como a los demás.

(5) Las cartas. ¡Cuánto poder encierra también *una carta personal!* Muchas personas sienten aún una especie de supersticiosa veneración por las cartas; y tienen en gran consideración recibir una misiva sincera de algún buen caballero, ¿y quién sabe? Una notita puede que impresione a quien no hizo caso de su sermón. Los jóvenes que no pueden predicar podrían hacer mucho bien si escribieran cartas a los amigos de su edad, hablándoles de sus almas. Es posible que se expresen claramente con la pluma aunque tengan dificultad para hacerlo con la lengua. Salvemos a los hombres por todos los medios que haya; evitemos que los hombres se hundan en el Infierno. Hermanos, nos falta mucho del cielo que debiéramos tener.

He oído decir que muchos hombres, cuando se vuelven fervorosos, dicen y hacen cosas muy extrañas. Que digan y hagan cosas extrañas, si ello procede de un fervor genuino. No deseamos títeres ni representaciones teatrales, que son simple imitación del verdadero fervor; nuestros tiempos necesitan del ardor auténtico y candente, y, donde quiera que se vea *esto*, no debemos pecar de ser demasiado críticos. Hay que dejar que las grandes tormentas rujan como quieran; y hay que dejar que el corazón humano hable como puede. Si están llenos de fuego vehemente y, a pesar de ello, no pueden hablar, su celo inventará su propio método de llevar a cabo su propósito. Como Aníbal que, según dicen, fundió las rocas con vinagre, así también el fervor fundirá los pétreos corazones de los hombres. ¡Quiera el Espíritu de Dios morar por siempre en ustedes, por amor de Jesucristo! Amén.

## 9: LO QUE CUESTA SER GANADOR DE ALMAS

**H**oy quisiera dirigir unas palabras a los que intentan llevar almas a Jesús. Ustedes oran a Dios y anhelan ser útiles. ¿Saben lo que esto implica? ¿Saben cuánto cuesta? Prepárense, pues, para afrontar y sufrir muchas cosas que tal vez ignoren. Si el Señor les utiliza para la salvación de las almas, tendrán por porción experiencias que de otro modo no tendrían por qué soportar. Una persona cualquiera podrá dormir tranquilamente en cama durante toda la noche; mas no así el médico, quien puede recibir una llamada a cualquiera hora; también el agricultor podrá sentarse cómodamente junto al hogar; pero el pastor habrá de permanecer a la intemperie soportando las inclemencias del tiempo junto a los corderos; y así nos dice el apóstol Pablo: «Por tanto todo lo que soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna». Esta es la razón por la cual seremos igualmente llamados a pasar por experiencias que nos sorprendan.

(1) Identificación. Hace algunos años sufrí una terrible depresión de espíritu, oprimido por ciertos sucesos angustiosos

que me habían acaecido; estaba además enfermo, con lo que el corazón se me ahogaba en el pecho; y desde las profundidades del abismo solo pude clamar a Dios. Antes de que me marchara a Menton para reponerme, sufrí mucho físicamente; sin embargo, mi alma sufría mucho más, por estar abrumado mi espíritu. En estas circunstancias, prediqué un sermón acerca de las palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Jamás hubiera podido hallarme más capacitado para predicar acerca de este texto. A decir verdad, desearía que pocos de entre mis hermanos tuvieran que penetrar tan profundamente en esas desgarradoras palabras. Sentía hasta donde me era posible el horror de un alma abandonada por Dios. Aquella no fue una experiencia nada agradable. Tiemblo ante la sola idea de volver a vivir semejante eclipse de alma; y oro para que no tenga que sufrir nuevamente de aquella manera, a menos que fuera para dar otra vez el mismo resultado.

Aquella noche, después del sermón, entró en la oficina pastoral un hombre que parecía estar tan loco como si se hubiera escapado del manicomio. Con ojos que parecían querer salirse de las órbitas, me dijo que su desesperación hubiera pasado el límite de no haber oído mis palabras, las cuales le habían hecho sentir que existía un ser viviente sobre la tierra que comprendía sus sentimientos y podía describir sus experiencias. Hablé con él y procuré animarlo, rogándole que volviera el lunes por la noche, cuando dispondría de más tiempo para conversar con él. Volví a verlo y le dije que era un paciente esperanzador, alegrándome de que la predicación hubiera sido tan pertinente para su caso. Aparentemente rechazó el consuelo que le ofrecía, pero tenía conciencia de que la preciosa verdad que había escuchado estaba obrando en su mente, y que la tormenta de su alma se transformaría dentro de poco en una profunda calma.

Concluiré diciéndoles que anoche, que por fortuna me tocó predicar acerca de las palabras: «El Omnipotente, que amargó

el alma mía», después del culto, entró en el despacho aquel mismo hermano que me había visitado cinco años antes. Esta vez, su aspecto difería del anterior como la noche del día, o como la vida de la muerte. «Me alegro de verlo —le dije—, he pensado en usted muchas veces, preguntándome si su alma habría encontrado la paz perfecta». Ya les he dicho que fui a Menton; pues bien, mi paciente también había estado en el campo, de modo que no nos habíamos visto durante cinco años. «Pues sí —respondió el hermano a mis preguntas—, usted dijo que creía que era un paciente esperanzador, y estoy seguro de que le alegrará saber que he caminado a la luz del sol desde aquel día hasta hoy. Todo ha cambiado, todo ha quedado transformado para mí».

Mis queridos amigos, la primera vez que vi aquella alma desesperada bendije a Dios porque mi terrorífica experiencia me había preparado para simpatizar con él y para ser su guía; pero anoche, cuando le contemplé totalmente restablecido, mi corazón rebotó de gratitud hacia Dios por mis antiguos sentimientos de aflicción. Descendería a las profundidades una y cien veces con tal de llevar gozo a un espíritu deprimido. Sí, mi aflicción me ha servido para saber ahora cómo dirigir una palabra oportuna al angustiado.

Supongamos que, por alguna dolorosa operación, pudieran conseguir que les alargaran un poco el brazo derecho; no creo que ninguno de ustedes se molestara en someterse a semejante intervención. Pero si previeran que, por soportar el dolor, podrían lograr la salvación de algunos naufragos que se estuvieran ahogando ante sus ojos, estoy seguro de que soportarían el dolor de buen ánimo, y que hasta pagarían al cirujano una buena suma para poder estar así en condiciones de rescatar a sus semejantes. Reconozcan, pues, que para adquirir poder que salve las almas, deberán atravesar el mar y el fuego, la duda y la desesperación, los tormentos mentales y las aflicciones del alma. Desde luego, a todos los presentes no les ocurrirá lo mis-

mo, tal vez ni siquiera a dos de ustedes, sino que, según la labor que se les asigne, así será su preparación.

En todo caso, deberán penetrar en el fuego si quieren sacar a otros de él, y tendrán que zambullirse en el torrente si quieren salvar a alguien de las aguas. No se utiliza la escalera de incendio sin sentir el calor del fuego, ni uno se mete en un bote salvavidas sin empaparse de agua. Si José ha de preservar la vida de sus hermanos, es necesario que él mismo vaya a Egipto; si Moisés ha de conducir al pueblo a través del desierto, primero debe pasar él mismo allí cuarenta años con su rebaño. Con verdad dijo Payson: «Si alguien pide ser un ministro exitoso, no sabe lo que pide; y le conviene considerar si puede beber la amarga copa de Cristo y ser bautizado con su bautismo».

(2) Conformación. Lo que me ha llevado a considerar todo esto, ha sido la oración que acaba de ofrecer nuestro querido hermano. Él es, como pueden comprobar, del linaje de Abraham, y debe su conversión a un misionero de su misma patria. Si dicho misionero no hubiera sido a su vez judío, no habría conocido el corazón del joven extranjero, ni habría ganado sus oídos para el mensaje del evangelio. Los hombres se ganan normalmente para Cristo por medio de instrumentos *apropiados*, y esta adaptabilidad radica a menudo en la facultad de la empatía. La llave abre la puerta porque se ajusta a las piezas internas de la cerradura; el mensaje ardiente penetra en el corazón porque concuerda con el estado de ese corazón. Tanto ustedes como yo hemos adaptarnos para poder ajustarnos a toda forma de mente y de corazón; como decía Pablo: «Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo) para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos».

Es necesario que estos procesos se den en nosotros. Soportemos alegremente cuanto el Espíritu Santo obre en nuestros espíritus para que seamos así más extensamente bendecidos para el bien de nuestro prójimo. ¡Hermanos, echemos todo sobre el altar! ¡Obreros, pongámonos en manos del Señor! Quienes posean delicadeza y refinamiento, quizá hayan de sufrir lo chocante para poder ayudar al tosco e ignorante. Los que son doctos y educados, puede que hayan de sufrir la burla antes de ganar a los necios para Cristo. Los torpes lo necesitan, y muchos de ellos no serán salvados sino por medios que parezcan indignos las personas cultas.

¡Cuán finos van algunos a trabajar cuando lo que se necesita no es fineza, sino energía! Y, al contrario, ¡cuán violentos son algunos cuando lo que se desea es tacto y suavidad, en vez de fuerza! Aprendamos esto; hemos de entrenarnos como los perros a seguir la caza. He aquí uno de los casos que suceden: un hermano presenta sus mensajes con bastante fineza, desea hablar con sinceridad, pero siempre de forma detallada. Se ha esmerado en preparar un buen sermón, y conserva sus notas cuidadosamente ordenadas. Pero, ¡ay! ¡Ha olvidado en casa su precioso documento! ¿Qué hará? Es demasiado delicado para abandonar su compromiso; así, pues, intentará hablar como sea. Comienza bien y concluye el primer punto sin contratiempos. ¿Qué sigue? ¡Qué horror! Se queda contemplando el vacío en busca del segundo. ¿Qué dirá ahora? ¿Qué podrá decir? Braza desesperadamente, pero no sabe nadar; pugna por llegar a tierra, y cuando logra sacar la cabeza de la corriente, podemos oírlo decir para sus adentros: «Esta es mi última tentativa, ya no predicaré nunca». Pero no es así. Vuelve a hablar. Va ganando confianza; poco a poco se convierte en un orador poderoso.

De esta forma, a través de humillaciones de esta clase, el Señor nos prepara para llevar a cabo eficazmente nuestra labor. En nuestros principios somos demasiado finos para servir, o de-

masiado grandes para ser buenos. Hemos de pasar un aprendizaje para llegar a conocer nuestra profesión. Un lápiz de grafito no sirve para nada hasta que no se le haya sacado punta; es necesario cortar la fina madera de cedro, para que lo de dentro pueda tener libertad de comunicar. Afilado es, hermanos, el cuchillo de la aflicción, pero también es saludable; no puede uno deleitarse con él, pero la fe le enseñará a valorarla. ¿No están dispuestos a soportar toda prueba para que de todos modos salven a algunos? Si no son de este ánimo, mejor les sería quedarse en la finca o en el negocio, porque nadie ganará nunca un alma si no está dispuesto a sufrirlo todo por amor a esa alma.

(4) Confrontación. Mucho habremos de sufrir a causa del temor y, sin embargo, ese temor puede influir en nuestro propio espíritu y ayudar a moldearlo debidamente, disponiéndolo así para el trabajo; o cuando menos, llevará al corazón a la oración, y ya solo eso es una parte importante de la preparación requerida. Alguien describió de la siguiente forma una de sus primeras tentativas de hacer visitas para hablar a las personas acerca del estado espiritual de su alma: «Mientras caminaba hacia la residencia de aquellas personas, iba pensando en la forma en que abordaría la cuestión, y en todo cuanto debería decir; el temblor y la inquietud me acompañaron durante todo el trayecto. Al llegar a la puerta, me pareció como si fuera a tragarme la tierra; todo mi ánimo se había desvanecido, y, al levantar la mano hacia el timbre, cayó sin haber llegado a tocarlo. Impulsado por el temor descendí algunos peldaños de las escaleras, pero después de un momento de reflexión, me hallé de nuevo ante la puerta, y finalmente entré en la casa. Las frases que musité y la oración que brotó de mis labios fueron entrecortadas; pero estoy muy agradecido, sumamente agradecido de que mis temores y mi cobardía no prevalecieran. Se ‘había roto el hielo’». Es necesario pasar por dicho proceso de «romper el hielo», pues su resultado sería altamente beneficioso.

¡Oh, pobres almas que desean hallar al Salvador! ¡Jesús ha

muerto por ustedes; y ahora sus siervos vivimos para ustedes! No podemos ofrecer ningún sacrificio expiatorio por ustedes; no hay necesidad alguna de que lo hagamos; pero aun así, gustosamente nos sacrificaríamos por amor a su alma. ¿No han oído lo que ha dicho nuestro hermano en su oración? Haríamos cualquier cosa, seríamos cualquier cosa, daríamos cualquier cosa, y soportaríamos cualquier cosa con tal de poder llevarles a Cristo. Les aseguro que muchos de nosotros sentimos lo mismo. ¿No se preocuparán ustedes por sus propias almas? ¿Despreciarán ustedes su valor al ver nuestro celo por ellas? Les suplico que sean ustedes más prudentes. Quiera la sabiduría infinita conducirlos a los pies de nuestro amado Salvador. Amén.

## 10: LAS RECOMPENSAS DEL GANADOR DE ALMAS

Cuando me dirigía hacia esta reunión, observé al pasar por delante de la comisaría de policía que en el tablón de anuncios hay colocado un enorme cartel en el que se ofrece una gran RECOMPENSA a quien logre descubrir y entregar a la justicia al culpable de un terrible crimen. No hay duda de que nuestros legisladores saben bien que la esperanza de una buena recompensa es el único aliciente que tendrá fuerza entre los cómplices de los asesinos. El delator es objeto de tanto odio y desprecio que poco podrá inducirlo a informar más que una sustanciosa suma de dinero. Y aun así es un mal negocio.

Cuánto más agradable es recordar que hay un galardón por llevar a los hombres a la misericordia, y que es de un orden muy superior al premio que se ofrece por llevar a los hombres a la justicia. Por otra parte, está mucho más a nuestro alcance, lo cual es un factor práctico que merece tener en cuenta. No todos podemos dedicarnos a perseguir criminales, pero todos podemos acudir en auxilio de los que se pierden eternamente. Gracias a Dios, los asesinos y los ladrones son relativamente pocos, pero los pecadores que necesitan ser hallados y salvados

hormiguan a nuestro alrededor dondequiera que nos encontremos. Todos nosotros tenemos una oportunidad en este sentido; y nadie ha de creer que tiene las puertas cerradas a la recompensa que el amor otorga a todo el que le sirve.

Al mencionar la palabra RECOMPENSA, alguno aguzará los oídos y murmurará: «Legalismo». Sin embargo, la recompensa a que nos referimos no es por deuda, sino por gracia; y no se disfruta de ella con la orgullosa presunción del mérito, sino con el agradecido placer de la humildad. Otros murmurarán: «¿No es acaso una motivación mercenaria e indigna?». Nuestra respuesta es que es tan mercenario como el espíritu de Moisés, quien «tenía puesta la mirada en el galardón».

(1) El privilegio de servir a Dios. En esta cuestión todo depende de la clase de galardón o recompensa que sea; y, si da la casualidad de que es el gozo de hacer el bien, el bienestar de haber glorificado a Dios, y la felicidad de agradar al Señor Jesús, entonces la aspiración a tener el privilegio de salvar a nuestros semejantes de caer en el abismo es en sí misma una bendición de Dios; y, aunque no tuviéramos éxito en ella, el Señor diría a este respecto, como cuando David intentó construir un templo: «Bien has hecho en haber tenido esto en tu corazón». Aunque las almas que buscamos persistan en la incredulidad, aunque todas nos desprecien, nos rechacen y nos ridiculicen, aun así, será una labor divina haberlo intentado al menos. Si la nube no llega a producir lluvia, cuando menos habrá velado el fiero calor del sol; no todo se ha perdido aunque no se logre el propósito principal. ¿Qué decir si solo aprendemos a unirnos al Salvador en sus lágrimas, y a exclamar: «¡Cuántas veces quise juntaros y no quisisteis!»? Es algo sublime que se nos permita colocarnos en el mismo plano que Jesús, y llorar con él. Por lo menos nosotros mismos mejoramos por causa de tal llanto, aunque otros no lleguen a hacerlo.

Sin embargo, gracias a Dios, nuestro trabajo no es en vano en el Señor. Creo que la mayoría de ustedes, los que verdade-

ramente han intentado llevar almas a Cristo con el poder del Espíritu Santo, con la enseñanza de la Escritura, y con la oración, han tenido éxito. También puede que esté hablando a algunos que no hayan triunfado; si es así, les recomendaría que examinaran continuamente su motivo, su estado de ánimo, su trabajo y sus oraciones, y que luego empezaran de nuevo. Tal vez hayan de proceder con más sabiduría, con más fe, con más humildad, y más con el poder del Espíritu Santo. Es necesario que actúen como lo hacen los agricultores después de una mala cosecha: arar de nuevo llenos de esperanza. No deben desanimarse, sino más bien estimularse. Y así nosotros deberíamos estar impacientes por conocer la razón del fracaso, si la hubiera, y también deberíamos estar dispuestos a aprender de todos nuestros compañeros. Comoquiera que sea, es necesario que afirmemos nuestros rostros, si queremos salvar a alguien, con la determinación de que, pase lo que pase, no dejaremos piedra sin mover para conseguir la salvación de quienes nos rodean. ¿Cómo soportaremos abandonar este mundo sin gavillas que llevarnos gozosamente? Considero que la mayoría de los que hoy estamos aquí reunidos para orar hemos tenido más éxito del que esperábamos. Dios no nos ha bendecido por encima de nuestros deseos, pero sí de nuestras esperanzas.

A menudo me he asombrado ante la misericordia de Dios para conmigo. Mis pobres sermones, por los que he llorado al llegar a casa, han conducido a muchísimos seres a la cruz; y, lo que es aún más maravilloso, las palabras que he pronunciado en conversaciones corrientes, simples frases casuales, como suelen llamarlas los hombres, han sido como flechas aladas de Dios, y han atravesado los corazones humanos, conduciéndolos heridos a los pies de Jesús. Frecuentemente, he levantado mis manos asombrado, y he dicho: «¿Cómo puede Dios bendecir a un instrumento tan débil?». Este es el sentimiento de la mayoría de los que se dedican a la santa arte de la pesca de los hombres; y el deseo del éxito proporciona un motivo tan puro

que podría conmover el corazón de un ángel; ciertamente, tan puro como el que impulsó al Salvador, el cual por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio. «¿Teme Job a Dios de balde?», dijo Satanás. Si pudiera haber respondido a la pregunta de forma afirmativa, si hubiera podido probarse que el hombre perfecto y recto no recibe recompensa en su vida santa, Satanás hubiera descubierto fisuras en la justicia de Dios, y habría instado a los hombres a renunciar a un servicio tan poco provechoso. Pero, sin duda alguna, hay una recompensa para los justos, y en las más excelsas ocupaciones de la gracia hay galardones de infinito valor. Cuando nos esforzamos en llevar los hombres a Dios, nos dedicamos a una actividad mucho más provechosa que la del pescador de perlas o la del buscador de diamantes. Ninguna profesión humana puede compararse con la de ganar almas. Sé bien lo que digo cuando les insto a pensar en ella como los hombres piensan en formar parte del consejo de ministros de las naciones, o en ocupar el trono; es una profesión regia, y quienes la desempeñan con éxito son verdaderos reyes.

(2) El beneficio de la obra misma. Aún no ha llegado el tiempo para el premio del servicio divino, y «con paciencia lo aguardamos»; pero recibimos anticipos de nuestra paga, promesas alentadoras de lo que nos está reservado en el Cielo, porque la recompensa radica en parte en la obra misma. Los hombres se dedican a la caza por el simple amor al deporte; ciertamente, nosotros, en un ámbito infinitamente superior, cazamos almas de hombres por el gusto de complacer nuestra bondad. Para algunos de nosotros sería un sufrimiento insoportable contemplar cómo los hombres se hunden en el Infierno y no hacer nada para salvarlos. Para nosotros, dar rienda suelta a las ansias que consumen nuestro interior es una gran recompensa. Nos produce tristeza y dolor quedar excluidos de las actividades santas dedicadas a arrebatarse tizonas del incendio. Vivimos con una profunda compasión de nuestros semejantes, y senti-

## *Las recompensas del ganador de almas*

mos que, en cierto modo, su pecado es nuestro pecado, su peligro es el nuestro.

«Si alguno desviare su sendero, me siento con él en su extravío; y si alguno se hundiere en desvarío, llora mi corazón su desespero».

Es un alivio, pues, poder anunciar el evangelio, para librar-nos del dolor empático que la catástrofe de la destrucción de las almas infunde en nuestros corazones.

*Ganar almas es un servicio que aporta gran beneficio a los que se consagran a él.* El hombre que se ha preocupado por un alma, que ha orado por ella, que ha planeado la forma de acercarla a Cristo, hablándole con voz temblorosa y esforzándose en causar impresión en su corazón, se ha estado educando a sí mismo con todo ese esfuerzo. Cuando se ha sentido desilusionado ha clamado a Dios para que le diera más ardor, ha hecho un nuevo intento, ha buscado la promesa bíblica que se ajustara más al caso del pecador, ha recurrido al aspecto de la naturaleza divina que parecía más apropiado para estimular su fe vacilante, y, en cada uno de estos procesos, ha hallado un beneficio para sí mismo. Cuando al que llora su arrepentimiento le ha contado la antigua historia de la cruz y finalmente ha estrechado la mano de alguien que clamaba: «¡Creo, creo, creo que Jesús murió por mí!»; ciertamente, ya ha recibido recompensa en ese santo ejercicio en el que ha ocupado sus facultades. Ha recordado la perdición de su propio estado; ha comprendido la lucha que sostuvo el Espíritu para traerle a él al arrepentimiento; ha recordado aquel precioso momento cuando miró a Jesús por primera vez; y ello le ha confirmado en su inquebrantable de que Jesús salvará a los hombres.

Cuando vemos que Jesús salva a otros y contemplamos la maravillosa transformación que experimenta el rostro del salvado, nuestra propia fe se fortalece en gran manera. Los escépticos y los modernos pensadores nada saben de convertidos: los que trabajan en la obra de la conversión creen en las conver-

siones; los que contemplan los procesos de regeneración presencian la realización de un milagro, y están seguros de que este es «el dedo de Dios». Entregarnos nosotros mismos para traer a otros a los pies del bendito Redentor es el ejercicio más santo para un alma, es el ennoblecimiento más divino del corazón. Si todo acabara aquí, podrían darle gracias a Dios por haberles llamado a un servicio tan consolador, tan fortalecedor, tan ennoblecedor, y tan confirmador como el de convertir a los demás de sus caminos de pecado.

(3) La gratitud de los convertidos. Hallamos otra recompensa preciosa en *la gratitud y el afecto de los que traemos a Cristo*. Esta es una gran merced; la felicidad de poder gozar de la felicidad de los demás, la bienaventuranza de saber que hemos llevado un alma a Jesús. Comparen la dulzura de esta recompensa con la amargura de lo opuesto. Un hombre de Dios ha traído a muchos a Jesús, y todo ha ido bien en la iglesia; pero con los años, la decadencia o los cambios de costumbres han colocado al hombre bueno en las sombras del desprecio, e incluso los propios hijos espirituales del ministro se han afanado en agravar sus males. El más duro de todos los golpes ha procedido de aquellos que le debían el alma. Roto su corazón ha exclamado: «Todo lo habría soportado si aquellos que llevé al Salvador no se hubieran vuelto contra mí».

Este dolor no me es desconocido. Nunca podré olvidar cierta casa donde el Señor me dio el gran gozo de poder llevar a cuatro señores y varios de sus empleados a los pies de Jesús. Arrebatados de la indiferencia mundana en que vivían antes, los que hasta entonces no habían sabido nada de la gracia de Dios, confesaban gozosamente la fe. Transcurrido un tiempo, desarrollaron ciertas ideas distintas de las nuestras y, a partir de aquel momento, algunos de ellos no tuvieron sino palabras duras para mí y para mi predicación. Había hecho todo lo posible para enseñarles la verdad que conocía y, si ellos habían superado mis conocimientos, hubieran podido al menos haber re-

cordado donde aprendieron los rudimentos de la fe. Hace años de aquello, y es la primera vez que lo refiero desde entonces; pero siento profundamente el dolor de la herida. He mencionado esta aguda punzada únicamente para mostrarles cuán dulce es tener alrededor a aquellos que uno mismo ha llevado al Salvador.

Una madre siente gran gozo por sus hijos, puesto que del parentesco natural se deriva un amor inmenso; pero existe un amor aún más profundo relacionado con el parentesco espiritual, un amor que dura toda la vida, y que continuará en la eternidad, porque aun en el Cielo todo siervo del Señor dirá: «He aquí yo y los hijos que me dio Jehová». En la ciudad del Altísimo, ni se casan ni se dan en matrimonio, pero la paternidad y la hermandad en Cristo sobrevivirán a este siglo. Estos lazos dulces y benditos que la gracia ha formado continuarán para siempre, y la afinidad espiritual, en lugar de disolverse, se desarrollará con el traslado a ese país mejor. Si anhelan poseer un gozo verdadero que realmente satisfaga, sepan que ni el gozo de poseer más riquezas, ni el gozo de crecer en conocimiento, ni el gozo de influir sobre sus semejantes, ni gozo alguno de la clase que sea, puede compararse con el éxtasis de salvar un alma de la muerte y de ayudar a nuestros hermanos perdidos a volver al hogar de nuestro Padre. ¿Hablan de recompensas de diez mil libras? ¿Qué es eso? Nada, nada en absoluto; ese dinero se puede gastar fácilmente; pero el gozo que produce la gratitud de las almas convertidas del error de sus caminos no hay quien lo pueda agotar.

(4) El agrado del Redentor. Sin embargo, *la más rica recompensa radica en agradar a Dios, y en hacer que el Redentor vea el fruto de la aflicción de su alma*. El que Jesús recibiera su recompensa, es digno del Padre eterno, pero es maravilloso que el Padre nos utilice para entregar a Cristo lo adquirido con su tormento. ¡Oh, maravilla de maravillas! ¡Oh alma mía, este es un honor demasiado grande para ti! ¡Una bienaventuranza de-

masiado profunda para ser expresada con palabras! Escuchen, queridos amigos, y respóndanme: ¿qué darían por poder producir una profunda satisfacción en el corazón del Amado? Recuerden la aflicción que le ha costado, y el dolor que le atravesó para poder librarles del pecado y de sus consecuencias; ¿no desean alegrarle? Pues cuando traen a otros a sus pies, son motivo de gozo, y no pequeño por cierto.

¿No les parece maravilloso este versículo: «Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente»? ¿Qué quiere decir esto? ¿Significa que los ángeles tienen gozo? Solemos interpretarlo de esa forma, pero no es esta la intención del texto. Dice: «Hay gozo delante de los ángeles de Dios», es decir, gozo en el corazón de Dios, alrededor de cuyo trono habitan los ángeles. Este es un gozo que place contemplar a los ángeles. ¿Qué quiere decir esto? ¿Es el Dios bendito capaz de mayor gozo que el de su propia dicha infinita? ¡Portentoso lenguaje es este! La felicidad infinita de Dios se pone de manifiesto de una forma más extensa, ya que no puede ser aumentada. ¿Podemos nosotros ser instrumentos de este gozo? ¿Podemos hacer algo que alegre al Dios eterno? Sí, porque se nos dice que el Padre se regocija en gran manera cuando su hijo pródigo que estaba muerto vuelve a la vida, y el que estaba perdido es hallado.

Si pudiera decir esto de la forma debida, haría exclamar a todo cristiano: «Sí, trabajaré para traer almas al Salvador»; y nos instaría a los que ya hemos traído a muchos a Jesús a traer aún más, a tiempo y fuera de tiempo. Es un gran placer hacer un favor a los amigos terrenales, pero hacer algo expresamente para Jesús, algo que sea para él más agradable que todas las cosas del mundo, ¡eso sí que es un gran gozo! Bueno es construir un local donde reunirse, y dedicarlo a la causa de Dios, si su construcción está justificada; pero una piedra viviente edificada sobre el fundamento sólido de la Roca divina con nosotros como edificadores, dará al Maestro más placer que si eri-

*Las recompensas del ganador de almas*

giéramos enormes montones de piedras naturales. Así, pues, mis queridos amigos, salgan a traer a sus hijos, a sus vecinos, a sus amigos y sus parientes, a los pies del Salvador, porque nada le dará mayor gozo que contemplarlos volver arrepentidos a él y vivir eternamente. Por su amor a Jesús, les ruego, hermanos míos, que sean pescadores de hombres.

## 11: LA VIDA Y LA OBRA DEL GANADOR DE ALMAS

*«El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio»*

(Proverbios 11:30).

Considero que hay un mayor gozo en el alma por la contemplación de un grupo de creyentes, que el que se siente al considerarlos únicamente en tanto que seres salvos. Esto no quiere decir que no haya gran gozo en la salvación, gozo como para hacer sonar las arpas angélicas. Piensen en el sufrimiento del Salvador en el rescate de cada uno de sus redimidos; piensen en la obra del Espíritu Santo en cada nuevo corazón; piensen en el amor del Padre que mora en cada uno de los regenerados. Jamás podría, aunque prolongara mi narración durante un mes, describir la abundancia de gozo que ofrece la contemplación de una multitud de creyentes si miramos lo que Dios ha hecho por ellos, lo que les ha prometido, y lo que llevará a cabo en ellos. Sin embargo, existe un campo de contemplación aún más amplio por el cual ha estado deambulando mi mente durante todo el día de hoy; a saber: la observación del poten-

cial de servicio contenido en una agrupación numerosa de creyentes, es decir, las posibilidades de bendecir a otros que radican en el seno de todos los regenerados. No debemos detenernos a pensar en lo que ya somos, hasta el punto de olvidar lo que Dios puede lograr aún por nuestra mediación en beneficio de otros. He aquí las ascuas de fuego, ¿pero quién concebirá el incendio que pueden ocasionar?

Creyentes activos. No deberíamos concebir la Iglesia cristiana como un lujoso hotel en el que los caballeros cristianos pueden alojarse cómodamente en sus estancias, sino como un cuartel en cuyo interior se apiñan los soldados para ser adiestrados y preparados para la guerra. No deberíamos concebir la Iglesia cristiana como una asociación para la admiración y el consuelo mutuos, sino como un ejército que desfila hacia la batalla precedido por sus estandartes, para ganar victorias para Cristo, para tomar por asalto las fortificaciones enemigas y para añadir provincia tras provincia al Reino del Redentor. Podemos concebir las personas convertidas y ya miembros de la Iglesia como otros tantos granos de trigo en el granero; bendito sea Dios porque allí están y porque la cosecha haya recompensado al sembrador. Sin embargo, es mucho más inspiradora la consideración de los creyentes como seres susceptibles de ser hechos individualmente núcleos vivientes para la propagación del Reino de Jesús; porque entonces los vemos como sembradores de los fértiles valles de nuestra tierra, y los que prometen dar frutos por centuplicado dentro de poco.

Multiplicación. La capacidad de la vida es enorme; uno se convierte en mil con maravillosa rapidez. En un corto espacio de tiempo, unos cuantos granos de trigo bastarían para sembrar la superficie total de la tierra; así, unos cuantos santos verdaderos serían suficientes para convertir a todas las naciones. Tomemos tan solo el trigo procedente de una espiga, almacénmoslo, sembrémoslo en su totalidad, volvamos a almacenarlo al año siguiente y sembrarlo todo de nuevo... Y la multipli-

cación excederá a todo cálculo. ¡Oh, si cada cristiano fuera año tras año la semilla del Señor! Aunque todo el trigo del mundo se extinguiera si sólo quedara un único grano, no tardaría mucho en volver a cubrir toda la tierra, sembrando sus campos y sus llanuras; y aun en un tiempo mucho más corto, con el poder del Espíritu Santo, un Pablo o un Pedro podrían evangelizar a todos los pueblos.

Hermanos, considérense a sí mismos granos de trigo predestinados a sembrar el mundo. Sublime es la vida del hombre que vive con tal celo como si creyera que la mismísima existencia del cristianismo dependiera de él, y está decidido a que todos los hombres a su alcance conozcan las riquezas inescrutables de Cristo. Si nosotros, a quienes Cristo se place en utilizar como semillas suyas, fuéramos esparcidos y sembrados como debiéramos, si todos germináramos y produjéramos la verde hoja y el grano en la espiga, ¡qué estupenda cosecha obtendríamos! Nuevamente se cumpliría: «Será echado un puñado de grano en la tierra, en las cumbres de los montes —un mal lugar para la siembra—; su fruto hará ruido como el Líbano, y los de la ciudad florecerán como la hierba de la tierra». Quiera Dios concedernos que sintamos en algún grado el poder vivificante del Espíritu Santo mientras hablamos juntos, no tanto acerca de lo que Dios ha hecho por nosotros como sobre lo que Dios puede hacer mediante nosotros, y la medida en que hemos de preparar nuestro terreno para que él nos utilice.

Hay dos cosas en el texto que encontramos expresadas con mucha claridad en sus dos frases. En primer lugar: *la vida del creyente es, o debería ser, una bendición para las almas*: «El fruto del justo es árbol de vida». En segundo lugar: *el propósito del creyente debe ser la conquista de las almas*: «El que gana almas es sabio». Lo segundo es casi lo mismo que lo primero, sólo que el primer punto expone nuestra influencia inconsciente, y el segundo punto los esfuerzos que hacemos con el propósito manifiesto de ganar almas para Cristo.

Comencemos por el principio, puesto que no es posible llevar a cabo lo segundo prescindiendo de lo primero: sin plenitud de vida en nuestro interior, no puede haber un desbordamiento de vida para los demás. De nada les servirá a ninguno de ustedes intentar ser ganadores de almas si no llevan fruto en sus propias vidas. ¿Cómo podrán servir al Señor con sus labios si no le sirven con sus vidas? ¿Cómo podrán predicar su evangelio con la lengua, cuando están predicando el evangelio del diablo con manos, pies y cabeza, y erigiendo anticristos con su impiedad práctica? Antes que nada, es necesario que tengamos vida y llevemos fruto personal para la gloria divina y, después, de nuestro ejemplo brotará la conversión de otros. Vayamos pues a la fuente, y veamos cómo la vida del creyente es esencial para que pueda ser utilizado en beneficio de otros

#### I. LA VIDA DEL CREYENTE DEBE SER UNA BENDICIÓN PARA LAS ALMAS

(1) Su vida se manifiesta como fruto. Consideraremos este título por medio de varias observaciones que se derivan del texto mismo. En primer lugar, pues, advirtamos que *la vida exterior del creyente brota de él como un fruto*. Esta es una observación importante. «El fruto del justo» —es decir, su vida no es algo adherido a él, sino que procede de él. No se trata de una prenda de vestir que puede colocarse o quitarse a su antojo, sino que es algo intrínseco a su persona. La religión del hombre sincero es el hombre en sí, y no una pantalla tras la que se esconde. La santidad es el producto normal de una naturaleza renovada, y no el crecimiento forzado por el calor inducido del invernadero. ¿No es natural que la parra tenga racimos de uva, que la palmera esté cuajada de dátiles? En efecto, tan natural como que la manzana de Sodoma se encuentre en los árboles de Sodoma, y que ciertas plantas nocivas produzcan bayas venenosas.

Cuando Dios da una naturaleza nueva a su pueblo, la vida

que procede de dicha naturaleza brota espontáneamente de ella. El hombre cuya religión no forma parte de sí mismo descubrirá con el tiempo su completa esterilidad. Quien lleva su piedad como una máscara de carnaval, de forma tal que, cuando llega a su casa, se transforma de santo en salvaje, de ángel en demonio, de Juan en Judas; tal persona, repito, sabe muy bien lo que el formalismo y la hipocresía pueden hacer por él, pero carece de todo vestigio de religión verdadera. La higuera no da ora higos ora espinos, sino que siempre es fiel a su naturaleza.

Quienes creen que la santidad es cuestión de vestimenta, y que guarda estrecha relación con la púrpura, la escarlata, y con el lino fino, son consecuentes si reservan su religión para el tiempo justo de lucir sus pompas sacras; pero quien se ha percatado de lo que es el cristianismo sabe que es una vida antes que un acto, un formalismo o una profesión. Por más que ame el credo de la cristiandad, afirmo que el verdadero cristianismo es más una vida que un credo. Claro que es un credo, y tiene sus ceremonias; pero fundamentalmente es una vida; es una chispa divina de la preciosa llama celestial que cae en el seno humano y arde en el interior, consumiendo gran parte de lo que mora en el fondo del alma. Por último, este fuego, como vida de lo alto, resplandece de forma tal que el lugar que lo rodea es tierra santa, y quienes lo contemplan sienten el poder de su vida santa.

Hemos de preocuparnos, mis queridos hermanos, de que nuestra religión sea cada vez más la consecuencia exterior de la vida de nuestras almas. A muchos les refrena un: «No debes hacer esto, ni eso otro, ni lo de más allá», y les impulsa un: «Debes hacer esto y esto otro». Pero existe una doctrina, frecuentemente tergiversada, que, no obstante, es una verdad bendita que debiera morar en sus corazones: «No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia». No deben, pues, hacer la voluntad de Dios porque esperen ganar el Cielo o sueñen con escapar de la ira di-

vina por sus propios actos, sino porque haya una vida en ustedes que busca todo lo que sea santo, puro, justo y verdadero, y no puede soportar nada que sea malo. No procuran practicar las buenas obras por la esperanza o el temor de la ley, sino porque hay en su interior algo santo, nacido de Dios, que se complace en hacer, en consonancia con su naturaleza, todo cuanto agrade a Dios. Procuren con suma atención que su religión sea real, verdadera, natural, vital, no artificial, por obligación, superficial, ni cuestión de ciertos momentos, días, o lugares, ni que se trate del calor producido por la emoción, un fermento generado por las reuniones y animado por la oratoria.

Todos nosotros necesitamos de una religión que pueda vivir tanto en el desierto como entre las multitudes; una religión que se manifieste en cada situación de la vida, y en cada compañía. Prefiero la santidad hogareña alrededor de la mesa, porque en ningún otro sitio es tan hermoso como allí; la que se observa tanto en la lucha y la contienda de las actividades cotidianas entre escarnecedores y adversarios como entre cristianos. Deseamos la fe que puede desafiar al ojo malévolos del mundo, y caminar sin temor donde todos miran amenazadoramente con el ojo encendido del odio, y no sólo donde existen simpatizantes y amigos dispuestos al juicio benévolo. ¡Quiera Dios que sean llenos con la vida del Espíritu, que su conducta y su conversación sean el producto natural y bendito del Espíritu que more en ustedes!

(2) El fruto manifiesta lo que es. Adviertan, a continuación, que *el fruto que procede de un cristiano es un fruto digno de su naturaleza*: «El fruto del justo es árbol de vida». Cada árbol da su propio fruto y por él lo conocemos. El hombre justo da frutos justos y, no nos engañemos, mis queridos hermanos, ni erremos acerca de esto: «El que hace justicia, es justo», y «cualquiera que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios».

Confío en que estemos dispuestos a morir por la doctrina de

la justificación por la fe, y a afirmar ante todos los adversarios que la salvación no es por obras; pero también hemos de confesar que somos justificados por una fe que produce buenas obras y, si alguien tiene una fe que no las produzca, esta será diabólica. La fe salvadora se apropia de la obra consumada del Señor Jesús y, de esta forma, salva por sí sola, pues somos justificados por fe sin obras; pero la fe sin obras no puede proporcionar la salvación a ningún hombre. Nos salvamos por una fe sin obras, pero no por una fe que no produzca obras, porque la verdadera fe que salva el alma obra por amor y purifica el carácter.

Si son culpables de fraude tras el mostrador, su esperanza de gloria también será fraudulenta; aunque oren con las mejores palabras, y practiquen actos de piedad formal como otros hipócritas, se engañan a sí mismos si se creen salvos. Si como sierros son perezosos, negligentes y holgazanes, o si como amos son duros, tiranos, y anticristianos con los demás, su fruto demuestra que son un árbol del huerto de Satanás y producen manzanas de su gusto. Si practican el engaño en los negocios, si mienten —¡y cuantos mienten cada día acerca de sus vecinos y de sus mercancías!—, pueden decir cuanto quieran acerca de la justificación por la fe, pero todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, y entre los mayores embusteros estarán ustedes, por ser culpables de haber mentido diciendo: «Yo soy cristiano», cuando no lo eran. Una falsa profesión de fe es una de las peores mentiras, porque hace recaer la mayor deshonra sobre Cristo y sobre su pueblo.

El fruto del justo es justicia: la higuera no producirá abrojos, ni recogeremos uvas de los espinos. El árbol se conoce por su fruto y, aunque no podamos juzgar los corazones de los hombres, y no debemos intentar hacerlo, podemos juzgar sus vidas; y ruego a Dios que todos estemos dispuestos a juzgar nuestras propias vidas para ver si damos frutos de justicia, pues de otro modo no seremos hombres justos.

No obstante, no olvidemos jamás que el fruto del justo, aunque procede naturalmente de él, puesto que su naturaleza renacida produce el dulce fruto de la obediencia, *es siempre el resultado de la gracia, y un don de Dios*. Ninguna verdad debiera ser tan recordada como esta: «De mí será hallado tu fruto». No podemos dar fruto alguno a menos que moremos en Cristo. El justo florecerá como una rama, y sólo de esta forma. ¿Y cómo florece una rama? Por su unión con el tronco, y el consiguiente influjo de la savia. Así, pues, aunque las buenas acciones del justo son propias, se producen siempre por la gracia que le es impartida, por lo que nunca ha de atribuirse ningún mérito por ellas, sino que su canto es: «No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre de gloria». Si el justo fracasa, se culpa a sí mismo; si triunfa, glorifica a Dios. Imiten este ejemplo. Cúlpense a sí mismos de todas sus faltas, debilidades e imperfecciones; y, si en cualquier aspecto no alcanzan la perfección —como sin duda les sucederá—, atribúyanlo todo a sí mismos, y no se excusen; pero si, por el contrario, hay alguna virtud, algún deseo verdadero, alguna oración sincera, o algún éxito, atribúyanlo por completo al Espíritu de Dios. Recuerden que el justo no sería tal a menos que Dios le hubiera hecho justo, y el fruto de la justicia jamás brotaría de él si la savia divina no produjera dicho fruto en su interior. Sólo a Dios sea dado todo honor y toda gloria.

(3) El fruto es bendición a otros. La lección principal del pasaje es que esta manifestación de vida del cristiano, y esta consecuencia de la vida en su interior, *este fruto de su alma, se convierte en una bendición para los demás*. Tal como sucede con un árbol, da sombra y sustento a quienes lo rodean. Es un árbol de vida, y esta es una alegoría que no puedo explicar con todo el detalle que desearía, porque en ella se condensa todo un mundo de enseñanza. Lo que para el creyente es fruto se convierte en un árbol para los demás; se trata de una metáfora singular, pero no por ello menos rica. Del hijo de Dios se des-

prende el fruto de vida santa, como la bellota cae de la encina; esta vida santa influye en otros y produce a su vez los mejores resultados en ellos, tal como la bellota se convierte en una encina, y presta su sombra a los pájaros del cielo. La santidad del cristiano, pues, se transforma en un árbol de vida. Imagino que esto quiere decir un árbol viviente, un árbol destinado a dar vida a los demás y a sustentarla en ellos. ¡El fruto se transforma en árbol! ¡Un árbol de vida! ¡Maravilloso resultado es este! Cristo produce en el creyente un carácter que se transforma en árbol de vida. El carácter exterior es el fruto de la vida interior; esta vida exterior crece asimismo hasta pasar de fruto a árbol y, como tal, produce frutos en otros para la alabanza y la gloria de Dios.

Mis queridos hermanos y hermanas, conozco a algunos santos de Dios que viven muy cerca de él, y son manifiestamente árbol de vida, pues su sombra es consoladora, refrescante y reparadora para muchas almas cansadas. He contemplado cómo el joven, el sufrido, y el abatido han acudido a ellos, se han sentado a su sombra, han relatado sus preocupaciones, y han sentido una maravillosa bendición al recibir su comprensión, al oír de la fidelidad de Dios, y al ser guiados por el camino de la sabiduría. Hay algunos hombres buenos en este mundo a los que basta conocer para enriquecerse. Tales personas son bibliotecas de la verdad del evangelio; y son aún mejores que los libros, puesto que la verdad está escrita en ellos en páginas vivientes. Su carácter es un árbol vivo y verdadero; no se trata de un simple poste de madera de doctrina muerta, cuya inscripción se pudre con el tiempo; he aquí algo ordenado que produce frutos, un árbol plantado por la diestra del Señor.

Algunos santos no solo dan consuelo a los demás, sino que también los alimentan espiritualmente. Los cristianos bien preparados son como ayos y nodrizas que fortalecen al débil y vendan las heridas al quebrantado. De esta forma, también las grandes obras valientes y generosas de los cristianos magnáni-

mos son de gran ayuda para sus hermanos en la fe, y contribuyen a elevarlos a un nivel superior. Uno se siente renovado al observar cómo actúan; su paciencia ante el sufrimiento, su valor ante el peligro, su fe santa en Dios, sus rostros felices en las pruebas, todo esto le da a uno fuerzas para sus propias batallas. El bendito ejemplo del creyente actúa de mil formas distintas en el consuelo y la curación de sus hermanos, y los ayuda a elevarse sobre la ansiedad y la incredulidad. Como las hojas del árbol de vida son para la sanidad de las naciones, así también las palabras y las obras de los santos son medicina para miles de enfermedades.

¡Además, qué delicioso fruto, dulce al paladar del piadoso, dan los cristianos instruidos! Nunca podremos confiar en los hombres como lo hacemos en el Señor, pero el Señor puede hacer que los miembros nos bendigan en la medida de la gracia que les es otorgada, tal como su Cabeza siempre está dispuesta a hacer. Jesús es *el* único Árbol de Vida, pero hace que algunos de sus siervos sean para nosotros como diminutos árboles de la vida, a través de los cuales nos da fruto de la misma especie del que crece en él; pues es precisamente él quien lo produce en ellos, haciendo que lleven manzanas doradas que alegren nuestras almas. ¡Quiera Dios que cada uno de nosotros sea hecho como nuestro Señor, y puedan sus frutos ser hallados en nuestras ramas!

Entre los muchos santos que ya duermen y que hemos sepultado, había algunos, de quienes no hablaré ahora de forma específica, cuyas vidas continúan siendo árboles de vida para mí al contemplarlas en retrospectiva. Ruego a Dios que yo sea como ellos. Muchos de ustedes los conocían, y bastará que recuerden sus vidas santas y piadosas para que el influjo que han dejado tras de sí continúe siendo un árbol de vida para ustedes. Estando muertos aún hablan; ¡escuchen sus elocuentes exhortaciones! Su antiguo fuego aún perdura entre sus cenizas; ¡enciendan sus almas con su calor! Sus preciosos ejemplos son la

herencia de la Iglesia; los hijos de la Iglesia de Dios se ennoblecen y enriquecen al recordar sus hazañas de fe y sus obras de amor. ¡Amados míos, quiera Dios que cada uno de nosotros seamos verdaderas bendiciones para la Iglesia, en cuyos huertos hemos sido plantados!

«¡Oh! —se lamentará alguno—, me temo que yo no me parezca en nada a un árbol, porque me siento muy débil e insignificante». Si tienes tan solo un grano de mostaza de fe, posees el principio del árbol bajo cuyas ramas morarán los pájaros del cielo. Los mismos pájaros que se habrían comido la diminuta semilla, vienen y hallan cobijo en el árbol que procede de ella; y quienes les desprecian y se mofan de ustedes, que aún son jóvenes principiantes, uno de estos días, si Dios les bendice, se alegrarán de recibir consuelo de su ejemplo y su experiencia.

(4) La vida es celestial. Consideremos un pensamiento más acerca del presente punto. Recuerden que *la plenitud y el desarrollo de la vida santa habrán de verse en el Cielo*. Hay una ciudad de la que está escrito: «En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de vida». El árbol de vida es una planta celestial y, por tanto, el fruto del cristiano pertenece al Cielo; aunque no ha sido trasplantado a la tierra gloriosa, se prepara para su morada final. ¿Qué es la santidad sino el Cielo en la tierra? ¿Qué es vivir en Dios sino la esencia del Cielo? ¿Qué es la rectitud y la integridad? ¿Qué es ser como Cristo? ¿No tiene todo esto aún más que ver con el Cielo que las arpas, las palmas, y las calles del más fino oro? La santidad, la pureza, la belleza de carácter, todo esto forma un Cielo en el seno del hombre; y, aunque no hubiera ningún lugar llamado Cielo, el corazón libre de pecado y hecho a la imagen de Jesús poseería una felicidad celestial.

Así, pues, queridos hermanos, adviertan la importancia de ser verdaderamente justos delante de Dios; pues, de esta forma, cuanto proceda de dicha justicia será fruto que se transformará en un árbol de vida para otros, y en un árbol de vida arriba

en el Cielo, para siempre. ¡Oh, Santo Espíritu, que así sea, te pedimos, y a ti sea toda la gloria y alabanza!

## II. EL PROPÓSITO DEL CREYENTE DEBE SER LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Esto nos lleva ahora a la segunda parte de nuestro texto: «Y el que gana almas es sabio». Las dos cosas se presentan unidas. Hemos hablado primeramente de la vida, ahora vemos el esfuerzo. Y lo que Dios ha unido, que ningún hombre lo separe.

(1) Las almas necesitan ser ganadas. De nuestro texto se infiere que *hay almas que necesitan ser ganadas*. ¡Oh, cruda realidad! Todas las almas están perdidas. Al pasar por las calles de esta ciudad, pueden decir, entre lágrimas y suspiros, de las ingentes multitudes que pululan apiñadas por las aceras: «¡Están perdidos, perdidos, perdidos!». Donde no hay confianza en Cristo, donde el Espíritu no ha creado un corazón nuevo, donde el alma no ha venido al Padre, allí hay un alma perdida. Pero he aquí la misericordia: estas almas perdidas pueden ser ganadas. No están irremisiblemente perdidas; aún no ha determinado Dios que permanezcan para siempre como están ahora. Aún no ha sido dicho: «El que es inmundo, sea inmundo todavía»; sino que están en la tierra de la esperanza donde pueden alcanzar misericordia, porque se habla de ellos como seres susceptibles de ser ganados. Aún pueden ser libertados, pero la expresión misma apunta a que esto necesitará de todos nuestros esfuerzos: «El que *gana* almas».

¿Qué significa la palabra ganar? La empleamos para referirnos a las *conquistas amorosas*. Hablamos del novio que se gana a la novia; y, para conseguirlo, el pretendiente necesita a veces invertir grandes cantidades de energía amorosa, muchos ruegos y súplicas, antes de que el querido corazón sea plenamente de su propiedad. Recorro a esta explicación porque en algunos aspectos es la mejor, ya que las almas habrán de ser ganadas para Cristo de esta forma, a fin de que puedan despo-

sarse con él. Tenemos que enamorar a los pecadores de Cristo; así es como se han de ganar los corazones para él. Jesús es el Esposo, y nosotros debemos hablar por él y contar sus bellezas, como hizo el criado de Abraham ejerciendo de pretendiente en lugar de Isaac cuando fue a buscarle una esposa. Conocen la historia, ¿verdad? Vuélvana a leer cuando lleguen a casa, y vean cómo aquel criado habló de su amo, de las posesiones que tenía, y de cómo su hijo Isaac iba a ser heredero de todas ellas, y cómo, finalmente, concluyó su cortejo instando a Rebeca a que se fuera con él. La pregunta se le planteó de forma muy directa: «¿Irás tú con este varón?». Así también, la obligación del ministro es hablar de su Señor y de las riquezas del Hijo y, a continuación, decir a las almas: «¿Querrás casarte con Cristo?». Sabio es el hombre que sepa triunfar en tan delicada misión.

Empleamos también el término ganar en un sentido *militar*. Hablamos de ganar una ciudad, un castillo, o una batalla; y, créanme, hermanos, no se ganan victorias durmiendo; los castillos no se toman gracias a hombres somnolientos. Para ganar una batalla se necesita la más consumada habilidad, la mayor paciencia, y el más alto grado de valor. Para tomar fortalezas que se consideran casi inexpugnables, los hombres han de estrujarse los sesos y estudiar bien las artes ofensivas; y, llegada la hora del asalto, ningún soldado habrá de rezagarse, sino que tanto la artillería como la infantería deberán concentrarse en el objeto del asedio.

Tomar el corazón de un hombre por la viva fuerza de la gracia, capturarlo, hacer pedazos los barrotes de bronce y los portones de hierro, requiere una habilidad que solamente Cristo puede dar. Arrastrar los arietes que sacudan toda piedra de dura conciencia del pecador, hacer que su corazón se estremezca y se tambalee en su interior por temor a la ira venidera, en pocas palabras, asaltar un alma con toda la artillería del evangelio, exige ser un hombre sabio y dedicado por entero a la obra.

Enarbolar la blanca bandera de la misericordia, y, si esta fuera despreciada, utilizar los arietes de la amenaza hasta abrir una brecha, tomar la ciudad a continuación blandiendo la espada del Espíritu, arriar y rasgar en pedazos la negra bandera del pecado, e izar el estandarte de la cruz, precisa todas las fuerzas de las que el mejor predicador pueda hacer acopio, y mucho más aún.

Aquellos cuyas almas son tan frías como las regiones árticas, y cuyas fuerzas están a punto de desvanecerse, no sirven para tomar la ciudad de Almahumana para el príncipe Emanuel. Si quieren ganar almas deben poner su alma en la tarea, del mismo modo que un guerrero pone su alma en la batalla, porque de otro modo la victoria no será suya.

Utilizamos la palabra ganar, cuando nos referimos a *hacer una fortuna*, y todos sabemos que el que se hace millonario tiene que levantarse temprano y acostarse tarde, y comer el pan con temor; acumular una inmensa fortuna cuesta mucho trabajo, muchos ahorros, y no sé cuantas cosas más. En la conquista de las almas hemos de proceder con el mismo ardor y la misma concentración de nuestras facultades que esos millonarios que han acumulado fabulosas riquezas.

Se habla también de ganar *una carrera*, y es de todos sabido que en una carrera no se puede ganar si no se ponen en juego todos los músculos y los tendones. «Los que corren en el estadio, todos corren verdaderamente, pero uno solo se lleva el premio»; y el ganador suele ser el más fuerte de todos; lo cierto es que, tuviera o no más fuerza que los demás, puso en juego todo cuanto poseía. Y, a menos que nosotros le imitemos en esto, no lograremos ganar almas.

(2) La sabiduría del que gana almas. Dice Salomón en el proverbio que «el que gana almas es sabio», y estas palabras tienen mucho más valor en la medida en que proceden de tan sabio hombre. Les mostraré por qué es sabio el ganador de almas. En primer lugar, *debe recibir la enseñanza de Dios antes*

*de ponerse manos a la obra.* Quien no sabe lo que es haber sido ciego, y haber recibido la vista, mejor será que advierta su propia ceguera antes de procurar llevar a sus amigos por el camino recto. Si ustedes mismos no son salvos, no pueden ser instrumentos de salvación para otros. Quien gana almas debe ser sabio en primer lugar con respecto a su propia salvación.

Dando esto por sentado, el ganador de almas *es sabio al elegir semejante ocupación.* Jóvenes, ¿han escogido una ocupación digna de ser el fin principal de sus vidas? Confío en la sabiduría de su juicio y en que sepan elegir una noble ambición. Si Dios les ha dado grandes dones, espero que no los malgasten en ningún ocupación vil, mezquina o egoísta. Tal vez me dirija a alguien que posea grandes talentos, y tenga la oportunidad de ser lo que quiera; puede acceder al parlamento e intervenir en la resolución de grandes problemas; o puede dedicarse a los negocios y llegar a ser alguien importante; espero que este hombre sepa considerar los deseos de Jesús y la necesidad de las almas inmortales.

¿Me dedicaré a estudiar? ¿Me entregaré a los negocios? ¿Viajaré? ¿Dedicaré mi vida al placer? ¿Me convertiré en uno de los mejores cazadores o pescadores del país? ¿Emplearé todo mi tiempo en promover reformas políticas y sociales? Sopesa todas estas ambiciones humanas; pero si eres cristiano, querido amigo, nada podrá igualar en gozo, en utilidad, en honor y en recompensa duradera, tu entrega total a la conquista de las almas. ¡Oh, hermanos, esto es caza mayor, y les aseguro que supera en emoción y en intensidad a la caza de fieras salvajes y cualquier otra caza del mundo! ¿Acaso no he perseguido muchas veces entre gritos a algún pobre pecador, campo a través y pisándole los talones en cada uno de sus requiebros, hasta que, por la gracia de Dios, he podido darle alcance, y he presenciado su rendición, gozándome en gran manera al contemplar como lo ha apresado mi Señor? Jesucristo llama a sus ministros pescadores y jamás pescador alguno ha experimentado esfuerzos, penas y gozos semejantes a los nuestros.

¡Qué dicha es que puedan ganar almas para Cristo, y que puedan hacerlo aun permaneciendo en sus vocaciones seculares! Muchos de ustedes nunca lograrían ganar almas desde el púlpito; sería una gran lástima que lo intentaran, pero pueden ganar almas en el taller, en la lavandería, en la oficina, o hasta en su sala de estar. Nuestros cotos de caza están en todas partes: en la calle, en el hogar, en un rincón cualquiera y entre la multitud. Entre las gentes sencillas hablamos de Jesús, y no tenemos otra cosa que ofrecer a los grandes de este mundo. Sabio serás, hermano, si tu mayor deseo es intentar hacer volver al pecador de su camino errado. Tendrás reservada una corona resplandeciente de estrellas que arrojarás a los pies de Jesús en el día de su venida.

Además, no solo es una muestra de sabiduría convertir esta santa labor en el fin principal de sus vidas, sino que *habrán de ser muy sabios para triunfar en ella*, ya que las almas que han de ganar son muy distintas en su constitución, sentimientos y situación, y tendrán que adaptarse a todas ellas. Los tramperos de Norteamérica tienen que averiguar las costumbres de los animales que desean cazar y, de la misma forma, ustedes tendrán que aprender a enfrentarse con todos los casos que se les presenten. Unos estarán muy deprimidos, y habrá que consolarlos. También puede darse el caso de que los consuelen demasiado, lo cual los llevará a la incredulidad; con lo que es probable que, en vez de consolarlos, tengan a veces que emplear con ellos palabras punzantes, para librarlos del engreimiento en que hayan caído.

Otro puede que sea frívolo, pero si ponen gesto serio puede que espanten la presa, de modo que tendrán que ser amables, y únicamente dejar caer sus palabras de amonestación como por casualidad. Algún otro no les dejará hablar, y serán ellos los que les hablen durante todo el tiempo; pero ustedes deben conocer el arte de introducir delicadamente sus advertencias en cada pausa. Verdaderamente, habrán de ser muy sabios, hacer-

se todo a todos, y su éxito demostrará su sabiduría. Las teorías para manejar las almas pueden parecer muy sabias, pero a menudo demuestran ser inútiles al ponerse en práctica. El que lleva a cabo la obra por la gracia de Dios es un hombre sabio, aunque tal vez no sepa nada de las teorías existentes al respecto. Esta obra requiere todo su ingenio; habrán de clamar al gran Ganador de almas de lo alto para que les dé su Santo Espíritu.

Adviertan, además, que quien gana almas es sabio, *porque se dedica a una actividad que hace más sabios a los hombres que la desempeñan*. Al principio obrarán con torpeza, y es muy probable que alejen a los pecadores de Cristo en su intento de acercarlos a él. A veces he intentado despertar algunas almas esforzándome en hacerlo por medio de algún pasaje de la Escritura, pero lo han interpretado en el sentido opuesto a mis pretensiones, y se han alejado por otro camino. Es muy difícil saber cómo actuar en el caso de los que preguntan desorientados. Para que algunos marchen hacia delante, será necesario que los empujen hacia atrás; y, si quieren que vayan hacia la derecha, deberán insistir en que se desvíen hacia la izquierda, con lo que irán directo hacia la derecha sin vacilar. Es necesario que estén preparados para estos caprichos de la pobre naturaleza humana.

Conocí a una anciana creyente que era hija de Dios desde hacía cincuenta años, pero estaba sumida en un estado de melancolía y aflicción del que nadie podía sacarla. Fui varias veces a visitarla y procuré animarla, pero generalmente, cuando me iba, se encontraba peor que antes de mi llegada. Tanto era así que, una de las veces que fui a verla, decidí no hablarle nada de Cristo o de religión. Muy pronto fue ella misma la que introdujo dichos temas, y fue entonces cuando le dije que no era mi deseo hablar de tales cosas santas porque ella no sabía nada acerca de las mismas, puesto que no era creyente en Cristo, y, sin asomo de duda, había sido una hipócrita durante muchos años. No pudo soportar mis palabras, y afirmó en defen-

sa propia que el Señor la conocía mejor que yo, y que era testigo de que ella amaba al Señor Jesús. Después de esto, le costó trabajo perdonarse tal confesión, pero nunca más volvió a hablarme de aquella forma tan desesperada.

Los verdaderos amantes de las almas de los hombres aprenden el arte de manejarlas, y el Espíritu Santo los hace expertos médicos de almas para Jesús. No es que un hombre tenga más habilidad, ni tampoco más gracia, sino que el Señor le hace amar las almas de los hombres intensamente, y esto comunica una ciencia secreta, toda vez que, en su mayor parte, la forma de traer pecadores al Salvador consiste en amarlos para Cristo.

(3) Ganar almas es sabiduría. Una vez más, mis queridos hermanos, les repito que *quien verdaderamente gana almas para Jesús es sabio*, con independencia del método que emplee para hacerlo. Algunos de ustedes son reacios a admitir esto. «Bueno —dirán—, reconozco que Fulano ha sido muy útil, ¡pero es tan áspero!». ¿Y qué importan sus asperezas si gana almas? «¡Ah! —se lamentará otro—, no me parece edificante». ¿Por qué vas a oírle para edificarte? Si el Señor le ha enviado para derribar, deja que derribe, y vete a otra parte en busca de tu edificación; pero no murmures de nadie que esté llevando a cabo una labor, por el hecho de que no desempeñe otra. Somos también muy dados a comparar un ministro a otro; y así, solemos decir: «Deberías oír a *mi* ministro». Sí, tal vez debiéramos escucharlo, pero más nos valdría que oyéramos al hombre que nos enriquece, y permitir a los demás que vayan allá donde puedan ser instruidos a su vez. «El que gana almas es sabio». No les pregunto cómo lo hizo; es posible que cantara el evangelio y que a ustedes no les gustara; pero, si ganó almas, fue sabio. Los ganadores de almas disponen de sus propios recursos; y, con tal de que ganen almas, son sabios. Les diré lo que no es sabio, y que no será considerado así el día del Juicio, esto es: ir por todas las iglesias sin hacer nada útil y hablando mal de todos los siervos útiles del Señor.

Contemplemos a un amado hermano en su lecho de muerte, cuya mente conserva el dulce pensamiento de que el Señor le capacitó para llevar muchas almas a Jesús, y la esperanza de que cuando se acerque a las puertas, muchos espíritus se acercarán a recibirlo: almas que se aglomerarán a la entrada de la Nueva Jerusalén, y darán la bienvenida al hombre que los llevó a Jesús. Estos serán monumentos inmortales a los esfuerzos de un sabio.

Veamos ahora a otro que ha pasado su vida ocupado en la interpretación de las profecías, de forma tal que todo cuanto leía en los periódicos podía verlo escrito en Daniel o en el Apocalipsis. Es un sabio, según dicen, pero yo preferiría haber dedicado mi vida a ganar almas. Elegiría antes llevar un alma a Cristo que desentrañar todos los misterios de la Palabra divina, puesto que la salvación es aquello para lo que hemos de vivir. Pediría a Dios que me diera a conocer todos los misterios, pero, por encima de todo, proclamaría el misterio de la salvación de las almas por la fe en la sangre del Cordero. Para un ministro, haber sido durante toda su vida un fiel defensor de la ortodoxia y haberse dedicado a conservar las paredes de su iglesia es algo relativamente secundario; la conquista de las almas es lo que ha de ser su principal preocupación. Es algo maravilloso contender por la fe que una vez fuera entregada a los santos; pero no creo que me gustara decir en mi última rendición de cuentas: «Señor, he vivido para combatir el romanismo y la iglesia del estado, y para sofocar las diversas sectas erróneas, pero no he llevado ni un solo pecador a la cruz». Está bien que peleemos la buena batalla de la fe, pero la tarea más importante es ganar las almas, y quien sirve a este fin es sabio.

Habrán otros hermanos que prediquen la verdad, pero que pulan de tal forma sus sermones que el evangelio quede escondido. Para estos, un sermón no estará nunca suficientemente preparado para ser predicado, a menos que haya sido reescrito una docena de veces y que cada frase esté de acuerdo con los

cánones de Cicerón y Quintiliano, con lo que luego en la predicación el evangelio queda presentado como un gran discurso. ¿Es esto sabiduría? Es verdad que quien quiera ser un consumado orador ha de ser un hombre sabio; pero es mejor no ser un orador si las frases sonoras impiden la comprensión. Echemos la elocuencia a los perros antes que perder almas. Lo que necesitamos es ganarlas, y estas no se ganan con discursos floridos. Hemos de desear vivamente la conquista de las almas, y hemos de poseer un celo ardiente por su salvación; y, de esta forma, a pesar de nuestros muchos desatinos, según los críticos, seremos contados entre aquellos que el Señor llama sabios.

Ahora bien, cristianos y cristianas, deseo que apliquen todo esto de forma práctica, y que tomen la determinación de que intentarán ganar un alma esta misma noche. Hagan la prueba con el que tienen a su lado en el asiento, si no se les ocurre ningún otro. Procuren hacerlo en el trayecto de vuelta a casa; prueben con sus propios hijos. ¿No les he contado lo que me sucedió un domingo por la tarde? Yo había dicho en mi sermón: «Madres, ¿han orado alguna vez con cada uno de sus hijos, individualmente, instándoles a acudir confiadamente a Cristo? Quizás Juanita ya está acostada, y ustedes no han hablado nunca con ella de las cosas eternas. Vayan esta noche a sus hogares, despiértenla y digan: ‘Juanita, siento mucho que hasta ahora no te haya hablado nunca de una forma personal del Salvador, y que nunca haya orado contigo, pues es esto lo que ahora quiero hacer’. Sí, despiértenla y tómenla en sus brazos, y eleven el corazón a Dios juntamente con ella».

Pues bien, había entre mi auditorio una buena hermana que tenía una hija llamada Juanita. ¿Qué creen que pasó? El lunes siguiente, vino a verme a mi cuarto, trayendo a su hijita, ya que, la noche anterior cuando la despertó y empezó a decirle: «Hasta ahora no te he hablado de Cristo», o algo parecido, Juanita respondió: «¡Oh, mamá! Hace seis meses que amo al Salvador, y me preguntaba cómo era posible que no me hubie-

ras hablado de él»; y a estas palabras les siguió una lluvia de besos y un gran gozo. Tal vez descubran que este es el caso de alguno de sus hijos; y, si no es así, razón de más para que empiecen a hablarle inmediatamente. ¿Nunca han ganado un alma para Jesús? Poseerán una corona en el Cielo, pero no habrá en ella gema alguna. Irán al Cielo sin hijos; y ya saben lo que sucedía antiguamente, cómo las mujeres temían quedar estériles. Que así sea con todos los cristianos, que tengan temor de permanecer espiritualmente estériles.

Nos *urge* oír el clamor de aquellos que Dios ha previsto que nazcan en él por nuestra mediación. Es *urgente* oírlos o, si no, clamar llenos de angustia: «¡Señor, dame conversiones, o si no, me muero!». Jóvenes y viejos, y hermanas de todas las edades, si aman al Señor, apasionense por las almas. ¿No pueden verlos? Se hunden en el Infierno por millares; cada vez que la manecilla del reloj completa una vuelta, el Infierno devora a multitudes, algunos de ellos ignorantes de Cristo, y otros habiéndolo rechazado a sabiendas. El mundo yace en tinieblas: esta gran ciudad aún suspira por la luz; sus propios amigos y parientes necesitan ser salvados, y pueden morir antes de que termine esta semana. ¡Oh, si tienen alguna humanidad, por no hablar ya de ser cristianos, si han encontrado el remedio, díganlo a los enfermos! Si han encontrado vida, proclámenlo a los muertos; si han experimentado la libertad, hablen de ella a los cautivos; si han hallado a Cristo, hablen de él a los demás.

Hermanos que estudian en el colegio, que esta sea su ocupación predominante mientras se instruyen, que este sea el objetivo de sus vidas cuando se alejen de nosotros. No se contenten con poseer una congregación, sino esfuércense en ganar almas; y Dios les bendecirá si así lo hacen. Con respecto a nosotros, tenemos la esperanza de seguir durante el resto de nuestras vidas a aquel que es *el* ganador de almas, y ponernos en las manos de quien nos hace ganadores de almas, para que nues-

*La vida y la obra del ganador de almas*

tra vida no sea una continua necesidad, sino que los resultados demuestren que la ha guiado la sabiduría.

¡Oh, ustedes, almas que no han sido ganadas para Jesús, recuerden que la fe en Cristo les salva! Confíen en él. ¡Quiera Dios que sean persuadidos a confiar en él, por amor de su nombre! Amén.

## 12: EL SIGNIFICADO DE GANAR ALMAS

*«El que gana almas es sabio»*

(Proverbios 11:30).

¿Quién es el sabio? El texto no nos dice: «El que gana dinero es sabio», aunque sin duda el que lo hace así lo crea y, tal vez, en un sentido poco digno en estos competitivos tiempos, sea así; pero tal sabiduría es de la tierra, y perecerá con la tierra. Hay otro mundo donde su moneda no será aceptada, ni el haberla poseído será signo de riqueza o sabiduría. En el versículo que comentamos, Salomón no otorga ninguna corona de sabiduría a los astutos estadistas, como tampoco a los gobernantes más hábiles; no concede ningún diploma, ni a filósofos, ni a poetas ni a hombres de talento; sino que corona de laurel únicamente a aquellos que ganan almas.

Tampoco nos dice que quien predica sea siempre sabio; y, por desgracia, hay muchísimos que predicán, y ganan muchos aplausos y distinción, pero que no ganan almas. A estos les irá mal al final de los tiempos, porque con toda probabilidad habrán corrido sin que el Maestro los haya enviado. Salomón

tampoco nos dice que quien hable de ganar almas sea sabio, ya que es muy sencillo establecer normas para los demás, pero es mucho más difícil seguirlas uno mismo. Quien de verdad hace volver a los pecadores del error de sus caminos para buscar a Dios, librándolos así de caer en el Infierno, es hombre sabio; y lo es con independencia de cuál sea su forma de ganar las almas.

Puede tratarse de un Pablo, metódicamente lógico y doctrinalmente profundo, capaz de enfrentarse a los más ingeniosos argumentos; y, si de esta forma gana almas, será sabio. Puede tratarse de un Apolos, brillante en su retórica, cuyo genio majestuoso se eleve hasta las cumbres de la elocuencia; y, si así gana almas, será sabio, y no por otra razón. O puede que sea un Cefas, rudo y áspero que emplea metáforas toscas y una declamación severa; si gana almas, no será menos sabio que su educado hermano, o su dialéctico amigo, pero solo bajo esa condición. De acuerdo con el texto, la gran sabiduría de los ganadores de almas solo se demuestra por su capacidad para ganarlas en la práctica. Son responsables ante su Señor, y no ante nosotros, por su manera de obrar.

No nos dediquemos a comparar y contrastar este y aquel ministro. ¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? La sabiduría queda justificada por sus hijos. Solo los niños discuten acerca de los métodos tangenciales: los hombres fijan la vista en los resultados sublimes. ¿Ganan almas estos obreros de clases diferentes y métodos diversos? Si es así, son sabios; y ustedes que los critican, siendo a su vez infructuosos, no pueden ser sabios, aunque pretendan ser sus jueces. Dios proclama que los ganadores de almas son sabios; discútalos quien se atreva. Este diploma del Colegio del Cielo será sin duda lo que los acredite, con independencia de lo que digan de ellos sus semejantes.

El ganador de almas. «El que gana almas es sabio», y esto puede verse claramente. Habrá de ser un hombre sabio en todos los aspectos de la vida aquel que por medio de la gracia lle-

ve a cabo tan divino prodigio. Los grandes ganadores de almas nunca han sido necios. El hombre al que Dios dota para ganar almas podría probablemente llevar a cabo muchos otros trabajos exitosamente. Tomemos, por ejemplo, a Martín Lutero. ¡Aquel hombre no solamente fue apto para llevar a cabo una reforma, sino que habría podido gobernar una nación o mandar un ejército! Consideren a Whitefield, y recuerden que la demolidora elocuencia que conmovió a toda Inglaterra no provino de un juicio débil, o de un intelecto pobre. Aquel hombre era un maestro de la oratoria y, si se hubiera dedicado al comercio, habría obtenido un puesto destacado entre los empresarios; o, de haber sido político, habría llevado la voz cantante entre la admiración de los miembros del parlamento.

El que gana almas es normalmente un hombre que podría haber hecho cualquier otra cosa si Dios le hubiera llamado para ello. Sé bien que el Señor utiliza los medios que le placen, pero siempre utiliza medios adaptados para tal fin; y, si me dicen que David abatió a Goliat con la honda, mi respuesta es que aquella era la mejor arma del mundo para alcanzar a tan gigantesco guerrero, y la más apropiada para que la utilizara David, quien estaba acostumbrado a manejarla desde su niñez. Siempre existe una adaptación en los instrumentos que Dios emplea para lograr el fin previsto; y, aunque la gloria no sea para ellos, ni el poder resida en ellos, sino que todo ha de ser atribuido a Dios, existe no obstante una aptitud y un estado de preparación que Dios considera necesarios, aunque nosotros no nos percatemos de ello. Es completamente seguro que los ganadores de almas no son en modo alguno necios ni estúpidos, sino los que Dios ha hecho sabios para él, aunque los jactanciosos sabihondos los llamen necios.

Tiene un objetivo sabio. «El que gana almas es sabio» porque ha elegido un objetivo sabio. Creo que fue Miguel Ángel quien una vez hizo varias esculturas de hielo maravillosas. Todas desaparecieron; el material tallado fácilmente con la hela-

da se derritió con la misma facilidad una vez llegado el calor. Mucho más sabio fue cuando esculpió en el duradero mármol, creando obras que perdurarían a través de los siglos. Sin embargo, aun el mármol se desgasta, picado y roído por la dentadura del tiempo; y sabio es el que utiliza como materia prima almas inmortales, cuya existencia sobrevivirá a las estrellas. Si Dios nos bendice para poder ganar almas, nuestra obra perdurará cuando la madera, el heno y la hojarasca de las artes y las ciencias de la tierra hayan vuelto al polvo del cual proceden. El ganador de almas, bendecido por Dios, poseerá monumentos conmemorativos de su obra conservados toda la eternidad en las galerías de las mansiones celestes.

Sí, ha elegido ocupación sabia, ¿pues qué puede ser más sabio que glorificar a Dios? ¿Y qué puede haber más sabio después de eso que bendecir a nuestros semejantes en el sentido más elevado, al arrebatarse sus almas de las fauces de la gran sima, para elevarlas al Cielo lleno de gloria; que librar a un ser inmortal de la esclavitud de Satanás, para conducirlo a la libertad de Cristo? Qué puede superar a esto? Les digo que semejante designio debiera ser buscado por toda mente sensata, ya que hasta los ángeles deben envidiarnos a nosotros, pobres criaturas, porque se nos permite convertir en el fin principal de nuestras vidas ganar almas para Cristo. La sabiduría misma aprueba la excelencia del propósito.

Para llevar a cabo semejante obra, es necesario que el hombre sea sabio, puesto que para ganar una sola alma se requiere infinita sabiduría, porque el plan eterno de salvación fue dictado por un juicio infalible, y en cada una de sus líneas se manifiesta la ciencia infinita. Cristo, el gran ganador de almas es «la sabiduría de Dios», además de ser «el poder de Dios». En la nueva creación podemos contemplar tanta sabiduría como en la antigua. En la salvación de un pecador podemos ver la mano de Dios igual que la vemos en la creación de un universo a partir de la nada; y así, nosotros, que hemos de ser obreros uni-

dos a Dios, y de actuar codo a codo con él en la gran obra de la salvación de las almas, debemos ser también sabios. Esta obra llenó el corazón del Salvador e impulsó la mente del eterno Jehová antes de la fundación del mundo. No, esto no es un juego de niños, ni una cosa que se pueda llevar a cabo en un estado de somnolencia; no es algo que podamos intentar sin gran reflexión, ni que se pueda efectuar sin el amparo de la gracia del Dios omnisciente, nuestro Salvador. Esta es una ocupación de gran sabiduría.

Es una obra que produce gozo. Observen con atención, mis queridos hermanos, que quien triunfe en la salvación de las almas demostrará haber sido hombre sabio a juicio de quienes ven tanto el final como el principio. Aunque fuera un completo egoísta, y no me preocupara de nada más que de mi propia felicidad, escogería, si Dios me lo permitiera, ser ganador de almas, porque jamás conocí felicidad tan perfecta, tan sobrea-bundante, tan inenarrable, y una dicha tan pura y tan ennoblecedora como cuando supe por primera vez de alguien que había buscado y encontrado al Salvador por mi mediación. Recuerdo la gozosa emoción que recorrió todo mi ser. Jamás joven madre alguna se regocijó tanto por su primogénito, ni hubo jamás guerrero que se alegrara tanto por la reñida victoria. ¡Oh, qué gozo saber que un pecador que antes estuviera en enemistad con Dios, ha sido reconciliado con él por el Espíritu Santo, a través de las palabras pronunciadas por nuestros débiles labios! Desde entonces, por la gracia que me ha sido otorgada —y este pensamiento me postra lleno de humillación—, no solamente he visto a cientos, sino miles de pecadores que se han vuelto del error de su camino por el testimonio que he dado de Dios. Aunque vengan aflicciones, aunque las pruebas se nos multipliquen como Dios lo permita, este gozo prevalecerá sobre cualquier otro: el gozo de ser para Dios grato olor en Cristo en todo lugar, el gozo de ver que siempre que predicamos la Palabra los corazones se abran, los pechos se llenen de

## *El significado de ganar almas*

una vida nueva, los ojos lloren por el pecado, y las lágrimas de los pecadores se sequen al contemplar al que tomó sobre sí su pecado para darles vida.

De forma indiscutible, el privilegio de ganar almas es un gozo inconmensurable que, gracias a Dios, no acaba con la vida mortal. Será una felicidad indecible, al remontar el vuelo hacia el trono eterno, que encontremos en pos de la misma gloria a aquellos cuyas voces dirán: «Entraremos contigo por las puertas de perlas; tú fuiste, hermano, quien nos llevaste al Salvador»; y que seamos recibidos en los cielos por quienes nos llaman padre en Dios, padre con lazos más estrechos que los de la tierra, padre por la gracia y para la inmortalidad. No tendrá punto de comparación la felicidad de encontrarse en las moradas eternas con los que engendramos en Cristo Jesús, por quienes estuvimos de parto hasta que Cristo fue formado en ellos como esperanza de gloria. Es poseer muchos cielos; un Cielo por cada uno ganado para Cristo, según la promesa del Señor: «Los que enseñan la justicia a la multitud, resplandecerán como las estrellas a perpetua eternidad».

Confío, mis queridos hermanos, en haber dicho lo suficiente como para hacerles desear llegar a ser ganadores de almas; pero, antes de meditar más en el texto de hoy, quisiera recordarles que este honor no corresponde únicamente a los ministros; cierto es que ellos participan de él en toda su plenitud, pero en realidad corresponde a cada uno de ustedes, los que se han entregado a Cristo, pues es un honor que pertenece a todos los santos. Cada hombre, cada mujer y cada niño aquí presentes cuyo corazón es recto delante de Dios, puede ser ganador de almas. Nadie ha sido colocado por la providencia de Dios en un lugar donde no pueda hacer algún bien. No hay luciérnaga bajo un arbusto, cuya luz no sea necesaria; y no hay obrero ni sufrida matrona, ni sirvienta, ni limpiachimeneas, ni barrendero, que no tengan oportunidad de servir a Dios. Y todo cuanto he dicho acerca de los ganadores de almas, no in-

cumbe únicamente al erudito doctor en teología, o al elocuente predicador, sino a todos ustedes los que están en Cristo Jesús. Cada uno de ustedes, si la gracia lo capacita para ello, puede ser sabio, y lograr la felicidad de llevar a las almas a Cristo por el Espíritu Santo.

Creo conveniente considerar el texto que nos ocupa de la siguiente forma: «El que gana almas es sabio». Destacaré esta verdad de modo que quede algo más clara, *explicando en primer lugar la metáfora empleada en el texto «ganar almas»*; y a continuación, *enseñándoles algunos medios de ganar almas*, a través de las cuales, confío en que en la mente de cada creyente quedará grabada la idea de que esta obra necesita de la mayor sabiduría. En primer lugar, pues, consideraremos:

### I. LA METÁFORA: GANAR ALMAS

(1) Superchería. Utilizamos la palabra ganar en muchos sentidos. A veces la encontramos en muy malas compañías: en los juegos de azar, juegos de naipes, fullería y timos, de donde los estafadores son dados a sacar pingües ganancias. Es triste decir que, precisamente en el mundo religioso, encontramos bastante de estas prestidigitaciones y supercherías. ¡Aún existen los que pretenden salvar a las almas por medio de curiosas estratagemas, intrincadas maniobras y acciones misteriosas! Una vasija con agua, unas cuantas gotas, ciertas sílabas esotéricas y... «¡abracadabra!», ¡el niño se convierte en hijo de Dios, miembro del cuerpo de Cristo, y heredero del Reino de los cielos! Esta regeneración acuosa escapa a mi comprensión; se trata de un truco que no puedo entender: sólo el iniciado puede obrar semejante hechizo, pues supera a cuanto hubiera podido concebir el Mago del Norte.

Existe también una forma de ganar almas colocando las manos sobre la cabeza, solo que los codos de dichas manos deben estar cubiertos de linón santo, con lo que la maquinaria se pone en movimiento, ¡y se confiere gracia por medio de los dedos

benditos! Debo confesar que no sé nada de ciencias ocultas, pero no debo sorprenderme por esto, puesto que solo ciertos privilegiados, que han recibido la sucesión apostólica directamente de Judas Iscariote, pueden practicar tal profesión. Esta ceremonia religiosa, que según pretenden los hombres confiere gracia, es un vergonzoso juego de manos. Todo ello es una abominación. ¡Pensar que en el siglo actual haya todavía hombres que prediquen la salvación por los sacramentos, y hasta la salvación por ellos mismos!

¡Señores, ya no es tiempo para que nos vengan con semejantes tonterías! Confiemos en que las maquinaciones sacerdotales hayan quedado obsoletas, y la teoría sacramental anticuada. Estas cosas podrían servir para quienes no supieran leer, y en los tiempos en que los libros escaseaban; sin embargo, desde el día glorioso en que Lutero, con la ayuda de Dios, proclamó con voz de trueno la verdad libertadora: «Por gracia sois salvados por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios», ha habido demasiada luz para estas lechuzas papistas. Que vuelvan a sus torres cubiertas de hiedra; que se quejen a la luna de quienes antaño los despojaron de su reino de tinieblas. No confíen en ningún hombre que profese ser sacerdote. Los sacerdotes son embusteros por oficio, y embaucadores por profesión. Que las cabezas tonsuradas vayan directas al manicomio, y los solideos escarlata junto con la ramera de escarlata, pero que ninguno de nosotros ceda un ápice en este sentido. El movimiento de Oxford actual no es más que un papismo bastardo, demasiado, vil, demasiado vacilante y demasiado ambiguo para engañar a quienes tengan un pensamiento honrado. Si hemos de ganar almas, no será por medio de las artes de los jesuitas y los curillas. No podemos salvar a las almas con esa teatralidad, y no deseamos hacerlo así tampoco, porque sabemos que, por medio de engaños de esta clase, Satanás tendrá las de ganar, y al final se reirá de los sacerdotes cuando vuelva esos trucos contra ellos.

(2) Guerra. ¿Cómo, pues, podemos ganar almas? Recordemos que la palabra «ganar» tiene un significado mejor. La empleamos *en la guerra*. Sabido es que los guerreros ganan ciudades y provincias. Ahora bien, ganar un alma es mucho más difícil que ganar una ciudad. Contemplan al celoso ganador de almas en plena actividad: cuán cautelosamente busca las indicaciones de su gran Capitán para saber cuándo enarbolar la bandera blanca para invitar al corazón a rendirse al dulce amor de un Salvador doliente; cuándo es la ocasión adecuada para izar la bandera negra de la amenaza, mostrando con ello que, si no se recibe la gracia, seguirá el juicio con toda certeza; y cuándo desplegar con gran disgusto la bandera roja de los terrores de Dios contra las almas impenitentes y obstinadas.

El ganador de almas tiene que sentarse ante un alma como un gran estratega ante una plaza amurallada, para trazar líneas de circunvalación, para establecer el atrincheramiento y emplazar las baterías. No debe avanzar demasiado de prisa, pues corre el riesgo de atacar prematuramente; no debe moverse con demasiada lentitud, no vaya a parecer que carece de celo ardiente por la victoria, lo cual pueda ocasionar un perjuicio. Además, debe saber cuál es la entrada que tiene que atacar; cómo emplazar sus cañones frente a la Puerta oído, y como dispararlos; cómo, algunas veces, disparar las baterías noche y día, a fin de ver si logra crear una fisura en las murallas; y, en otras ocasiones, declarar un alto el fuego y luego, de pronto, disparar con toda la violencia de su artillería, y tomar así al alma por sorpresa, o bien arrojarle una verdad cuando menos se lo espera, para que estalle en su interior como una bomba y destruya los dominios del pecado.

El soldado cristiano debe saber cómo avanzar poco a poco; ora zapando ese prejuicio, ora minando aquella vieja enemistad, ya haciendo saltar en pedazos esos deseos viles, ya, finalmente, tomando por asalto la ciudadela. Es misión suya arrojar la escala de sitio para trepar hasta las almenas humanas,

saltar sobre el hombre, matar su incredulidad en el nombre de Dios, tomar la ciudad, enarbolar la bandera ensangrentada de la cruz de Cristo, y decir: «El corazón está ganado, ganado al fin para Cristo». Todo esto requiere un guerrero bien entrenado, verdadero maestro en su oficio. La obra y la dificultad de la misma consisten en tomar el reducto de la depravación, después de muchos días de asedio, tras largas semanas de espera y, finalmente, muchas horas de asalto de oración, y cañoneo de súplica. Ningún necio puede llevar a cabo toda esta labor. La gracia de Dios capacita al hombre, dándole sabiduría para capturar la ciudad Almahumana, para tomar cautiva su cautividad, y abrir de par en par las puertas del corazón para que entre por ellas el príncipe Emmanuel. Esto es ganar un alma.

(3) Lucha.» Los antiguos empleaban habitualmente la palabra «ganar» para designar el acto de *triunfar en los combates de lucha grecorromana*. Cuando un griego deseaba ganar la corona de laurel o de hiedra se veía obligado, mucho tiempo antes del encuentro, a someterse a un período de entrenamiento; y, cuando aparecía dispuesto para el combate, apenas llevaba a cabo los primeros esfuerzos ya podía verse cómo cada músculo y cada nervio estaban perfectamente desarrollados. Sabía que tenía que vérselas con un duro contrincante, por lo que no escatimaba fuerzas. A medida que la lucha avanzaba, podía advertirse cómo los ojos del hombre observaban cada movimiento y cada treta de su antagonista, y cómo manos, pies y todo el cuerpo se empleaban de lleno en la lucha. Temía la caída y procuraba ocasionársela a su enemigo.

Ahora bien, un verdadero ganador de almas a menudo tiene que vérselas muy de cerca con el diablo que hay dentro de los hombres. Tiene que luchar contra sus prejuicios, su amor al pecado, su incredulidad, su orgullo y, además, luchar cuerpo a cuerpo con su desesperación. En un momento tiene que batallar contra su fariseísmo, y en otro contra su incredulidad. Para impedir que el ganador de almas salga triunfante del en-

cuentro, se utilizan diez mil tretas distintas; pero, si Dios lo ha enviado, no aflojará jamás el asimiento del alma que desea hasta haber echado abajo al poder del pecado, y haber ganado esa alma para Cristo.

(4) Cortejo. Existe además otro significado de la palabra «ganar», sobre el cual no me extenderé mucho ahora. Como ya saben, empleamos dicho término en un sentido más dulce que los que hemos mencionado hasta aquí, *cuando tratamos de corazones*. Existen métodos misteriosos y secretos, sabios en su adaptación al fin previsto, por medio de los cuales quienes aman, logran ganar el objeto de su amor. No sé decirles cómo el enamorado se gana a su amada, pero la experiencia se lo habrá enseñado probablemente. El arma de esta lucha no es siempre la misma, pero cuando se logra la victoria, el acierto de los medios empleados es manifiesto para todos. A veces, el arma del amor es una mirada, el susurro de una palabra dulce oída con avidez, otras veces es una lágrima... Lo que sé es que la mayoría de nosotros hemos rodeado el corazón de alguien con una cadena que esa persona no deseó romper, y cuyos eslabones nos han unido a los dos en una cautividad bendita que ha alegrado nuestra vida.

Así es, y esto se aproxima mucho a la forma en que tenemos que salvar a las almas. Este ejemplo es más acertado que cualquiera de los anteriores. El amor es el verdadero medio para salvar a las almas; mis palabras acerca del asalto a murallas y la lucha libre, no han sido sino metáforas, pero este medio se corresponde con la realidad. Conquistamos por amor. Ganamos corazones para Jesús por amor, por empatía con sus penas, por nuestra angustia de que se pierdan, por nuestros ruegos a Dios por ellos con todo nuestro corazón para que no se les deje morir sin salvación, por nuestras súplicas a ellos en nombre de Dios para que, por amor a sí mismos, imploren misericordia para hallar la gracia. Sí, verdaderamente existe el cortejo espiritual y la conquista de los corazones para Jesús; y, si desean

aprender estas artes del amor, deben pedir a Dios que les dé un corazón delicado y un alma sensible.

Estimo que gran parte del secreto de ganar almas radica en poseer una sensibilidad compasiva y un espíritu que se conmueva con la desdicha de la flaqueza humana. Cincelen a un predicador en piedra de granito y, aunque le den la lengua de un ángel, no convertirá a nadie. Colóquenlo en el púlpito más elegante, hagan que su dicción sea intachable, y la materia de su predicación profundamente ortodoxa; pero mientras lleve en su interior un corazón pétreo jamás podrá ganar un alma. La salvación de las almas requiere un corazón que palpите fuertemente en el pecho; necesita de un alma rebosante del néctar de la bondad humana; es esta la condición indispensable para el éxito. Esta es la principal característica natural que ha de poseer un ganador de almas, característica que, en las manos de Dios y bendecida por él, hará maravillas.

(5) Caza. No he considerado el texto hebreo del versículo que comentamos, pero he advertido —y los que tienen referencias marginales en sus Biblias podrán verlo también— que el original dice: «El que *prende* (toma) almas es sabio», palabra que también se refiere a la pesca, o a la caza. Todos los domingos, cuando salgo de casa para venir al culto, no puedo dejar de ver a personas con jaulas y pájaros cautivos, que se dedican a la caza de las pobres avecillas por el parque y por los campos. Estos conocen bien el método de atraer a sus víctimas y hacerlas caer en la trampa. Los ganadores de almas deberían aprender mucho de ellos. Hemos de tener nuestros señuelos para almas, ideados para atraerlas, para fascinarlas, y para apoderarnos de ellas. Debemos salir con nuestra liga, nuestros señuelos, nuestras redes, y nuestros cebos, de forma que podamos estar preparados para cazar las almas de los hombres. Su enemigo es un cazador de aves dotado de la más despreciable y asombrosa astucia; nosotros debemos ser más listos que él con el ardid de la honradez, y la maña de la gracia. Sin embargo,

este arte ha de aprenderse solamente por enseñanza divina, y de aquí que hayamos de ser sabios y estar dispuestos a aprender.

El que cobra piezas del seno de los mares, debe poseer también cierta destreza. Creo que es Washington Irving quien nos cuenta la historia de tres hombres que habían leído todo lo referente a las delicias de la pesca. Todos ellos expresaron su deseo de probar dicho entretenimiento, y juntos se dedicaron a tan noble arte. Fueron a la ciudad y allí compraron las mejores cañas y los mejores sedales que podían adquirirse, y averiguaron con toda exactitud cuál de las moscas artificiales correspondía a cada día o a cada mes, de forma que el pez picara inmediatamente, para llegar así a parar al fondo de la cesta en menos de lo que canta un gallo. Una vez provistos de todo cuanto era necesario, se fueron a pescar, y pescaron incesantemente durante todo el santo día; pero la cesta permaneció vacía. Comenzaban a aburrirse de un deporte que no tenía precisamente nada de deporte, cuando un muchacho harapiento y descalzo se acercó sin la menor preocupación y les hizo sufrir la mayor humillación de sus vidas. Tenía una rama de un árbol con un trozo de cuerda, y amarrado en la punta un alfiler doblado; puso en él un gusano, arrojó el cebo al agua y al momento lo volvió a sacar con un pez coleando de su extremo, como una aguja atraída por un imán. Otra lanzada y sacó otro pez, continuando así hasta que su cesta estuvo casi llena. Bociabiertos nuestros tres hombres le preguntaron al muchacho cómo se las arreglaba, y este respondió: «¡Ah!, eso no se lo puedo decir, pero es bastante fácil una vez que uno se acostumbra a ello».

Muy parecida es la pesca de los hombres. Algunos predicadores que poseen sedales de gran calidad y lujosas cañas predicán con elocuencia y donaire, pero nunca consiguen ganar almas. Sin embargo, no sé cómo ni de qué forma, pero aparece alguien con un lenguaje sencillo, y un corazón ardiente, e inmediatamente los hombres se convierten a Dios. Ciertamente,

debe existir una afinidad entre el ministro y las almas que este desea ganar. Dios da a quienes hace ganadores de almas un amor innato hacia su obra, y los adapta espiritualmente para la misma. Existe afinidad entre los que han de ser bendecidos y quienes han de ser medios de su bendición; y es en gran parte por medio de esta afinidad, en las manos de Dios, como se salvan las almas. Pero está claro como la luz del día que, para ser pescador de hombres, es necesario ser sabio. «El que gana almas es sabio».

Y ahora, hermanos y hermanas, a ustedes que están dedicados a la obra del Señor semana tras semana, y cuyo deseo es ganar almas para Cristo, voy, en segundo lugar, ofrecerles una aplicación práctica hablándoles de:

## II. MEDIOS PARA GANAR ALMAS

(1) Esperar conversiones. Cuando el predicador crea en la realidad de su obra, *cuando crea en la conversión instantánea*, tendrá las mayores posibilidades de ganar almas. ¿Cómo podrá esperar que Dios haga lo que no cree que Dios vaya a hacer? El que mayores éxitos cosecha es el que espera conversiones cada vez que predique. Conforme a su fe le será hecho. Contentarse sin que nadie se convierta es el camino más seguro para no conseguir nunca conversiones: proceder con la mirada puesta en el único objetivo de la salvación de las almas es el método más seguro para lograr el éxito. Si suspiramos y lloramos hasta que los hombres se salven, lo harán.

(2) Hablar de Cristo. Es más factible que logre su objetivo quien *se mantenga más apegado a la verdad salvadora de almas*. No todas las verdades se prestan a la salvación de los hombres, aunque todas edifiquen. Quien se limite a predicar únicamente la historia de la cruz, diciendo a los hombres una y otra vez que el que cree en Cristo no es condenado, que para ser salvado no se requiere sino una simple confianza en el Redentor crucificado; aquel cuyo ministerio esté formado en su mayor parte por la glo-

riosa historia de la cruz, el sufrimiento del Cordero inmolado, la misericordia de Dios y la complacencia del Padre en recibir a los hijos pródigos; aquel que, finalmente, clame día tras día: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», ese es el indicado para ser ganador de almas, en especial si añade a esto muchas oraciones, muchos deseos vehementes de que sean llevadas a Jesús, y además procure, tanto en su vida privada como en su ministerio público, hablar a los demás del amor del bendito Salvador de los hombres.

(3) Traer a otros. Sin embargo, no estoy hablando a ministros, sino a quienes se sientan en los bancos y, por tanto, permitan que me dirija más directamente a ustedes. Hermanos y hermanas, ustedes poseen diversos dones; y espero que los sepan utilizar. Tal vez alguno de los presentes, aunque miembro de la iglesia, no crea poseer ninguno; pero todo creyente tiene su don particular, y su pequeña parte en la obra. ¿Qué pueden hacer para ganar almas? Permítanme que recomiende a quienes dicen que no pueden hacer nada que *traigan a otros a oír la Palabra*. Esta es una obligación muy frecuentemente descuidada. Tal vez no pueda pedirles que traigan aquí a nadie a este salón ya lleno, pero muchos de ustedes frecuentan otros locales que quizá estén a medio llenar. ¡Llénenlos! No se quejen porque la congregación sea pequeña, sino háganla ustedes mayor. Lleven a alguien al próximo sermón, y verán que pronto aumenta la congregación. Continúen elevando su oración para que los sermones de su ministro sean bendecidos y, si ustedes no pueden predicar, al traer a otros a que oigan la Palabra, harán algo de igual valor. Es esta una observación muy sencilla pero permítame insistir en ella, porque es de gran valor práctico.

Muchas iglesias y templos que están casi vacíos no tardarían en tener numerosos oyentes si quienes se benefician de la Palabra hablaran a los demás de las bendiciones que ellos han recibido, y los indujeran a asistir al mismo ministerio. Especialmente en esta ciudad nuestra, donde hay tantos que no quieren

ir a la casa de Dios, persuadan a sus vecinos para que vayan al lugar de culto; cuiden de ellos, háganles comprender que es un error permanecer en casa los domingos desde la mañana hasta la noche. No digo que los amonesten, pues con ello no conseguirían nada bueno. Quiero decir que los induzcan, que los persuadan. Si es preciso, permanezcan ustedes de pie en el pasillo y cedan sus asientos. Sométanlos a la influencia de la Palabra, ¿y quién sabe cuál puede ser el resultado? ¡Oh, qué bendición más grande para ustedes sería oír que lo que no pudieron hacer por sí mismos, porque apenas podían hablar de Cristo, fue llevado a cabo por su pastor, por el poder del Espíritu Santo, a través de su iniciativa de inducir a alguien a someterse a la influencia del evangelio!

(4) *Conversar.* Además de esto, el ganador de almas debe *procurar hablar a los extraños después del sermón.* El predicador puede haber errado el tiro, pero ustedes pueden dar en el blanco; o tal vez el predicador haya dado en el clavo, y ustedes puedan remacharlo con unas palabras oportunas. Recuerdo a varios hermanos que se unieron a la iglesia, y que atribuían su conversión a ciertas reuniones especiales, pero añadían que no había sido esto solo, sino que había intervenido otro factor. Acababan de venir del campo a la ciudad, y cierto hombre —a quien conocía bien y creo que ahora se encuentra en el Cielo—, se tropezó con ellos a la salida del culto y les dijo que esperaba que les hubiera gustado lo que habían oído, y después de haber escuchado su respuesta les preguntó si volverían por la tarde, añadiendo que se alegraría mucho si se pasaran por su casa para tomar un té. Fueron, y nuestro buen hermano intercambió con ellos unas palabras acerca del Señor. Lo mismo ocurrió al domingo siguiente hasta que, finalmente, quienes no habían quedado muy impresionados por los sermones, comenzaron a oír de otra forma y, poco a poco, a través de las palabras de aquel buen anciano, y la maravillosa obra de gracia del Señor, aquellos hombres se convirtieron a Dios.

Hay aquí un extenso coto de caza, en toda gran congregación, para los que verdaderamente quieren hacer bien. ¡Cuántos entran en este templo mañana y tarde sin esperanza de recibir a Cristo! ¡Oh!, si todos ustedes que aman al Señor me ayudaran hablando a quienes se sientan en su banco, ¡cuánto podríamos hacer juntos! No permitan que nadie diga: «He estado viniendo a la iglesia durante tres meses, y nadie me ha dirigido la palabra»; sino que imbuidos de la hermosa familiaridad que debiera existir siempre en la casa de Dios, procuren en lo posible grabar en sus amigos la verdad que yo solamente puedo dejar en sus oídos, y la cual Dios puede ayudarles a introducir en su corazón.

(5) Importunar. Permítanme, una vez más, mis queridos amigos, que les recomiende *el arte de importunar a conocidos y parientes*. Si no puedes predicar a cien, predica a uno. Quédate a solas con el hombre, conversa con amor, con dulzura y con el corazón rebosante de sincera oración, háblale. «¡Uno!», me dirás. ¿No te parece bastante? Conozco bien tus ambiciones, joven; deseas predicar aquí, a estos miles de personas; contentate y comienza con uno. Tu Maestro no se avergonzó de sentarse en el pozo y predicar a una; y, cuando hubo concluido el sermón, había beneficiado en realidad a toda la ciudad de Sincar, ya que aquella mujer se convirtió en misionera para sus amigos.

La timidez nos impide a veces de ser útiles en este sentido, pero no debemos ceder ante ella; no debe tolerarse que Cristo permanezca desconocido por causa de nuestro silencio, que los pecadores anden desprevenidos debido nuestra negligencia. Debemos prepararnos y acostumbrarnos a tener un trato personal con los inconversos. No debemos excusarnos, sino que debemos imponernos la pesada tarea hasta que nos resulte fácil. Esta es una de las formas más honrosas de ganar almas; y, si requiere un valor y un celo por encima de lo normal, razón de más para que nos decidamos a conocerla a fondo. Amados, de-

## *El significado de ganar almas*

bemos ganar almas; no podemos vivir contemplando cómo los hombres se condenan; debemos traerlos a Jesús. ¡Oh!, pónganse manos a la obra, y no dejen que nadie a su alrededor muera sin haber sido amonestado, por simple descuido. Un folleto es algo muy útil, pero mejor es una palabra viva; con ella cooperarán los ojos, la cara y la voz. No sean tan cobardes como para entregar un trozo de papel allá donde sus palabras harían una mejor labor. Les encomiendo, hermanos, que se ocupen de este particular, por amor de Jesús.

(6) Escribir cartas. *Algunos de ustedes podrían escribir cartas en el nombre de su Señor y Salvador.* Unas líneas llenas de amor pueden ser una de las influencias más beneficiosas para el amigo lejano. Sean como los hombres de Isacar, que manejaban la pluma. Jamás se ha dado mejor uso a la tinta y al papel que el de emplearlos en salvar las almas; mucho se ha conseguido por este método. ¿No podrían ustedes hacerlo? ¿Lo intentarán?

(7) Vivir vidas santas. Muchos entre ustedes, si no pueden ni predicar ni escribir el mensaje, al menos *podrían vivirlo.* Hermosa forma de predicar es esta de hacerlo con las manos; es decir, predicando con su vida, su conducta y su conversación allá donde vayan. Esa esposa amante que llora en secreto por un marido infiel, pero que se muestra siempre tan dulce con él. Ese niño cuyo corazón está destrozado por las blasfemias de su padre, pero que es mucho más obediente de lo que solía ser antes de su conversión. Ese criado a quien su señor maldice, pero a quien puede confiar su bolsa abierta con el dinero sin contar. Ese comerciante, cuya religiosidad es objeto de burla, pero que es honrado a carta cabal, y al que nadie jamás podría tentar al fraude ni por todo el oro del mundo. Sí, estos son los hombres y las mujeres que predicán los mejores sermones; aquí tienen sus predicadores prácticos.

Denme sus vidas santas y con semejante palanca desplazaremos un mundo de pecado. Con la ayuda de Dios, hallaremos labios, si nos es dado hallarlos, pero lo que más necesitamos

son las vidas de nuestros creyentes para demostrar lo que quieren decir nuestros labios. El evangelio es muchas veces como una revista ilustrada: las palabras del predicador son la letra impresa, y las fotografías son los hombres y las mujeres que forman nuestras iglesias; así, tal como hay quienes, al tomar en las manos dichas revistas, a menudo no leen el texto sino que se dedican a mirar únicamente las fotografías, también en una iglesia, los de afuera a veces no vienen a oír al predicador, pero siempre observan, analizan y critican las vidas de sus miembros. Si desean ser ganadores de almas, mis queridos hermanos y hermanas, procuren vivir el evangelio. No poseo mayor gozo que este: que mis hijos anden en la verdad.

(8) Orar mucho. Una cosa más: *el ganador de almas debe dominar el arte de orar*. No pueden llevar almas a Dios si ustedes mismos no acuden a Dios. Deben sacar su hacha de guerra, y todas sus armas para la lucha, del arsenal de la sagrada comunión con Cristo. Si permanecen mucho tiempo a solas con Jesús, se apropiarán de su Espíritu; se inflamarán con la llama que ardió en su corazón, y consumió su vida. Llorarán con las lágrimas que fueron derramadas sobre Jerusalén, cuando el Señor la veía perecer; y, si no pueden hablar tan elocuentemente como él lo hizo, siempre habrá en todo cuanto digan algo de aquel mismo poder con que él conmovía los corazones y despertaba las conciencias de los hombres.

Mis queridos oyentes, especialmente los miembros de esta iglesia, estoy siempre muy preocupado, no vaya a ser que alguno de ustedes se eche a descansar, y empiece a acomodarse en los asuntos del Reino de Dios. Hay algunos de ustedes —a quienes bendigo, y bendigo a Dios al recordarles— que están llenos de celo por la salvación de las almas, a tiempo y fuera de tiempo; son ustedes los verdaderos sabios. Sin embargo, me temo que hay otros cuyas manos permanecen inactivas, quienes se sienten satisfechos con dejarme predicar. Estos no solo no predicar, sino que todo cuanto hacen es sentarse en estos ban-

cos, confiando en que todo vaya bien. ¡Oh, quiera Dios que pueda verles demostrar su fervor! ¿Qué no haríamos en esta gran congregación de casi cinco mil miembros si todos estuviéramos llenos de vida y de celo santo? Sin embargo, no olviden que, sin un espíritu entusiasta, esta multitud puede convertirse en una simple turba, una muchedumbre torpe, susceptible de engendrar toda clase de males, y de la que no provendrá bien alguno. Si fueran teas para Cristo, podrían hacer arder en llamas a toda la nación. Si todos fueran fuentes de agua viva, ¡cuántas almas sedientas beberían y apagarían su sed!

(9) Ser salvo. Para terminar, hermanos míos, voy a hacerles una pregunta: *¿están ganadas sus propias almas?* De no ser así, no pueden salvar a ninguna otra. ¿Son salvos ustedes mismos? Mis queridos oyentes, todos ustedes, los que están ahí bajo esa galería, y los que están aquí delante, ¿son ustedes salvos? ¿Qué sucedería si esta noche hubieran de responder a esta pregunta a alguien más grande que yo? ¿Qué pasaría si el óseo dedo del último inquisidor se levantara en lugar del mío? ¿Y si su invencible elocuencia petrificara esos huesos, velara esos ojos, e hiciera que la sangre se les helara en las venas? ¿Confiarían en sus últimos instantes en su salvación? ¿Cuándo serán salvos sino ahora? ¿Habrá oportunidad mejor que ahora?

El camino de la salvación consiste sencillamente en confiar en lo que el Hijo del hombre hizo cuando estuvo entre nosotros, al sufrir el castigo de todos los que creen en él. Cristo fue el Sustituto por todo su pueblo. Su pueblo son aquellos que confían en él. Si ustedes confían en él, sepan que él murió por sus pecados; y no podrán ser castigados por ellos, porque Dios no puede castigar el pecado dos veces, cobrándolo primero de Cristo y luego de ustedes. Si confían en Jesús, el cual está a la diestra de Dios, están perdonados en este momento, y serán salvados eternamente. ¡Oh, quiera Dios que confíen ahora en él! Tal vez sea para ustedes ahora o ya nunca. Que sea ahora mismo, para que así, confiados en Jesús, mis queridos amigos, no

## EL GANADOR DE ALMAS

tengan duda cuando se les pregunte: «¿Eres salvo?», y respondan: «Sí, soy salvo, porque está escrito: el que cree en él no es condenado». Así, pues, confía en él, confía en él ahora; ¡y que Dios te ayude después a ser un ganador de almas, con lo cual serás sabio, y Dios será glorificado!

## 13: LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS: NUESTRO ÚNICO PROPÓSITO

*«A todos me he hecho de todo, para que de todos modos  
salve a algunos»*

(1 Corintios 9:22).

**D**edicación. Es algo maravilloso contemplar a un hombre totalmente lleno de una sola pasión fundamental. Tales hombres son siempre fuertes y, si el gran principio que consume sus vidas es noble, también lo serán ellos con toda seguridad. El hombre de una sola mira es verdaderamente un hombre. Las vidas con muchos propósitos son semejantes al agua que fluye por innumerables cursos, ninguno de los cuales tiene suficiente amplitud ni profundidad para hacer flotar el botecito más pequeño. Por el contrario, una vida con un solo fin es como un río caudaloso que fluye entre sus márgenes, conduciendo así al océano multitud de barcos, y dando fertilidad a sus riberas.

Denme un hombre que no solo tenga un gran propósito en

el corazón, sino que esté lleno de él, con todas sus facultades concentradas en lograrlo, y con todo su ser ardiendo con celo vehemente por su supremo ideal; denme ese hombre, y tendré ante mí una de las más grandes fuentes de energía que puede producir el mundo. Denme un hombre cuyo corazón esté infundido de amor santo, y cuya mente esté dominada por una gran idea celestial, y tal hombre será conocido dondequiera que le toque en suerte vivir, y me atrevo a profetizar que su nombre será recordado mucho después de que el sitio de su sepulcro haya sido olvidado.

Ejemplo apostólico. Así era Pablo. No pretendo elevarlo en un pedestal, para su contemplación y admiración, ni mucho menos es mi intención que se inclinen ante él y lo adoren como a un santo. He mencionado a Pablo porque cada uno de nosotros deberíamos ser lo que él era; y, aunque por no ser apóstoles no tengamos parte en su ministerio, aunque no podamos compartir sus talentos o su inspiración, a pesar de todo, debiéramos estar llenos del mismo espíritu que lo animaba a él, y permítaseme añadir que debiéramos estar llenos de él en el mismo grado. ¿Tienen algo que objetar contra esto? Les pregunto: ¿qué había en Pablo, por la gracia de Dios, que no pueda haber en ustedes? ¿Y qué hizo Jesús por Pablo que no haya hecho por ustedes? Él fue divinamente transformado; también lo han sido ustedes si han pasado de las tinieblas a la luz admirable. Él fue perdonado mucho; también ustedes han sido perdonados plenamente. Él fue redimido por la sangre del Hijo de Dios; también ustedes lo han sido o, al menos, eso es lo que profesan. Él fue lleno del Espíritu de Dios; y lo son ustedes igualmente si su vida se corresponde con su profesión cristiana.

Debiendo, pues, su salvación a Cristo, siendo deudores de la preciosa sangre de Jesús, y habiendo sido vivificados por el Espíritu Santo, les pregunto: ¿por qué no habría de provenir el mismo fruto de la misma siembra? ¿Por qué no ha de proceder el mismo efecto de la misma causa? No me digan que el após-

tol era una excepción, y que no puede ser tomado como regla o modelo para personas más corrientes, porque les digo que hemos de ser como era Pablo si deseamos ir donde él está. El apóstol no creía que hubiera llegado ya a la cima, ni que fuera ya perfecto. ¿Le tendremos en semejante consideración? ¿Tendremos tal opinión de él que lo consideremos inimitable y, por tanto, nos contentemos con ser menos de lo que él fue? En modo alguno, sino que, como creyentes en Cristo, sea nuestra constante oración que seamos imitadores de él, como él lo fue de Cristo, y en lo que él no logró seguir las pisadas de su Señor, lleguemos nosotros aun a aventajarle, y ser más celosos, y aún más devotos de Cristo de lo que fue el apóstol de los gentiles. ¡Ojalá que el Espíritu Santo nos hiciera semejantes a nuestro Señor Jesús mismo!

En esta ocasión, les hablaré del *gran propósito que inspiraba la vida de Pablo*. Él mismo nos dice cuál era dicho fin: «Salvar a algunos»; escudriñaremos, pues, el corazón de Pablo para ver *algunas de las grandes razones que le llevaron a atribuir semejante importancia al hecho de que al menos algunos fueran salvos*; luego, y en tercer lugar, señalaremos *algunos de los medios que el apóstol empleaba para tal fin*. Todo esto lo trataremos, mis queridos oyentes, con la mira puesta en que ustedes procuren «ganar a algunos»; que lo procuren impulsados por poderosas razones, a las que no puedan resistirse; y que lo procuren, finalmente, empleando en su esfuerzo métodos sabios, de los que conduzcan al éxito.

Primeramente, pues, mis queridos hermanos, hablaremos de:

## I. EL GRAN PROPÓSITO QUE INSPIRABA A PABLO EN SU MINISTERIO

Nos dice que era *salvar a algunos*. En estos momentos hay aquí presentes ministros de Cristo, misioneros urbanos, responsables de estudios bíblicos, maestros de escuela dominical y otros

obreros de la viña de mi Señor, a cada uno de los cuales me tomo la libertad de dirigir la siguiente pregunta: ¿es la salvación de las almas el propósito de su servicio cristiano? ¿Es este el fin al que aspiran sobre todas las cosas? Me temo que algunos hayan olvidado este gran objetivo; sin embargo, mis queridos amigos, todo lo que esté por debajo de esto es indigno de ser el gran fin de una vida cristiana.

(1) No es diversión. Temo que hay algunos que predicán con motivo de *divertir* a los hombres; y, con tal de que las personas acudan en masa, y sus oídos sean halagados, y puedan retirarse contentos con cuanto han escuchado, el orador se siente feliz, cruza los brazos y, satisfecho de sí mismo considera cumplida su labor. Sin embargo, Pablo no se esforzaba en agradar a las personas, ni en atraer a las masas; consideraba inútil interesar a sus oyentes si no lograba salvarlos. A menos que la verdad penetrara en sus corazones, y afectara sus vidas haciendo de ellos hombres nuevos, Pablo hubiera vuelto a casa exclamando: «¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?».

(2) No es educación. En la actualidad parece ser opinión de muchos que el objeto de los esfuerzos de los cristianos debería ser *educar* a los hombres. Reconozco que la educación es en sí misma algo de sumo valor; tanto es así, que estoy convencido de que toda la iglesia cristiana se alegra de que por fin tengamos un sistema nacional de educación el cual, si se pone en práctica minuciosamente, hará que todos los niños de esta tierra posean en su mano la llave del conocimiento. Aunque haya quienes pueden atribuir valor a la ignorancia, nosotros somos promotores del saber y, cuanto más pueda extenderse, tanto más nos sentiremos complacidos.

Pero si la Iglesia de Dios cree que ha sido enviada al mundo solamente para educar las facultades mentales, se equivoca rotundamente, puesto que el objeto del cristianismo no es preparar a los hombres para sus vocaciones seculares, como tam-

co instruirlos en las artes más delicadas, o las profesiones más selectas, ni capacitarlos para gozar de las bellezas de la naturaleza o de los encantos de la poesía. Jesucristo no vino al mundo para ninguna de estas cosas, sino que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido; y con esta misma misión envió a su Iglesia. La Iglesia, pues, traicionará al Señor que la envió si se deja seducir por la sofisticación intelectual y las artes, y olvida que predicar a Cristo y a su crucifixión es el único objetivo de su existencia entre los hijos de los hombres.

La ocupación de la Iglesia es la salvación. El ministro ha de emplear todos los medios para salvar a algunos; y no será ministro de Cristo si este no es el único deseo de su corazón. Los misioneros quedan lejos de su propósito cuando se conforman con civilizar; su fin principal es salvar. Lo mismo ocurre con los maestros de escuela dominical y con todos los que tienen relación con los niños; si solamente se dedican a enseñarles a leer, a cantar himnos, y cosas por el estilo, no han comenzado aún la labor de su verdadera vocación. Es necesario salvar a los niños. Debemos hacer hincapié en este punto y el martillo habrá de dar insistentemente en este clavo, para que de todos modos salvemos a algunos, porque nada habremos conseguido a menos que haya salvos.

(3) No es moralización. Pablo ni siquiera dice que intentaba *moralizar*. El mejor promotor de la moralidad es el evangelio. Cuando un hombre es salvo, su vida moral se eleva, se vuelve más santo. Pero poner nuestras miras primeramente en la moralidad es errar el blanco del todo; y aunque lo consiguiéramos —lo que es imposible—, con todo no habríamos logrado aquello para lo que se nos envió al mundo. La experiencia del Dr. Chalmers es muy valiosa para aquellos que creen que el ministerio cristiano debiera consistir únicamente en predicar la moralidad. Nos dice que en su primer pastorado predicó la moralidad, y que no vio que de sus exhortaciones emanara bien alguno. Sin embargo, tan pronto como comenzó a predicar a

Cristo crucificado, hubo un murmullo y una conmoción en toda la congregación, y luego mucha oposición, pero al fin prevaleció la gracia. Quien quiera los aromas, ha de cultivar las flores; el que desea ver la moralidad, ha de conseguir primero la salvación de los hombres. El que quiera que haya movimiento en un cadáver, deberá procurar antes que tenga vida; y el que pretende contemplar una vida íntegra, debería buscar en primer lugar una renovación interior por el Espíritu Santo.

No debemos darnos por satisfechos cuando hayamos enseñado a los hombres sus deberes para con sus semejantes, y aun sus deberes para con Dios; esto hubiera sido suficiente para Moisés, pero no lo es para Cristo. La ley se entregó por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. No solamente enseñamos a los hombres lo que debieran ser, sino que vamos mucho más lejos; por el poder del evangelio, que el Espíritu Santo aplica, hacemos a los hombres lo que debieran ser por el poder del Espíritu de Dios. No colocamos ante el ciego las cosas que debiera ver, sino que abrimos sus ojos en el nombre de Jesús. No hablamos al cautivo de la libertad que debería poseer, sino que le abrimos las puertas de la prisión, y rompemos los grilletes que le sujetan. No nos conformamos con decir a los hombres lo que deben ser, sino que les mostramos cómo pueden conseguir esa naturaleza, y cómo Jesucristo regala gratuitamente a cuantos acuden a poner su confianza en él todo lo que es esencial para la vida eterna.

Fíjense bien ahora, hermanos, si yo o ustedes, o alguno de nosotros, o todos nosotros juntos, hemos dedicado nuestra vida únicamente a divertir a los hombres, o a educarlos, o a moralizarlos, cuando hayamos de rendir cuentas en el día del Juicio, nos hallaremos en una situación muy triste, y nuestras cuentas serán muy lamentables; ¿porque de qué podrá servirle a un hombre ser educado en el momento de su condenación? ¿Qué utilidad podrá reportarle el haber sido divertido, si al tocarse la trompeta y estremecerse los cielos y la tierra el abismo

abre sus ardientes fauces y se traga el alma que nunca fue salvada? ¿Qué podrá aprovecharle a un hombre haber sido moralizado si permanece a la izquierda del Juez, y le oye decir al fin: «Apártate de mí, maldito»? Las manos de los que profesan ser cristianos estarán bañadas en sangre por el asesinato de las almas de los hombres, a menos que el rumbo, el fin y propósito de toda su obra haya sido «salvar a algunos».

¡Oh! Les suplico mis queridos amigos, en especial a los que trabajan en las escuelas dominicales, y toda obra juvenil, no crean que hayan hecho nada hasta que las almas de los niños sean salvas. Dejen bien sentado que este es el principio y el fin de su ocupación, pongan en este objetivo todas sus energías, en el nombre de Cristo, por el poder del Espíritu Santo, para que de todos modos salven a algunos, y los traigan a Cristo para que puedan ser librados de la ira venidera.

(4) Es regeneración. ¿Cuál era la intención de Pablo al decir que deseaba salvar a algunos? ¿Qué significa ser salvo? Pablo quería decir con esto nada menos *que alguno naciera de nuevo*; porque ningún hombre es salvo a menos que sea hecho nueva criatura en Cristo Jesús. La vieja naturaleza no puede ser salvada; está muerta y corrompida; lo mejor que puede hacerse con ella es crucificarla y enterrarla en el sepulcro juntamente con Cristo. Es necesario que haya una nueva criatura implantada en nosotros por el poder del Espíritu Santo; de otro modo, no podemos ser salvos. Tenemos que ser una nueva creación, como si jamás hubiéramos nacido; hemos de salir de las manos del Dios eterno por segunda vez, tan nuevos como si nos hubiera moldeado al instante por la sabiduría divina como sucedió con Adán en el paraíso. Las palabras del gran Maestro son: «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va: así es todo aquel que es nacido del Espíritu». «El que no naciere de nuevo (de lo alto), no puede ver el Reino de Dios». Es esto mismo lo que Pablo quería decir; que los hombres deben ser nuevas criaturas en Cristo

Jesús, que no debemos descansar hasta ver que se haya obrado este cambio en ellos. Este ha de ser el objetivo de nuestra enseñanza, y de nuestras oraciones y, ciertamente, el propósito de nuestras vidas, para que «algunos» sean regenerados.

(5) Es perdón. El apóstol quería decir también que *algunos pudieran ser limpiados de sus pasadas iniquidades por los méritos del sacrificio expiatorio del Hijo de Dios*. Ningún hombre puede ser salvo de sus pecados excepto por medio de este sacrificio. Bajo la ley judía estaba escrito: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para hacerlas». Esta maldición no ha sido nunca abolida, y la única forma de poder escapar de ella es la siguiente: Jesús fue hecho maldición por nosotros, como está escrito: «Maldito todo el que es colgado en un madero». Ahora bien, el que cree en Jesús, el que pone sus manos sobre la cabeza de Jesús de Nazaret, la víctima propiciatoria de su pueblo, ya no tiene su pecado. Su fe es prueba segura de que sus iniquidades fueron ya colocadas sobre la cabeza del gran Sustituto. El Señor Jesucristo fue castigado en nuestro lugar, y nosotros ya no estamos expuestos a la ira de Dios. He aquí el sacrificio expiatorio por el pecado queda inmolado y ofrecido en el altar; Dios lo ha aceptado, y ha quedado tan complacido que ha declarado que todo aquel que crea en Jesús está plena y eternamente perdonado.

Anhelamos que los hombres sean perdonados de esta manera. Ansiamos devolver al hijo pródigo a la morada del Padre, a la oveja descarriada a los hombros del buen Pastor, la dracma perdida a las manos de su Dueño; y, hasta que esto no se haya llevado a cabo, no habremos hecho nada, quiero decir, hermanos, nada espiritual, nada que sea eterno, nada digno del supremo esfuerzo de la vida de un cristiano, nada que pueda ser considerado merecedor de que un espíritu inmortal agote en ello toda su energía. ¡Oh, Señor, nuestra alma suspira por ver a Jesús recompensado por la salvación de los comprados por su sangre! Ayúdanos con tu gracia eficaz a conducir las almas a él.

## *La salvación de las almas: nuestro único propósito*

(6) Es santificación. Además, cuando el apóstol deseaba poder salvar a algunos, quería decir que, siendo regenerados y perdonados, *fuera también purificados y santificados*, porque un hombre no es salvo mientras viva en pecado. Con independencia de lo que diga el hombre, no podrá ser salvado del pecado mientras sea su esclavo. ¿Cómo puede un borracho haber sido salvado de la embriaguez si continúa entregado al desenfreno como antes? ¿Cómo pueden decir que el blasfemo ha sido salvado de la blasfemia si sigue profiriendo palabras soeces? El gran objetivo de la obra del cristiano debiera ser que algunos sean salvados de sus pecados, purificados, emblanquecidos, y hechos ejemplos de integridad, castidad, honradez y justicia, como fruto del Espíritu de Dios; y, si este no es el caso, habremos gastado en vano nuestras energías.

Ahora bien, declaro ante todos ustedes que en esta casa de oración no he buscado otra cosa sino la conversión de las almas, y pongo al Cielo y a la tierra por testigos, y también a la conciencia de ustedes, de que nunca he trabajado por nada que no fuera traerles a Cristo, para poder presentarles al final a Dios «aceptos en el Amado». No he buscado satisfacer los apetitos depravados introduciendo novedades doctrinales o ceremoniales, sino que he conservado la pureza del evangelio. No les he ocultado parte alguna del valor de la palabra de Dios, sino que he procurado mostrarles todo el consejo de Dios. No he buscado una elocuencia refinada, sino que he hablado llana y directamente a sus corazones y sus conciencias; y, si no son salvos, lloro y me lamento ante Dios por que hasta el momento presente, a pesar de haberles predicado cientos de veces, mi predicación haya sido en vano. Si no han arreglado cuentas con Cristo, ni han sido lavados en la fuente llena de sangre, son parcelas yermas de terreno que aún no han rendido cosecha alguna.

Tal vez me dirán que se han guardado de muchos pecados, que han aprendido muchas verdades viniendo aquí. Eso está

muy bien dentro de lo que cabe; ¿pero podría permitirme el lujo de vivir únicamente para enseñarles ciertas verdades o para librarles de ciertos pecados visibles? ¿Cómo podría contentarme con esto, sabiendo que permanecerán sin ser salvos y que, por tanto, después de la muerte serán arrojados a las llamas del Infierno? No, amados míos, ante el Señor no considero nada digno de la vida, el alma, y la energía de su servidor y pastor, aparte de la salvación de sus almas para Cristo. Nada que no sea su salvación puede hacerme sentir que se haya satisfecho el deseo de mi corazón.

Pido a todos los obreros aquí presentes que se aseguren de esto, que no dejen de disparar a este blanco, y al centro mismo, para que puedan ganar almas para Cristo, y verlas nacidas de Dios y salvadas eternamente. Aunque el corazón de los trabajadores sufra y suspiere, y sus voces clamen hasta que sus gargantas enronquezcan, que estén convencidos de no haber hecho absolutamente nada hasta que, al menos, algunos hombres sean realmente salvos. Como el pescador aspira a atrapar al pez en la red, como el cazador anhela llevar a casa la presa, como la madre se muere por estrechar al hijo perdido contra su seno, así también nosotros desfallecemos por la salvación de las almas; y sufrimos angustia mortal hasta que no logremos nuestro fin. ¡Sálvalas, oh Señor, sálvalas por amor de Cristo!

El tiempo nos obliga a dejar ahora el presente punto para pasar al siguiente.

## II. LAS PODEROSAS RAZONES QUE TENÍA PABLO PARA ELEGIR TAL PROPÓSITO

(1) La gloria de Dios. Si Pablo se encontrara aquí, creo que nos diría que sus razones eran algo así: ¡salvar almas! Porque, si las almas no son salvas, será una afrenta a Dios. ¿No han pensado nunca en la deshonra tan enorme que se comete contra el Señor nuestro Dios en esta ciudad a todas horas del día? Tomemos por ejemplo esta hora de oración, en que nos reuni-

mos aquí con el fin ostensible de orar. Si los pensamientos de esta gran asamblea pudieran conocerse, ¡cuántos de sus miembros estarían afrentando al Altísimo! ¡Pero fuera de toda casa de oración, fuera de todo lugar oculto, piensen en cuántos miles, y decenas de miles, y cientos de miles, han menospreciado en este día la mera apariencia de adoración al Dios que los hizo, y que los conserva con vida!

Piensen en cuántas veces la puerta de la cantina ha girado sobre sus goznes durante esta hora santa, ¡cuántas veces ha sido blasfemado el nombre de Dios en el bar! Y hay cosas peores que esta, si ello es posible, aunque no levantaré el velo que las encubre. Trasladen sus pensamientos a una hora más tarde cuando el manto de la oscuridad haya descendido. ¡La vergüenza no nos permite ni pensar en cómo es afrentado el nombre de Dios en las personas de aquellos cuyo primer padre fue hecho a imagen de Dios, pero que se corrompen para ser esclavos de Satanás, y presa de bestiales deseos! ¡Ay! ¡Ay de esta ciudad! Porque está llena de las abominaciones de las cuales el apóstol dijera: «Vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto».

Hombres y mujeres cristianos, únicamente el evangelio puede barrer el mal de la sociedad. Los vicios son como víboras, y solamente la voz de Jesús puede sacudirlos de la nación. El evangelio es la gran escoba con que limpiar las inmundicias de esta ciudad; ninguna otra cosa servirá. ¿No querrás tú, procurar salvar a algunos? Si agrandan sus pensamientos e incluyen en ellos todas las grandes metrópolis del continente; sí, y más aún, toman a todos los idólatras de los países paganos, los adoradores de falsos profetas y anticristos, ¡qué enorme agravio tenemos ante nosotros! ¡Qué hedor en la nariz de Jehová debe ser esta falsa adoración! ¡Cuán a menudo ha debido poner su mano sobre la empuñadura de su espada como si dijera: «¡Es hora de vengarme de mis adversarios!»! Pero él lo soporta con paciencia. No nos volvamos indiferentes a su longanimidad, sino

clamemos a él día y noche, y trabajemos para él diariamente, para que de todos modos salvemos a algunos por amor de su gloria.

ii) La miseria del hombre. Piensen también, mis queridos amigos, en *la profunda miseria de esta raza humana*. Sería algo terrible si pudieran imaginarse toda la miseria que hay en estos momentos en los hospitales y hospicios de esta ciudad. No, no diré ni una palabra contra la pobreza: dondequiera que habita es una amarga enfermedad; pero, si observan con detenimiento, se darán cuenta de que, mientras que hay algunos pobres a causa de circunstancias inevitables, una gran parte de la pobreza de acá es el resultado simple y obvio de la prodigalidad, la falta de previsión, la holgazanería, y, lo que es peor, la embriaguez. ¡Ah, maldita embriaguez! Este es el mal principal. Si pudiera hacerse desaparecer la bebida, creo que podríamos vencer hasta al mismísimo diablo. La embriaguez creada por esos infernales antros del alcohol que plagan la totalidad de esta enorme ciudad, es algo por demás repulsivo. No, no he hablado precipitadamente, ni he dejado escapar palabras irreflexivas. Muchas de esas tabernas no son nada menos que antros *infernales*; en algunos aspectos son peores aún, porque el Infierno tiene su utilidad como repudio divino del pecado, pero, en lo que respecta a las tabernas, no hay nada que decir en su favor.

Los vicios de nuestra época son los causantes de las tres cuartas partes de la pobreza. Si pudieran contemplar los hogares —esos tugurios desdichados donde las mujeres tiemblan al oír el sonido de los pasos de sus maridos cuando vuelven a casa, donde los pequeñuelos se aprietan contra sus diminutos jergones, porque el bruto que se cree «hombre» vuelve tambaleándose a casa, del lugar donde ha estado satisfaciendo sus apetitos—, si pudieran contemplar semejante panorama, y acordarse de que esta misma noche escenas similares tendrán lugar en miles de hogares, creo que exclamarían: «Señor,

¡ayúdanos para que de todos modos salvemos a algunos!». Dado que el evangelio de Cristo es la gran hacha puesta a la raíz del upas —ese árbol venenoso—, que Dios nos ayude a levantar el hacha contra este mal, y a talar incansablemente hasta que el enorme tronco ponzoñoso comience a inclinarse y lo gremos derribarlo, con lo que nuestra ciudad y el mundo entero quede salvado de la vileza y la miseria que ahora se desprende de cada una de sus ramas.

(3) La perdición del pecador. Además, mis queridos amigos, el cristiano tiene otras razones para procurar salvar a algunos; y una de las principales es *el terrible futuro de las almas impenitentes*. El velo que se extiende ante mí no puede ser traspasado por todas las miradas; pero aquel cuyos ojos han sido tocados con el colirio celeste, ese sí que puede ver a través de él; ¿y qué ve? ¿Hacia dónde caminan esas miríadas de espíritus en aterradora procesión después de salir de sus cuerpos? ¿A dónde? Sin salvación, sin regeneración, sin haber sido lavados en la sangre preciosa, vemos cómo caminan hacia los solemnes estrados donde se pronuncia la sentencia en medio del silencio, y se les echa de la presencia de Dios, desterrados a un mundo de horrores que no pueden describirse, ni llegar a imaginarse. Ya solo esto es suficiente para ser causa de nuestra aflicción día y noche. Esta decisión del destino está investida de una terrible solemnidad.

Pero he aquí que suena la trompeta de la resurrección. Contemplo cómo aquellos mismos espíritus van saliendo de sus cárceles, y vuelven a la tierra surgiendo del abismo para fundirse con los cuerpos en que vivieron. Ante mí los contemplo a todos reunidos: millares y millares de millares, en el Valle de la Decisión.

Y he aquí que el Rey aparece sentado en un gran trono blanco, ciñendo la corona sobre sus sienes, los libros abiertos ante él; y, frente a su potestad, los espíritus se congregan como prisioneros ante el tribunal. Mi visión los percibe ahora clara-

mente: ¡cómo tiemblan! ¡Cómo se estremecen, como hojas de álamo azotadas por el temporal! ¿A dónde podrán huir? Las rocas no pueden esconderlos; las montañas no abrirán sus entrañas para ocultarlos ¿Qué será de ellos? El temible ángel toma la hoz, los siega como el segador corta la cizaña para el horno, y juntándolos los lanza al abismo donde la desesperación será su tormento eterno. ¡Ay de mí! Se me destroza el corazón al contemplar su perdición, y oír los despavoridos gritos de su tardío despertar. ¡Salven a algunos, oh cristianos! ¡De todos modos, salven a algunos! ¡Por las llamas, las tinieblas de afuera, el lloro y el crujir de dientes, procuren salvar a algunos! Que este sea, como en el caso del apóstol, el gran propósito que domine sus vidas, que las gobierne el propósito de que de todos modos salven a algunos.

(4) La felicidad del salvo. ¡Oh! *Adviertan la diferencia* entre cuanto hemos dicho y el caso contrario, si por el celo de ustedes son salvos. Sus espíritus se elevan al Cielo y, después de la resurrección, sus cuerpos también ascienden a las mansiones celestes, y allí alaban al Redentor de amor. No hay notas más dulces que las suyas al cantar: «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén». ¡Qué bendición ver la vuelta al hogar de Dios del que una vez fuera rebelde, y a los herederos de la ira hechos poseedores del Cielo! La salvación implica todo esto. ¡Oh, quiera Dios que miríadas lleguen a este estado de bendición! «¿Salvar a algunos?». ¡Oh, sí!, al menos salvar a algunos. Procuren que *algunos* puedan encontrarse en esa gloria. Contemplan a su Maestro: él es su modelo; él dejó los cielos para salvar a algunos. Fue a la cruz, al sepulcro, para «salvar a algunos». Este fue el gran propósito de su vida: entregar su vida por sus ovejas. Amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para redimirla para sí. Imiten a su Maestro, aprendan su abnegación y su santa consagración, para que de todos modos salven a algunos.

## *La salvación de las almas: nuestro único propósito*

Mi alma suspira porque pueda «salvar a algunos» personalmente; pero mi anhelo llega aún más lejos. Desearía que *cada uno de ustedes*, mis amados amigos, los que están asociados a la congregación de esta iglesia, se hiciesen padres espirituales de hijos para Dios. ¡Oh, que cada uno de ustedes «salve a algunos»! Sí, mis venerables hermanos, no son nunca demasiado viejos para servir. Sí, jóvenes amigos, muchachos y muchachas, no son demasiado jóvenes para ser reclutas en las filas de los ejércitos del Rey. Si nuestro Señor ha de poseer su Reino —y lo poseerá—, no será únicamente a través de la predicación del evangelio de unos cuantos ministros, misioneros o evangelistas; sino que será a través de la predicación de cada uno de ustedes, en el trabajo y en el hogar, al caminar y al sentarse. Es necesario que todos ustedes se esfuercen en «salvar a algunos». Esta noche quisiera reclutarles nuevamente, y colocarles nuevamente la insignia del Rey. Quisiera que, nuevamente, volvieran a enamorarse de mi Señor, y vivieran por segunda vez el amor de sus esponsales. Hay un himno de Cowper que cantamos a veces, donde se dice:

*¡Oh, si pudiera andar más cerca de mi Dios!*

Quiera Dios que podamos andar más cerca de él; si lo hacemos, sentiremos también un deseo más vehemente de magnificar a Cristo en la salvación de los pecadores.

Desearía hacer la siguiente pregunta a quienes ya son salvos: *¿a cuántos han traído a Cristo?* Ya sé que no pueden hacerlo por sí mismos; me refiero a lo siguiente: ¿cuántos han sido traídos por el Espíritu de Dios gracias a su mediación? ¿He dicho «cuántos»? ¿Están seguros de haber conducido siquiera uno a Jesús? ¿No se acuerdan de nadie? Entonces, ¡lo siento por ustedes! El Señor dijo a Jeremías, refiriéndose a Conías: «Escribid lo que sucederá a este hombre privado de descendencia». Aquello era considerado como una maldición terrible. ¿Escribiré de

ustedes, mis queridos amigos, como de hombres sin descendencia? Sus hijos no son salvos, su esposa no es salva y, espiritualmente, no tienen descendencia. ¿Pueden soportar esta idea? Se lo ruego, despierten de su sopor, y rueguen al Señor que les haga útiles.

«Yo quisiera que los santos se preocuparan por nosotros los pecadores», decía un muchacho. «Ya lo hacen —respondió alguien—, se preocupan mucho por ti». «¿Por qué, pues, no dan muestras de ello? —dijo el joven— Muchas veces he deseado hablar acerca de cosas espirituales, pero mi amigo, que es miembro de la iglesia, no solamente no aborda nunca el asunto, sino que parece intentar evitarlo siempre que estoy con él». No permitan, hermanos, que digan esto. Hablen de Cristo y de las cosas divinas, y tomen esta determinación, cada uno de ustedes: que si los hombres perecen no sea por su falta de oración, ni por su falta de celo y de afectuosas enseñanzas. ¡Dios les dé gracia a todos, para que tomen la determinación de salvar a algunos de todos modos, y para cumplir tan santa resolución!

Ya casi no me queda tiempo, por lo que en último lugar mencionaré:

### III. LOS MEJORES MEDIOS QUE UTILIZABA PABLO PARA CONSEGUIR SU PROPÓSITO

(1) Predicar el evangelio. ¿Cómo procedía aquel que tanto ansiaba «salvar a algunos»? En primer lugar, *predicaba únicamente el evangelio de Cristo*. Pablo no trató de causar sensación con afirmaciones sorprendentes, ni predicó doctrinas erróneas para conseguir el beneplácito de las masas. Me temo que algunos evangelistas tienen conciencia de que parte de lo que predicán no es verdad. Se abstienen de divulgar ciertas doctrinas, no porque sean inciertas, sino porque no acaban de concordar con sus desvaríos, y se dedican a hacer afirmaciones imprecisas e incoherentes, porque esperan así complacer a un au-

ditorio más amplio. Por más celoso que sea un hombre de la salvación de los pecadores, no creo que tenga derecho a hacer ninguna aseveración que su juicio ponderado no justifique. Creo haber oído hablar de ciertas cosas que se han dicho y se han hecho en algunas reuniones de evangelización que no estaban de acuerdo con la ortodoxia doctrinal, pero que siempre fueron excusadas por «la emoción del momento».

Sostengo que carezco de derecho alguno a exponer falsas doctrinas, ni aún en el caso de que creyera que con ello salvaría un alma. La suposición, desde luego, es absurda; pero les aclara lo que quiero decir. Mi labor es mostrar a los hombres, no la falsedad, sino la verdad y no tendría excusa si, bajo cualquier pretexto, embaucara a mis oyentes con una mentira. Podemos estar seguros de que ocultar cualquier parte del evangelio no es método ni apropiado ni eficaz de salvar a los hombres. Si, como espero, ustedes sostienen la doctrina calvinista, no balbuceen ni tartamudeen cuando hablan de ella, sino expónganla claramente. Debido a no haber sido proclamado todo el consejo de Dios, muchos avivamientos se han desvanecido en la nada. Declaren a sus oyentes todas las verdades, y proclamen cada verdad bautizada en fuego santo, y cada verdad ejercerá su efecto propio y positivo sobre la mente.

Sin embargo, la gran verdad es la cruz, la verdad de que: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Hermano, atente estrictamente a esto. Esta es la campana que has de tañer. ¡Tócala, tócala sin cesar! No dejes de hacer que se oiga su sonido. Haz que suene esa nota en tu trompeta de plata o, si no eres más que un cuerno de carnero, hazlo sonar, y las murallas de Jericó se derrumbarán. ¡Ay de las delicadezas de nuestros modernos y «cultos» teólogos! Los oigo exclamar y reprobar mi anticuado consejo. Dicen que hablar de Cristo crucificado es algo arcaico, tradicional y anticuado, y que en modo alguno se ajusta al refinamiento de esta

era maravillosa. Es asombroso el grado de erudición que todos hemos alcanzado últimamente. Nos estamos haciendo tan sabios que me temo que no tardaremos mucho en acabar como necios, si es que no lo hemos conseguido ya.

En la actualidad, se dice que las personas buscan el «*pensamiento*», y los trabajadores van donde la ciencia se pone sobre un pedestal, y donde los «pensamientos profundos» se consideran algo sagrado. He advertido que, por regla general, allá donde el «pensamiento» nuevo desaloja el viejo evangelio, hay más arañas en el templo que personas; y, donde simplemente se predica a Jesucristo, el local se llena hasta los topes. Ninguna otra cosa aparte de la predicación de Cristo crucificado hará que la afluencia de personas a una iglesia sea duradera.

Sin embargo, en lo tocante a esto, ya sea popular o no, estamos decididos y resueltos. Si es necio predicar la expiación por sangre, seremos necios. Y, si es locura adherirse a la vieja verdad, seremos locos. La predicaremos tal como Pablo la predicaba, en toda su simplicidad, sin ninguna clase de refinamientos ni mejoras; nuestra intención es adherirnos a ella aunque se nos tache de ser incapaces de progresar en consonancia con la época. Estamos persuadidos de que esta «locura de la predicación» es una disposición divina, y de que la cruz de Cristo, que para tantos es piedra de tropiezo, y que muchos más ridiculizan, continúa siendo el poder de Dios y la sabiduría de Dios. Sí, nos adheriremos a la verdad anticuada —si crees, serás salvo; ¡y quiera Dios bendecir a muchas almas según sus designios eternos! No esperamos que esta predicación sea popular, pero sabemos que Dios la justificará tarde o temprano. Mientras tanto, no desmayamos porque:

*Blasfema el mundo ciego la verdad salvadora;  
con mente delirante, su risa de por medio,  
negando inadvertido el peligro en que mora,  
perece al hacer mofa de su único remedio.*

(2) Orar sin cesar. Además de lo dicho, *Pablo oraba con gran frecuencia*. Debemos orar por nuestra predicación; el evangelio no será bendecido por sí solo. A un gran pintor le preguntaron con qué mezclaba sus colores, a lo que respondió que los mezclaba con inteligencia. Bien vale esta respuesta para un pintor, mas si se preguntara a un predicador con qué mezcla sus verdades, debería poder responder: con oración, mucha oración.

Se cuenta de un pobre hombre que, de rodillas, picaba granito al borde de un camino, y a quien un ministro al pasar junto a él le dijo: «¡Ah! Amigo mío, he aquí que tu trabajo es muy duro; tu labor es exactamente igual que la mía, tú tienes que romper piedras, al igual que yo». «Así es —respondió el hombre—, y si usted tiene que arreglárselas para romper corazones de piedra, deberá hacerlo como yo, de rodillas». Aquel hombre tenía razón: nadie puede emplear bien el martillo del evangelio sin estar mucho tiempo de rodillas; sin embargo, el martillo del evangelio quebrará pronto los pétreos corazones si el que lo maneja sabe orar. Prevalzcan ante Dios y prevalecerán ante los hombres. Acudamos al púlpito después de habernos levantado de orar y con la unción reciente del Espíritu de Dios en nosotros. Alegrémonos de repartir en público lo que recibimos en secreto. No nos aventuremos a hablar de Dios a los hombres, hasta haber hablado de los hombres a Dios. Sí, mis queridos oyentes, si quieren que su enseñanza en la escuela dominical sea bendecida, o que la gracia sea derramada sobre cualquier otra labor cristiana, mézclenla con oración ardiente.

(3) Identificarse con los oyentes. *Observen además que Pablo trabajó siempre con una gran empatía que le hizo adaptarse a cada caso*. Si hablaba a un judío, no comenzaba a hablar abruptamente diciendo que él era apóstol de los gentiles, sino que les decía que él —Pablo— era judío, como así era. No procuraba sacar a colación las nacionalidades o las ceremonias. Quería hablar al judío de aquel de quien Isaías dijo: «Despre-

ciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto», para que creyera en Jesús y fuera salvo. Si hablaba con un gentil, el apóstol de los gentiles nunca se mostraba escrupuloso, aunque cabría esperarlo de él por causa de su educación judía. Comía como comía el gentil, y bebía como él, se sentaba con él y hablaba con él; era, por así decirlo, un gentil para el gentil; nunca suscitaba ninguna cuestión sobre la circuncisión o la incircuncisión, sino que solo deseaba hablarle de Cristo, el cual vino al mundo para salvar tanto a judíos como a gentiles y para hacerlos uno. Si Pablo se encontraba con un inculto escita, le hablaba en lengua bárbara, y no en griego clásico. Si tenía que vérselas con un griego, le hablaba como lo hizo en el Areópago, con un lenguaje apropiado para los sofisticados atenienses. Era de todo a todos, para que de todos modos pudiera salvar a algunos.

Que así sean ustedes, cristianos; su única ocupación en la vida es conducir a los hombres a creer en Cristo por el poder del Espíritu Santo, y cualquier otra cosa debiera estar subordinada a este su único fin; si tan solo pueden salvarlos, todo lo demás vendrá a su debido tiempo. Hudson Taylor, un verdadero hombre de Dios, que ha trabajado mucho en la China central, encuentra de gran ayuda vestir como chino y llevar coleta. Suele mezclarse con las personas y, dentro de lo posible, vive como ellos. Esto me parece una forma de proceder verdaderamente sabia. Considero lógico que pueda ganarse a una congregación de chinos haciéndose tan chino como ellos; y, si es este el caso, estamos obligados a hacernos chinos para salvar al chino. Si nos colocamos al mismo nivel que aquellos a quienes queremos hacer el bien, es más probable que consigamos nuestro propósito que si permanecemos alejados y extraños, para luego intentar hablar del amor y de la unidad. La idea del apóstol es hundirse a sí mismo para salvar a los demás. Si deseamos extender el Reino de nuestro Dios, la sabiduría ha de llevarnos a arrojar por la borda todas nuestras peculiaridades, y a renun-

ciar a miles de puntos sin importancia, para traer a los hombres a Jesús. Que nunca nuestro capricho o nuestro convencionalismo impida que una persona tome el evangelio en consideración. ¡Qué espantoso sería eso! Mucho mejor es incomodarnos personalmente al pasar por alto estas pequeñeces, que retrasar el arrepentimiento de un pecador por nuestra porfía acerca de fruslerías.

Si Jesucristo estuviera hoy aquí, estoy seguro que no se vestiría con los llamativos trapos que son la delicia de algunos ministros. No puedo imaginarme a nuestro Señor vestido de forma semejante. El apóstol dice a nuestras mujeres que deben ataviarse modestamente, y no creo que Cristo quisiera que sus ministros sentaran ejemplo de payasos. Sin embargo, con respecto a la indumentaria podemos hacer algo basándonos en el principio de nuestro texto. Cuando Jesucristo estuvo en el mundo, ¿cómo iba vestido? Traducido a nuestro ambiente, llevaba una camisa de obrero. En su época iba vestido como solían hacerlo los campesinos, con una túnica sin costura, toda tejida desde arriba; y creo que su deseo sería que sus ministros vistieran a tono con la indumentaria de sus oyentes, para asociarse con ellos incluso en el vestir, y ser uno más entre ellos.

De la misma manera, desearía que ustedes, maestros, si anhelan salvar a sus niños, les hablen como niños, y se hagan niños si les es posible. Quienes quieran penetrar en el corazón de los jóvenes, deben intentar hacerse jóvenes. Si piensan visitar a los enfermos, deben identificarse con ellos en su enfermedad, hablándoles como desearían que les hablaran si fuesen ustedes los enfermos. Desciendan a quienes no pueden subir hasta ustedes. No pueden sacar a nadie del agua si no se agachan para agarrarlo. Si tienen que relacionarse con hombres de baja extracción, deben bajar a ellos, no en su pecado, sino en su rudeza y en su forma de hablar, para lograr apoderarse de ellos. Ruego a Dios que aprendamos el arte sagrado de la salvación de las almas por adaptación.

La capilla de George Whitefield en Moorfields, se conocía vulgarmente por el nombre de la «red de pescar almas». Whitefield estaba encantado, y decía que esperaba que siempre fuera una red para la pesca de almas. ¡Ojalá que todos nuestros lugares de culto fueran redes, y cada cristiano fuera un pescador de hombres, procurando cada uno hacer todo cuanto estuviera en su mano, como corresponde a todo buen pescador, el cual emplea todo su arte y su maña para hacerse con los peces que entran en la red! Bien haremos en utilizar todos los medios para ganar tan gran galardón como es el espíritu del hombre, destinado al dolor o al gozo eterno. El buzo se sumerge en las profundidades para buscar perlas, y nosotros debemos aceptar cualquier trabajo y cualquier riesgo por ganar un alma. ¡Despiértense, hermanos míos, preocupense por esta obra del agrado de Dios, y que el Señor les bendiga en su labor!

## 14: INSTRUCCIÓN AL GANADOR DE ALMAS

*«Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres»*

(Mateo 4:19).

Lo que Cristo nos hará. Cuando Cristo nos llama por su gracia, no solo debiéramos recordar lo que somos, sino también *pensar en lo que él puede hacer que seamos*. Él dice: «Venid en pos de mí, y os haré». Debemos arrepentirnos de lo que hemos sido, pero gozarnos en lo que podemos ser. No dice: «Venid en pos de mí, porque podéis haceros importantes»; sino que nos dice: «Venid en pos de mí, por causa de lo que yo os haré». Ciertamente, y en lo que a mí concierne, bien podría decir de cada uno de nosotros desde el momento en que nos convertimos: «Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser».

Parecía sumamente improbable que unos humildes pescadores llegaran a convertirse en apóstoles; que unos hombres tan diestros con la red, llegaran a serlo también en la predicación de los sermones y en la instrucción de los convertidos. Alguno podía haber dicho: «¿Cómo puede hacerse esto? No se puede hacer

fundadores de iglesias de simples campesinos de Galilea». Sin embargo, esto fue exactamente lo que hizo Cristo; y, cuando el sentimiento de nuestra indignidad nos humilla en presencia de Dios, debemos sentirnos animados a seguir a Jesús por lo que él puede hacer de nosotros. ¿Qué dijo la mujer afligida de espíritu cuando elevó su cántico? «Él levanta del polvo al pobre y del muladar exalta al menesteroso para hacerle sentar con príncipes».

No podemos saber lo que Dios hará de nosotros en la nueva creación, al igual que hubiera sido imposible predecir lo que hizo del caos en la antigua creación. ¿Quién podría haber imaginado toda la belleza que surgió de la oscuridad y del desorden al mandato de «sea la luz»? ¿Y quién podrá decir cuán sublimes manifestaciones de todo cuanto es divinamente hermoso pueden producirse en la vida del hombre que antaño fuera oscura, cuando la gracia de Dios le haya dicho: «Sea la luz»? ¡Oh, ustedes, que ahora mismo no ven en sí mismos nada deseable, vengan y sigan a Cristo por lo que puede hacer de ustedes! ¿No oyen su dulce voz llamándoles y diciéndoles: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres»?

El pez se vuelve pescador. Obsérvese a continuación que, cuando acabamos de ser pescados en la red, *no se nos transforma en todo lo que más tarde habremos de ser*, ni en todo lo que debiéramos desear ser. Esto es lo que la gracia de Dios hace al principio por nosotros; pero ahí no termina la cosa. Somos como peces y, tal como ellos viven sumergidos en el agua, nosotros hacemos del pecado nuestro elemento. Pero entonces viene nuestro buen Señor y nos libra de la vida de pecado y del amor a todo lo pecaminoso, apresándonos con la red del evangelio. Sin embargo, no ha hecho todo cuanto puede hacer por nosotros, ni cuanto nosotros desearíamos que hiciera; mayor milagro, y más elevado, es convertir en pescadores a quienes éramos peces, es decir, transformar a los salvados en salvadores, a los convertidos en convertidores, a quienes reciben el evangelio en transmisores de él a otros.

## *Instrucción al ganador de almas*

Estimo que debo decir a todos cuantos escuchan mis palabras que, si ya han sido salvados, la obra solo estará hecha a medias hasta que se les utilice para traer a otros a Cristo. Solamente están formados a medias a imagen de su Señor. No habrán alcanzado el pleno desarrollo de la vida de Cristo en ustedes hasta no haber comenzado siquiera débilmente a hablar a los demás de la gracia de Dios; y confío en que no hallarán descanso hasta que hayan sido los medios de conducir a muchos al bendito Salvador en quien radica su única confianza y esperanza. Su Palabra nos dice: «Venid en pos de mí, no solamente para ser salvos, ni únicamente para ser santificados, sino: ‘Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres’». Sigamos a Cristo con esta intención y propósito, y tengan presente que no lo estarán siguiendo en toda perfección a no ser que les utilice de algún modo para ser pescadores de hombres.

El hecho es que cada uno de nosotros debe dedicarse a la actividad de cazar hombres. Si Cristo nos ha cazado a nosotros, es necesario que nosotros cacemos a otros para él. Si hemos sido asidos por él, habremos de ser ahora sus policías para capturar a otros rebeldes en su nombre. Roguémosle que nos dé gracia para salir a pescar, y para que echemos las redes de tal forma que atrapemos gran cantidad de peces. ¡Oh, que el Espíritu Santo levante de entre nosotros grandes pescadores, cuyas barcas naveguen por muchos mares, y encierren grandes multitudes de peces!

Todos deben trabajar. Mi enseñanza será muy sencilla, mas espero que sea eminentemente práctica; pues es mi deseo que ninguno de ustedes que aman al Señor queden rezagados en su servicio. ¿Qué dice el Cantar de los Cantares de Salomón, referente a ciertas ovejas que subían del lavadero? Dice: «Todas con crías gemelas, y estéril no hay entre ellas». ¡Que así sea con todos los miembros de esta iglesia, y con todos los cristianos que oigan o lean este sermón! La realidad es que el día es muy oscuro. Los cielos están encapotados, cargados de amenazantes

nubes tormentosas. Poco se imaginan los hombres cuántas tempestades asolarán muy pronto esta ciudad, y toda la estructura social de este país, hasta el extremo de llegar a un desmoronamiento general de la sociedad. La noche puede volverse tan oscura que las estrellas parezcan caer como frutos marchitos del árbol. Los tiempos son malos; ahora, como nunca, es necesario que cada luciérnaga resplandezca. Deben sacar su pequeña lámpara de debajo del almud y colocarla sobre el candelero. El trabajo requiere la implicación de todos.

Lot era un pobre hombre; era un creyente pésimo; sin embargo, aun así, pudo haber sido una gran bendición para Sodomá si hubiera orado por ella como era debido. Habiendo tantos cristianos flacos y estériles, como me temo que existen, uno comienza a valorar cada alma verdaderamente convertida en estos días malos, y a rogar que cada una glorifique al Señor. Ruego por que cada hombre justo, en la aflicción de su alma por la nefasta conducta de los malvados, persista más que nunca en la oración, y se vuelva a su Dios para obtener más vida espiritual, y pueda así ser una bendición para los que perecen a su alrededor. Me dirijo, pues, a ustedes con este pensamiento en primer lugar. ¡Oh, que el Espíritu de Dios haga que cada uno de ustedes sienta esta responsabilidad personal!

He aquí *algo que han de hacer* todos los creyentes en Cristo para ser útiles: «Venid en pos de mí». Sin embargo, en segundo lugar, nos hallamos ante *algo que ha de llevar a cabo su gran Señor y Maestro*: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». Ustedes no podrán convertirse en pescadores por sí mismos, sino que esto es lo que Jesús hará por ustedes si tan solo le siguen. Y, por último, hallamos en nuestro texto una *magnífica alegoría*, según la costumbre de nuestro gran Maestro; ya que casi nunca hablaba a las gentes sin parábolas. Así, nos ofrece un ejemplo de lo que todos los cristianos debieran ser: pescadores de hombres. Extraeremos de aquí algunas lecciones útiles, las cuales ruego al Espíritu Santo que bendiga en nosotros.

En primer lugar, pues, daré por sentado que cada creyente de los que aquí se encuentran desea ser útil. Si no es así, creo que es muy discutible que pueda ser un verdadero creyente en Cristo. Pues bien, si quieres ser verdaderamente útil, he aquí:

### I. LO QUE DEBES HACER

«Venid en pos de mí, y yo os haré pescadores de hombres».

(1) Seguir a Cristo. ¿Cuál es la forma de convertirse en un predicador eficaz? Alguien dirá: «Yendo al seminario». Cristo dice: «Joven, ven en pos de mí, y te haré pescador de hombres». ¿Cómo puede una persona llegar a ser útil? «Asistiendo a cursos de formación», dirán. En efecto; mas hay una respuesta más segura que esa: yendo en pos de Jesús; él les hará pescadores de hombres. La gran escuela práctica para los obreros cristianos tiene a Cristo por Director, no solamente como Profesor, sino como Adalid: no solo hemos de aprender de él en los estudios, sino que hemos de seguirle en la práctica. «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». La orden es bien clara y tajante, y creo que es exclusiva; de manera que nadie puede llegar a ser pescador por ningún otro procedimiento. Este procedimiento parece muy sencillo, pero es con toda certeza de la máxima eficacia. El Señor Jesucristo, conocedor de todo lo concerniente a la pesca de los hombres, fue el que instituyó la norma: «*Vengan en pos de mí*, si quieren ser pescadores de hombres. Sigán mis pasos si desean ser útiles».

(2) Consagrarse a Cristo. Interpreto el acto de seguir a Cristo en el sentido de ser escogidos para Cristo. Estos hombres debían abandonar sus ocupaciones; tenían que dejar a sus amigos; de hecho, tenían que abandonar el mundo para, en el nombre de su Maestro, hacer de la pesca de hombres su única actividad. En nuestro tiempo no se nos llama a abandonar nuestras ocupaciones cotidianas, o dejar nuestras familias. Eso sería más bien huir de la pesca que trabajar en ella en el nombre de Dios. Pero sí, hemos sido llamados claramente a salir de entre la im-

piedad y a ser escogidos, para no tocar lo inmundo. No podemos ser pescadores de hombres permaneciendo entre ellos en su mismo elemento. El pez no puede pescar. El pecador no podrá salvar al pecador. El impío no convertirá al impío; y, lo que viene más al caso, el cristiano mundanal no podrá convertir al mundo. Si son del mundo, no hay duda de que el mundo amará a los suyos, pero no podrán salvar al mundo. Si son oscuridad, y pertenecen al reino de las tinieblas, no podrán despejarlas. Si marchan con los ejércitos del maligno, no podrán derrotarlos.

Creo que una de las razones por las cuales la Iglesia de Dios tiene actualmente tan poca influencia en el mundo es la gran influencia que el mundo ejerce sobre ella. En nuestra época, oímos de algunos cristianos independientes que pueden hacer esto o aquello —cosas por las que sus antepasados los puritanos preferirían haber muerto en la pira antes que tolerarlas. Exigen poder vivir como las personas mundanas, y mi triste respuesta a sus suspiros por semejante libertad es: «Háganlo así, si se atreven. Puede que a ustedes que no les haga mucho daño, puesto que la maldad ya mora en ustedes con sobreabundancia. Sus deseos muestran cuán corrompidos están sus corazones. Si sienten ese apetito por la comida de los perros. ¡adelante, perros, coman sus despojos! Las diversiones mundanas son alimento apropiado para los farsantes e hipócritas. Si fueran hijos de Dios, aborrecerían hasta la mera idea de los goces malos del mundo, y su pregunta no sería: ¿hasta qué punto podemos ser como el mundo?, sino que su único clamor sería: ¿hasta qué punto podemos salir del mundo? ¿A qué distancia podemos alejarnos de él? En tiempos tales como los que vivimos, su tentación debiera ser la de ser demasiado severos, y ultrapuritanos en su separación del pecado, y no la de preguntar: ¿Cómo podré mimetizarme con los demás y actuar como ellos?».

Hermanos, la utilidad de la Iglesia en el mundo es que sea

como sal en medio de la putrefacción; y, si la sal se desvaneciere, ¿de qué servirá? Si la sal se pudre a su vez, no hará más que aumentar y elevar la corrupción general. El peor día que jamás ha conocido el mundo fue aquel en que los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres. Fue entonces cuando vino el diluvio; porque el único muro de contención de este mundo contra un diluvio de venganza es la separación del santo y del pecador. Su deber como cristianos consiste en permanecer en sus puestos y resistir por Dios, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne, y tomando la determinación, como uno hiciera antaño, de dejar a los demás hacer cuanto les venga en gana, mas, por lo que respecta a ustedes y a su casa, de servir a Dios.

Vengan ustedes, hijos de Dios, pues deben permanecer con su Señor fuera del campamento. Jesús les llama hoy, y les dice: «Venid en pos de mí». ¿Hallaban a Jesús en el teatro? ¿Frecuentaba los deportes del estadio? ¿Creían ustedes que a Jesús se le veía en algunas de las diversiones de la corte herodiana? Por supuesto que no. Él era «santo, inocente, sin mancha, y apartado de los pecadores». En cierto modo, nadie se ha mezclado tan completamente con los pecadores como él, cuando, como médico, iba entre ellos sanando a sus pacientes; pero, en otro aspecto, había un abismo entre los hombres del mundo y el Salvador, el cual Cristo nunca intentó cruzar como tampoco los hombres podían atravesarlo para profanar a Jesús. La primera lección que la Iglesia debe aprender es la siguiente: vayan en pos de Jesús en su condición de escogidos, y él les hará pescadores de hombres. A menos que tomen su cruz, y protesten contra un mundo impío, no pueden esperar que el santo Jesús les haga pescadores de hombres.

(3) Permanecer en Cristo. Otro significado que vemos claramente en nuestro texto es el siguiente: *permanezcan en Cristo*, y serán hechos pescadores de hombres. Estos discípulos llamados por Cristo, iban a vivir con él. Iban a permanecer junto a

él cada día. Iban a oírle enseñar públicamente el evangelio eterno y, además, iban a recibir explicaciones en privado de cuanto él predicaba. Iban a ser sus criados y sus amigos íntimos. Iban a ver sus milagros y escuchar sus oraciones y, aún mejor, iban a permanecer con él, y a estar unidos con él en su santa tarea. Les fue dado sentarse con él a la mesa, y hasta que él les lavara sus pies. Muchos de ellos dieron cumplimiento a las palabras: «Donde quiera que vivieres, viviré», puesto que estuvieron con él en sus aflicciones y sus persecuciones. Fueron testigos de sus tormentos secretos, y vieron sus muchas lágrimas; observaron la pasión y la compasión de su alma y, de esta forma, según su capacidad, se apropiaron de su espíritu, aprendiendo así a ser pescadores de hombres.

Debemos aprender el arte y los arcanos de la tarea de ganar almas a los pies de Jesús: vivir con Cristo es la mejor educación para ser útiles. Para cualquier hombre, es una gran bendición el estar junto a un ministro cristiano cuyo corazón arda en llamas. El mejor entrenamiento para un joven es aquel que los pastores valdenses solían impartir: un anciano tomaba a un joven consigo, quien iba con él cada vez que subía a la montaña para predicar, y vivía en su misma casa, y observaba sus oraciones, y contemplaba su piedad cotidiana. Buen curso de preparación era este, ¿verdad? Con todo, no puede compararse con el de los apóstoles que vivieron con Jesús mismo, y fueron sus compañeros cotidianos. El entrenamiento de los doce no tiene parangón. No es de extrañar que más tarde se convirtieran en quienes fueron, en vista de que contaron con semejante profesor celestial que los saturó de su propio espíritu.

Su presencia corporal no está ahora entre nosotros, pero tal vez conozcamos más plenamente su poder espiritual de lo que hicieron los apóstoles durante aquellos dos o tres años de la presencia corpórea de Jesús. Para algunos de nosotros, Jesús se encuentra íntimamente cercano. Sabemos más de él que del amigo terrenal más querido. Nunca hemos podido leer com-

pletamente el corazón de nuestro amigo en todos sus recovecos y vericuetos; pero si conocemos el corazón del Amado. Hemos recostado nuestra cabeza sobre su pecho, y hemos gozado de una comunión con él que no nos cabría imaginar como nuestros familiares y amigos. Este es el método más puro de aprender a hacer el bien. Vivan con Jesús, vayan en pos de Jesús, y él les hará pescadores de hombres. Miren como trabaja, y aprendan a trabajar como él.

Todo cristiano debería ser aprendiz de Jesús para aprender la profesión del Salvador. No podemos salvar a los hombres ofreciéndoles una redención, porque no tenemos ninguna que ofrecerles; pero podemos aprender a salvar hombres amonestándolos para que huyan de la ira venidera, y presentando ante ellos al único y gran Salvador. Observen cómo salva Jesús, y aprenderán como lo hace; no hay ninguna otra forma de aprenderlo. Vivan en comunión con Cristo, y habrá en derredor suyo una atmósfera y una distinción como de alguien que ha sido hecho apto de mente y corazón para enseñar, y sabio para ganar almas.

(4) Obedecer a Cristo. Debemos dar todavía otro significado a este «Venid en pos de mí», y es el siguiente: «*Obedézcanme*, y sabrán lo que tienen que hacer para salvar a los hombres. De poco sirve hablar de nuestra comunión con Cristo, o de nuestra separación del mundo para él, a menos que le hagamos nuestro Maestro y Señor en todo. Algunos maestros públicos no son consecuentes en todos los puntos de sus convicciones; ¿cómo pueden esperar ser bendecidos? Todo cristiano ansioso de ser útil debiera esmerarse todo lo posible en lo tocante a la obediencia a su Señor. No me cabe duda alguna de que Dios bendice nuestras iglesias a pesar de sus imperfecciones, porque su misericordia es para siempre. Cuando hay error en la enseñanza, y equivocación en la práctica, Dios puede aun dignarse a utilizar el ministerio porque su gracia es sin medida; pero se quitará por fuerza gran parte de la bendición a toda enseñanza

cuya imperfección sea voluntaria o descarada. Dios puede aprobar la verdad que haya en ella, pero no puede dar su aprobación a los errores que contenga.

Si, como pescadores de hombres, deseamos que Dios nos utilice extensamente, debemos imitar en todo a nuestro Señor Jesús, y obedecerle en sus menores deseos. La falta de obediencia conduce al fracaso. Cada uno de nosotros, si quiere ver salvados a sus hijos, o bendecida su clase de escuela dominical, o la conversión de su congregación, debe asegurarse de estar limpio para llevar los utensilios del Señor. Todo cuanto hagamos que pueda apenar el Espíritu de Dios debilitará nuestra capacidad de hacer bien. Grande es la misericordia y la gracia del Señor, mas con todo, es un Dios celoso. A veces es rigurosamente celoso para con aquellos miembros de su pueblo que son negligentes en el cumplimiento de su deber, o cuyas vidas no son limpias delante de él. Marchitará su obra, debilitará su poder, los humillará hasta que todos digan: «Señor mío, ya seguiré tus caminos. Haré lo que quieres que haga, porque de otra forma no me aceptarás». El Señor dijo a sus discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo»; y les prometió que seguirían señales, como efectivamente siguieron, y seguirán.

Hermanos, es necesario que volvamos a las prácticas y a las enseñanzas apostólicas; debemos desechar los mandatos humanos y los antojos de nuestras propias mentes, y debemos hacer lo que Cristo nos dice, tal como Cristo lo dice y porque Cristo lo dice. Debemos desempeñar nuestra función de siervos de forma clara y rotunda; y, si no hacemos tal cosa, no nos cabe esperar que el Señor obre con nosotros y por medio de nosotros. Tomemos la determinación de que, tal como la aguja es fiel al polo magnético, también nosotros lo seremos, en la medida de nuestra luz, al mandato de nuestro Señor y Maestro. Dice Jesús: «Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres». Con esta enseñanza parece querer decir: «Pueden des-

viarse de mí o adelantarme, y pueden arrojar sus redes; pero la noche caerá sobre ustedes, y no pescarán nada. Cuando hagan lo que yo les pido, y arrojen sus redes por la borda adecuada del barco, hallarán».

Por otro lado, considero que este texto contiene una gran lección para quienes predicán sus propios pensamientos en lugar de los de Cristo. Estos discípulos debían seguir a Cristo para poder escucharle, escuchar lo que tenía que decirles, empaparse de su enseñanza, y *luego ir y enseñar lo que él les había enseñado*. Su Señor dijo: «Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas». Si son mensajeros fieles del mensaje de Cristo, él los hará «pescadores de hombres». Pero ya sabemos cómo es el método jactancioso de nuestra época: «No pienso predicar ese viejo evangelio caduco, esa doctrina puritana del deber. Me sentaré en mi despacho y me devanaré los sesos hasta desarrollar una nueva teoría: y luego saldré al mundo y lo sacudiré con mi idea de nuevo cuño». Son muchos los que no siguen a Cristo, sino a sí mismos, y de ellos el Señor podrá decir legítimamente: «Sabrán la palabra de quién ha de permanecer: si la mía, o la suya».

Otros hay perversamente prudentes que consideran más apropiado desechar ciertas verdades aun cuando sean manifiestamente la Palabra de Dios. Estos consideran que no deben ser rudos, y que deben profetizar cosas agradables. Consideran que hablar acerca del castigo del pecado, de la condenación eterna, es predicar doctrinas poco elegantes. Estiman que es posible que la Palabra de Dios las enseñe, pero que no se ajustan al pensamiento de la época, ¡y que, por tanto, deben eliminarlas! Hermanos en Cristo, no deseo tener parte alguna en esta forma de proceder. ¿Lo desean ustedes? ¡Oh alma mía, no penetres en sus secretos! Nuestra era ilustrada ha descubierto cosas que no se enseñan en la Escritura. El evolucionismo puede que sea claramente contrario a las enseñanzas del Génesis, ¡pero qué importa eso! No se trata de que creamos en la Escritu-

ra, sino de que seamos pensadores originales. Esta es la ambición arrogante de nuestro siglo.

Observen que la predicación de la teología moderna y el vicio de esta generación corren paralelos. Atribuyo en gran medida el libertinaje de esta época a la laxitud de la doctrina que predicán sus maestros. Han enseñado al pueblo desde el púlpito que el pecado es una nadería. Desde el púlpito, estos traidores a Dios y a su Cristo han enseñado al pueblo que no hay Infierno que temer. ¡Puede que haya un poquito de Infierno; pero reducen el justo castigo del pecado a la nada! Quienes antaño se comprometieron a predicar el precioso sacrificio expiatorio de Cristo ahora lo ridiculizan y lo falsean. Han anunciado al pueblo el nombre del evangelio, pero el evangelio mismo se ha evaporado de sus manos. El evangelio ha desaparecido por completo de cientos de púlpitos como el dodo de su lugar de origen, y aun así los predicadores usurpan la posición y el nombre de ministros de Cristo. ¿Y cuál es el resultado de todo esto? Como es natural, sus congregaciones son cada vez más reducidas.

Dice Jesús: «Venid en pos *de mí*, y os haré pescadores de hombres»; pero, si siguen por su propio camino, y con su propia red, nada conseguirán, y el Señor no les promete ayuda alguna. Las disposiciones del Señor lo convierten en nuestro Caudillo y nuestro Ejemplo. Se nos dice: «Venid en pos de mí», lo que quiere decir: «Síguenme *a mí*; prediquen *mi* evangelio; prediquen lo que yo prediqué; limítense a enseñar lo que yo enseñé». Copien a Cristo hasta en las jotas y en las tildes, con esa bendita sumisión que conviene al que solo ambiciona ser imitador, sin pretender jamás ser creador de nada nuevo. Háganlo así, y él les hará pescadores de hombres; pero si este no es su proceder, en vano predicarán.

(6) Imitar la santidad de Cristo. Terminaré esta parte de mi sermón haciendo constar que no seremos pescadores de hombres a menos que sigamos a Cristo en otro aspecto más, esto es,

## *Instrucción al ganador de almas*

en nuestro esfuerzo por procurar *imitar su santidad* en todo. La santidad es el poder más genuino que pueden poseer los hombres o las mujeres. Debemos predicar la ortodoxia, pero también es necesario vivirla. Quiera Dios que no prediquemos otra cosa que la verdad; pero todo será en vano, si no hay una vida que respalde el mensaje. La verdad puede ser hasta despreciable en labios de un predicador sin santidad. En la medida en que nos apartemos de una santificación viva y ardiente, nos apartaremos de la clave del poder. Nuestro poder radica en estas palabras: «Venid en pos de mí». Sean un fiel reflejo de Jesús. En todo cuanto hagan, procuren pensar, hablar, y obrar como lo hacía Jesús, y él les hará pescadores de hombres.

Esto requerirá que tomemos diariamente nuestra cruz y nos neguemos a nosotros mismos. Puede que se requiera de nosotros que estemos dispuestos a sacrificar una buena reputación, a ser considerados necios, idiotas, y cosas por el estilo, como los hombres acostumbran llamar a los que se apegan a su Maestro. Debe haber una alegre renuncia a todo cuanto se parezca al honor y a la gloria personal, para que podamos ser totalmente de Cristo, glorificando su nombre. Debemos vivir su vida, y estar dispuestos a morir su muerte, si ello fuera necesario. ¡Oh, hermanos y hermanas, si procedemos de esta forma, siguiendo a Jesús, por las huellas de sus horadados pies, él nos hará pescadores de hombres! Y si a él le complaciera que hasta muramos sin haber llevado muchas almas a la cruz, hablaremos desde nuestras tumbas. De una u otra forma, el Señor hará que una vida santa sea una vida influyente. No es posible que una vida basada en seguir a Cristo genuinamente sea infructuosa a los ojos del Altísimo. «Venid en pos de mí», y a continuación sigue un «os haré» que Dios no suprimirá jamás, pues dice: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres».

Hasta aquí, entonces, todo lo que respecta al primer punto. Hay algo que debemos hacer nosotros: se nos llama por gracia

a seguir a Jesús. ¡Santo Espíritu de Dios, haz que vayamos en pos de él! Y ahora, en segundo lugar, y muy brevemente, veremos:

## II. LO QUE HARÁ EL SEÑOR

(1) Nos hará pescadores. Cuando sus siervos amados lo siguen, él les dice: «Os haré pescadores de hombres»; y no olvidemos nunca que *es él quien nos hace seguirlo*. Así que, si seguirlo es el paso inicial para ser hechos pescadores de hombres, también él se encargará de eso. Todo es obra de su Espíritu. He hablado de apropiarnos de su espíritu, de morar en él, de obedecerle, oírle e imitarle; pero no podemos llevar a cabo ninguna de estas acciones, si él no las obra en nosotros primeramente. Hay un texto que no debemos olvidar ni un solo momento; dice así: «De mí será hallado tu fruto». Si le seguimos, pues, es él quien nos hace seguirle para, a su vez, hacernos pescadores de hombres.

(2) Utilizará nuestras experiencias. Además, si seguimos a Cristo, él nos hará pescadores de hombres *a través de nuestra experiencia*. Estoy seguro de que, si alguien está verdaderamente consagrado para ser una bendición a otros, todo lo que siente, y en especial sus aflicciones, le será de ayuda. A menudo, doy gracias a Dios por haber sufrido terribles depresiones de ánimo. Conozco los límites de la desesperación, y el horrible borde del abismo de las tinieblas, a donde mis pies casi han resbalado. Cientos de veces he podido echar una mano a otros hermanos y hermanas que se encontraban en la misma situación por la que yo he pasado, ayuda que no hubiera podido brindar jamás de no haber conocido su profundo abatimiento. Considero, pues, que la más negra y terrible experiencia de un hijo de Dios le ayudará a ser pescador de hombres con tal que siga a Cristo.

Caminen cerca de su Señor, y él hará que cada uno de sus pasos les sea de bendición. Si Dios les hace ricos, les hará aptos

para hablar a los ignorantes y perversos ricos que tanto abundan en esta ciudad, y que tan a menudo son la causa de su peor pecado. Y, si agrada al Señor que sean pobres, podrán hablar a esos pobres ignorantes y perversos que también son causa de pecado en esta ciudad, y que tan necesitados están del evangelio. Los vientos de la providencia les llevarán donde pueden pescar hombres. Las ruedas de la providencia están llenas de ojos, y todos ellos les mirarán para ayudarles a ser ganadores de almas. A menudo se sorprenderán al comprobar que Dios ha estado en la casa que visitan. Antes siquiera de que lleguen a ella, su mano habrá estado obrando en sus habitaciones. Cuando hayan de hablar a una persona determinada, la providencia de Dios habrá estado obrando en ella, preparándola para recibir las palabras que habrán de pronunciar, y que nadie aparte de ustedes podrá decirle. ¡Oh, sigan en pos de Cristo y comprobarán que él, valiéndose de todas las experiencias por las que están pasando, les hará pescadores de hombres!

(3) Nos dirigirá. Más aún, si van en pos de Jesús, él les hará pescadores de hombres por medio de *indicaciones claras en su corazón*. Hay muchas señales del Espíritu de Dios que los cristianos no perciben cuando se encuentran en un estado endurecido; pero cuando el corazón está en perfectas relaciones con Dios, y vive en comunión con él, se experimenta una santa sensibilidad, y ya no es necesario que el Señor grite, sino que podemos oír sus más delicados susurros. Es más, ni siquiera tendrá necesidad de susurrar; su mirada nos conducirá. «Sobre ti fijaré mis ojos». ¡Oh, cuántos cristianos hay tan tercos que han de ser refrenados con cabestro y con freno, y recibir un latigazo de cuando en cuando! Sin embargo, el creyente que sigue a su Señor será conducido suavemente.

No afirmo que el Espíritu de Dios les vaya a decir: «Llega y júntate a ese carro», o que oirán una voz en sus oídos; sin embargo, escucharán la voluntad del Señor en sus almas tan claramente como el Espíritu dijo a Felipe: «Llega, y júntate a ese

carro». Al ver a alguien, la idea cruzará sus mentes: «Ve y habla a esa persona». Toda oportunidad de ser útil será para ustedes una llamada. Si están preparados, la puerta se abrirá ante ustedes, y oirán una voz a su lado que les dirá: «Este es el camino; andad por él». Si poseen la gracia de andar por el camino verdadero, nunca les faltará la indicación del camino que deben seguir. Avanzando por él, irán a parar al río o al mar, donde podrán echar sus redes y ser pescadores de hombres.

(4) Nos dará su Espíritu. Creo, además, que el Señor quería decir con esto que *enviaría a sus seguidores el Espíritu Santo*. Después de haberlo seguido, y de haberle visto ascender al seno del Altísimo, sus discípulos habían de permanecer en Jerusalén por algún tiempo, y el Espíritu descendería sobre ellos, invistiéndolos de un poder misterioso. Las palabras de este texto iban dirigidas a Pedro y Andrés, y ya saben cómo se cumplieron en Pedro. ¡Qué cantidad de peces trajo a tierra la primera vez que echó la red con el poder del Espíritu Santo! «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres».

Hermanos, no tenemos ni idea de lo que Dios podría hacer con esta congregación de creyentes reunidos esta noche en este Tabernáculo. Si en estos momentos estuviéramos llenos del Espíritu Santo, hay aquí suficientes cristianos para evangelizar la ciudad entera. Hay aquí suficientes creyentes para ser los medios de salvación del mundo entero. Dios no salva por muchos ni por pocos. Procuremos ser hechos una bendición para nuestros semejantes; y, si así lo hacemos ya, oigamos la voz de mando que nos dice: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». Ustedes, hombres y mujeres que se sientan ante mí, se hallan a la orilla de un gran mar de vida humana lleno de almas de hombres. Viven en medio de millones de ellas; pero, si van en pos de Jesús, y le son fieles y leales, y hacen lo que él les pide, él los hará pescadores de hombres.

No digan: «¿Quién salvará esta ciudad?». El más débil de todos será lo suficientemente fuerte. El pan de cebada de Ge-

deón golpeará la tienda y la hará rodar por el suelo. Sansón, con la quijada tomada del suelo donde yacía secándose al sol, habrá de vencer a los filisteos. No teman ni desmayen. Dejen que sus responsabilidades les acerquen más a su Señor. Dejen que el horror del pecado que les rodea les haga mirar su amado rostro que una vez llorara sobre Jerusalén, y que ahora llora sobre esta ciudad. Abrácese a él, y no lo suelten nunca. Por los impulsos fuertes y palpitantes de la vida divina en cada uno, alentada y madurada en ustedes por el Espíritu de Dios, aprendan esta lección de los propios labios del Señor: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». Ustedes no son aptos para la obra, pero él les hará aptos. No pueden hacerlo por ustedes mismos, pero él les dará que lo hagan. No saben cómo echar las redes y arrastrarlas hasta la orilla llenas de peces, pero él les enseñará. Todo cuanto tienen que hacer es ir en pos de él, y él los hará pescadores de hombres.

Quisiera poder decir todo esto con una voz que sonara atronadoramente, para que toda la Iglesia de Dios pudiera oírlo. Desearía poder escribirlo con letras de estrellas de lado a lado del Cielo: «Jesús dice: venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». Si olvidan el precepto, la promesa jamás será suya. Si siguen cualquier otra pisada, o imitan a cualquier otro maestro, en vano pescarán. ¡Dios nos conceda que creamos plenamente que Jesús puede hacer grandes cosas en nosotros; y, después, haga él grandes cosas por medio de nosotros para bien de nuestros semejantes!

Podrán desarrollar plenamente este último punto ustedes mismos en su meditación devocional, y con gran provecho. Nos hallamos ante:

### III. LO QUE ENSEÑA LA IMAGEN DEL PESCADOR

Tenemos aquí una imagen llena de instrucción. Solamente les expondré dos o tres pensamientos que podrán utilizar en sus reflexiones. «Os haré *pescadores de hombres*». Han sido hasta

ahora pescadores de peces: si vienen en pos de mí, les haré pescadores de hombres. ¿Cómo es el pescador?

(1) Es dependiente. Un pescador es una persona que *depende de circunstancias ajenas a él, y necesita tener confianza*. El que va al mar a pescar no puede ver los peces y debe echar sus redes como al azar. La pesca es un acto de fe. En el Mediterráneo, he contemplado muchas veces cómo los hombres se adentraban en el mar con sus vastas redes; pero luego, cuando las arrastraban hasta la orilla, comprobaban que el resultado de sus esfuerzos no había sido más que unos cuantos pececillos plateados que se podían tomar en la mano. A continuación, han vuelto a echar las redes una y otra vez, aguardando el resultado llenos de esperanza.

Nadie depende tanto de Dios como el ministro de Dios. ¡Oh, esta pesca desde el púlpito de este templo! ¡Qué labor de fe! No, no puedo decir si se habrá llevado a Dios algún alma. No puedo saber si mis sermones son apropiados para los presentes, pero tengo fe en que Dios me ayudará a echar la red. Confío en que él lleve a cabo la obra de salvación, y dependo por entero de él que lo haga. Amo esta total dependencia y, si se pudiera ofrecerme disponer de una cierta cantidad de «poder de predicación» por medio del cual pudiera salvar pecadores, pediría a Dios que no me permitiera tenerlo, porque es mucho más gozoso depender por entero de él en todo tiempo. Bueno es ser necio si Cristo se hace en nosotros sabiduría. ¡Qué bendición ser débil si Cristo se hace más plenamente nuestra fuerza! Vayan, pues, a trabajar, ustedes los que han de ser pescadores de hombres, pero tengan presente su insuficiencia. Ustedes, los que no tienen fuerza, emprendan la labor divina; la fuerza de su Maestro se hará patente cuando se haya agotado la suya. Un pescador es alguien que no puede depender de sí mismo, sino que ha de confiar en el resultado favorable de su trabajo cada vez que lanza la red; pero a la vez es un ser lleno de confianza, y por ello echa sus redes con gozo.

## *Instrucción al ganador de almas*

(2) Es diligente. El pescador cuyo medio de vida depende de su trabajo *es un hombre diligente y perseverante*. Los pescadores están en pie al amanecer. Al despertar el día, empiezan la tarea, y continúan pescando hasta bien entrada la tarde. Prosiguen su labor en tanto que les quede energía en el cuerpo. ¡Quiera el Señor Jesús hacernos pescadores esforzados, perseverantes e infatigables! «Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello».

(3) Es inteligente. El pescador en su profesión *es inteligente y observador*. Supongo que parece muy fácil ser pescador, mas si verdaderamente tuvieran que ejercer tal profesión, verían que no es ningún juego de niños. Hay arte en cada una de sus facetas, desde el remiendo de las redes hasta arrastrarlas a tierra. ¡Cuán diligente es el pescador para evitar que el pez se escape de la red! Una noche en Menton, oí un gran estruendo en el mar, como si un gigante estuviera golpeando un enorme tambor; salí a ver qué pasaba, y vi que los pescadores estaban golpeando el agua para conducir los peces a las redes, o para impedir que los que ya habían entrado se escaparan. Sí, también nosotros tendremos que vigilar las esquinas de la red del evangelio, para que los pescados que ya están medio atrapados no vayan a escaparse. Los peces son muy astutos, y utilizan su astucia esforzándose en evitar la salvación. Habremos de concentrarnos en nuestra labor, y poner en práctica todo nuestro ingenio, y más aún que el nuestro, si queremos triunfar como pescadores de hombres.

(4) Es activo. El pescador *es una persona muy trabajadora*. Verdaderamente, esta profesión no es cómoda en ningún aspecto. La pesca no se lleva a cabo sentado cómodamente en un sillón. Hay que salir a la mar con mal tiempo. Si el que mira a las nubes no sembrará, estoy seguro de que el que mira a las nubes, no pescará jamás. Si nunca hacemos ninguna obra para Cristo a menos que nos hallemos en condiciones óptimas para

llevarla a cabo, jamás haremos gran cosa. Si sentimos que no queremos orar porque no podemos orar, nunca oraremos; y, si decimos: «No predicaré hoy, porque no creo que pueda hacerlo», nunca predicaremos nada que valga la pena. Es necesario que estemos siempre al pie del cañón hasta caer exhaustos, entregando en todo tiempo nuestra alma entera al trabajo por amor a Cristo.

(5) Es valiente. El pescador es un *hombre denodado*. Su valor desafía a la mar tumultuosa. El agua salada no daña su rostro tostado; mil veces se ha empapado y no lo siente. Nunca creyó, al hacerse pescador de altamar, que llevaría una vida sosegada. Así también, al verdadero ministro de Cristo, al pescador de almas, nunca le importarán los riesgos menores. Se verá obligado a decir muchas cosas antipáticas para los demás, y algunos cristianos llegarán incluso a considerar sus declaraciones demasiado severas. Habrá de hacer y decir lo que es conveniente para el bien de las almas. No deberá tener en cuenta lo que otros digan de él o de su doctrina, sino que en el nombre del Todopoderoso habrá de pensar: «Aunque brome el mar en toda su plenitud, echaré la red a la voz de mi Maestro».

(6) Es victorioso. Por último, aquel a quien Dios hace pescador de hombres *triunfa en su empresa*. «Pero —objetará alguien— siempre he oído decir que los ministros de Cristo deben ser fieles, aunque no puedan estar seguros del éxito». Sí, también he oído eso, y en cierto modo sé que es verdad, pero por otra parte tengo mis dudas al respecto. El que es fiel siempre tendrá éxito en mayor o menor medida a la manera de Dios y según su juicio. Tomemos, por ejemplo, a un hermano que dice tener fe y confianza, y ser fiel a su ministerio. Por supuesto, tendré que creerle, aunque no haya oído nunca que nadie se haya convertido por su mediación. Ciertamente, creería que el sitio más seguro para alguien que no quisiera ser convertido, sería bajo el pastorado de dicho caballero, debido a que su predicación no es capaz de despertar, impresionar o convencer a

nadie. Pues bien, este hermano es «fiel», en su propia estimación. Pero si alguien les dijera: «Soy pescador, pero nunca he pescado nada», se asombrarían de que se hiciera llamar pescador. ¿Qué pensarían de un agricultor que nunca hubiera segado cosecha alguna? ¿Podría llamarse agricultor?

Cuando Jesucristo dice: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres», quiere decir que pescarán verdaderamente, que realmente salvarán a algunos; ya que el que no ha pescado un pez en su vida no es pescador. El que después de varios años de trabajo no ha salvado a ningún pecador no es ministro de Cristo. Si el resultado de la actividad de su vida es nulo, se equivocó al emprenderla. Camina tú con la antorcha de Dios en la mano; lánzala a los rastrojos y arderán. Puedes estar seguro de ello. Ve y siembra la buena semilla; puede que no todo caiga en terreno fértil, pero alguna caerá. Puedes estar seguro de ello. Resplandece nada más, y algún que otro ojo captará tu luz. Tienes que triunfar, es necesario que así sea. Recuerden todos que esta es la palabra del Señor: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». Caminen cerca de Jesús, hagan lo que Jesús hacía y como él lo hacía, y él les hará pescadores de hombres.

Tal vez estoy hablando para algún amable oyente que no se haya convertido aún. Amigo, lo mismo te digo a ti. También tú has de seguir a Cristo, y luego él te utilizará, con independencia de quién seas. Solo sé que él te ha traído hoy a este lugar para que seas salvo y, andando el tiempo, puede hacerte hablar por su nombre y para su gloria. Recuerda cómo llamó a Saulo de Tarso, y lo hizo apóstol de los gentiles. Una vez regenerados, los cazadores forajidos son los mejores guardabosques; y los pecadores salvados son los predicadores más competentes. Quiera Dios que esta misma noche escapes de tu antiguo amo sin un solo minuto de aviso, pues si se entera te capturará. Corre a Jesús y dile: «Señor, he aquí un pobre esclavo fugitivo; aún rodean los grilletos mis muñecas, ¿quieres darme la libertad y

## EL GANADOR DE ALMAS

hacerme de tu propiedad?». Recuerda que está escrito: «Al que a mí viene, no le echo fuera». Jamás esclavo fugitivo alguno ha ido a Cristo de día o de noche sin que él lo reciba, ni jamás él ha entregado a ninguno a su antiguo amo. Si Jesús te libera, serás verdaderamente libre. Huye, pues, a Jesús inmediatamente. ¡Que su Santo Espíritu te ayude, y que con el tiempo te haga ganador de otras almas para su alabanza! ¡Dios les bendiga a todos! Amén.

## 15: ALIENTO PARA EL GANADOR DE ALMAS

*«Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados»*

(Santiago 5:19-20).

Santiago es notablemente práctico. Si el que esto escribe fue el Santiago que era llamado «el justo», me es fácil comprender cómo se ganó tal sobrenombre, dado que esa cualidad distintiva de su personalidad se manifiesta en su carta; y, si se trató del «hermano del Señor», bien hacía en demostrar tan cercano parecido con su gran pariente y Maestro, quien comenzara su ministerio con el práctico Sermón del Monte. Debiéramos estar muy agradecidos de que en las Sagradas Escrituras tengamos alimento para toda clase de creyentes, y ocupación para todas las facultades de los santos. Era conveniente que el contemplativo fuera provisto de abundante materia de meditación: pues Pablo fue el encargado de suministrarlos; de él hemos recibido una doctrina ortodoxa, dispuesta simétrica-

mente en el orden más perfecto; él nos dejó pensamientos profundos y vastas enseñanzas; él nos descubrió los insondables arcanos de Dios. Ninguna persona dada a la meditación y a la reflexión quedará sin alimento mientras las epístolas de Pablo existan; a través de ellas el apóstol nutre las almas con sagrado maná.

Para aquellos cuyos sentimientos e imaginación predominantes les inclinan a cuestiones más místicas, Juan escribió frases llenas de ardiente devoción, y encendidas con la llama del amor. Cuando contemplamos el legado, a la vez sencillo y sublime de sus epístolas, a primera vista parece como si su redacción fuera apropiada para niños, pero cuando las examinamos, su sentido parece ser demasiado sublime para ser comprendido en toda su plenitud por el más inteligente de los hombres. El mismo apóstol que tenía ojos y alas de águila nos proporciona la portentosa visión del Apocalipsis, donde el asombro, la devoción, y la imaginación pueden remontar el vuelo y encontrar espacio para su más libre expansión.

No obstante, siempre habrá cierta clase de personas más prácticas que contemplativas, más activas que imaginativas, y bueno es que haya un Santiago, cuyo objetivo principal sea «despertar con exhortación su limpio entendimiento», y ayudarles a perseverar en los dones prácticos del Espíritu Santo. El texto que acabamos de leer es tal vez la declaración más práctica de toda la carta. Si bien la carta entera arde, estos versículos elevan sus llamas hasta el Cielo; son, como conclusión de la carta, la culminación de la misma. En ellos no sobra ni una sola palabra. Son como una espada desnuda, desprovista de su enjovada vaina, y presentada de forma que solo puede notarse su agudo filo.

Desearía poder predicar según el modelo del texto; sin embargo, si no puedo, oraré al menos para que ustedes actúen de acuerdo con dicho modelo. Lo que desgraciadamente hace falta en muchos sectores es una vida dedicada por entero al Señor

Jesús; poseemos bastantes ornamentos cristianos, pero lo que necesitamos es un trabajar sólido, cotidiano, y verdadero para Dios. Bueno sería que nuestras vidas, por muy despojadas que estuvieran de prendas cultas o literarias, dieran frutos para Dios en la forma de almas convertidas por nuestros esfuerzos; entonces podrían permanecer ante el Señor con la belleza del olivo, la cual radica en su fecundidad.

Llamo su atención encarecidamente con respecto a tres puntos importantes. En primer lugar, *se trata un caso específico*: «Si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver». Al mismo tiempo que habla acerca de este caso particular, el apóstol expone una verdad general: «El que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma y cubrirá multitud de pecados». Y una vez hayamos disertado acerca de estos dos puntos, es mi intención, en tercer lugar, dar una aplicación particular al texto —aplicación que en modo alguno pretendía darle el apóstol, pero que considero suficientemente justificada—, y que está destinada a aumentar los esfuerzos en la conversión de los niños. Primeramente, pues, consideraremos:

### I. UN CASO ESPECÍFICO

(1) Desvío de la verdad. Vuelvan a leer el versículo, y observarán que debe referirse a *un apóstata de la Iglesia visible de Dios*. Las palabras: «Si alguno de entre vosotros», deben referirse a un cristiano profesante. El equivocado había sido llamado en el nombre de Jesús y, durante algún tiempo, había seguido en la verdad; pero en una mala hora se le indujo al error doctrinal, y se había desviado de la verdad. No se trataba simplemente de que se hubiera equivocado en alguna cuestión de menor importancia —que cabría denominar la periferia del evangelio—, sino que había errado en alguna doctrina vital; se había apartado del evangelio en sus fundamentos. Hay algunas verdades que debemos creer; son verdades esenciales para la

salvación, que si no se aceptan sinceramente llevan a la destrucción del alma.

Este hombre había sido declaradamente ortodoxo, pero se desvió de la verdad en un punto esencial. Ahora bien, en aquellos días, los santos no decían, como los falsos santos de hoy: «Debemos ser sumamente caritativos, y dejar que este hermano tenga su propia opinión; ve la verdad desde un punto de vista diferente, y tiene una forma algo distinta de presentarla, pero sus opiniones son tan válidas como las nuestras, y no debemos decir que está equivocado». En la actualidad, esta es la forma en boga de jugar con la verdad divina, y de hacer todo bonito y agradable. De esta forma, se degrada el evangelio y se propaga «otro evangelio».

Me gustaría preguntar a los ministros liberales de la iglesia de hoy si hay alguna clase de doctrina por la que valga la pena que un hombre sea quemado o encarcelado. No creo que pudieran darme ninguna respuesta porque, si su modernismo es correcto, los mártires fueron unos necios de primer orden. A juzgar por lo que veo en sus escritos y sus enseñanzas, me da la impresión de que los pensadores modernos tratan todo el cuerpo de verdad revelada con la mayor indiferencia; y, aunque tal vez sientan mucho que algunos de los más extraviados vayan demasiado lejos en su librepensamiento, y aunque preferirían que fueran más moderados, su liberalidad es tan grande que no están suficientemente seguros de nada para poder condenar lo opuesto como un error capital. Para ellos, blanco y negro son términos que pueden ser aplicados al mismo color según se miren desde distintos puntos de vista. Según ellos, sí y no son igualmente ciertos. Su teología cambia como la veleta, y consideran que toda firmeza es una demostración de intolerancia. Errores y verdades son igualmente comprensibles en el ámbito de su caridad.

Sin embargo, no era así como los apóstoles consideraban el error. Su actitud ante la falsedad no era una caridad generosa,

ni concebían al que yerra como un hombre de profundo pensamiento, cuyos puntos de vista son de «una originalidad encantadora»; ni mucho menos proferían ninguna perversa tontería acerca de la probabilidad de que haya más fe en la duda sincera que en gran parte de los credos. A diferencia de nuestros teólogos, los apóstoles no creían en la justificación por la duda; los apóstoles se empeñaban en la conversión del hermano descarriado; lo trataban como a una persona que necesita convertirse; y lo contemplaban como a un hombre que, si no se convertía, sufriría la muerte del alma, y sería cubierto con una multitud de pecados. Los apóstoles no eran tan condescendientes como nuestros cultos amigos de la escuela del «pensamiento moderno», los cuales han acabado por aprender que cabe negar la deidad de Cristo, pasar por alto la obra del Espíritu Santo, refutar la inspiración de la Escritura, desmentir la redención desmentida y dejar de lado la regeneración, ¡y que, a pesar de todo, el que piense todo esto puede seguir siendo tan cristiano como el más devoto creyente!

¡Oh, Dios mío, líbranos de esta engañosa infidelidad, la cual, además de hacer daño al hombre equivocado, y de impedir muchas veces que sea regenerado, hace aún más daño a nuestros corazones al enseñarnos que la verdad carece de importancia y que la falsedad es una nadería, destruyendo así nuestra fidelidad al Dios de la verdad, y haciéndonos traidores en vez de súbditos leales al Rey de reyes!

(2) Error en la vida. De nuestro texto se deduce que este hombre, tras haberse desviado de la verdad, siguió la consecuencia natural y lógica del error doctrinal y *erró también en su vida*. Esto queda de manifiesto en el versículo 20 que, como es natural, ha de leerse juntamente con el 19, y en el que se habla de él como «un pecador vuelto del error de su camino». Erró en su camino después de errar en su pensamiento. No se puede uno desviar de la verdad sin que de alguna manera y al poco tiempo se desvíe también de la práctica de la rectitud. Es-

te hombre se desvió del recto proceder porque antes se había desviado de la recta creencia.

Supóngase que un hombre acepta una doctrina que le lleva a tener a Cristo en poca estima. Pronto este hombre tendrá poca fe en él, y le demostrará poca obediencia con lo que caerá en el fariseísmo o el libertinaje. Si se toma a la ligera el castigo al pecado, es natural que peque con menos remordimiento, roto ya el muro de contención. Si niega la necesidad de la redención, seguirá este mismo resultado si actúa de acuerdo con su creencia. Todo error tiene su propia consecuencia, como toda podredumbre produce su correspondiente fungosidad. De nada sirve imaginar que la santidad sea producto tanto de doctrinas erróneas como de las verdaderas. ¿Se recolectan uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Los hechos históricos demuestran lo contrario. Cuando la verdad predomina, la moralidad y la santidad abundan; pero cuando el error se coloca en primer término, la vida piadosa se retira avergonzada.

(3) Buscar la restauración. *Lo que se buscaba con respecto a este pecador de pensamiento y de obra, era su conversión*—hacerle volver del error, hacerle regresar a una forma recta de pensar y de proceder. ¡Ay! Me temo que muchos de los que profesan ser cristianos no consideran a los apóstatas de esta manera, ni los estiman personas susceptibles de ser convertidas. He conocido a quien ha errado y ha sido perseguido y destruido como una fiera. Es cierto que dicha persona estaba equivocada hasta cierto punto, pero agravaron su error e insistieron en él, de tal forma que se vio acosado, lo que encendió su rebeldía; la falta se exageró hasta multiplicarse debido a los furiosos ataques contra él. Su hombría trató de defender su error debido al severo trato al que se le había sometido. Aquel hombre se sintió obligado, reconozco que de forma pecadora, a adoptar una posición extrema y a adentrarse más aún en el mal, debido a que no podía soportar que le amenazaran en lugar de razonar con él. Ocurre a menudo que, cuando se halla a

alguien culpable, su falta se anuncia a los cuatro vientos, y va de boca en boca, siendo exagerada hasta el punto de que el pobre hombre descarriado se siente envilecido y, perdida toda dignidad, se abandona a pecados mucho más horribles. El objeto de algunos fariseos parece ser amputar el miembro enfermo en vez de sanarlo.

La justicia reina en lugar de la misericordia. ¡Afuera con él! Es demasiado inmundo para poder ser lavado, está demasiado enfermo para ser sanado.

Esto no está en consonancia con el sentir de Cristo, ni con el modelo de las iglesias apostólicas. En los tiempos de Santiago, si alguno se desviaba de la verdad y de la santidad, había hermanos que se dedicaban a procurar su restauración, cuyo gozo era el de salvar a un alma de la muerte y cubrir multitud de pecados. Hay algo muy significativo en la expresión: «Hermanos, si alguno de entre *vosotros* se ha extraviado de la verdad». Es similar a aquella otra que dice: «Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado», y análoga a la exhortación: «Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga». Consideren que el extraviado era uno de ustedes, uno de los que se sentaba con ustedes a la mesa de comunión, alguien de quien tomaban amable consejo. Este hermano ha sido víctima de un engaño, la astucia de Satanás ha logrado atraerle a la trampa; sin embargo, no le juzguen con dureza y, sobre todo, no le dejen perecer despiadadamente. Si una vez fue salvo, continúa siendo su hermano, y deberían ocuparse de hacer volver al hijo pródigo, para alegrar así el corazón del Padre. A pesar de todos sus deslices, continúa siendo uno de los hijos de Dios; sigan su rastro y no descansen hasta haberle traído nuevamente a casa.

Y, si no se tratara de un hijo de Dios, si la conversión que un día profesara fue una equivocación, o una simulación, si todo cuanto hizo fue hacer una profesión, pero no estaba poseído de santidad vital, a pesar de todo, síganle importunando lle-

nos de amor, recordando cuán terrible será su condena por atreverse a caer en la hipocresía, y a profanar las cosas sagradas con sus manos impías. Lloren por él, tanto más cuando se sientan obligados a sospechar que les ha embaucado a propósito, porque hay razón de más para el llanto, ya que su condena habrá de ser más terrible. Continúen, pues, buscando su conversión.

(4) ¿Quién es responsable? El texto nos da una indicación clara con respecto a *las personas que han de encargarse de la conversión de los hermanos descarriados*. Dice así, «Si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver». ¿A quién se refiere este alguno? ¿A un ministro? No, a cualquiera de los hermanos. Si un ministro fuera el instrumento de la recuperación de un apóstata, bienaventurado él, y buena labor la suya; pero aquí no se nos dice nada concierne a los pastores o a los predicadores, ni siquiera se nos da a entender, sino que queda en manos de todos los miembros de la iglesia. Considero que la deducción manifiesta que debemos hacer es que cada uno de nosotros, al ver que su hermano se aparta de la verdad, o yerra en su conducta, debería sentirse obligado con el poder del Espíritu Santo a empeñarse en hacer volver a este pecador del error de su camino. Preocúpense a toda costa de los de afuera, pero no descuiden a los de casa. Esta no es una labor que corresponda a ciertos oficiales encargados de ella por votación de la iglesia, sino a cada uno de los que componen el cuerpo de Jesucristo, los cuales deben procurar el bienestar de todos los demás miembros.

No obstante, hay algunos que, en determinadas ocasiones se sentirán más obligados que los demás. Por ejemplo, en el caso de un joven creyente, su padre y su madre, si fueran creyentes, están muchísimo más obligados a preocuparse por la conversión de su hijo extraviado. En el caso de un marido, nadie debería esforzarse tanto por su vuelta al camino como su mujer, y lo mismo podemos decir en el caso opuesto. Igualmente, si la

relación es de amistad, aquel con quien hubieran tenido más íntimo contacto debería permanecer más cerca de su corazón; por lo que cuando advierta que se haya desviado, será su deber, antes que con ningún otro, hacer de pastor para con él, lleno de amoroso celo. Están obligados a proceder de esta forma con todos sus hermanos en la fe, pero su obligación es doble para con aquellos sobre quienes poseen alguna influencia lograda por pasada intimidad, por parentesco, o por cualquier otro medio. Les ruego, pues, que velen los unos por los otros en el Señor y, cuando vean a algún hermano en alguna falta, «vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre». Este es un deber; no lo olviden.

(5) Esperanza de éxito. Hermanos, debería alegrarles saber que *el intento de hacer volver a alguien que se ha desviado de la verdad es una empresa prometedora*. En ella cabe esperar el éxito que, en caso de materializarse, nos ofrecerá el mayor de los gozos. Ciertamente, es un gran gozo capturar al pecador errante, pero el gozo de los gozos es hallar a la oveja perdida que verdaderamente llegó a estar en el redil y se descarrió. Gran cosa es transmutar un trozo de bronce en plata, mas para la pobre mujer de la parábola era gozo cumplido encontrar la dracma que ya era de plata y tenía estampada la imagen del rey, pero que estuvo perdida durante algún tiempo. La adopción como hijo de un extraño y ajeno es digna de una gran fiesta; pero el festejo más gozoso y la música más alegre son para el hijo que ya era hijo antes de haberse extraviado y malgastado sus bienes y quien, tras haberse perdido, es hallado y, tras haber estado muerto, vuelve a la vida. Sí, repiquen las campanas doblemente por un relapso restaurado; ¡tóquenlas hasta que tiemble la torre! Alégrense doblemente por aquel que se descarrió y estuvo a punto de morir, pero que ahora ha sido restituido.

Juan se alegra al encontrar a Pedro, caído y lloroso por haber negado a su Señor; le anima y le reconforta, le acompaña

hasta que el Señor mismo le dice: «Simón, hijo de Jonás, ¿Me amas?». Tal vez no parezca tan brillante hacer volver a un apóstata de su error como regenerar a una prostituta o a un borracho, pero a los ojos del Señor es un milagro de gracia, y es de gran consuelo para aquel que es utilizado en la obra. Busquen, pues, hermanos míos, a aquellos que eran de los nuestros, pero que se han apartado de nosotros; busquen a aquellos que aún permanecen en la congregación, pero que han deshonorado a la iglesia, y han sido apartados de nosotros, como es debido, porque no podemos soportar su inmundicia. Búsquenlos con oraciones, con lágrimas y ruegos, por si Dios quiere concederles que se arrepientan para que sean salvos.

Quisiera aprovechar esta ocasión para decir algo a cualquier relapso que esté presente: que este texto alegre su alma si desea volver a Dios. ¡Vuelvan, oh, hijos apóstatas! Adviertan que el Señor ha rogado a los suyos que les busquen. Si no se hubiera preocupado por ustedes, no nos habría hablado de buscarles; mas, habiéndolo dicho así, y habiendo considerado obligación de todo su pueblo buscar a aquellos que se desvían de la fe, se abren ante ustedes unas puertas tras las cuales hay cientos de hermanos esperando como porteros dispuestos a darles la bienvenida. Vuelvan al Dios que han abandonado y, si nunca le han conocido, ¡oh, que en este día su Espíritu quiebre sus corazones, y les conduzca al verdadero arrepentimiento, para que puedan ser verdaderamente salvos! ¡Que Dios les bendiga, oh pobres extraviados! Si no les salva, habrá sobre ustedes una multitud de pecados, y perecerán eternamente. ¡Que Dios se apiade de ustedes por amor de Cristo!

Hemos comenzado con un caso específico, y a partir de ahora nos dedicaremos a considerar:

## II. UNA VERDAD GENERAL

Esta verdad general es de gran importancia, y tenemos la obligación de prestarle especial atención, dado que está precedida

de la palabra: «Sepa». Si alguno de ustedes ha sido el medio de hacer volver a un apóstata, es a él a quien va dirigida la palabra: «Sepa». Es decir: considere, esté seguro, sírvale de consuelo y estímulo saberlo. «Sepa», y no le quepa la menor duda. No se limiten simplemente a oírlo, amados compañeros en la obra del Señor, sino guárdenlo profundamente en su corazón. Cuando un apóstol inspirado por el Espíritu Santo dice: «Sepa», les insto a que nada les impida ponderar la verdad en todo su valor.

(1) La muerte vencida. ¿Qué es lo que han de saber? Sepan *que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de un alma de la muerte*. ¿Verdad que es esto algo digno de ser conocido? Salvar a un alma de la muerte no es poca cosa. Hay entre nosotros algunos hombres a quienes todos honran por el hecho de haber salvado muchas vidas preciosas. Estos hombres han tripulado la lancha salvavidas, o se han arrojado al río, para rescatar de la corriente al que se ahogaba; han estado dispuestos a arriesgar sus propias vidas entre vigas ardientes para poder arrebatarse a alguien que perecía entre las llamas. Verdaderos héroes estos, mucho más dignos de renombre que los guerreros ensangrentados. ¡Que Dios bendiga los corazones valientes! ¡Que nunca falten a este país hombres dignos que le den renombre por su humanidad! Cuando contemplamos a uno de nuestros semejantes expuestos al peligro, nuestro pulso se acelera y ardemos en deseos de salvarle.

Sin embargo, la salvación de un alma de la muerte es un asunto de mucha mayor envergadura. Consideremos lo que significa esa muerte. No es la inexistencia; no creo que me molestara lo más mínimo en salvar a mis semejantes de una simple inexistencia. No veo un gran daño en la aniquilación; desde luego, nada que pudiera alarmarme si esto fuera el castigo al pecado. De la misma forma que no veo que la simple existencia eterna sea gran gozo, si eso fuera todo lo que significara el término vida eterna, tampoco veo ningún horror en el dejar de

ser; antes preferiría no ser a ser, si no conllevara más que eso. Sin embargo, en la Escritura «vida eterna» significa algo muy distinto a existencia eterna; significa existir con todas las facultades desarrolladas en la plenitud del gozo; existir no como una yerba seca entre el heno, sino como la flor en toda su belleza.

«Morir», en la Escritura y, de hecho, en el lenguaje corriente, no es dejar de existir. Muy amplia es la diferencia existente entre las dos palabras, morir y ser aniquilado. Morir, en cuanto a la primera muerte, es la separación del cuerpo del alma; es la disolución de nuestra naturaleza en los elementos que la componen; y morir la segunda muerte es separar el hombre, alma y cuerpo, de su Dios, el cual es la vida y el gozo de nuestra condición humana. Esta muerte significa la destrucción eterna lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder; esto quiere decir la destrucción del templo humano, haciendo de él una ruina desolada, destinada a ser eterna heredad del aullante dragón del remordimiento, y de los gritos estridentes del ave nocturna de la desesperación.

Las descripciones que la Santa Escritura hace de la segunda muerte son terribles en grado sumo. Nos habla de un «gusano que nunca muere», y un «fuego que no puede ser apagado», de «los terrores de Dios», y de «deshacer en pedazos», del «humo del tormento de ellos que sube por los siglos de los siglos» y del «pozo del abismo». No voy ahora a recopilar todo cuanto se nos dice acerca del particular, pero hay en la Escritura palabras que, si fueran ponderadas, pondrían la carne de gallina y los pelos de punta al mínimo pensamiento sobre el Juicio venidero. Nuestro gozo es que, si a cualquiera de nosotros se nos hace instrumentos en las manos de Dios para hacer retornar a un hombre del error de su camino, habremos salvado a un alma de esta muerte eterna. No conocerá el salvado ese Infierno horrible, no sentirá esa ira, y no ocurrirá para él el destierro de la presencia de Dios.

¿No hay en todo esto un gozo digno de todos nuestros es-

fuerzos? Recuerden la adición al cuadro. Si salvan a un alma de la muerte la introducen en la vida eterna; por la gracia de Dios, habrá otro miembro en los coros ataviados de blanco que cantan alabanza a Jehová, otra mano que pulse plenamente las cuerdas del arpa de la gratitud adoradora, otro pecador salvado para recompensar al Redentor por su pasión. ¡Oh, qué felicidad la de salvar a un alma de la muerte!

(2) El pecado cubierto. Acto seguido, se añade que, en tal caso, *habrán cubierto multitud de pecados*. Vemos que esto quiere decir que el resultado de la conversión de cualquier pecador será que todos sus pecados quedarán cubiertos por la sangre expiatoria de Jesús. Nadie puede saber cuántos son dichos pecados en cada caso particular; pero, si cualquier hombre se vuelve del error de su camino, la totalidad de sus pecados quedarán ahogados en el mar Rojo de la sangre de Jesús, y lavados para siempre. Ahora bien, recuerden que su Salvador vino a este mundo con dos propósitos: vino a destruir la muerte y a quitar el pecado. Si hacen volver a un pecador del error de su camino se hacen semejantes a él en ambas obras; de forma que, con el poder del Espíritu de Dios, vencerán a la muerte al arrancar a un alma de la segunda muerte, y quitarán también el pecado de delante de Dios al ocultar multitud de pecados bajo la propiciación del Señor Jesucristo.

Observen que el apóstol no ofrece a los ganadores de almas ningún otro aliciente; no dice: «Si vuelven a un pecador del error de su camino, serán enaltecidos». La verdadera filantropía desdeña semejante motivación. Tampoco dice: «Si vuelven a un pecador del error de su camino, poseerán el respeto de la iglesia, y el amor de la persona». Así será, en efecto, pero nos impulsan motivos mucho más nobles. El gozo de hacer el bien se encuentra en el bien mismo; la recompensa por algo que se hace por amor se encuentra en su mismo resultado. Si hemos salvado a un alma de la muerte y ocultado multitud de pecados, este es pago suficiente aunque jamás oído alguno oyera re-

ferir la hazaña, ni fuera documentada por pluma alguna; con tal de que el bien fuera llevado a cabo, qué más da que se olvide que fuimos nosotros los instrumentos; deberemos gozarnos aunque no seamos apreciados y quedemos abandonados en la fría sombra del olvido. Sí, si otros se atribuyen los honores de la hazaña que Dios ha obrado por nosotros, no murmuraremos; será gozo suficiente saber que un alma ha sido salvada de la muerte, y que una multitud de pecados han sido cubiertos.

(3) El Señor glorificado. Recordemos, además, mis queridos hermanos, que la salvación de un alma de la muerte glorifica a Jesús, porque no hay salvación para las almas a no ser por su sangre. Por lo que respecta a nosotros, hermanos, ¿qué podemos hacer en la salvación de un alma de la muerte? Desde luego, no más de lo que hubiera podido por sí sola una pluma que yace sobre la mesa en la redacción de «El progreso del peregrino»; sin embargo, basta con que un Bunyan coja la pluma y esta escribirá la obra incomparable. Así también, no podemos hacer nada para convertir a un alma si el eterno Espíritu de Dios no nos toma en sus manos; pero, cuando así es, cuando nos emplea, Dios puede llevar a cabo maravillas por nuestra mediación, y también recibir gloria por medio de nosotros, mientras que para nosotros será gozo suficiente que Jesús sea glorificado, y el Espíritu ensalzado. Nadie habla de la pluma de Homero, no hay quién se haya preocupado de recubrirla de oro, o haya alabado sus ilustres obras. Igualmente, tampoco nosotros deseamos el honor entre los hombres: nos basta con haber sido la pluma en la mano del Salvador con la cual haya escrito el pacto de su gracia sobre las tablas de carne del corazón humano. Es este un salario de oro para el hombre que verdaderamente ama a su Señor; la gloria de Jesús, y la salvación de los pecadores.

(4) El valor de un alma. Ahora quiero que observen con especial atención que *todo lo que dice aquí el apóstol se refiere a la conversión de una persona*. «Si alguno de entre vosotros se

ha extraviado de la verdad y alguno *le* hace volver, sepa que el que haga volver *al pecador* del error de su camino, salvará de muerte *un alma*». ¿Nunca has deseado ser como Whitefield? Y tú, querido joven, ¿nunca has sentido en el alma grandes deseos de ser otro M'Cheyne, o Brainerd, o Moffat? Cultiva esa aspiración, pero al mismo tiempo alégrate de traer a un pecador a Cristo, porque a aquel que convierte solamente a uno se le hace saber que no ha sido pequeña su obra; porque ha salvado a un alma de muerte, y ha cubierto multitud de pecados.

(5) La utilización de cualquiera. Y observen, una vez más, que no especifica nada aquí acerca de la persona que ha de ser el instrumento de esta obra. No se nos dice: «Si un ministro convirtiere a un hombre, o si algún eminente y elocuente teólogo llevara a cabo su conversión». Si el último de los pequeños de nuestra Israel lleva a cabo esta hazaña, si es un niño quien cuenta a sus padres la historia de Jesús, si una sirvienta deja caer un folleto allá donde alguna pobre alma pueda encontrarlo y hallar la salvación por medio de él, si el más humilde de los predicadores al aire libre dirige la palabra al ladrón y a la ramera, y los tales son salvos, sepa que el que vuelve a un pecador del error de su camino, quienquiera que sea, salva a un alma de muerte, y cubre multitud de pecados.

Ahora bien, amados, ¿qué se infiere de esto, sino estas conclusiones? Debemos sentir un profundo anhelo de ser utilizados en la conversión de los pecadores. Santiago no habla en su pasaje acerca del Espíritu Santo, como tampoco hace referencia al Señor Jesucristo, ya que escribía a aquellos que no dejarían de recordar las importantes verdades concernientes al Espíritu y al Hijo de Dios. Aun con todo, bueno será recordarles aquí que no podemos hacer bien espiritual alguno a nuestros semejantes si prescindimos del Espíritu de Dios, como tampoco podemos ser bendición para ellos si no les predicamos «a Jesucristo, y a este crucificado». Dios debe utilizarnos; ¡pero, ¡oh!, anhelemos ser utilizados, oremos para que Dios nos emplee como instru-

mentos suyos, y deseémoslo vehementemente! Purifiquémonos, mis queridos hermanos, de todo cuanto pudiera impedirnos que el Señor nos emplee. Si hay algo que hagamos o que dejemos de hacer, algún mal que abriguemos en nuestro interior, o alguna virtud que estemos desatendiendo, algo que nos haga inútiles para que Dios nos utilice, oremos al Señor para que nos purifique, nos corrija y nos limpie hasta que seamos instrumentos útiles al Señor.

Además, estemos atentos a todas las oportunidades de ser utilizados; vayamos por el mundo con ojos y oídos abiertos, listos para aprovechar toda ocasión de hacer el bien; no nos demos por satisfechos hasta haber logrado ser útiles; hagamos de esto el principal propósito y la mejor ambición de nuestras vidas. De un modo u otro, es necesario que llevemos almas a Jesucristo. Al igual que Raquel, cuando clamó: «Dame hijos, o si no, me muero», así también ninguno de ustedes debe contentarse con ser estériles en el hogar de Dios. Lloren y suspiren hasta que hayan arrebatado a alguien de las llamas, y hayan llevado al menos un pecador a Jesucristo para que también ustedes hayan salvado a un alma de la muerte, y hayan cubierto multitud de pecados.

Consideremos ahora, durante unos cuantos minutos solamente, el punto que dije que no corresponde al texto:

### III. UNA APLICACIÓN PARTICULAR

(1) La escuela dominical. Queridos amigos, deseo mostrar cómo se aplica este punto a la conversión de los niños. Confío en que ustedes no olvidan la escuela dominical, pero a la vez me temo que hay muchos cristianos que apenas se percatan de que exista tal cosa como la escuela dominical; lo saben de oídas, pero no por haberla visto. Es probable que en veinte años no hayan visitado nunca la escuela, ni tan siquiera se hayan interesado por ella. Si oyeran de algún éxito logrado en esta labor, se sentirían complacidos, pero viven muy satisfechos aun-

que no hayan oído nada al respecto. En la mayoría de las iglesias, hallarán a un grupo de jóvenes de corazones ardientes entregados a la obra de la escuela dominical; pero hay muchos otros que podrían haber fortalecido la escuela grandemente y que jamás han intentado nada en ese sentido. Si tuvieran que llevar a cabo otra obra, podría excusárseles; pero, por desgracia, no tienen ninguna ocupación piadosa, sino que se dedican simplemente a matar el tiempo, mientras que este trabajo, que está a su alcance y requiere su asistencia, queda totalmente abandonado. No digo que haya aquí holgazanes como los que acabo de mencionar, pero no puedo creer que estemos completamente libres de ellos y, por tanto, pediré a la conciencia que haga su obra en los culpables.

(2) La salvación del niño. Los niños necesitan ser salvados; los niños pueden ser salvados; los niños han de ser salvados por nuestra mediación. Además, *los niños pueden ser salvados durante su infancia*. Aquel que dijo: «Dejad los niños venir a mí, y no los impidáis; porque de tales es el Reino de Dios», no pretendió que su Iglesia dijera: «Cuidaremos de los niños más tarde, cuando hayan crecido y se hayan convertido en jóvenes y jovencitas». Su propósito era que la conversión de los niños a Dios como tales fuera motivo de oración y de ardiente esfuerzo.

La conversión de un niño implica la misma obra de gracia divina, y redundará en las mismas consecuencias benditas, que la conversión de un adulto. En el caso del niño se salva de muerte a un alma, se cubre multitud de pecados y, además, se añade este gran motivo de gozo: que en la conversión de los infantes se lleva a cabo una inmensa labor preventiva. Sí, la conversión salva al niño de una multitud de pecados. Si la misericordia eterna de Dios bendice su enseñanza en un pequeñuelo, ¡cuán feliz será su vida comparada con lo que hubiera sido si hubiese crecido en la necedad, el pecado y la vergüenza, y no hubiera sido convertido hasta mucho más tarde! Es sumamente sa-

bio y prudente orar por nuestros niños para que sus corazones sean entregados al Salvador en su niñez.

*El ir a Dios en su temprana edad  
los librará de miles de caídas;  
la gracia guardará su mocedad,  
sus virtudes serán fortalecidas.*

Bueno es hacer volver al hijo pródigo, pero mejor es salvarlo de ser pródigo. Encomiable acción es convertir al ladrón y al borracho, pero mucho mejor es actuar para que el niño no llegue a convertirse en ladrón o en borracho; de ahí que la escuela dominical ocupe un lugar muy elevado en la lista de las empresas filantrópicas, y la necesidad de que los cristianos muestren más interés por ella. El que haga volver a un niño del error de su camino, previene y cubre multitud de pecados.

(3) El valor del niño. La salvación de los niños da a la Iglesia *la esperanza de ser provista con los mejores hombres y mujeres*. Los Samueles y Salomones de la Iglesia adquieren la sabiduría en su juventud; David y Josías eran tiernos de corazón cuando lo eran de edad. Lean las vidas de los ministros más eminentes y comprobarán que, por regla general, su historia cristiana comienza desde temprana edad. Aunque no es completamente necesario, es altamente conveniente para el desarrollo apropiado del carácter cristiano que sus fundamentos se asienten sobre la base de la piedad juvenil. No espero que quienes han vivido una vida de pecado sean los encargados habituales de edificar las iglesias de Jesucristo, sino que esto se lleve a cabo por medio del crecimiento en medio de ellos, en disciplina y amonestación del Señor, de jóvenes hombres y mujeres que sean columnas en la casa de nuestro Dios. Si queremos cristianos fuertes, deberemos dirigir nuestra mirada a aquellos que fueron cristianos en su juventud. Los árboles deben ser plantados en el atrio del Señor mientras son jóvenes para que

vivan largamente y florezcan como es debido.

Siento además, hermanos míos, que la obra de enseñar a los jóvenes tiene en este tiempo una importancia superior a la que haya tenido hasta ahora, porque en nuestros días merodean quienes se dedican a introducirse en nuestras comunidades, y a engañar a los hombres y las mujeres con su falsa doctrina. Que los maestros de escuela dominical enseñen bien a los niños. Que no solamente ocupen el tiempo con frases piadosas, sino que les enseñen todo el evangelio y las doctrinas de la gracia de una forma inteligente, que oren por los niños y no se sientan satisfechos hasta que estos se hayan vuelto al Señor Jesucristo, y hayan sido añadidos a la Iglesia. Si este es el proceder de los maestros, no temeré al papismo.

Los sacerdotes papistas decían antiguamente que podían haber ganado de nuevo a Inglaterra para Roma, si no hubiera sido por la catequización de los niños. Creo que hemos dejado de lado los catecismos sin razón; pero, en cualquier caso, si no empleamos piadosos catecismos debemos volver a la enseñanza sencilla, decidida, y clara, y es necesario que haya mucha súplica y mucha oración por la pronta conversión de los niños al Señor Jesucristo. El Espíritu de Dios espera para ayudarnos en esta dura labor. Él está con nosotros si nosotros estamos con él. Él está dispuesto a bendecir al más humilde de los maestros, y las clases infantiles no quedarán sin su bendición. Él puede darnos palabras y enseñanzas apropiadas para nuestros jóvenes oyentes. Él puede bendecirnos de tal forma que sepamos cómo decir una palabra a tiempo a los oídos infantiles.

Pero, si no fuera así, si no se encuentran predicadores, o si los que se encuentran son infieles, veremos cómo los niños que han estado en nuestras escuelas vuelven al mundo, al igual que sus padres, odiando la religión a causa del tedio de las horas pasadas en la escuela dominical, con lo que crearemos una estirpe de infieles o una generación de individuos supersticiosos y habremos perdido la oportunidad dorada. ¡Y la más terrible

responsabilidad recaerá sobre nosotros! Ruego a la Iglesia de Dios que tenga en más consideración a la escuela dominical. Suplico a todos los amantes de nuestra nación que oren por la escuela dominical; ruego a todos los que aman a Jesucristo y desean la venida de su Reino que sean muy amorosos con los jóvenes, y que oren para que sus corazones sean ganados para Jesús. No he hablado como hubiera sido mi deseo, pero afirmo que este asunto me afecta especialmente. Debo dejarlo a pesar de que su índole es tal que debiéramos llevarlo continuamente en la conciencia. Quiera Dios ayudarnos a pensar siempre en la importancia de la salvación de los niños.

(4) La urgencia de salvarlos. Antes de dejar este punto, quiero plantear las siguientes preguntas: ¿qué han hecho ustedes, cada uno, por la conversión de los niños? ¿Qué has hecho por la conversión de tus propios niños? ¿Tienes ideas claras acerca de esta cuestión? ¿Has rodeado a tu hijo entre los brazos, y has orado por él y con él? Padre, has de saber que este acto ejercerá una gran influencia sobre tu hijo. Madre, ¿has hablado alguna vez a tu hijita de Cristo, y de él crucificado? En las manos de Dios, puedes ser una madre espiritual para tu amada hija, al mismo tiempo que eres su madre natural. ¿Qué hacen ustedes, los que son guardianes y maestros de la juventud? ¿Están seguros sobre sus almas? Ustedes, maestros cotidianos, y maestros dominicales, ¿hacen todo cuanto pueden porque sus muchachos y muchachas sean llevados desde edad temprana a confesar al Señor? Lo dejo a su conciencia.

Recibirán una gran recompensa al entrar en el Cielo, como confío que entrarán, cuando encuentren allí a muchos amados niños para darles la bienvenida a las eternas moradas; encontrarse con otros seres celestiales que les saluden como su maestro que los llevo a Jesús, será añadir otro Cielo a su propio Cielo. No desearía ir al Cielo solo; ¿lo desearían ustedes? No desearía tener una corona en el Cielo sin ninguna estrella engarzada por no haber sido el medio de salvación de alma alguna;

¿lo desearían ustedes? Ahí lo tenemos, el sagrado rebaño de las ovejas compradas por sangre, las conduce el gran Pastor; muchas de ellas van seguidas por mellizas y otras tienen cada una su corderillo; ¿les gustaría ser ovejas estériles en la manada del gran Pastor?

La escena cambia. Escuchen las pisadas de una gran muchedumbre. Oigo sus cánticos guerreros, mis oídos se llenan con sus cantos de victoria. Los guerreros vuelven a la patria, cada uno trae sobre sus hombros su trofeo, para honrar al gran Capitán. La corriente humana cruza la puerta de perla, marchando triunfalmente hacia el capitolio celestial, a través de las calles de oro, y cada soldado lleva consigo su propia porción del botín. ¿Estarán ustedes allí? Siendo así, ¿desean marchar sin un trofeo, y sin añadir nada a la pompa del triunfo? ¿No llevarán nada que hayan tomado para Jesús con su espada y con su arco?

Nuevamente cambia la escena ante mí. Veo a los segadores llevando sus gavillas, y les oigo gritar: «¡Llevemos la cosecha a casa!». Algunos caminan inclinados bajo el peso de la carga sobre sus hombros felices; salieron llorando, pero han vuelto gozosos trayendo con ellos sus gavillas. Allí viene uno que trae únicamente un pequeño puñado de espigas, mas de excelente calidad es el grano; este solo tenía una diminuta parcela y un poco de semilla a su cargo, y aun así, ha sido multiplicada con creces según la ley de la proporción. ¿Deseas estar allí sin llevar siquiera una sola espiga? ¿Sin haber arado ni sembrado nunca, y, por tanto, sin haber segado nada? Si esto ocurre, cada grito de los segadores será como una aguda punzada en tu corazón al recordar que no sembraste, y que, por consiguiente, no segaste. Si no amas a mi Señor, no profeses que le amas. Si él jamás te compró con su sangre, no le mientas, ni vengas a su mesa diciendo que eres su siervo; pero si sus queridas llagas te compraron, entrégate a él; y, si le amas, apacienta sus ovejas y sus corderos. Él está aquí, invisible ante mis ojos, pero conoci-

## EL GANADOR DE ALMAS

do por mi fe; de pie ante ustedes les enseña las cicatrices de sus manos y de sus pies, y les dice: «¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura». Y sepan esto: el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados. ¡Ayúdanos a servirte, nuestro buen Señor! Amén.



# EL GANADOR DE ALMAS

C.H. SPURGEON

Spurgeon pronunció una breve serie de conferencias a los estudiantes de su curso pastoral, indicándoles que “el ganar almas es la ocupación principal del ministro cristiano; y, por cierto, debiera ser la de todo verdadero creyente”.

Esta serie de conferencias ocupan los primeros seis capítulos de este libro. Le siguen cuatro discursos ofrecidos a los maestros de escuelas dominicales, predicadores al aire libre y amigos que asistían a las reuniones de oración los lunes por la noche en el Tabernáculo Metropolitano (así se llamaba la iglesia de la que Spurgeon era pastor). Finalmente, los últimos cinco capítulos consisten en una serie de sermones en los que Spurgeon recomienda encarecidamente a todos los creyentes en el Señor Jesucristo la obra de ganar almas.

ISBN: 978-1-84871-392-5



9 781848 713925

## EL ESTANDARTE DE LA VERDAD

3 Murrayfield Road  
Edimburgo EH12 6EL,  
Reino Unido



P O Box 621  
Carlisle, PA, 17013  
EEUU